


¿Cómo saber la verdad  
si te han borrado la memoria?



SIN MEMORIA

TERI TERRY

**Teri Terry**

**Sin memoria**

**Reiniciados - 1**

Kyla ha sido «reiniciada»: le han borrado la memoria y sus recuerdos se han perdido para siempre. Han hecho de ella una persona nueva, supuestamente porque era una terrorista y el Gobierno pretende darle así una segunda oportunidad.

Pero un día empieza a recordar ecos del pasado, y Kyla descubre que nada es lo que parece —ni siquiera ella misma— y que alguien miente. ¿En quién podrá confiar para alcanzar la verdad? Llega la primera parte de una trilogía distópica que puede ser escalofriantemente real.

Título original: *Slated*

Teri Terry, 2013

Traducción: Begoña Hernández Sala

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.2

*Para Graham, que no sabía en lo que se estaba metiendo y que, sin embargo, siempre ha estado a mi lado.*

## PRÓLOGO

Corro.

*Las olas machacan la arena mientras fuerzo a un pie a avanzar detrás del otro. Subo a duras penas, resbalo, vuelvo a empezar, con los ojos clavados en las dunas que están ante mí. No miro atrás. No debo mirar. Respiro entrecortadamente; dentro, fuera; dentro, fuera. Sigo corriendo.*

*Justo cuando parece que mis pulmones podrían estallar y mi corazón reventar y caer sobre la arena como una estrella carmesí, tropiezo.*

*Un hombre vuelve hacia atrás. Tira de mí para levantarme y me apremia para que continúe.*

*Eso se acerca más.*

*Soy incapaz de mantenerme en pie y caigo de nuevo. No puedo seguir corriendo.*

*El hombre se arrodilla para sujetarme y me mira a los ojos.*

*—Es la hora. ¡Rápido, ya! Construye la pared.*

*Se acerca más y más.*

*De modo que construyo la pared, ladrillo a ladrillo, hilera tras hilera. Una torre alta, como la de Rapunzel, aunque esta no tiene ventana, ningún sitio por donde lanzar mi pelo.*

*No hay posibilidad de rescate.*

*—¡No olvides nunca quién eres! —me grita él, agarrándome por los hombros y sacudiéndome con fuerza.*

*Un manto de terror oculta el mar. La arena. Las palabras del hombre, las magulladuras de mis brazos y el dolor de mi pecho y mis piernas.*

*Ya está aquí.*

Es raro.

De acuerdo, no tengo demasiada experiencia sobre la que basar este juicio. Tengo dieciséis años y no soy lenta ni cortita ni he estado encerrada en un armario desde que nací —hasta donde yo sé—, pero esto es lo que te hace la reiniciación. Hace que carezcas de experiencia.

Cuesta cierto tiempo que todo deje de ser la primera vez. Las primeras palabras, los primeros pasos, la primera araña en la pared, el primer golpe en un dedo del pie... Sí, has pillado la idea: todo es el primer todo.

De manera que si hoy me siento rara, podría ser por eso.

Estoy sentada mordiéndome las uñas, esperando a que mamá, papá y Amy vengan a recogerme al hospital para llevarme a casa, y no sé quiénes son. No sé dónde está mi «casa». No sé nada. ¿Cómo no va a ser eso... raro?

«Bzzzz»: de pronto siento una suave vibración de aviso del levo que llevo en la muñeca. Lo miro: he bajado a 4.4, el lado opuesto de la felicidad, así que me como una onza de chocolate y el levo empieza a subir lentamente mientras paladeo el sabor y observo.

—Demasiado para tus nervios, y vas a engordar.

Doy un salto.

La doctora Lysander está en la puerta. Alta, delgada y vestida con bata blanca. Pelo oscuro, estirado hacia atrás. Gafas gruesas. Se desliza silenciosamente, como dicen que se mueven los fantasmas; siempre parece saber, antes de que ocurra, cuándo alguien desciende a rojo. Pero ella no es como algunas de las enfermeras que pueden reanimarte con un abrazo. No es exactamente lo que llamaríamos agradable.

—Ha llegado la hora, Kyla. Vamos.

—¿Tengo que hacerlo? ¿No puedo quedarme aquí?

Ella niega con la cabeza. Un movimiento impaciente en sus ojos dice: «Ya he oído esto un millón de veces». O, por lo menos, 19.417 veces, ya que el número de mi levo es 19.418.

—No. Ya sabes que no es posible. Necesitamos la habitación. Venga.

Se gira y sale por la puerta. Yo recojo mi bolsa para seguirla. Es todo lo que tengo, pero no pesa.

Antes de cerrar la puerta, miro mis cuatro paredes. Dos almohadas, una manta. Un armario. El lavamanos con un desconchado en el lado derecho es lo único que diferencia mi habitación de las interminables filas de habitaciones cuadradas de este piso y de los demás. Las primeras cosas que recuerdo.

Durante nueve meses han sido los límites de mi universo. Esto y el despacho de la doctora Lysander, el gimnasio y la escuela, un piso por debajo, llena de gente como yo.

«Bzzzzz», oigo de nuevo. Más insistente ahora, la vibración me sube por el brazo, exigiendo atención. El levo ha bajado a 4.1. Demasiado.

La doctora Lysander da media vuelta y chasquea la lengua. Se inclina hasta que sus ojos quedan ante los míos y me toca una mejilla. Otra primera vez.

—En serio, estarás bien. Y, al principio, te veré cada quince días.

Sonríe. Un extraño estiramiento de labios sobre dientes que parece incómodo en su cara, como si no estuviera seguro de cómo ha llegado hasta ahí o qué hacer una vez en ese sitio. Me quedo tan sorprendida que olvido mi miedo y empiezo a alejarme del rojo.

Ella asiente, se incorpora y avanza por el pasillo hacia el ascensor.

Descendemos en silencio diez pisos, hasta la planta baja, y luego recorremos un corto pasillo hasta otra puerta. Una que no he traspasado antes por razones obvias. En la parte superior hay un cartel que dice: «P Y L». Procesamiento y Liberación. Una vez que atraviesas esa puerta, ya no vuelven a verte.

—Adelante — me dice la doctora.

Yo vacilo y luego entreabro la puerta. Me giro para despedirme, o para



suplicarle que, por favor, no me abandone, o las dos cosas, pero ella ya está desapareciendo en el ascensor con un susurro de bata blanca y cabello oscuro.

El corazón me late demasiado deprisa. Inhalo y exhalo y cuento hasta diez cada vez hasta que los latidos empiezan a apaciguarse, como nos han enseñado; luego cuadro los hombros y abro la puerta del todo. Más allá del umbral hay una larga sala con una puerta en el extremo más lejano. Una hilera de sillas de plástico recorren una pared; allí están sentados otros dos reiniciados, con una bolsa reglamentaria en el suelo delante de ellos. Los reconozco por las clases, aunque yo he estado aquí mucho más tiempo. Al igual que yo, han cambiado el mono de algodón azul claro que siempre llevamos por pantalones vaqueros de verdad. ¿No es más que otro uniforme, entonces? Los dos sonríen, emocionados por abandonar al fin el hospital con sus familias.

No importa que no las hayan visto jamás.

Una enfermera sentada en un escritorio levanta la vista. Yo me quedo junto a la puerta, reacia a dejar que se cierre a mis espaldas. La enfermera frunce el entrecejo levemente y agita una mano para indicarme que entre.

—Ven. ¿Eres Kyla? Debes pasar por mi registro antes de marcharte —dice, y esboza una gran sonrisa.

Yo me obligo a ir hacia su escritorio, aunque mi levo vibra cuando la puerta se cierra con un chirrido tras de mí. La enfermera me agarra la mano y examina mi levo justo cuando vibra con más intensidad: 3.9. Sacude la cabeza y me sujeta el brazo con fuerza con una mano mientras con la otra me clava una jeringuilla en un hombro.

—¿Qué es eso? —pregunto, frotándome la piel, aunque en el fondo sé de qué se trata.

—Algo que mantendrá tus niveles hasta que seas el problema de otros. Siéntate hasta que oigas tu nombre.

Tengo el estómago revuelto. Los otros dos me miran con los ojos como platos. Puedo notar cómo el jugo feliz empieza a correr por mis venas, atontándome, aunque no frena mis pensamientos, ni siquiera cuando mi levo asciende lentamente a 5.

¿Y si no les caigo bien a mis padres? La gente no parece sentir simpatía por

mí ni cuando lo intento de verdad —lo cual, para ser sincera, no sucede todo el tiempo—. Se irritan como la doctora Lysander cuando no hago o digo lo que esperan que haga o diga.

¿Y si ellos no me caen bien a mí? Lo único que sé son sus nombres. Lo único que tengo es una fotografía enmarcada que estaba colgada en mi habitación del hospital y que ahora está guardada en mi bolsa. David, Sandra y Amy: padre, madre y hermana mayor. Sonríen a la cámara y parecen bastante agradables, pero ¿quién sabe cómo son en realidad?

Aunque, al fin y al cabo, nada de eso importa. Da igual quiénes sean; tengo que conseguir que me quieran.

El fracaso ni se contempla.

El «Procesamiento» no supone gran cosa. Me escanean, fotografían y pesan y me toman las huellas digitales.

Lo peliagudo resulta ser la «Liberación». La enfermera me explica de camino que debo saludar a mis padres, que ellos firmarán algunos papeles para decir que ahora somos una gran familia maravillosa, y que luego nos marcharemos juntos para ser felices y comer perdices. Por supuesto, yo veo un problema de inmediato: ¿y si me echan una ojeada y se niegan a firmar? ¿Qué pasaría entonces?

—¡Ponte derecha! Y sonríe —añade en un susurro antes de empujarme por una puerta.

Me pego una gran sonrisa en la cara, convencida de que no servirá para pasar de asustada y abatida a angelical y feliz; más bien, a demente.

Me quedo en el umbral, y ahí están. Casi esperaba verlos colocados como en la fotografía, vestidos igual, como muñecos, pero todos llevan ropa diferente, están en distinta posición, y los detalles luchan por destacar; son demasiados de una vez, amenazan con arrollarme y mandarme al rojo, incluso con el jugo feliz corriendo todavía por mis venas. Oigo la aburrida voz de la profesora repitiendo una y otra vez las mismas palabras, como si estuviera plantada a mi lado: «Una cosa después de la otra, Kyla».

Me concentro en los ojos y dejo el resto para más adelante. Los de mi padre son grises, indescifrables, contenidos; los marrón claro y levemente moteados de mi madre resultan impacientes y me recuerdan a los de la doctora Lysander, como si no se les escapara nada. Y después están los de mi hermana: enormes ojos oscuros, casi negros, me miran con curiosidad encajados en una brillante piel, como terciopelo color chocolate. Cuando me mandaron la foto, hace semanas, pregunté por qué Amy era tan distinta de mis padres y de mí, y me contestaron bruscamente que la raza es irrelevante y que es indigno señalarlo o hacer comentarios al respecto bajo la gloriosa Coalición Central. Pero ¿cómo no vas a verlo?

Los tres están sentados frente a un hombre. Todos los ojos están sobre mí, aunque nadie dice nada. Mi sonrisa se me antoja cada vez más algo antinatural,

como un animal muerto que ahora está pegado en mi cara.

Entonces mi padre se levanta de un salto.

—Kyla, estamos encantados de darte la bienvenida a nuestra familia.

Sonríe, me coge de una mano y me besa en la mejilla, pinchándose un poco con la barba. Su sonrisa es cálida y auténtica.

Luego se acercan también mi madre y Amy; los tres son mucho más altos que yo, con mi insignificante metro cincuenta y dos. Amy pasa un brazo por el mío y me acaricia el pelo.

—Qué color tan bonito, es como la cabellera del maíz. ¡Y qué suave!

Y entonces mi madre sonríe también, pero su sonrisa es más parecida a la mía.

El hombre sentado a la mesa carraspea y revuelve unos papeles.

—Firmas, por favor.

Mis padres firman donde él señala y luego papá me da el bolígrafo.

—Firma aquí, Kyla —dice el hombre, señalando una línea en blanco al final de un largo documento, debajo de la cual pone «Kyla Davis».

—¿Qué es esto? —le pregunto antes de poder «pensar antes de hablar», como siempre me repite la doctora Lysander.

El hombre arquea las cejas y su rostro refleja primero sorpresa y luego irritación.

—Liberación estándar de un tratamiento bajo mandato a sentencia externa.  
Firma.

—¿Puedo leerlo primero? —digo; cierta veta tozuda me empuja a seguir mientras otra parte me susurra «mala idea».

El tipo entorna los ojos y suspira.

—Sí. Puedes. Prepárense todos a esperar mientras la señorita Davis ejerce sus derechos legales.

Lo hojeo rápidamente, pero son doce páginas de texto largo y apretado que nada ante mis ojos, y el corazón empieza a latirme demasiado deprisa de nuevo.

Mi padre me pone una mano sobre el hombro y yo me giro.

—Está todo en orden, Kyla. Adelante —me asegura con semblante sosegado y tranquilizador.

Sus palabras y las de mi madre son las que debo escuchar a partir de ahora. Empiezo a recordar a una enfermera que me explicó pacientemente todo esto la semana pasada; eso es parte de lo que pone en el contrato.

Me ruborizo y firmo: Kyla Davis. No solo Kyla, nunca más: el nombre escogido por una administradora cuando abrí los ojos por primera vez en este lugar hace nueve meses, en honor de una tía suya que, según ella, tenía unos ojos verdes como los míos. Un apellido de verdad que me pertenece, como parte de esta familia. Eso también está en algún párrafo del contrato.

—Déjame llevar eso —dice mi padre, cogiendo mi bolsa.

Amy enlaza un brazo con el mío y atravesamos una última puerta.

Y así, sin más, dejamos atrás todo lo que conozco.

Mis padres me observan por el espejo retrovisor del coche mientras zigzagueamos para salir del aparcamiento subterráneo del hospital. Me parece justo, pues yo también los observo.

Probablemente se estén preguntando cómo han terminado teniendo dos hijas tan distintas, y no me refiero al color de piel, que se supone que no debo advertir...

Amy está sentada conmigo en el asiento trasero: es alta y tiene tres años más que yo. Yo soy menuda y delgada y tengo el pelo rubio y fino; el de ella es oscuro y espeso. Es un *pibón*, como dice un enfermero de una enfermera que le gusta. Yo, sin embargo, soy...

Mi cerebro busca una palabra opuesta a lo que es Amy y no da con ella.

Quizá eso, en sí mismo, sea la respuesta. Soy una página en blanco. Algo sin interés.

Amy lleva un vaporoso vestido rojo estampado de manga larga, pero se remanga para que yo pueda ver su levo. Se me ponen los ojos como platos por la sorpresa. De modo que a ella también la han reiniciado... Su levo es un modelo más viejo y grueso, mientras que el mío es una fina cadena de oro con una pequeña esfera; pretende parecer un reloj o un brazalete, pero no engaña a nadie.

—Estoy muy contenta de que seas mi hermana —afirma, y debe de hablar en serio, pues su levo dice 6.3 en grandes números digitales.

Llegamos a la salida, flanqueada por guardias. Uno se acerca al coche y los otros vigilan tras el cristal. Mi padre pulsa unos botones y todas las ventanillas y el maletero del automóvil se abren.

Mis padres y Amy se remangan y sacan la mano por la ventana, así que yo los imito. El guardia ve las muñecas desnudas de los adultos y asiente, y luego va hacia Amy y pasa una cosa por encima de su levo, que emite un pitido. Luego hace lo mismo con el mío, que también pita. Después echa un vistazo al maletero y lo cierra.

La barrera que está delante del coche se levanta y pasamos junto a ella.

—Kyla, ¿qué te gustaría hacer hoy? —me pregunta mi madre.

Ella es redondeada y cortante, aunque suene ridículo. Su figura es redondeada y suave, pero sus ojos y sus palabras son cortantes.

El coche sale a la carretera y yo me giro. Observo el complejo hospitalario que conozco, aunque, hasta ahora, solo por dentro. Se extiende de un lado a otro y, sobre todo, hacia arriba. Hay interminables hileras de pequeñas ventanas con barrotes. Hay altas vallas y torres con guardias a intervalos regulares. Y...

—¡Kyla, te he hecho una pregunta!

Doy un salto.

—No lo sé —respondo, y mi padre se echa a reír.

—Por supuesto, Kyla; no te preocupes. Kyla no sabe qué quiere hacer, no

sabe qué es «hacer».

—Ahora ya lo sabes, mamá —interviene Amy sacudiendo la cabeza—. Vamos derechos a casa. Dejemos que Kyla se acostumbre un poco a las cosas, como dice la doctora.

—Sí, porque los doctores lo saben todo —replica mi madre con un suspiro, y capto el eco de una vieja discusión.

Luego mi padre mira por el retrovisor y dice:

—Kyla, ¿sabías que el cincuenta por ciento de los doctores acabaron en el último lugar de su clase?

Amy se ríe.

—Por favor, David —replica mi madre, aunque también ella está sonriendo.

—¿Conoces la historia del doctor que no sabía distinguir la izquierda de la derecha? —continúa papá, y suelta un largo relato de errores médicos que espero que nunca hayan sucedido en mi hospital.

Sin embargo, pronto me olvido de lo que son, hacen y dicen, y me quedo mirando por la ventanilla.

Londres.

Una nueva imagen empieza a formarse en mi mente. El Hospital del Nuevo Londres está perdiendo su lugar central, va encogiéndose en el mar que lo rodea. Carreteras que siguen y siguen, coches, edificios. Algunos cercanos al hospital están ennegrecidos y cerrados con tablas; muchos más están llenos de vida. Terrazas con coladas tendidas, plantas, cortinas ondeando en las ventanas. Y, por todas partes, gente. En coches o caminando por la calle. Multitudes de gente, tiendas y oficinas, y todavía más multitudes de gente, apresurándose en todas direcciones, haciendo caso omiso de los guardias que hay apostados en las esquinas, cuyo número va disminuyendo conforme nos alejamos del hospital.

La doctora Lysander me lo ha preguntado muchas veces. ¿Por qué tengo la compulsión de observar y saberlo todo, memorizar y registrar todas las relaciones y posiciones?

No lo sé. Quizá no me guste sentirme en blanco. Hay muchos detalles, perdidos, que deben encontrar su sitio.

Días después de recordar cómo poner un pie delante del otro sin caerme, caminé, conté y registré con imágenes mentales todos los pisos del hospital a los que tenía acceso. Podría haber encontrado todos los puestos de enfermería, laboratorios y dormitorios por su número con los ojos vendados; ahora podría cerrar los ojos y verlo todo ante mí.

Pero Londres es una cuestión diferente. Es una ciudad entera. Tendría que recorrer todas las calles para completar el mapa, y parece que vamos directos a «casa», un pueblo que se halla a una hora al oeste de Londres.

Por supuesto, he visto mapas y fotografías en la escuela del hospital. A diario y durante horas, nos empapuzaban con tantos conocimientos generales como nuestros cerebros vacíos podían absorber, preparándonos para la liberación.

Yo atrapaba todos los hechos y los memorizaba, dibujando y escribiendo cosas una y otra vez en un cuaderno de notas, para no olvidarlas. En general, los demás eran menos receptivos. Estaban demasiado ocupados esbozando grandes sonrisas bobaliconas a todos y todo. Cuando nos reiniciaron, incrementaron el lado feliz en nuestro perfil físico.

Si incrementaron las sonrisas en el mío, antes debían de ser inexistentes.



Mi padre saca mi bolsa del maletero y se encamina hacia la casa silbando, con las llaves en la mano. Amy y mi madre salen del coche, aunque se giran al ver que no las sigo.

—Venga, Kyla —dice mi madre con voz impaciente.

Empujo la puerta con fuerza, y luego más fuerte todavía, pero no ocurre nada. Miro a mi madre y el estómago se me contrae al ver que la expresión de su cara coincide con su tono de voz.

Entonces Amy abre desde fuera y me indica:

—Tira hacia abajo de esta manija del interior, y luego empuja para abrir, ¿de acuerdo?

Cierra la puerta de nuevo, y yo agarro la manija y hago lo que me ha dicho. La puerta se abre y yo salgo, contenta de estirar las piernas después de estar tanto rato en el coche. Una hora se ha convertido en tres debido a los embotellamientos y los desvíos, y mi madre se ha ido irritando más con cada hora que pasaba.

—Mira, 4.4 solo porque no se aclara con una puerta. Este va a ser un trabajo duro —comenta, cogiéndome la muñeca.

Yo quiero protestar, decir que es injusto, que no se trata de la puerta sino de cómo te sientes ante ella, pero no sé qué debería o no debería decir. Así que no abro la boca y me muerdo la parte interna de la mejilla con fuerza.

Amy me pasa un brazo por los hombros mientras mi madre sigue a mi padre al interior de la casa.

—Mamá no hablaba en serio. Está malhumorada porque vamos a cenar tarde en tu primer día en casa. Además, nunca habías estado en un coche, ¿verdad? ¿Cómo ibas a saberlo?

Hace una pausa y yo vuelvo a no saber qué decir, pero esta vez se debe a que Amy está siendo amable. De modo que intento sonreír, ofrecer una sonrisa

que, aunque pequeñita, es real.

Amy me devuelve la sonrisa, que es mucho más grande que la mía.

—¿Echamos un vistazo por aquí antes de entrar? — me pregunta.

Donde está aparcado el coche, a la derecha de la casa, hay piedrecitas que crujen y se mueven bajo los pies al andar. Un cuadrado de césped cubre el jardín delantero, que tiene un árbol gigantesco —¿un roble?— a la izquierda. Sus hojas son una mezcla de amarillo, naranja y rojo; algunas están desparramadas desordenadamente al pie del tronco. «Las hojas caen en otoño», me recuerdo mentalmente, y ¿a qué estamos? A trece de septiembre. Hay unas pocas flores rojas y rosas a ambos lados de la puerta principal, con pétalos por el suelo. Y, por todos lados, mucho espacio. Esto resulta muy silencioso después del hospital y de Londres. Me quedo plantada sobre el césped y aspiro profundamente el aire fresco. Sabe a húmedo, a lleno de vida y al final de la vida, como esas hojas caídas.

—¿Entramos? — me pregunta Amy, y yo la sigo por la puerta principal hasta el vestíbulo.

Comunica con una habitación con sofás, lámparas y mesas. Una enorme pantalla plana de color negro domina una de las paredes. ¿Un televisor? Es muchísimo más grande que el que teníamos en la sala de ocio del hospital, al que no me dejaron acercarme después de la primera vez. Ver la tele empeoró mis pesadillas.

Esta habitación conduce a otra: hay largas superficies de trabajo, con armarios arriba y abajo. Y un horno gigantesco ante el que mi madre está inclinándose en este preciso momento para meter una cazuela.

—Ve a tu cuarto a deshacer el equipaje antes de la cena, Kyla — me ordena, y yo me sobresalto.

Amy me coge de la mano.

—Por aquí — dice, y tira de mí hacia el vestíbulo.

Yo la sigo escaleras arriba, hasta un pasillo con tres puertas y más escaleras.

—Nosotras estamos en este piso. Papá y mamá, en el de arriba. Mira, esta es la puerta de mi habitación. — Señala a la derecha—. Esa del final es la del cuarto de

baño, que compartiremos. Ellos tienen el suyo en su propia planta. Y este es tu dormitorio —me informa, señalando a la izquierda. Me quedo mirándola y luego añade—: Adelante.

La puerta está entreabierta. Yo la empujo y entro.

Es mucho más grande que mi habitación del hospital. Mi bolsa ya está en el suelo, donde debe de haberla dejado mi padre. Hay un tocador con cajones y un espejo y, al lado, un armario ropero. No hay lavamanos. Una gran ventana da a la parte delantera de la casa.

Además hay dos camas gemelas. Amy entra y se sienta en una de ellas.

—Hemos pensado que al principio sería mejor tener dos. Yo puedo quedarme contigo por la noche si quieres. La enfermera nos ha dicho que es una buena idea hasta que te adaptes.

No menciona el resto, pero lo sé. Deben de habérselo contado a la familia. «Por si tengo pesadillas», pienso. Me ocurre a menudo, y si no llega nadie lo bastante deprisa cuando despierto, mi nivel desciende demasiado y mi levo me deja fuera de combate.

Me siento en la otra cama. Hay algo redondo, negro y peludo sobre ella. Alargo una mano y luego me detengo.

—Ese es *Sebastian*, nuestro gato. Es muy simpático.

Le toco levemente el pelo con la punta de un dedo. Es caliente y blando.

Él se mueve, y la bola se desovilla cuando estira las patas, echa atrás la cabeza y bosteza.

He visto fotografías de gatos, claro, pero esto es diferente. *Sebastian* es mucho más que una imagen plana: está vivo, el aliento le huele a pescado, su sedoso pelaje se ondula mientras se despereza, y sus grandes ojos verdiamarillos se clavan fijamente en los míos.

—Miau —dice, y yo doy un salto.

Amy se levanta y se inclina hacia mí.

—Acarícialo, así —me instruye, y le pasa una mano por el pelo desde la cabeza hasta la cola.

Yo la imito, y el gato emite un sonido profundo que vibra desde la garganta a través de todo su cuerpo.

—¿Qué es eso?

Amy sonrío.

—Está ronroneando. Significa que le caes bien.

Más tarde, ya hay oscuridad al otro lado de la ventana y Amy está durmiendo en el otro extremo de la habitación. *Sebastian* sigue ronroneando quedamente junto a mí cuando lo acaricio. La puerta está entreabierta por él, y algunos sonidos suben por las escaleras. Repiqueteo de objetos de cocina. Voces.

—Es una chiquilla muy callada, ¿no? —comenta mi padre.

—Y que lo digas. Nada que ver con Amy: no paró de soltar risitas y hablar desde el primer momento en que entró por esa puerta, ¿recuerdas?

—Y todavía no ha parado —replica él, y se ríe.

—Kyla es una niña diferente, desde luego. Un poco extraña, en mi opinión. Esos enormes ojos verdes no hacen otra cosa que mirar y mirar sin pestañear.

—Yo creo que es bastante dulce. Dale una oportunidad para que se acostumbre.

—Esta es su última oportunidad, ¿verdad?

—Chist.

Y una puerta se cierra en la planta baja y ya no oigo nada más. Solo un tenue murmullo.

Yo no quería abandonar el hospital. No es que quisiera quedarme allí para siempre, pero es que entre aquellas paredes sabía dónde estaba. Cómo encajaba, qué se esperaba de mí.

Aquí, todo es desconocido, pero no resulta tan aterrador como pensaba.

Amy es encantadora y mi padre parece majo. Además, creo que *Sebastian* me reanimará más que el chocolate si mi nivel desciende. Y la comida es mucho mejor. Ya he probado mi primer asado dominical. Amy dice que cenamos asado una vez a la semana.

Cena y, no una ducha, sino un baño —toda una bañera de agua caliente en la que sumergirse—, y de ahí a la cama casi a las nueve.

Mi madre cree que soy rara. Debo acordarme de no mirarla demasiado fijamente.

El sueño me rodea, y las palabras de mi madre flotan a la deriva por mi cerebro.

«Última oportunidad...».

¿He tenido otras?

«Última oportunidad...».

Corro.

*Las olas arañan la arena bajo mis pies, a los que obligo a avanzar uno tras otro, una y otra vez. Tomo aire entrecortadamente hasta que parece que van a estallarme los pulmones, y sigo corriendo. La arena dorada cede bajo mis pies y se extiende hasta donde me alcanza la vista, pero, aun así, subo a duras penas, resbalo y corro.*

*El terror muerde el aire pisándome los talones.*

*Está acercándose más.*

*Podría girarme y enfrentarme a él, ver qué es.*

Corro.

—Shhh. Te tengo.

Me debato, aunque luego me doy cuenta de que son los brazos de Amy los que me rodean.

Se abre la puerta y la luz entra desde el pasillo.

—¿Qué ocurre? —pregunta mi madre.

—Solo es un mal sueño —responde Amy—, pero ahora ya estás bien, ¿verdad, Kyla?

La velocidad de mi corazón está aminorando; la visión, aclarándose. Me separo de Amy y contesto:

—Sí, estoy bien.

Pronuncio esas palabras, pero una parte de mí sigue corriendo.

Vago sin rumbo entre árboles, doy vueltas y me tumbo en el suelo, cubierto de hierba y margaritas, yo sola. Me quedo mirando las nubes que cruzan el cielo flotando, formando figuras y caras semiconocidas. Los nombres se me escapan si intento atraparlos, de modo que los dejo pasar: me limito a estar tumbada y ser yo.

Es la hora. Como bruma, me desangro hasta desaparecer. Los árboles y el cielo son reemplazados por una oscuridad de párpados cerrados, y la hierba cosquilleante, por un lecho sólido.

Silencio. ¿Por qué hay tanto silencio? Mi cuerpo sabe que ya son más de las cinco de la mañana, pero no ha sonado ningún despertador, no hay carritos de desayuno traqueteando por los pasillos.

Permanezco muy quieta, contengo el aliento y escucho.

Oigo una respiración suave y regular. Muy cerca. ¿Perdí el conocimiento anoche y hay un vigilante en mi habitación? Si es así, parece que, más que vigilar, durmiera.

Percibo unos sonidos quedos y alegres en la dirección contraria, una cadencia distante, como música. ¿Pájaros?

Y algo cálido junto a mis pies.

No estoy en mi habitación del hospital. Abro los ojos de golpe al recordar.

No es un vigilante quien está al otro lado del cuarto: es Amy, dormida como un tronco y respirando profundamente, como *Sebastian*, que está tumbado a mis pies. Aunque quizá Amy sea una nueva clase de vigilante...

Me deslizo silenciosamente hacia la ventana y aparto la cortina.

Está amaneciendo.

Regueros rojos cruzan el cielo, huecos rosas en jirones de nube, como trenzas onduladas de metal; la luz resplandece a través de la hierba y las hojas mojadas, en

estrafalarias rociadas de color. Veo naranja, dorado, rojo y todos los tonos que hay entre ellos.

Es precioso.

Mi ventana del hospital daba al oeste. He visto puestas de sol, principalmente tapadas por edificios, es cierto, pero nunca un amanecer.

Los pájaros tienen amigos, y la tenue canción del principio se intensifica cuando los demás se unen al concierto. Abro la ventana, me inclino hacia delante y respiro hondo. El aire es fresco; no huele a metal ni a desinfectante. Huele a vegetación húmeda, del jardín de abajo y de los campos que hay más allá y que relucen bajo la temprana luz.

Y, de algún modo, lo sé. La ciudad nunca fue mía. Yo era —soy— una chica de campo. Estoy tan segura de eso como de que respiro, convencida de que este lugar es más como mi hogar.

No es como mi hogar: es mi hogar. Ayer, hoy, y no sé cuántos días futuros más.

Pero también lo era antes de que me convirtiese en lo que soy ahora. La doctora Lysander dice que me imagino cosas en mi subconsciente que no hay manera de saber si son ciertas o no. Aplicando sentido a lo desconocido para ordenarlo, al igual que dibujo diagramas y mapas. Y rostros.

Abajo, el reluciente césped, las hojas caídas en sinuosos diseños de intensos colores y, especialmente, las flores marchitas a lo largo de la casa, todo me llama. Todo anhela ser capturado, ordenado, transformado en líneas sobre papel. Cierro la ventana sin hacer ruido y cruzo la habitación. Amy duerme en silencio, con leves movimientos del pecho y los ojos.

Dos ojos verdes me observan desde los pies de mi cama.

—¡Miau!

—Chist. No despiertes a Amy —susurro, y le paso una mano por el lomo. *Sebastian* se estira y bosteza.

¿Dónde están mis cosas de dibujo? Amy deshizo mi bolsa ayer por la tarde. Yo estaba demasiado embotada para colaborar; todas las cosas y personas nuevas



ocupaban la mayor parte de mi atención.

Abro un cajón y luego otro; cuidadosa y quedamente, hasta que lo encuentro: mi carpeta, el cuaderno de dibujo y los lápices.

Al sacarlo todo, veo que debajo hay bombones; me los dieron ayer las enfermeras del piso décimo como regalo de despedida. Fue ayer, advierto sorprendida. Parece mucho más lejos, ya forma parte de mi pasado.

Mi nivel está a 6.1: nada bajo. No necesito chocolate. Pero ¿quién necesita una excusa? Levanto la tapa de la caja.

—Interesante elección para desayunar —dice Amy, incorporándose después de bostezar—. ¿Eres un ave tempranera? —La miro sin entender—. ¿Siempre te levantas tan pronto?

—Creo que sí —respondo finalmente, después de pensarlo—. Aunque eso puede ser porque en el hospital no tenía opción.

—Sí, lo recuerdo. El espantoso despertador matinal. Desayuno a las seis... — replica, estremeciéndose.

—¿Quieres uno? —le pregunto, tendiéndole la caja de bombones.

—Humm, qué tentador. Quizá luego, cuando esté más despierta. ¿Qué es eso? —añade, señalando la carpeta que tengo en la otra mano.

—Mis dibujos.

—¿Puedo verlos? —Vacilo. Casi nunca se los enseñó a nadie, aunque la doctora Lysander insistía en examinarlos de vez en cuando—. No tienes que enseñármelos si no quieres.

Me siento a su lado, abro la carpeta y saco las hojas. Amy suelta una exclamación al ver la primera. Un autorretrato. Soy yo, pero diferente: una mitad como soy en el espejo, la otra mitad no tiene piel, y el ojo cuelga de una órbita vacía.

—¿Puedo? —me pregunta, alargando una mano, y yo le paso el dibujo. Sin embargo, este no es el que estaba primero antes. Empiezo a hojear el resto—. Se te da muy bien, Kyla. Esto es asombroso. —No hay muchos; el fajo no es tan grueso

como debería. ¿Dónde están?—. ¿Qué ocurre? —inquire Amy.

—Faltan algunos dibujos.

—¿Estás segura?

Asiento con la cabeza y los reviso más despacio.

Sí están los que me representan a mí, mi habitación y personas y lugares imaginados. Muchos de los otros, no.

—Estoy segura. Han desaparecido casi la mitad.

—¿De qué eran?

—De toda clase de cosas. Enfermeras. Mi planta del hospital, mapas de distintas zonas, habitaciones. La doctora Lysander. Y...

—¿Has dicho la doctora Lysander? —dice Amy con los ojos como platos. Asiento, revisando todavía los papeles, convencida de que si miro con ganas los encontraré—. ¿La mismísima doctora Lysander? ¿La conoces personalmente?

Dejo de mirar. No están aquí. Han desaparecido.

«Bzzzz». Una advertencia desde mi muñeca: 4.3, y descendiendo.

Amy me pasa un brazo por el hombro. Estoy temblando, pero no de frío. ¿Quién haría eso, llevarse las únicas cosas que son realmente mías?

—Puedes hacer más dibujos, ¿no? —3.9, y cayendo—. ¡Kyla! Mírame. —Amy me sacude—. Mírame —repite. Despego los ojos de mi autorretrato, del ojo muerto en la órbita vacía, para volverlos hacia Amy. En sus ojos hay preocupación y temor por mí, quienquiera que yo sea. 3.4—. Kyla, puedes dibujarme a mí. Hazlo, ahora.

Coge el cuaderno de dibujo y me pone un lápiz en la mano.

Y yo empiezo a dibujar.

—¿Puedo mirar? —me pregunta Amy.

Estira la cabeza, pero yo ladeo el cuaderno.

—Todavía no. Estate quieta o no podré acabarlo.

—Mandona.

—No tardaré mucho —contesto, pasando la vista de Amy al dibujo para dar unos toques finales.

—¿Tienes bien los niveles?

Giro la muñeca para comprobarlo.

—Sí. 5.2 y estable.

Se abre la puerta, aunque yo no levanto la mirada.

—Chicas, ¿estáis listas para desayunar? —pregunta mamá.

—Casi —respondo, mirando una vez más a Amy y luego al dibujo. Un trazo final, ahí—. Hecho —anuncio, y bajo el lápiz.

—¡Déjame verlo! —exclama Amy, levantándose de un salto, y mi madre se acerca.

—Está genial —aprueba, marcando una «O» de sorpresa con los labios—. Es Amy; la has captado tal cual es. Quiero enmarcarlo y colgarlo en la pared. ¿Puedo?

Sonrío.

—Sí.

El desayuno consiste en tortitas. Se comen con mantequilla y almíbar o con mermelada de fresa. Pruebo las dos cosas, juntas: están muy ricas.

—No creas que vas a comer así todos los días —me dice mamá.

El retrato de Amy está en la nevera con un imán y mi madre ha recuperado su actitud cortante.

—Amy, tienes veinte minutos antes de que llegue el autobús, y no me da la impresión de que estés preparada.

—¿No puedo quedarme en casa con Kyla?

—No.

—¿Dónde está papá? —pregunto.

—Trabajando, claro. Donde debería estar yo, pero he tenido que pedir un permiso para cuidar de ti.

Hago cálculos mentales. Amy se va a clase y mi padre está en el trabajo; eso nos deja a mi madre y a mí a solas durante todo el día.

—¿Cuándo empezaré el colegio? ¿Puedo ir hoy?

—No.

—Primero ha de evaluarte la enfermera, que tiene que considerar que estás lista —me explica Amy—. Luego el colegio te examina para averiguar en qué curso te mete. Aunque han mandado unos cuantos libros para que los leas.

—Ah.

—La enfermera pasará a primera hora de la tarde para conocerte —me informa mamá, y yo me hago la firme promesa de parecer tan bien adaptada como sea posible.

Amy sube las escaleras a toda prisa para buscar los libros de texto y ponerse el uniforme. Está en el último curso de bachillerato. A sus diecinueve años, ya debería haber terminado y tendría que estar en la universidad, estudiando Enfermería, como ella quiere, pero necesitó un curso extra para ponerse al día. Tenía catorce años cuando la reiniciaron, y yo tengo dieciséis. ¿Cuántos años más de clases me harán falta?

—Puedes fregar —me dice entonces mi madre.

—¿Fregar el qué?

Ella pone los ojos en blanco.

—Los platos. —Yo me pongo en pie y me quedo mirando los que están en la mesa. Ella suspira y me aclara—: Recoge los platos sucios y déjalos aquí. —Señala la encimera que hay junto a la pila, y yo llevo un plato y vuelvo a por otro—. ¡No! Así tardarás una eternidad. Apílalos. De este modo. —Me enseña cómo y luego añade—: Llena la pila. Y echa jabón, solo un poco. —Aprieta una botella sobre la pila ¡y salen burbujas!—. Lava con este estropajo: Ahora, acláralo bajo el grifo y colócalo en el escurridor, así. Repite la operación. ¿Entendido?

—Creo que sí.

Hundo las manos en el agua caliente y pienso que esto es lo que llaman fregar.

Limpio cuidadosamente un plato con restos pegajosos de tortitas y almíbar, lo aclaro y lo pongo en el escurridor.

—¡Aprieta el paso o estarás todo el día ahí! —exclama mamá.

Yo me detengo y miro a mi alrededor.

—¿Que apriete qué?

—El paso. Significa que vayas más deprisa.

Platos; luego, tazas. Esto no está mal. Acelero, y mi madre empieza a secarlos con un paño. Amy baja la escalera corriendo cuando comienzo con la cubertería.

Suelto un grito ahogado y bajo la vista: una fina línea roja gotea de un cuchillo que tengo agarrado con la mano derecha.

Amy se acerca de un salto.

—¡Oh, no! Kyla...

Mamá se gira, chasquea la lengua y corta una lámina de papel de cocina.

—Apriétalo, no lo vayas a llenar todo de sangre.

Lo hago, y Amy me frota el hombro y mira mi levo: 5.1.

—¿No te duele? —me pregunta.

Me encojo de hombros.

—Un poco —respondo, y es cierto, pero paso por alto el calor irregular que late por mi mano y me quedo mirando fascinada. Un rojo vivo empapa el papel de cocina, luego va más despacio y al cabo se detiene.

—Solo es un rasguño —dice mi madre, despegando el papel para echar un vistazo—. La enfermera puede examinarlo cuando venga. Kyla está bien, Amy. Corre o perderás el autobús. —Mamá me venda la mano mientras Amy se apresura hacia la puerta y, sonriendo, añade—: He olvidado mencionarlo, Kyla. Los cuchillos cortan. No los cojas por el extremo afilado.

Cuántas cosas que recordar...

Penny, la enfermera, me retira la venda para echar un vistazo.

—No hará falta darle puntos —anuncia—. Le pondré un poco de antiséptico. Quizá te escueza un poco.

Me echa en la mano un líquido amarillo que escuece y hace que me piquen los ojos, y luego vuelve a vendarme.

—Ha ocurrido algo muy raro cuando se ha cortado —dice mamá—. Se ha quedado mirando cómo le bajaba la sangre por la mano. No ha habido ni una lágrima, ni una reacción.

—Bueno, probablemente no se haya cortado antes. Nunca habrá visto sangre así.

Uf. Me encanta que la gente hable de mí como si yo no estuviera presente.

—Los niveles no le han descendido ni nada. Y...

—Perdón. —Esbozo mi mejor sonrisa de adaptada. Las dos pegan un salto, como si yo fuera un fantasma que acaba de materializarse en el momento de hablar—. ¿Cuándo puedo ir al colegio?

—No te preocupes por eso todavía, cielo. Mira los libros que te han mandado —dice Penny, y, girándose de nuevo hacia mi madre, añade—: Debes acordarte de señalar los riesgos, como los cuchillos. Quizá no dé esa impresión, pero, en ciertos aspectos, Kyla es como una niña pequeña y...

—Perdón —la interrumpo, sonriendo otra vez.

—¿Sí, cielo? —me pregunta Penny, dándose la vuelta.

—Es sobre los libros que ha mandado el colegio. Les he echado un vistazo esta mañana, y son demasiado fáciles, son todo cosas que ya sé de las clases en el hospital.

—Entonces eres un genio, ¿eh? —replica mamá, con una expresión que dice que soy exactamente lo contrario.

Penny saca un ordenador portátil de su cartera. Frunce el entrecejo mientras toca un lado de la pantalla, y luego pasa un dedo por la superficie, buscando archivos.

—Bueno, en realidad Kyla no anda desencaminada. Antes de dejar el hospital, los exámenes mostraron que estaba de acuerdo con su edad. Eso es de lo más inusual: la mayoría están años por detrás. Le pediré al colegio que mande más material. O quizá Amy tenga libros viejos aquí, ¿no? Necesitamos averiguar qué asignaturas deberías estudiar. —Cierra el portátil y se vuelve hacia mamá—. ¿Dónde estaba? En el hospital no hay filos ni peligros, así que hay que enseñarlo todo, como cruzar la calle y...

—Perdón —insisto, y hasta mi sonrisa empieza a parecer postiza, fuera de lugar.

—¿Qué pasa ahora? —me pregunta mamá.

—Ya sé qué asignatura quiero estudiar.

Penny arquea una ceja.

—Oh, ¿en serio? ¿Y cuál es?

—Arte.

Penny sonrío.

—Bueno, quizá necesites unas cuantas asignaturas más prácticas. Y tendrán que hacerte alguna prueba para admitirte en clase de Arte.

Mamá señala a la nevera y apunta:

—Ha hecho ese dibujo esta mañana. Es Amy.

Penny se acerca a mirar y los ojos se le ponen como platos.

—Bueno, creo que te admitirán, cielo. —Se gira hacia mamá y añade—: Hicisteis una labor asombrosa con Amy, que es un encanto. Estoy segura de que, con el tiempo, Kyla se adaptará a vuestra familia.

Me cruzo de brazos. Kyla se adaptará: ¿y qué pasa con los demás?

—Anoche tuvo una pesadilla —informa mi madre—. Casi echa la casa abajo con sus gritos.

Penny vuelve a abrir su portátil. Sería una buena idea preguntarme a mí, pues al fin y al cabo soy yo quien lo sabe todo sobre ese tema.

—Me temo que eso tiene su historia —declara Penny—. No es extraño que la tuvieran tanto tiempo en el hospital. Nueve meses en vez de los seis de costumbre... Buscaremos algunas maneras de controlar el problema en las reuniones de grupo. En el hospital probaron todos los medicamentos habituales, pero, si acaso, solo sirvieron para empeorar el problema. Y...

—Perdón. ¿Podría hablarme a mí en vez de hablar de mí?

A Penny se le borra la sonrisa.

—Ahora ya ves con qué tengo que habérmelas —dice mi madre, suspirando.

—En parte niña y en parte adolescente borde —expone Penny—. Kyla, cielo, déjame charlar con tu madre. ¿Por qué no te vas arriba?



Cierro la puerta, con fuerza, y me dejo caer en la cama. No hay ni rastro de *Sebastian* y faltan dos largas horas para que Amy vuelva a casa.

Me acerco al tocador en busca de mi carpeta de diseño y saco el cuaderno.

Ahora ya se me ha pasado el disgusto y no me importan los dibujos que han desaparecido. Si cierro los ojos, están todos en mi cabeza. Volveré a hacerlos. Cojo el lápiz, pero no me siento cómoda: descansa entre el pulgar y el índice, justo donde me he hecho el corte. Me he cortado la mano con la que dibujo y escribo. Es el momento de hacer un experimento: coger el lápiz con la izquierda. Al principio me noto rara. Hago unos esbozos rápidamente, y la mano empieza a soltarse, aunque no puedo quitarme de encima la sensación de que es una equivocación. Casi tengo miedo, como si fuera a suceder algo malo si continúo.

Sin embargo, no puedo parar.

Una página en blanco: ¿a quién dibujo primero?

A la doctora Lysander. Para representarla bien hay que centrarse en los ojos. Tiene ojos engañosos, blindados y fríos, pero de vez en cuando su verdadera personalidad se asoma por ellos. Y cuando lo hace, ella parece más sorprendida que yo.

Empiezo, vacilante al principio con la mano izquierda. Trazo las líneas, hago las sombras, todo, más rápida y segura conforme aumenta mi confianza. La doctora Lysander comienza a devolverme la mirada por debajo del lápiz.

Se me pone la carne de gallina en los brazos y el cuello.

Qué extraño.

Dibujo mucho mejor con la mano izquierda.

El sonido de unas voces se abre paso hasta mi cerebro. ¿Vienen de fuera?

Dejo el lápiz y me acerco a la ventana. En el jardín delantero hay un chico y dos chicas, con uniformes escolares como el de Amy: suéter marrón y pantalón negro. Escondo mi dibujo debajo de otros en un cajón y me dirijo a las escaleras. Amy y mamá están en el vestíbulo.

—Solo vamos a dar una vuelta. ¿Por qué todo ha de ser no? —pregunta Amy.

—No creo que sea una buena idea; todavía no ha salido de casa. ¿Qué me dices del tráfico? —contesta mi madre.

Nuevamente están hablando de mí.

—Ya sé que no debo plantarme delante de los coches —digo al llegar al último escalón.

—Oh, por favor, ¡entonces llévatela! Pero no le quites el ojo de encima.

—Lo sé, mamá —replica Amy, y cuando mamá se va, añade en voz baja—: Lo sé mejor que tú. —Luego se vuelve hacia mí y me dice—: Kyla, ven a conocer a mis amigos. —Yo me encamino a la puerta, aunque entonces Amy me interrumpe—. Pero cálzate primero.

—Ah, claro.

Mi hermana saca las zapatillas que yo llevaba ayer en el hospital y espera mientras me peleo con los cordones. Luego salimos.

—Este es Jazz —me presenta, señalando al chico—. Y estas, Chloe y Debs. Chicos, esta es Kyla.

—Qué mona. Ojalá pudiera cambiártela por mi hermana —dice Chloe—. ¿Qué edad tiene?

—Habla con ella si quieres saber algo —le suelta Amy.

—Tengo dieciséis años —respondo.

—Como la canción *Sweet Sixteen*: «Dulces dieciséis y aún no te han besado» —empieza a cantar Jazz mientras echamos a andar, y me arden las mejillas.

—Cierra el pico, zoquete; Kyla está fuera de tu alcance —le dice Amy, dándole un puñetazo en un brazo.

Luego se vuelve a mirar atrás; como nuestra casa ya no se ve, Jazz la coge de la mano.

—Lo siento, señorita, estaba de broma. ¿Me perdona usted?

—Supongo —contesta ella, y le pasa un brazo por la cintura.

Amy es alta, pero menos que Jazz, que tiene unos hombros anchos y una forma despreocupada de caminar. Ahora que estoy más cerca calculo que puede tener unos dieciocho años, así que es bastante mayor que cualquiera de los chicos que conocí en el hospital. Y Jazz es diferente no solo por eso; su sonrisa tiene un matiz malicioso que jamás he visto en un chico reiniciado. Y también es guapo.

Paseamos por el pueblo, recorriendo a la inversa el trayecto que hicimos ayer en coche. Pasamos ante casas independientes como la nuestra, y luego ante hileras de adosados, un *pub* con un letrero que dice «white lion» y, al fin, ante un poste que señala un camino verde marcado como «Vereda».

—¿Os apetece una excursión? —pregunta Jazz.

Es evidente que a Chloe y Debs no, porque se despiden.

Amy, sin embargo, entrelaza un brazo con el mío y otro con el de Jazz.

—Vamos —dice. Pronto el suelo se vuelve desigual y abrupto y tengo que concentrarme en dónde pongo los pies. Hay un alto seto a un lado y, al otro, campos en pendiente cubiertos de los rastros de lo que antes creciese allí. El sendero se estrecha, y Amy suelta a Jazz para cogermelo de la mano. Él protesta—. Cierra el pico, zoquete —le espeta Amy, y él encabeza la marcha.

Ascendemos, cada vez más y más alto. Me cuesta respirar. El seto y los campos dan paso a árboles, y yo absorbo la profusión de hojas naranjas y rojas, de troncos marrones y grises; algunos tienen bayas rojas y hojas verdes puntiagudas

que pinchan si las tocas. ¿Acebo?

—Las vistas están por aquí, señoritas —nos indica Jazz poco después.

Doblamos un recodo y descubrimos, más allá del bosque y los campos, tejados, jardines, carreteras.

—Mira, Kyla, desde aquí puedes ver todo el pueblo. Esa es nuestra casa —me informa Amy—. ¿Ves? Es la segunda por la izquierda.

Señala con un dedo, y entonces veo el tejado rojo y las paredes de ladrillo de nuestra casa.

Después nos sentamos en un tronco. Jazz le pasa un brazo a Amy por la espalda con cara de resignación. Tengo la impresión de que suelen venir aquí los dos solos.

Amy le da un codazo en las rodillas y luego él me pregunta:

—Bueno, Kyla, ¿cómo te llevas con el dragón?

—¿El dragón?

—Se refiere a mamá —me explica Amy.

—Uf...

—¡No digas ni una palabra más! —exclama Jazz—. Entiendo el «uf». Significa que te has dado cuenta de que no es la maravillosa figura materna que te habían anunciado, sino, en realidad, una mítica criatura verde que echa fuego por la nariz.

Yo me río entre dientes.

—Eso no es justo —protesta Amy—. Mamá no es tan mala; tienes que conocerla. Antes, a mí me daba miedo, y luego, de repente, todo fue bien con ella.

—¿Sabéis?, para mí, lo verdaderamente raro es que las dos la llaméis mamá —declara Jazz.

—¿Qué tiene de raro? —le pregunto.

—Bueno, tú acabas de conocerla, ¿no?

Amy sacude la cabeza.

—Eso no importa. Es lo que te cuentan en el hospital desde el primer día. Que tus padres van a acudir para llevarte a casa.

—Hijos prefabricados —replica Jazz, y luego se agacha para esquivar el golpe que pretendía propinarle Amy.

—Somos diferentes de todos los demás —afirmo.

—No tenemos comparación —añade Amy.

—Mi chica especial —concluye Jazz, y la besa en la mejilla.

—En este pueblo solo estamos nosotras dos —me cuenta Amy—. Por eso me alegra tanto que estés aquí. Ya no volveré a ser la única. Pero en el colegio somos una docena más o menos, de toda la región. —Tras echar un vistazo a su reloj, Jazz desaparece a toda velocidad por el sendero por el que hemos venido—. Sus padres tienen una granja, y algunos días le toca ayudarlos después de clase. Nosotras volveremos por el camino largo. —Echamos a andar en dirección contraria y Amy insiste—. En serio: ¿cómo te ha ido hoy con mamá?

Me encojo de hombros.

—Creo que ni siquiera le caigo bien. ¿Por qué me ha acogido si no me quiere?

—Claro que te quiere, solo que no lo demuestra demasiado bien. Es complicado.

—Lo simple ya es bastante duro. ¿Quién necesita lo complicado?

—Ahora no te preocupes por eso. Solo te digo esto: a veces mamá no se entera de las cosas si no se las cuentas. No tengas miedo de contarle lo que piensas.

El sendero se torna más abrupto y Amy se coloca en cabeza. Mientras descendemos, tengo que volver a concentrarme en mis pies. Pienso en lo que Amy ha dicho sobre mi madre, o el dragón, como la llama Jazz.

—¿Jazz es tu novio? —le pregunto a mi hermana.

—Sí, pero no se lo cuentes a mamá. No le cae bien.

Jazz me ha cantado: «Dulces dieciséis y aún no te han besado»... ¿O sí me han besado? Si no puedo recordarlo, ¿cuenta?

—En el hospital me dijeron muy seriamente que evitara a los chicos a toda costa. Alteran los niveles.

—¡Oh, desde luego que sí! —se ríe Amy—. Probablemente sea mejor pasar de ellos durante un tiempo. Pero el secreto consiste en empezar con uno que no te guste demasiado.

Entonces, ¿qué sentido tiene eso?

—¿Dónde habéis estado? —nos pregunta mamá, que está esperándonos en la puerta, cruzada de brazos.

—Ya te lo he dicho: hemos ido a dar un paseo —responde Amy mientras entramos en casa y nos quitamos los zapatos.

—Venís llenas de barro. No habréis subido por la vereda vosotras solas, ¿verdad? Te tengo dicho que no es seguro.

—No, por supuesto que no. No estábamos solas —contesta Amy, y, dándole la espalda, pone los ojos en blanco.

—Kyla, ¿eso es cierto? —me pregunta mi madre directamente, girándose hacia mí con una mirada ceñuda de dragón.

—Sí —afirmo, puesto que es cierto: Jazz ha subido con nosotras. No nos ha acompañado en el camino de vuelta, pero no es eso lo que mamá me ha preguntado.

—Escuchadme las dos: sabéis que no es seguro que vayáis solas. No podéis protegeros vosotras mismas.

Amy asiente, y yo recuerdo las lecciones que recibí en el hospital sobre seguridad personal. Forma parte de ser reiniciado. No puedes defenderte, al igual que tampoco puedes atacar a nadie, de modo que debes extremar las precauciones. Pero ¿qué hay vereda arriba, excepto árboles y más árboles?

—Habéis tardado muchísimo —insiste mamá—. Estaba preocupada. Y por poco no os despedís de papá —añade, y yo reparo en que se ha detenido junto a una maleta que hay en el vestíbulo.

Está con los brazos cruzados, y ahora veo que su piel tiene un extraño matiz: un tenue verde dragontino. Puedo imaginar escamas en las leves líneas que le cruzan la frente, por encima de los ojos. ¿Está saliéndole un poco de humo por la nariz?

—¿Qué es eso tan divertido, señorita? —me pregunta.

Entonces se me borra la sonrisa y contesto:

—Nada. Lo siento.

—Deja en paz a la pobre niña —dice una voz desde el salón: papá. Amy cruza la estancia y lo besa en la mejilla. Yo me quedo indecisa en el umbral—. Entra, Kyla. Siéntate. Cuéntame cómo ha ido tu día y yo te contaré cómo ha ido el mío.

De modo que intercambiamos historias. Y él parece tan interesado por mi corte en la mano, la visita de la enfermera Penny y el paseo como yo lo estoy por su relato.

Mi padre trabaja con ordenadores. Viaja mucho, instalando y probando nuevos sistemas. Está a punto de marcharse y no regresará hasta el sábado, dentro de cinco días. Me cuenta cosas sobre su familia, como que tiene dos hermanas, una de las cuales vendrá el sábado con su hijo para que yo los conozca. La otra vive lejos, en Escocia, y a lo mejor vamos a visitarla en verano. Mi madre, sin embargo, es hija única; sus padres murieron hace mucho en un accidente de tráfico. Ella solo tenía quince años cuando ocurrió.

Por la noche, cuando Amy y yo subimos a acostarnos, saco de su escondite el dibujo que he hecho hoy.

—Amy, esta es la doctora Lysander —le digo, levantándolo—. ¿Por qué te ha sorprendido tanto que la conozca?

—¡Da miedo! —exclama, cogiendo la hoja.

—Puede darlo, pero a veces no está mal —replico, encogiéndome de hombros.

—Me encantaría trabajar con ella cuando sea enfermera; es asombrosa.

—¿Por qué?

—¿No lo sabes? Ella lo empezó todo. La reiniciación es un invento suyo. Lo aprendimos en clase de Ciencias.



Miro el dibujo, esos ojos turbios que me devuelven la mirada. No sabía nada de eso. ¿O sí lo sabía? Todo el mundo respetaba a la doctora Lysander; se apartaban de su camino a toda prisa. En el hospital, a todos los reiniciados se les asignaba un doctor, y ella era la mía. Pero ahora que me paro a pensarlo, nunca había nadie conmigo en la sala de espera de su despacho. Nadie que yo conociese iba a verla. Si la doctora Lysander es tan importante, ¿por qué se interesaría por mí?

En la escuela del hospital nos enseñaron lo básico sobre la técnica de la reiniciación. Todos éramos criminales a los que se sentenció a la reiniciación — borrado de memoria y personalidad — para que pudiéramos empezar de cero. El levo garantiza que todo funcione, hasta que nos lo quitan en el aniversario de nuestra reiniciación, en el año en que cumplimos veintiuno. De modo que la reiniciación es una segunda oportunidad, por lo que deberíamos sentirnos agradecidos; nos libra de la cárcel o de una sentencia de muerte.

Pero si estuvieras en la cárcel, al menos sabrías quién eres. Desde luego, ese no es el caso de la condena a muerte, si es que hubieras hecho algo lo bastante malo para justificar esa pena.

Me muerdo un labio.

—¿Nunca has querido saberlo? —le pregunto a Amy.

—¿El qué?

—Por qué te reiniciaron.

—No. Si el pasado es insoportable, ¿por qué querría soportarlo? —Yo me encojo de hombros y pienso: «Porque es mío»—. En cualquier caso, eso resuelve el misterio de lo que les sucedió a tus dibujos.

—Ah, ¿sí?

—Seguridad debió de quitártelos antes de que abandonaras el hospital. No querrán que nadie conozca el aspecto de quienes trabajan allí, ni dónde están las cosas. Es demasiado peligroso.

Susurros oídos en la distancia se mezclan en mi mente: fragmentos de conversaciones, rumores y lejanos ruidos estridentes por la noche. Guardias y torres. Edificios quemados.

—¿Terroristas?

—Exacto.

Amy apaga la luz. Pronto, su respiración regular me dice que se ha dormido. *Sebastian* se ovilla junto a mi costado.

Vaya... Así que la doctora Lysander es importante y me han quitado mis dibujos para mantener su rostro oculto al resto del mundo. Y hoy he vuelto a dibujarla. Quizá debería esconderlo mejor esta vez. Este retrato es el más logrado de todos los que he hecho.

Incluso aunque he usado la mano incorrecta.

*Estoy en un lugar pequeño, a solas.*

*El bosque me rodea. Está oscuro, pero tengo una linterna en la mano derecha.*

*Estoy sentada en el suelo con las piernas cruzadas y siento hambre; esto está frío y húmedo. Tengo las piernas entumecidas y no hay espacio para estirarlas, aunque no me importa. Las páginas están sobre mis rodillas, encima de un trozo de madera que las mantiene planas. El lápiz vuela sobre el papel, con una danza mágica que es solo mía. Estoy creando un sitio imaginario muy lejos de este, en distancia y en tiempo; un sitio en el que anhelo estar.*

*Tan absorta que, al principio, no oigo los pasos que bajan por la escalera por encima de mi cabeza. Apago la linterna y contengo la respiración.*

*Los pasos se detienen al pie de la escalera; pausa. Luego se oyen de nuevo, cada vez más cerca de mi lugar secreto. Debería hacer algo, cualquier cosa, pero estoy paralizada como una piedra.*

*Una luz se enciende en mi cara. Me ciega.*

*—Aquí estás. —No digo nada. Él puede verlo todo; los dibujos, el lápiz, la mano que lo sujeta—. ¡Levántate! —me espeta. Salgo de mi refugio a duras penas; la luz me deslumbra todavía—. Ya conoces las razones; sabes lo importante que es esto. Y, aun así, desobedeces.*

*—Lo lamento. No volveré a hacerlo. No lo haré. Lo prometo.*

*—Ya basta de promesas. No se puede confiar en ti. —Su voz está cargada de pesadumbre, de tristeza incluso—. Dame tu mano izquierda —me ordena, y como no le obedezco, me la coge—. Tienes que aprender. Lo siento.*

*Y casi creo que es sincero mientras me aplasta los dedos, uno por uno, con un ladrillo.*

Un dolor atroz me atraviesa los ojos, retorciéndose como la hoja de un cuchillo.

Noto un sabor metálico y amargo debajo de la lengua. Toso.

— Está volviendo en sí.

Una voz masculina. ¿Quién es?

Intento abrir los ojos, pero me arden como si el sol hubiera caído del cielo. Gimo.

— ¿Kyla? — Una mano toca la mía. Amy—. Apaga la luz — pide ella. La luz se apaga, y yo bizqueo entornando los ojos—. Ya estás aquí — dice con una sonrisa.

Estoy en el suelo. Trato de incorporarme.

— No te muevas todavía — me ordena la voz masculina, y giro los ojos hacia ella.

¿Un enfermero? Y hay alguien más. Mamá, blanca como el papel, está en el umbral.

Me devuelven a la cama mientras Amy sujeta una bolsa de suero intravenoso. Uno de ellos la cuelga en lo alto y el otro le inyecta algo, algo cálido que se desliza por mis venas y empieza a mitigar el dolor. Se me cierran los ojos.

Las voces se mezclan y van apagándose.

— ¿Una pesadilla le ha hecho eso?

Incredulidad.

— Podría haber muerto...

— Que se quede en cama un día o dos...

—Gestión del dolor...

—Si Amy no se hubiera despertado cuando se ha caído al suelo, podría haber muerto...

«Última oportunidad».

—¿Por lo menos puedo leer un libro?

—No. Se supone que tienes que descansar —me contesta mamá, y se cruza de brazos.

—Puedo descansar y leer.

—No.

—En el hospital me dejarían —miento.

—No estás en el hospital, sino a mi cargo, y vas a descansar. Duérmete — insiste, y se marcha de nuevo, echando a *Sebastian* de la habitación y cerrando la puerta.

Puedo convencerme a mí misma de que tiene buena intención, pero cuesta descansar con alguien asomándose cada dos minutos para comprobar que estás descansando.

Cierro los ojos. Todavía siento como si estuvieran aplastándome la cabeza en un torno, pero es mucho mejor que esta mañana, cuando incluso el ronroneo de *Sebastian* vibraba por mi cráneo como si fuera un tambor, y he tenido que pedir que se lo llevaran. Sin embargo, todavía me da miedo dormir. Temo que ese sueño vuelva a encontrarme. Ahora que se ha pasado el efecto de la inyección, podría suceder cualquier cosa.

En el hospital, mis pesadillas eran aterradoras aunque vagas. La mayor parte de las veces no recordaba casi nada, tan solo me despertaba gritando. A menudo estaba huyendo de algo, sin saber de qué.

Pero esta ha sido diferente. La recuerdo tan vívidamente como si estuviera reproduciéndose de nuevo ante mis ojos, ahora mismo, una y otra vez. Puedo sentir el dolor, ver mis dedos rotos y ensangrentados. Es de lo más real. Real como un recuerdo grabado, crudo y claro; de esos tan espantosos que nunca puedes olvidar, sin importar cuánto lo intentes. Pero se supone que no tengo recuerdos... Es como si dibujar con la mano izquierda los hubiera devuelto a la superficie desde

un lugar oculto.

¿Quién es él? ¿Es real o solo una criatura de pesadilla que habita en mi mente? En el sueño nunca le veo la cara. Primero me ciega la luz, y luego no veo nada por culpa del dolor y las lágrimas. Pero el propio sueño lo conocía, incluso reconocía sus pasos.

Una cosa es segura. Si él es real, no quiero saberlo.

—¿Hmmm?

—Perdona. ¿Te he despertado? —me pregunta Amy.

Lo cierto es que estaba dormida; en un lugar negro y silencioso, sin sueños y tranquilo. Quizá no se me haya pasado el efecto de los sedantes.

—Da igual. Estoy harta de estar en la cama. ¿Puedo levantarme?

Amy niega con la cabeza.

—Mamá no te dejará. Los de la ambulancia dijeron que tenías que pasar todo el día en cama. Ella siempre sigue las indicaciones al pie de la letra, tanto si las cree como si no.

—Qué aburrida estoy.

—Pobrecita. ¿Cómo tienes la cabeza?

—No demasiado bien.

—¿Te traigo algo? ¿Tienes hambre?

—No. —Amy se gira para marcharse—. Espera —le pido—. Podrías hacer una cosa por mí.

—Dime.

—Mi cuaderno de dibujo. Mamá se lo ha llevado.

Amy vacila, y luego va a su habitación y vuelve.

—¿Esto te sirve?

Me tiende un pequeño bloc de notas negro y un lápiz.

—Es perfecto. Gracias.

—Tenlo bien escondido —me aconseja, guiñándome un ojo.

Yo me incorporo con la ayuda de las almohadas y me coloco dándole la espalda a la puerta para que mi cuerpo tape el bloc. Y aguzo el oído por si capto el menor crujido que pueda indicar que mi madre está subiendo por las escaleras.

Pero con el reconfortante sonido del lápiz sobre el papel, estoy cada vez más absorta. Escapo de mí misma, del sueño, de todo.

Soy otra persona.

—Menos mal que soy yo —oigo de repente, y pego un salto. Amy cierra la puerta y deja una bandeja con sopa en la mesilla que hay al lado de la cama—. ¿Qué estás dibujando? —Se lo enseño. Mitad mamá y mitad dragón, en una variedad de poses: exhalando fuego, volando sobre la casa. Amy se echa a reír—. No dejes que los vea. Tendremos que esconder esto y... —Se interrumpe y me mira la mano frunciendo el entrecejo. Mi mano izquierda, con el lápiz en ristre. El miedo se cuele en mi estómago—. Pensaba que eras diestra. Cuando hiciste mi retrato, usaste la mano derecha.

—¡Y lo soy! Estaba dibujando con la derecha. Solo he cambiado el lápiz de mano para pasarte el bloc.

—Oh, lo siento. Claro —añade, y sonrío de nuevo. Mi levo vibra: 4.6—. ¿Chocolate?

—*Sebastian* —respondo después de negar con la cabeza.

Amy sale de la habitación y al cabo de un instante regresa con el gato, al que deja caer en mi regazo. Él maúlla, indignado por no haber podido entrar en todo el día. Lo acaricio, y se tumba a mi lado ronroneando. Amasa mi costado con las zarpas a través de la colcha, metiendo y sacando las uñas.

—¿Comerás algo? —me pregunta Amy.

—Dentro de un rato.



En cuanto mis niveles vuelven al 5, mi hermana se marcha a ver la tele en la planta baja. Yo me abrazo con tanta fuerza a *Sebastian*, que él se retuerce y protesta hasta que aflojo la presión.

¿Por qué he mentido?

En ese momento tenía miedo. ¿De Amy? Eso es una locura. Pero el miedo estaba ahí y era real. Como si Amy también pudiera ser alguien que blande un ladrillo...

Levanto mi mano izquierda. La giro de un lado a otro. Los dedos están enteros y perfectos; no hay cicatrices. Casi puedo convencerme de que nunca ocurrió algo así, de que mi subconsciente se lo ha inventado todo. Darme cuenta de que dibujo mejor con la mano izquierda puede haber sido el detonante del sueño. No puede ser un recuerdo. Me han reiniciado. No tengo recuerdos.

Pero, de algún modo, una angustiosa certeza se aposenta en mi pecho como un peso aplastante, impidiéndome respirar bien. En mi interior gritan todos los instintos de supervivencia, y no voy a ignorarlos.

Nadie debe saberlo.

—¡Escuchadme todos! ¡Hoy tenemos un nuevo miembro! —anuncia Penny, la enfermera, y su voz es casi lo bastante estridente como para competir con el suéter amarillo que lleva. Esos «todos» son una docena, más o menos, de reiniciados como yo, procedentes de los pueblos de los alrededores, que están sentados en círculo en una sala de techo alto llena de corrientes de aire. Penny me da un empujoncito y añade—: Venga. Preséntate y toma asiento.

—Hola, soy Kyla —digo. Luego cojo una silla de un rincón y me uno al círculo.

Los demás sonrían, a mí y entre sí; la mayoría son varios años más jóvenes que yo. Excepto una chica, que debe de tener mi edad, que está sentada con los brazos cruzados y mirando la oscuridad que se cuele por la ventana.

Qué alegría. Primer día de grupo. Justo lo que necesitaba con este dolor de cabeza, debido al desmayo, que todavía me pesa detrás de los párpados. Suele tardar dos o tres días en desaparecer. Mamá ha dicho que quizá podría dejar la reunión de grupo para la semana que viene, pero he decidido que me sentía lo bastante bien para asistir esta tarde. Por lo menos así he conseguido salir de casa. Además, no tiene sentido posponerlo: será todos los jueves a las siete, hasta nuevo aviso. Amy ya no tiene que acudir, así que doy por supuesto que «hasta nuevo aviso» significa hasta que estén convencidos de que ya no necesitas supervisión constante.

En el hospital también teníamos terapia de grupo, así que sé de qué va la historia. En teoría hemos de hablar sobre nuestros sentimientos en un «ambiente de apoyo y sin críticas», pero lo cierto es que nos suelen decir lo que supuestamente debemos sentir.

Penny se cruza de brazos y pregunta:

—¿Alguien se acuerda de qué tenéis que hacer ahora?

Se miran unos a otros, en silencio.

Esto es penoso.

Hasta que, por fin, la chica mayor deja de mirar por la ventana y pone los ojos en blanco.

—Venga, pedazo de plastas, presentaos antes de que todos nos muramos de viejos. Estar aquí es como observar cómo se seca una pared recién pintada...

Noto cómo se me dilatan los ojos junto con los demás del círculo. Esa chica ha dicho, en voz alta y clara, la clase de cosas que yo digo para mis adentros. ¿Cómo se ha atrevido?

Penny frunce el entrecejo.

—Gracias por aclarárnoslo. Quizá no te importe empezar.

—En absoluto. Hola, querida Kyla; yo soy Tori. Bienvenida a nuestro feliz grupo.

Los demás comienzan a corear sus nombres, uno detrás de otro. Sonriendo. Ajenos al sarcasmo que rebosaba la voz de Tori. Todos excepto Penny, por supuesto, que sigue mirándola ceñuda.

Una vez terminadas las presentaciones, Penny mira el reloj de pared: las siete y diez.

—Bueno, supongo que será mejor...

Sin embargo, entonces se abre la puerta del fondo.

—Siento llegar tarde —anuncia una voz masculina.

Me giro justo mientras arrastran una silla por el suelo; Tori está empujando la suya para dejar sitio al recién llegado, que se sienta junto a ella.

Penny finge ponerse seria.

—Debes aprender a ser puntual, Ben. ¿Cómo ha ido el entrenamiento?

—Bien, gracias —responde él, sonriendo.

Cuando Penny le devuelve la sonrisa, lo sé sin sombra de duda: es su ojito derecho. Ben no está nada preocupado por el retraso, y la enfermera tampoco.

Es su favorito, y no me extraña. Es evidente que a Ben lo reiniciaron hace mucho más tiempo que a ninguno de los que estamos aquí, a excepción, quizá, de Tori. Su sonrisa es más auténtica que aturdida; es una sonrisa que te gustaría devolver. Penny ha dicho «entrenamiento»: Ben lleva pantalón corto, aunque la tarde es fresca, y una camiseta de manga larga que se ciñe a su espalda y sus hombros, y sus piernas están bien musculadas. Su piel, de un bronceado claro, dice que pasa mucho tiempo al aire libre. Y Tori está esbozando su primera sonrisa real de la tarde. Le transforma la cara: está preciosa.

—Hola. ¿Tú eres la nueva? Yo soy Ben —se presenta él, y me doy cuenta de que estaba contemplándolo sin pestañear, así que me ruborizo.

—¿Kyla? —inquire Penny, y me sobresalto.

Tori pone los ojos en blanco.

—Sí, Ben, te has perdido las presentaciones. Ben, esta es Kyla; Kyla, este es Ben.

—Bienvenida —me dice él, y sonrío mirándome directamente a los ojos.

—Gracias —le contesto, bajando la vista hacia mis pies.

—¿Podemos empezar, entonces? —pregunta Penny. Observa todas las caras del círculo y se detiene en la mía—. Kyla, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué estamos todos aquí?

Yo me quedo mirándola como si no entendiera.

La respuesta que se me ocurre —«porque tenemos que estar aquí»— podría ser objetiva, pero no es la correcta. En el grupo del hospital descubrí que, aunque se supone que este es un lugar seguro donde puedes decir cualquier cosa, es mejor no ser demasiado sincero. Un exceso de sinceridad me llevó varias veces ante la doctora Lysander, para que me realizara unos ajustes en el cerebro que me dejaban exhausta y atontada durante días.

Sonrío de oreja a oreja y no digo nada. Las enfermeras suelen morder el anzuelo si no me conocen demasiado.

—Kyla, estamos aquí para apoyarnos mutuamente en la transición del hospital a la familia y la sociedad —recita Penny, respondiendo a su propia

pregunta—. Ahora dime, ¿por qué estabas en el hospital? —añade, y esboza una sonrisa radiante.

Esto es más interesante. Es decir, sé lo que me hicieron en términos generales. Eliminaron las sinapsis y las conexiones de mi cerebro que me conformaban, a mí, mi personalidad, mis recuerdos. Y recuerdo la razón habitual por la que se realiza la reiniciación: la más común es el peligro para uno mismo o para la sociedad. Pero no sé por qué lo hicieron en mi caso concreto. ¿Constará en los informes de Penny?

—¿Y bien, Kyla? —insiste ella.

—Dígame usted.

Tori levanta la vista y clava sus ojos en los míos. En los suyos hay interés y diversión.

Penny frunce el entrecejo. He estado en bastantes reuniones como esta para saber que no obtendré verdaderas respuestas. Antes de que la enfermera pueda reaccionar, Ben me salva levantando una mano.

—Se nos ofrece un nuevo comienzo —declara.

Vuelve a mirarme, y siento una conmoción, un reconocimiento: ojos de un marrón líquido, pelo oscuro y peinado hacia atrás que se ondula al pasar las orejas... Todo, de algún modo, me resulta familiar, como si ya lo conociera, pero me obligo a reaccionar y a separar la vista.

—Exacto —aprueba Penny—. Y ahora vamos a seguir donde nos quedamos la semana pasada. ¿Alguien recuerda de qué estábamos hablando, para contárselo a Kyla? —Mira a su alrededor, aunque nadie interviene—. Estábamos hablando de mantener nuestros niveles. ¿Cómo estáis en este momento? —Obedientemente, lo comprobamos y lo decimos en voz alta. Yo soy la que está más baja: 4.8. Penny parece preocupada—. ¿Cuáles son tus estrategias?

—¿A qué se refiere?

—A cuando descienden tus niveles. ¿Qué haces para que vuelvan a subir?

—Comer un poco de chocolate. Dejarme abrazar. O, últimamente, acariciar al gato.

—Todo eso son cosas externas que hacen que te sientas mejor. ¿Qué hay de lo que está dentro de ti? —Bueno, quizá vayamos a aprender algo realmente útil hoy—. ¿A qué nivel aspiramos? —inquire Penny, dirigiéndose al grupo.

Se inicia un debate, y yo desconecto. Ya lo he oído muchas veces.

El equilibrio está entre 5 y 6.

10 es felicidad completa; 1 es una ira que podría matarte o una pena tan negra que no puedes moverte. Si bajas de 3, te encaminas hacia un estado de inconsciencia: el levo apaga el implante que tienes en el cerebro y pierdes el conocimiento, como me ocurrió la otra noche. En caso de que haya oculto algún impulso violento que se le escapó a la reiniciación, si consigues bajar de 2 sin desmayarte, se produce algo más que un apagón, algo más parecido a una barbacoa. Hay espasmos y convulsiones, y si logras superarlo todo, serás un idiota babeante.

Penny examina los documentos de su portátil, chasqueando la lengua.

—Veo que tienes un historial de pesadillas y desvanecimientos. Veamos si podemos ayudar a Kyla con estrategias. ¿Chicos?

Da la impresión de que no conoce el nombre de nadie. ¿Es que no sabe que ni siquiera los reiniciados responden a la palabra «chicos»?

Señala a uno tras otro en busca de respuestas, y yo las escucho, interesada a mi pesar.

Hay una serie de sugerencias, algunas de las cuales ya uso.

Distracción: concentrarse en otra cosa. Repetir horarios, contar baldosas del suelo. Ben corre; esa ya la conozco. Yo solía pasar horas en la cinta del gimnasio del hospital, hasta que los sentimientos se desvanecían y lo único que existía era el golpeteo de mis pies. O mi otra versión: organizar lo desconocido en rostros hechos de líneas y sombras. Dibujar mapas de pasillos y puertas, y todo lo que hubiese en medio, para crear límites. ¿Será por eso por lo que lo hago?

Visualización: ir a otro lugar mentalmente, a un «sitio feliz», en la expresión de Penny.

Transferencia: poner tus sentimientos en otra persona.

Disociación: transformarte en otra persona, dejar atrás tus sentimientos.

Estoy convirtiéndome en una experta en eso.

¿Acaso no lo estamos haciendo todos?

Más tarde, Penny nos pide que nos dividamos en pequeños grupos para practicar conversación. El tema de hoy: nuestras familias.

Y todos empiezan a mover sus sillas juntándose en grupos de dos o tres, sin discusión: todo el mundo sabe a qué lugar pertenece. Yo vacilo, indecisa sobre qué hacer, y pego un salto cuando una cálida mano se posa en uno de mis hombros. Es Ben, que se inclina hacia mí.

—¿Te unes a nosotros? —me pregunta, sonriendo, y yo me quedo mirando sus ojos sin pestañear. Desde tan cerca, distingo unas cálidas motas doradas mezcladas con el color marrón de sus iris; sería todo un reto pintarlos, conseguir la mezcla correcta de colores y... Una expresión risueña le cruza la cara—. ¿Y bien?

—De acuerdo —respondo, y me levanto.

Ben me quita la mano del hombro, coge mi silla para ponerla al lado de la de Tori, y luego se sienta frente a nosotras.

Tori entrecierra los ojos. Empieza a decir algo, pero se detiene cuando Penny se nos acerca.

Pronto me entero de que el padre de Ben es profesor y de que su madre es artista y trabaja en el taller que ha montado en el antiguo establo de la casa. El padre de Tori es concejal en Londres, y ella vive con su madre en el campo. Su padre solo está en casa los fines de semana, y por la manera en que lo dice, tengo la sensación de que a ella le parece algo bueno. Los dos tienen diecisiete años, uno más que yo, y conocen a Amy del colegio. El mismo colegio al que yo iré en cuanto me lo permitan.

—Bueno, ¿y de dónde vienes tú en realidad? —me pregunta Tori en cuanto Penny se aleja para comprobar cómo va el siguiente grupo y ya no puede oírla.

—¿Qué quieres decir?

—Que dónde estabas antes de aquí.

—En el hospital. Salí el domingo pasado.

—No te creo —me espeta.

—Tori, no seas borde —la interrumpe Ben.

Ella esboza una sonrisita de suficiencia y replica:

—Por cómo habla, es imposible que acaben de soltarla. Lo sabes tan bien como yo. Nosotros salimos hace más de tres años; ya sabes cómo son los nuevos.

—He estado en el hospital más tiempo de lo habitual —le explico—. Porque tenía pesadillas.

—¿Cuánto tiempo?

—Nueve meses, o eso me dijeron.

—Aun así. Eres diferente.

Quiero protestar, llevarle la contraria. Entreabro la boca, pero vuelvo a cerrarla. Ahí está la prueba. La mayoría de los reiniciados se limitan a sonreír y coincidir con cualquier cosa que les digan. ¿De qué sirve negar lo que es tan evidentemente cierto?

Me encojo de hombros.

—¿Y qué si lo soy?

—¡Ajá! —exclama Tori.

Ben se inclina sobre mí y me mira a los ojos con interés.

—¿Qué tiene de malo ser diferente?

Tori frunce el entrecejo, pero entonces Ben le da un abrazo y el ceño desaparece.

—¿Quieres quedar con nosotros el domingo? —me pregunta Ben, con el brazo todavía sobre el hombro de Tori—. Vamos a ir a la feria del condado.

Tori parece sorprendida y molesta a la vez.



—No lo sé —contesto—. Tendré que pedir permiso.

—Claro. Lo que tú digas —tercia Tori, poniendo los ojos en blanco.

Y tengo la inequívoca impresión de que si quiero llevarme bien con ella, tendré que mantener las distancias con Ben. Y, de algún modo, creo que no es eso lo que quiero hacer.

Penny me acorrala cuando todos están saliendo.

—Kyla, quédate un momento. Quiero hablar contigo a solas. —Espera hasta que se marcha el último y se sienta a mi lado—. Sé que te desmayaste hace unas noches. Tengo que revisar tu levo. —Saca un escáner de mano, como los del hospital pero más pequeño, y lo conecta a su ordenador. Lo coloca sobre mi levo, y por la pantalla del portátil relampaguean gráficos—. Oh, Dios mío.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Míralo tú misma, Kyla. —Da un toque a la pantalla para seleccionar un gráfico marcado 15/09. Toda una sección, la de las primeras horas del martes por la mañana, está en rojo. Penny toca los puntos y aparecen unos números—. Kyla, estabas en 2.3. Demasiado cerca. ¿Qué sucedió? —Me quedo mirándola boquiabierta. Estuve a apenas 0.3 de no despertar jamás. Se me revuelve el estómago—. ¿Y bien? —insiste.

—No lo sé. Tuve una pesadilla; eso es todo. No me desperté. Lo siguiente que recuerdo es que los técnicos de emergencias estaban allí, inyectándome el jugo feliz. Todavía tengo un dolor de cabeza que lo demuestra.

—Ya sabes que el levo no se ve afectado por los sueños. Es de cuando despiertas después de tenerlos.

Me encojo de hombros.

—No recuerdo haberme despertado.

—¿De qué iba el sueño?

—No me acuerdo —miento.

Penny suspira.

—Solo quiero ayudarte, Kyla. No tienes revisión en el hospital hasta dentro de dos fines de semana, aunque quizá deberíamos adelantarla a este.

—¡No! Solo necesito... —¿Cómo lo expreso en la terminología amable de las enfermeras?—. Solo necesito... distracción, ocupar mi mente y mi tiempo. ¿Puedo empezar ya en el colegio? Por favor.

Se inclina y me mira a los ojos como si buscara algo.

—Es demasiado pronto. Primero debes acostumbrarte a las cosas de tu casa. Y...

—Por favor.

No digo lo que estoy pensando: que lo que me preocupa es estar todo el día en casa con mamá (el dragón). Estos últimos días en cama, con ella y con *Sebastian* como única compañía, han hecho que incluso mis pesadillas me parecieran buenas.

—La distracción es algo bueno, pero también necesitas redirección. Te daré unos ejercicios, ¿de acuerdo? Si los haces..., si los haces de verdad y lo intentas con todas tus fuerzas..., entonces te llevaremos al colegio la próxima semana, ¿hecho? —dice, tendiéndome una mano.

Le sostengo la mirada. Hoy es jueves; el lunes está a solo cuatro días de distancia.

—Muy bien. Hecho —acepto, y le estrecho la mano.

En ese momento Amy se asoma por el fondo de la sala; seguramente la han mandado a averiguar por qué no he salido aún.

Penny la ve y la llama.

—¡Amy, entra! Puedes ayudarnos.

Pronto me tienen visualizando un «sitio feliz». Escojo mi lugar soñado: verde, con flores y árboles, donde estoy tumbada viendo pasar las nubes por el cielo. Cada vez que esté inquieta o asustada, debo ir hasta allí mentalmente. Hasta que se vuelva algo automático.

Qué fácil, ¿no?



—¿Seguro que vas a poder vigilarlos a los dos? —pregunta mamá, girándose desde la puerta.

—Sí, ya te lo he dicho —le contesta Amy, un poco harta—. Marchaos.

Yo no estoy tan convencida de esto. El griterío se me está metiendo en la cabeza. ¿Cómo puede alguien tan pequeño hacer tanto ruido? No para de chillar «¡Mami!».

La puerta se cierra, y veo por la ventana cómo papá y mamá echan a andar por la carretera, de camino al *pub*, acompañados de la hermana pequeña de papá, nuestra tía Stacey, que parece inmune a los alaridos de su hijo.

Amy se inclina sobre él y le dice:

—Robert, ¿quieres una galleta?

A él le tiembla la boca. Amy alarga los brazos y el crío la mira con una expresión indecisa en la cara surcada de lágrimas. Amy lo levanta y lo lleva a la cocina. Al cabo de unos segundos, Robert está riendo como un tonto y mascando galletas en el suelo.

—¿Cómo pasa de los gritos a la risa en un minuto? —comento.

—No es más que un bebé; es fácil de distraer.

*Sebastian* entra con calma, ve a Robert y se pone fuera de su alcance saltando a la encimera.

—¿Gatito? —El crío lo señala—. ¡Gatito!

Suelta la galleta y se levanta agarrándose a las patas de una silla, sin dejar de apuntar a *Sebastian*. Da unos pocos pasos y luego cae de culo; parece desconcertado y se le contrae la cara.

—¡No te ha pasado nada, Robert! —exclama Amy, levantándolo del suelo para que alcance a *Sebastian*, que parece resignado—. Acaricia bien al gatito, así.

Y le enseña cómo, prácticamente igual que hizo conmigo el primer día que pasé aquí.

Una hora más tarde, Robert empieza a frotarse los ojos y se queda dormido entre los brazos de Amy.

—¿Té? —me pregunta ella, y yo me levanto a llenar la tetera y ponerla sobre el fuego.

Amy se gira en su asiento y veo cómo me observa. Como ha dicho mamá: está vigilándonos a los dos. Como si yo pudiera quemarme la mano en el fogón, o tambalearme y caer de culo como Robert.

Penny le dijo a mi madre que soy como una niña pequeña. Pero mira a Robert: no aprende tan deprisa como yo. Ni siquiera ha sabido acariciar al gato como es debido. Amy dice que lleva semanas dando sus primeros pasos, y, aun así, sigue cayéndose; tiene un año, pero apenas sabe hablar.

Cuando me reiniciaron, en unas pocas semanas fui capaz de andar sin tambalearme. Hablaba formando frases completas días después de pronunciar mis primeras palabras. Era más rápida que muchos, es cierto, pero incluso los más lentos pueden mantener una conversación básica en un mes o dos.

Mis recuerdos se han esfumado, aunque algunas partes de mí recuerdan. Mi cuerpo, mis músculos. Como mi mano izquierda con un lápiz. Supo qué hacer con él en cuanto lo puse ahí. Así que no es lo mismo que empezar de cero, en absoluto. Es más como si, con el desencadenante correcto, pudieras hacer cosas que has olvidado. ¿Quién sabe qué más soy capaz de hacer?

Pongo las tazas de té en la mesa y me siento.

—Ay, se me está durmiendo el brazo —se queja Amy—. ¿Puedes sujetarle la cabeza? —Me hace una seña, y yo paso las manos por debajo de Robert mientras ella cambia de posición en la silla. El crío no se despierta—. Gracias. Es una monada, ¿verdad?

Yo me encojo de hombros, no demasiado convencida.

—Es demasiado escandaloso cuando está despierto. Me gusta más ahora.

—Es cierto. Hay que ver cómo aullaba llamando a su madre.

—La tía Stacey no parecía muy preocupada por dejarlo; ella y mamá prácticamente han salido corriendo.

—Sí. A mamá le resulta difícil tenerlo cerca.

Yo también me he dado cuenta de eso, y no solo por las cosas obvias, como que el bebé chillara antes de que se fueran porque necesitaba que le cambiaran el pañal. Mamá parecía querer poner distancia entre ella y él lo más pronto posible; es ella quien ha propuesto ir al *pub*, dejándonos a nosotros tres en casa.

—¿Por qué? —le pregunto a Amy.

—No estoy segura de si debería decírtelo.

—¿El qué? Cuéntamelo.

Amy se queda mirándome, y al cabo asiente.

—Vale, pero esto es un secreto de familia. No puedes contárselo a nadie que conozcas.

—De acuerdo.

—La tía Stacey me lo contó la primavera pasada, cuando estuve haciendo de niñera con Robert. Mamá no sabe que lo sé. Antes de que papá y mamá estuvieran juntos, ella estaba con otro hombre, con el que tuvo un hijo llamado Robert. Rompieron cuando el niño era pequeño. Por aquel entonces, Stacey y mamá eran amigas, y así es como ella conoció a papá. Después de que se casaran, Robert murió. Y, en su honor, Stacey le puso Robert a su hijo. Tenía buena intención, pero yo creo que cada vez que mamá lo ve, piensa en su hijo muerto.

—¡Qué horror!

Se me forma un nudo en la garganta. Primero sus padres cuando tenía quince años; más tarde, también su hijo. No es de extrañar que sea todo un dragón.

—Sé que mamá puede ser difícil, pero tiene sus razones —comenta Amy.

—¿Alguna vez habla de su Robert?

—Nunca. Conmigo no, al menos.

Me quedo mirando a Amy, confundida. Mi madre es una contradicción. Toda ella está en la superficie y, sin embargo, oculta todo eso en su interior.

—No la entiendo —confieso al fin.

—Míralo de esta manera: te llevarás mejor con mamá si hablas con franqueza, como hace ella. Así es como funciona.

Pronto oímos voces y pasos en el exterior.

Amy se lleva un dedo a los labios, y yo asiento.

Se abre la puerta principal y, al cabo de unos instantes, mamá y la tía Stacey entran en la cocina.

—¡Aquí está mi niño! —exclama la tía Stacey, y parece como si lo hubiera echado de menos.

Lo toma de brazos de Amy y no tarda mucho en despedirse.

—¿Dónde está papá? —pregunta mi hermana.

—Ha recibido una llamada; una emergencia en el trabajo —responde mi madre, poniendo los ojos en blanco—. Se ha marchado en mitad de la comida. — Luego empieza a barrer los trozos de galleta que Robert ha dejado por el suelo; *Sebastian* reaparece por la gatera y se restriega contra sus tobillos—. ¿Ya es la hora de comer para *Sebastian*? —pregunta, y se dispone a sacar una lata de la alacena. Entonces se fija en los restos de nuestra comida y el té, sobre la encimera—. No os habríais muerto por lavar los platos, ¿no os parece? —nos espeta.

Yo me estremezco, y estoy a un pelo de levantarme de inmediato y empezar a fregar. Mamá se plantará a mi lado para decirme qué hago mal. Pero entonces, una voz en mi interior me susurra: «Dile lo que piensas».

—Hemos estado demasiado ocupadas cuidando de Robert para lavar los platos —replico.

Mi madre se gira hacia mí con expresión sorprendida. Luego asiente.

—Vale, está bien. Menudos berrinches le dan, ¿eh? Me alegro de que vosotras no vinierais con pañales —dice, y se echa a reír.

Yo me río con ella, y Amy me guiña un ojo con aprobación cuando ella no la ve. Preparamos la cena las tres juntas y, por primera vez, me siento casi relajada en presencia de mamá.

Bastante más tarde, cuando ya hemos dado las buenas noches y nos dirigimos a las escaleras, Amy se da la vuelta.

—Casi me olvido de preguntártelo. Mamá, ¿podemos ir mañana a la feria de Thame?

La feria: ¿no es eso lo que propuso Ben? Que fuera con él y con Tori. Me giro en redondo y veo que mi madre baja el libro que está leyendo.

—¿Con quién?

—Va a ir todo el mundo. Ya sabes: Debs, Chloe, Jazz; todo el mundo.

Mamá entorna los ojos.

—Bueno, mientras «todo el mundo» se reduzca a eso, no veo por qué no. Pero os llevaré yo.

—Gracias —dice Amy, aunque su cara refleja otra cosa.

Cuando llegamos al dormitorio, Amy cierra la puerta y comenta, poniendo los ojos en blanco:

—No puedo creer que mamá siga insistiendo en llevarnos. ¡Como si tuviéramos doce años!

—Parecía recelosa.

—¿De qué? —pregunta Amy, y se ríe—. Si te refieres a Jazz, eso es solo la mitad de la historia.

—¿A qué te refieres?

—A Ben, por supuesto —contesta, lanzándome una almohada a la cabeza.

—¿Qué?



—Me lo preguntó ayer en el colegio, si podía sacarte mañana de casa para ir a la feria. Creo que le has causado una gran impresión.

—Oh.

—¿Solo «oh»? Es bastante mono, ¿verdad?

—Supongo.

Desde luego que lo es: mucho más que simplemente mono; pertenece a otra categoría. Y hay algo más en él, una sensación que no acabo de entender, sobre la que quiero saber más. Pero no tiene sentido que me engañe a mí misma estando Tori de por medio.

—Incluso algunas chicas de segundo de bachillerato lo persiguen. Pero yo no he visto que ninguna haya logrado cazarlo.

Me encojo de hombros.

—Creo que está ocupado con Tori.

—Lo dudo. Ella no es su tipo.

—¿Por qué no? Es muy guapa.

Y lo es, especialmente cuando sonrío. Tiene una estructura ósea perfecta y proporcionada, y una larga melena oscura; podría ser modelo, si esa no fuera una de las cosas que no te permiten hacer cuando estás reiniciado.

—Sé que no es su tipo. Tori es una amargada retorcida; Ben es agradable. Resulta obvio.

—Bueno, pues si eso es cierto, ella no lo sabe.

Amy se ríe.

—Entonces es idiota. Pero incluso ella llegará a darse cuenta.

Amy apaga la luz y pronto se queda dormida. Más tarde oigo unos arañazos en la puerta y me levanto a abrir: *Sebastian* maúlla y se sube a mi cama de un salto. Aparte de él, la casa está oscura y en silencio.

El sueño me rehúye. Hay demasiadas cosas que procesar. Todo es complicadísimo; nada es lo que parece en la superficie. Amy comprende a mamá como yo no puedo comprenderla y, aun así, estoy convencida de que se equivoca sobre Ben y Tori. Por mucho que quiera que tenga razón.

Resulta que la feria de Thame es todo un acontecimiento.

Cuando mamá, Amy y yo llegamos por fin, después de avanzar poco a poco en una hilera de tráfico lento a través de laberínticas callejuelas, campos de cultivo y granjas, tropezamos con una larga fila de gente que espera para entrar. Todo el mundo está de muy buen humor, charla y se da empujones mientras avanza despacio. Sin embargo, cuando accedemos a la carpa que cubre la entrada, todo es silencio.

Hay que franquear una barrera de seguridad. Mi madre se muestra sorprendida.

—Esto no estaba el año pasado —dice en voz baja.

Aunque no parece que sea eso lo que ha enmudecido a la multitud. Supervisándolo todo hay varios hombres con traje gris, plantados detrás de la barrera con gesto serio. Examinan a la muchedumbre. Nadie los mira directamente, pero cuando todos se cuidan de posar la vista en cualquier cosa menos en una, resulta evidente qué es lo que hay que observar.

De camino, mi madre me ha explicado que la feria de Thame nació hace siglos, pero que empezó a decaer con el declive de la industria agrícola a principios del siglo XXI, hasta que dejó de celebrarse. Décadas después, con el gran impulso a la agricultura para la autosuficiencia promovido por la Coalición Central, se reinstauraron algunas ferias regionales, y esta es una de las más grandes. Más grande de lo que fue nunca.

Cuando llegamos al principio de la fila, tenemos que pasar la barrera uno a uno. Amy y yo, por supuesto, destacamos con nuestro levo. Nos llevan a un lado, más cerca de los hombres de gris, y nos escanean de los pies a la cabeza.

Sin ninguna razón para el miedo que pueda identificar, empiezan a temblarme las manos. Cuando acaban con nosotras y nos indican que entremos, Amy me coge de la mano y, como se me han aflojado las piernas, casi tiene que llevarme a rastras hasta donde nos espera mamá.

—¿Qué es lo que te pasa? —me pregunta Amy—. Te has quedado blanca como el papel.

Me encojo de hombros y miro mi levo: muestra un 4.6, pero se mantiene ahí ahora que he recordado visualizar «árboles verdes-cielo azul-nubes blancas-árboles verdes-cielo azul-nubes blancas...».

Mamá me mira de soslayo mientras entramos en la feria.

—¿Toda esta multitud es demasiado para ti, Kyla? —inquire, pasándome un brazo por los hombros.

—Estoy bien —le contesto, y con ella a un lado y Amy al otro, pronto lo estoy. Y ya no sé qué es lo que me ha alterado.

Hay gente y animales por todas partes, así que la feria es puro ruido. Intensos olores campestres llenan el aire. Descubro que me siento bastante contenta de estar pegada a mamá, incluso cuando Amy desaparece con sus amigos.

Hay interminables exposiciones y composiciones de fruta, verdura y productos cocinados; artesanía y madera tallada; ganado de todo tipo en corrales y cercados... Mamá parece conocer a casi todo el mundo, y va intercambiando algunas palabras aquí y allí mientras avanzamos.

—¡Kyla, has venido! —exclama de pronto una voz detrás de nosotras.

Al darnos la vuelta, vemos a Ben junto a Tori. La sonrisa de Ben es cálida, pero tiene la mano de Tori alrededor del brazo. «Este chico es mío», está diciendo ella con ese gesto, que él permite.

Mi madre sonrío.

—¡Ben! No te veía desde que Amy dejó de asistir al grupo. Estás mucho más alto.

—Sí, señora Davis.

—Justo a tiempo —dice mamá entonces, saludando a alguien con la mano—. ¿Podrías cuidar de Kyla un rato? Voy a tomar algo con un amigo.

Yo me ruborizo de vergüenza. Ha vuelto a pedirle a alguien que sea mi niñera.

—Por supuesto —responde Ben—. Estábamos pensando en ir a la exhibición ovina, ¿te apetece?

Tori pone los ojos en blanco.

—Oh, genial. Está considerado como el certamen de Miss Mundo para ovejas. Me muero por verlo.

Mamá arquea una ceja.

—Será mejor que tengas cuidado con lo que dices hoy aquí, jovencita —le advierte, y habla tan bajito que cuesta oírla por encima de las voces y el ruido que nos rodea. Luego desaparece con su amigo.

Tori se queda boquiabierta.

—¿Quién se cree que es? —suelta en voz alta, sin hacer caso del «chist» de Ben.

—Si no lo sabes, muchachita, entonces te lo contaré yo —dice de repente un hombre que está detrás de nosotros y que debe de haberlo oído todo—. Esa es Sandra Armstrong-Davis.

—¿Y? —replica Tori, con los brazos en jarras.

—Es la hija de William Adam M. Armstrong.

La expresión de Tori refleja que lo ha entendido, pero yo me he quedado igual.

—¿De qué estaba hablando ese hombre? —pregunto cuando él se aleja.

—¿Es que ni siquiera sabes quién es tu madre? —replica Tori.

Yo miro a Ben, confundida.

—Es la hija del famoso Wam, que no tuvo clemencia y aniquiló a todas las bandas criminales allá por los años veinte de este siglo —me responde él—. Fue el

primer ministro lorder antes de que los terroristas lo mataran con una bomba.

—Pero yo creía que él y su mujer habían muerto en un accidente de tráfico...

Tori se echa a reír.

—Así es, si llamas accidente a que una autopista vuele por los aires.

—¿Te encuentras bien? —inquire Ben, y entrelaza su otro brazo con el mío—. Todo eso sucedió hace muchísimo tiempo. Yo pensaba que ya conocías la historia.

—Sí, estoy bien —miento.

Vamos a la exhibición ovina. Hay un surtido de bonitas ovejas —si es que te van esos rollos— con nombres graciosos, como *Lady Gaga* o *Marilyn Monroe*, que desfilan mientras se ensalzan sus virtudes, y luego se celebra la entrega de premios. Resulta tan absurdo que enseguida todos —incluso Tori— estamos riendo y vitoreando junto con la multitud. Gana *Marilyn*.

Lo siguiente es una demostración de esquileo. Al principio, la oveja se resiste. Luego sus ojos reflejan una certeza: el hombre que la inmoviliza contra el suelo es demasiado fuerte. Ella no puede hacer otra cosa que quedarse quieta mientras unas cuchillas afiladas se pegan a su piel para liberarla de la lana; no tendrá nada para mantenerse caliente durante el invierno, aunque quizá eso no importe si se acerca al final de su vida.

Me pregunto si la oveja estará visualizando su sitio feliz para pasar este trance.

Poco después, Amy y mi madre se reúnen conmigo aquí.

—¿Lista para irnos? —me pregunta mamá, y yo asiento con la cabeza.

Marcharse es más fácil que llegar; no hay controles de seguridad, así que tan solo debemos salir por una portezuela. Sin embargo, a un lado hay unos cuantos hombres de gris, vigilando la salida. Observan las caras, una por una, mientras la gente se marcha. Y como si sufriese una ceguera colectiva, la multitud finge que ellos no existen.

Por la noche me quedo contemplando el techo desde la cama. Amy me ha

confirmado la historia familiar de mamá. ¿Por qué no me la había contado nadie?

Tal vez porque sabían que yo uniría los puntos, al contrario que Amy. Los padres de mamá murieron a manos de terroristas; el trabajo de su padre era localizar y aniquilar a las bandas criminales que casi destruyeron este país, mucho antes de que la reiniciación fuera un tratamiento posible. En aquel entonces se les mataba a todos.

Y, sin embargo, ahora mamá ha adoptado a dos reiniciadas. Dos hijas nuevas que fueron criminales, sin importar qué recuerden ahora. Que pueden haber sido miembros de bandas, terroristas o ambas cosas.

Y me entero justo cuando estaba empezando a sentir que, quizá, al menos parte del tiempo, la entiendo. Y ahora esto... Desde luego, no la comprendo en absoluto.

La otra cosa que me mantiene despierta son esos hombres de gris que todo el mundo simulaba no ver. Me he sentido incapaz de preguntar quiénes eran, pero, por alguna razón, su simple presencia me ha llenado de un pavor frío. Tanto que hasta me costaba moverme. Sin embargo, mi instinto de conservación me ha impulsado a seguir adelante, gritándome: «No hagas que se fijen en ti». ¿Lo habré conseguido? Amy ha tenido que ayudarme a andar de nuevo...

De pronto oigo un leve sonido en el piso de abajo: ¿será *Sebastian*? No está ovillado a mis pies, como de costumbre; quizá me ayude a dormir. Salgo de la cama y bajo por las escaleras.

—¿*Sebastian*? —lo llamo quedamente, y voy hacia la cocina a oscuras, notando el frío del suelo bajo los pies descalzos.

Se me pone la carne de gallina en los brazos y un escalofrío me recorre la columna vertebral.

Me giro al captar un movimiento; no es tanto un sonido como una alteración en el aire provocada por algo que no tiene, en absoluto, ni el tamaño ni la forma de un gato.

La luz me ciega.

Abro la boca para gritar.





—¿Estás segura de que no quieres un té? —me pregunta papá.

—Estoy bien, de verdad —le contesto, y me dirijo hacia la puerta.

—No pretendía asustarte.

Sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos.

Parece muy cansado, como si no hubiera dormido desde que se marchó ayer. También tiene la ropa arrugada, como si no se hubiera cambiado, aunque los pantalones negros y el suéter que lleva no son los mismos con los que se fue.

Para estar tan cansado, se ha movido muy deprisa. Ha cruzado la estancia para taparme rápidamente la boca y ahogar el grito que había empezado a subirme por la garganta, de modo que solo me ha salido un gemido estrangulado.

Me ha soltado en cuanto he dejado de debatirme. En cuanto los ojos se me han acostumbrado lo bastante a la luz para ver que era él.

Ahora parece estar pensando en algo; al cabo de un momento, asiente para sí mismo.

—Siéntate —me ordena, y coloca dos tazas junto a la tetera. Yo obedezco y él prepara el té sin prisas. Me lanza una mirada de vez en cuando. El silencio se extiende a nuestro alrededor, y eso que él suele ser muy hablador—. Tengo curiosidad por saber algunas cosas —dice finalmente.

—¿Como qué?

—En primer lugar, ¿por qué estás levantada?

Me encojo de hombros.

—No podía dormir.

Él remueve su té, parece a punto de preguntar algo más, y luego sacude levemente la cabeza.

—Ya veo. Segunda cuestión: ¿por qué has bajado?

—Estaba buscando a *Sebastian*.

Parece considerar mi respuesta, y después asiente.

—Tercera: ¿por qué te has asustado tanto cuando he encendido la luz? —añade, casi como una afirmación, no como una pregunta.

—No lo sé. Me has sobresaltado —respondo con franqueza. Aunque quizá tenga algo que ver con mi sueño: al deslumbrarme la luz y no poder ver quién era él...

—Di lo que estás pensando —me aconseja, y doy un salto.

—En mi pesadilla del otro día, una luz me ciega, no puedo ver y me asusto de verdad. A lo mejor ha sido por eso —contesto atropelladamente, y me sorprende oírme hablando sobre el sueño del que he comentado a todo el mundo que no recuerdo nada.

—Entonces perdiste el conocimiento, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Y, aun así, a pesar del susto que te acabas de dar, por tonto que sea, no tienes los niveles bajos.

—No.

Mi levo está bastante satisfecho: 5.1.

—Interesante —musita. Hace una pausa, y luego esboza su acostumbrada sonrisa alegre—. Vete a la cama, Kyla. ¿No empiezas mañana en el colegio? Debes descansar un poco.

Subo las escaleras corriendo, aliviada y confundida a la vez. No hemos tocado el té. ¿De qué iba todo esto? He sentido casi como si estuviera en un interrogatorio. Y he respondido a las preguntas de mi padre más de lo que habría creído posible; casi me he sentido obligada a hacerlo. Incluso he estado a punto de contarle cómo me aplastaron los dedos en la pesadilla.

Pero, por alguna razón, me he guardado eso. Y tengo la desagradable impresión de que, de algún modo, él sabía que no estaba contándoselo todo. Y, a pesar de su sonrisa, no estaba contento.

Lunes por la mañana al fin.

—No entiendo por qué tienes tantas ganas de ir al colegio —me dice Amy—. No es para tanto.

Me pongo el uniforme: camisa blanca, pantalón negro y chaqueta marrón. Todo comprado el viernes, cuando quedó claro que incluso los uniformes viejos de Amy eran demasiado grandes para mi insignificante metro y medio.

—Me gusta aprender cosas —replico, cepillándome el pelo. Lo cual es cierto, aunque no sea la respuesta completa.

Quiero..., no: necesito saber, saberlo todo. Todos los hechos y detalles que pueda encontrar y categorizar, dibujar y archivar; es un paso más.

—Bueno, eso está bien, supongo, pero luego está todo lo demás.

—¿Qué quieres decir?

Amy suspira.

—No es como la escuela del hospital. No todo el mundo será agradable.

Mamá está trasteando en la cocina cuando bajamos a desayunar. Miro a mi alrededor, repentinamente nerviosa porque papá esté aquí, o porque no esté, y por lo que podría significar eso en cualquiera de los dos casos. ¿Habré soñado lo de anoche?

—No hagáis ruido —nos ordena mamá—. Papá llegó de madrugada y está durmiendo. —Por tanto, no fue un sueño. Amy y yo tomamos cereales; al final, mamá viene a sentarse con nosotras—. Kyla, escucha. ¿Estás segura de que quieres ir hoy al colegio? Ya sabes que todavía no tienes por qué.

La miro sorprendida, pues se quedó encantada al oír que iba a empezar las clases, que así me perdería de vista, según sus propias palabras, para poder volver a su trabajo.

—Sí, estoy segura —respondo.

—Ayer en la feria parecías nerviosa con toda aquella muchedumbre. Lord Bill es un colegio muy grande, con más de mil estudiantes. ¿De verdad que estás lista?

—Por favor, déjame ir —le pido, de pronto preocupada porque no me lo permita, y por la perspectiva de pasar más días en casa, días que se convertirán en semanas. Una larga y monótona marcha hacia el invierno, sin nadie con quien hablar ni nada que hacer.

Mamá me sostiene la mirada y al cabo se encoge de hombros.

—De acuerdo. Si estás segura de que es lo que quieres... ¿Prefieres que te lleve en coche en vez de coger el autobús?

—No. Estaré bien con Amy —afirmo, y me levanto y empiezo a recoger los cuencos.

—Deja eso. Ya lo haré yo.

Bien.

Miro a Amy. Ella me sonríe mientras mamá lleva los platos a la cocina.

—¿Ves? Ya te dije que no es tan mala —me susurra.

Subo al autobús escolar seguida de Amy; está casi lleno.

Las cabezas se giran. Una oleada de susurros me sigue mientras avanzamos por el pasillo. Siento ojos como pisadas ascendiendo por mi columna vertebral. Hay dos asientos libres en lados opuestos. Me dirijo hacia uno de ellos, y la chica que está sentada junto a la ventanilla entrecierra los ojos. Coloca su bolsa en el asiento vacío.

Amy se cruza de brazos. El bus da una sacudida al separarse de la acera para tomar la calzada, y yo me agarro al respaldo del asiento para no caerme.

—¿Sabes?, creo que eso ha sido un poco grosero —le dice Amy a la chica.

Ella le sostiene la mirada y sube los pies al asiento libre. Murmullos; ojos que

se vuelven hacia nosotras sin pestañear...

En ese instante, una mano se agita al fondo del autobús.

—Kyla, aquí hay sitio.

Miro por encima de las cabezas: es Ben. Llena de alivio, veo un rostro que conozco. Un lugar seguro.

Amy sigue mirando mal a la chica.

—No pasa nada —le digo, y continúo adelante, pensando «árboles verdes-cielo azul-nubes blancas-árboles verdes-cielo azul-nubes blancas»...—. Hola —saludo a Ben, y me siento a su lado.

Hay unos cuantos más del grupo, todos sentados juntos, apiñados y sonrientes en el fondo del autobús. Todos llevan el mismo uniforme marrón y negro que usan los demás, aunque, de algún modo, en Ben resulta diferente. Todo parece mejor en Ben, excepto ¿Tori? Él se inclina hacia mí y me dice en voz baja al oído:

—Será mejor que te mantengas alejada de esa chica.

—¿Por qué? —pregunto, aparte de por lo obvio, claro.

—Porque es una odia-reiniciados.

—Ah.

«Árboles verdes-cielo azul-nubes blancas-árboles verdes-cielo azul-nubes blancas...».

—Lamento lo que ha pasado —me dice Amy al bajar del autobús.

—No ha sido culpa tuya.

—Bueno, debería haberte avisado. Yo...

—Has estado avisándome de cosas durante todo el fin de semana.

—De todos modos, la mayor parte de las veces nos traerá y llevará Jazz. Esta

mañana está en el dentista —me explica Amy, y el alivio me deshace el nudo que se me había formado en el estómago.

Amy y Ben me llevan hasta la puerta de la unidad, y luego se marchan a clase.

—No pongas esa cara de preocupación; estarás bien —me asegura Ben, y se va despidiéndose con la mano.

La unidad NEE es para estudiantes con necesidades educativas especiales. Por lo visto, eso soy yo, hasta que se demuestre lo contrario.

Dentro hay una mujer sentada tras un escritorio, tocando una pantalla.

—Oh, hola —digo.

Ella levanta la vista, sin sonreír.

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

—Soy una estudiante nueva.

—¿Otra? Nombre. —Me quedo mirándola. ¿Que nombre... el qué? Ella se fija en mi levo y suspira—. ¿Tu nombre? —me pregunta, más despacio y levantando la voz.

—Soy Kyla, Kyla Davis. —Mi nuevo apellido, idéntico al de mis padres y Amy, todavía me resulta extraño, como si no pegara con Kyla. Pero ¿quién sabe cómo me llamaría antes? ¿Pegarían más entonces mi nombre y mi apellido?

La mujer rebusca entre las hojas de una caja y saca un documento.

—Ah, sí, presentaron tus papeles hace unas pocas semanas, ¿verdad? He estado intentando diseñarte un programa en el plazo de un solo día. —Suspira y luego añade—: Toma asiento.

Señala una silla, se levanta y desaparece por otra puerta con el documento en la mano.

Me siento.

Y así transcurre la mayor parte del día. No salgo de la unidad NEE. Permanezco sentada. De vez en cuando entra alguien y me saluda; uno me cuenta que mañana haré un recorrido por el colegio y unos cuantos tests, y me dice dónde están los servicios. A la hora del almuerzo me indican una sala, donde me como los sándwiches que mamá me ha dado esta mañana, junto con un puñado de reiniciados, todos más jóvenes que yo. No hay ni rastro de Amy ni de Ben. Todos sonrían y mastican, como el grupo de plácidas vacas en un prado ante el que hemos pasado esta mañana en el autobús. No se produce mucha conversación, pues hay varios ayudantes de enseñanza —los AA. EE.— sin nombre apostados a ambos extremos de la mesa, observando y escuchando.

Después de comer me entregan una *Historia del Colegio Lord William* para que la lea. Mi madre lo ha llamado Lord Bill. Es un centro viejo, realmente viejo, fundado en 1559, de modo que pronto cumplirá quinientos años. Primero fue un colegio para chicos, y luego, mixto. Tenía una unidad de autismo (¿es ahí donde estoy ahora?), antes de que este se erradicara. El centro estuvo cerrado durante cinco años después de las revueltas del condado. Hace veinte años lo reabrió la Coalición Central, con mucha pompa y ceremonia, con nuevas canchas y pista de atletismo en un terreno anexo. Ahora es un centro especializado en estudios agrícolas, como la mayoría de las escuelas secundarias.

Amy y Jazz vienen a por mí a media tarde. Sonrío aliviada a Jazz, que ya ha vuelto del dentista: nada de autobús.

—Bueno, ¿cómo te ha ido? —me pregunta Amy.

Yo me encojo de hombros.

—Ha sido aburrido. Me he pasado todo el día sentada, esperando que ocurriera algo.

—Bienvenida al colegio —me dice Jazz, y se echa a reír.

Recorremos un sendero entre edificios de ladrillo hasta un aparcamiento, y seguimos hasta un abollado coche de dos puertas. Es básicamente rojo, pero con trozos parcheados con otros colores aquí y allá.

—Damiselas, su carruaje —anuncia Jazz, haciendo una reverencia. Cojo la manija de la portezuela, y luego pienso que me he equivocado—. Permíteme, que esto tiene su truco.



Jazz agarra la manija, apoya un pie en el lateral del coche para hacer palanca y tira con fuerza.

Amy, por su parte, sujeta el asiento delantero mientras yo me monto detrás, preguntándome si esto es una buena idea.

—¿Dónde está el cinturón de seguridad? —pregunto.

—No hay. Se rompió. Tú agárrate con fuerza y ya está —me responde Jazz.

Es un buen consejo, pues toma la carretera con un chirrido y luego frena en seco en una esquina. Yo me voy hacia delante y me aferro al asiento de Amy. El cambio de marchas cruje y avanzamos entre sacudidas. No he estado en muchos coches, así que quizá no sea justo, pero, dejando a un lado a los odia-reiniciados, creo que preferiría tomar el autobús.

Jazz deja la carretera, continúa por una serpenteante calle lateral y se detiene ante una casa solitaria situada al final de un largo sendero.

—Tenemos que llevar a Kyla pronto a casa —comenta Amy—. Mi madre se incorpora al trabajo mañana, así que nos espera.

—Entonces lo haremos rapidito. Llegaremos antes que el autobús, ya veréis —replica Jazz, abriendo la puerta del coche, y Amy y yo salimos—. Solo hemos venido a visitar a mi primo. —A continuación llama una vez a la puerta con los nudillos y abre—. Mac, ¿estás en casa? —grita; cruza el vestíbulo delante de nosotras y abre la puerta trasera.

—Sí —responde una voz—. Coged algo de beber y salid.

Jazz da media vuelta, abre un armario y saca dos botellas marrones.

—Vamos —dice. Yo los sigo hasta el jardín. Al menos, sé que eso es lo que suele haber al otro lado de las puertas traseras, pero este no es verde. No hay césped, ni árboles, ni flores. Hay pedazos de coches por todas partes. Mac sale de debajo de uno y Jazz nos presenta—. Mac construyó mi coche con trozos de otros. ¿Quieres beber? —me pregunta, ofreciéndome una botella que no lleva etiqueta.

—¿Has tomado cerveza alguna vez? —tercia Amy, y advierto que ella no tiene ninguna botella en la mano.

—No.

—¿Quieres probarla? —inquire Jazz—. La hace Mac; es estupenda.

Yo miro a Amy y ella se encoge de hombros, con una mueca que sugiere que no es tan estupenda.

—De acuerdo —respondo, y Jazz destapa la botella.

La inclino hacia atrás, como ha hecho él con la suya, y el líquido me cae de golpe al fondo de la garganta. Me pongo a toser.

—Bueno, ¿qué te parece? —me pregunta Jazz.

Tosiendo todavía por efecto del amargo sabor, sacudo la cabeza y le devuelvo la botella.

Mac se echa a reír.

—Esto no es para niñas; es realmente fuerte.

A pesar de lo que ha dicho, es difícil que Mac no caiga bien. Su gran sonrisa es contagiosa y un tanto loca, aunque él se parece a uno de sus coches: está como hecho de pedazos rescatados que no armonizan entre sí. Sus brazos y piernas parecen más largos de lo que deberían; su cabello castaño es una maraña enredada y desigual, como si se lo cortara él mismo y no le preocupara que quede recto mientras no le tape los ojos.

—De verdad que no podemos quedarnos —dice Amy mirando el reloj—. El autobús ya estará llegando.

—Oh, sí, ¡el dragón! —exclama Jazz, y apura su cerveza y luego la mía, y se levanta de un salto.

—¿Quieres que conduzca yo? —le pregunta Amy a Jazz cuando salimos de nuevo a la parte de delante.

—No, estoy bien.

—No deberías haberte bebido las dos cervezas.

—Bueno, no podía tirarlas, ¿no?

—Déjame conducir a mí —intervengo.

Los dos se echan a reír.

—¿Es que te sacaste el carné de conducir en el hospital? —dice Amy sonriendo.

—No, pero ¿puedo?

—¿Por qué no la dejamos probar? —replica Jazz—. Solo en esta calle.

—Estáis chalados, pero tú sabrás; al fin y al cabo es tu coche.

Jazz abre la puerta y le ordena a Amy:

—Siéntate detrás.

Ella obedece y yo me coloco en el asiento del conductor, con Jazz en el del copiloto. Él empieza a soltarme una larga explicación: marchas, embrague, frenos...

Giro la llave de contacto. En realidad no entiendo lo que está diciendo, pero mis manos y mis pies saben qué hacer. Embrague, marcha, y salgo a la calle dando marcha atrás.

—¡Kyla tiene un talento innato! —exclama Jazz, asombrado. Yo hago caso omiso de las protestas de Amy y me incorporo limpiamente a la carretera principal—. Deben de ser mis excelentes explicaciones —comenta Jazz entre risas.

Pero no. Recuerdo cómo se conduce. Mientras no piense demasiado en ello, mis manos y mis pies toman el control; son recuerdos encerrados en los músculos con los que mi cerebro no tiene nada que ver.

Sé conducir. Y se me da mejor que a Jazz.

—¿Kyla? Hola, soy la señora Ali. Soy ayudante de enseñanza, y durante las siguientes semanas te ayudaré a que te adaptes. Empezaremos con un recorrido por el centro.

Sonríe mientras sus ojos oscuros miran directamente a los míos, y me tiende una mano. Yo se la estrecho.

La sigo a través de la puerta y por los terrenos del colegio.

Ella parlotea y señala edificios: el bloque de Lengua, la biblioteca, el centro agrícola... Matemáticas, campos para practicar deporte y para los proyectos de bachillerato, donde en primavera crecen nuevas variedades de cultivos. El antiguo edificio de ladrillo se mezcla con nuevas construcciones esparcidas por el enorme recinto, entre las cuales hay césped y un laberinto de senderos entrecruzados.

—No te preocupes si te pierdes al principio; a todo el mundo le pasa. Yo te haré un seguimiento y te vigilaré durante unas pocas semanas, y puedo enseñarte poco a poco todo esto.

No, no me perderé. El mapa está bien grabado en mi mente, extendido en una cuadrícula de senderos y edificaciones, pero me limito a sonreír.

La señora Ali me lleva al edificio de Administración desde el extremo más alejado del recinto escolar, a través de otras construcciones, pasando ante aulas y aulas llenas de estudiantes, hasta el despacho principal. Allí hay un batiburrillo de escritorios, armarios y ordenadores; hay teléfonos que suenan y media docena de trabajadores agobiados.

—Esta es Kyla Davis. Está aquí para procesamiento —anuncia la señora Ali a la sala.

Al cabo de unos momentos, un hombre alto y serio con gruesas gafas aparece por detrás de una hilera de archivadores.

—Vengan por aquí —nos dice, y lo seguimos a través de otra puerta.

¿Procesamiento? Miro a la señora Ali.

—Solo vamos a arreglar tu carné escolar —me aclara ella.

Pero se trata de mucho más que eso. Primero el hombre presiona mis dedos, uno tras otro, sobre una pequeña pantalla para registrar mis huellas dactilares. Luego me sujeta la cabeza con fuerza y me ordena que no parpadee; una deslumbrante luz brilla interminablemente en mi ojo derecho para escanearme la retina. Cuando termina, los ojos me duelen y veo borroso. Perdura una especie de ilusión óptica espectral, como las ramas de un árbol, negro contra la pared blanca, blanco contra el suelo oscuro, y luego se desvanece poco a poco. Por último, me toma una fotografía normal. Después teclea un instante en un ordenador, que expulsa una tarjeta de plástico por el otro extremo.

—Debes llevar el carné todo el tiempo —me instruye el hombre, metiéndolo en una funda y colgándomelo del cuello.

Yo lo levanto, y ahí estoy. «Kyla Davis», dice debajo de la foto, y hay una R roja después de mi nombre. En mis labios se atisba una sonrisa indefinida que la señora Ali ha conseguido provocarme justo antes del *flash*.

—Ya eres oficialmente estudiante del Lord William —asegura, como si fuera un cumplido o una elección—. Ahora tenemos que volver a la unidad.

Esta vez salimos por la puerta principal de Administración. Resguardado bajo los soportales del edificio hay un gran monumento de piedra, rodeado de rosales y con un «2048» grabado en lo alto: lo levantaron hace seis años.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Es un monumento erigido en memoria de unos estudiantes que murieron.

Me acerco más para verlo, atraída por alguna razón, y la señora Ali me sigue.

Hay una lista de nombres tallados en la piedra, junto con la edad de cada uno. Son muchos, desde Robert Armstrong, de 15, hasta Elaine Weisner, de 16, con unos quince nombres más entre uno y otra. Todos de mi edad o casi. Detenidos, inmóviles, en silencio para siempre.

—¿Qué les pasó?

—Su clase estaba de excursión en Londres para visitar el British Museum, y se produjo un ataque del TAG. No tenía nada que ver con ellos; unos desvíos de tráfico los colocaron en el lugar equivocado, y el autobús resultó alcanzado. No sobrevivieron muchos.

Yo me quedo mirándola, incapaz de entenderla.

—¿El TAG?

—El grupo armado Terroristas Antigubernamentales: chusma. —Frunce el labio al pronunciar esas palabras, como si tuvieran mal sabor—. Continuemos —añade, de modo que la sigo a la unidad.

Mientras mis pies recorren el sendero automáticamente, no puedo frenar las imágenes que acuden a mi mente: un autobús atascado en el tráfico de Londres, explosiones, llamas. Gritos: manos ensangrentadas aporreando las ventanillas; una explosión final. Y luego, silencio.

Un monumento conmemorativo de piedra, rosas con espinas, y todos esos nombres...

La señora Ali me deja en una silla ante un despacho.

—Espera hasta que te llame la doctora, ¿vale? —me indica, y desaparece por un pasillo.

En la puerta pone: «Dra. Winston, Psicóloga Educacional». Pronto se abre y sale un estudiante.

Una voz femenina exclama desde dentro:

—¡Siguiente! —¿Se refiere a mí? No hay nadie más por aquí—. ¡Siguiente! —repite la voz, más alto, y yo me levanto y me asomo dubitativamente por la puerta—. Hola. ¿Eres Kyla Davis? No seas tímida. Entra.

Sonríe, ¿o no? Lleva los labios pintados de un rojo vivo que forma una media luna tumbada. Tiene el rostro tan cargado de maquillaje que si sonriera como es debido, la piel podría agrietársele.

—Veo que ya te han hecho el carné de estudiante. Estupendo. Mira eso que hay junto a la puerta: tienes que pasarle tu carné cuando entres. Dice quién eres.

Me doy la vuelta: hay una pequeña máquina en forma de caja fijada a la pared junto a la puerta, con una ranura del tamaño de una tarjeta.

Observo mi carné dubitativamente, lo levanto con una mano y me giro de nuevo hacia la mujer.

—No tienes que sacarlo de la funda —me explica—. Simplemente ponlo boca abajo sobre la ranura durante un momento. —Hago lo que la mujer me indica y suena un pitido—. Buena chica; ahora siéntate. Haz lo mismo en el colegio cada vez que entres en una clase o salgas, y, a partir de ahora, también en la unidad. De esa manera siempre sabemos dónde estáis todos. —Esboza de oreja a oreja su sonrisa de pintalabios y yo me desplazo al borde de la silla, delante de su escritorio—. Ahora escucha con atención y te explicaré cómo transcurrirá el resto de tu jornada.

Y me cuenta que pasaré toda la tarde realizando exámenes para que puedan comprobar en qué nivel estoy: así sabrán si puedo ir a las clases generales o si debo empezar con lecciones en la unidad, o una mezcla de ambas cosas. Y mañana por la mañana me entregarán un horario con las asignaturas que me han asignado.

—¿Alguna pregunta? —dice al final, aunque ya está cerrando su portátil.

—Sí, una.

—Oh. —Hace una pausa, sorprendida.

—¿Puedo ir a clases de Arte? Dibujo muy bien. Mi enfermera me dijo que podría y...

Enmudezco. La doctora Winston está mirando el reloj con impaciencia. No le interesan mis palabras.

—Te diré una cosa: ¿qué tal si añado una anotación en tu expediente? —Esboza una nueva sonrisa radiante y da unos toquitos en la pantalla—. Hecho: «Kyla expresa cierto interés por el arte». ¿De acuerdo? Ahora sé una buena chica y vete corriendo a almorzar. —Yo me levanto y me dirijo a la puerta, pero de pronto oigo—: Espera. —Me detengo en el umbral—. ¡Tienes que fichar al salir, o el ordenador pensará que todavía estás aquí!

Ya. Sujeto la tarjeta ante la ranura y la máquina pita.

En el piso de abajo encuentro la sala en la que almorcé ayer, y esta vez reparo en el lector de tarjetas situado junto a la puerta. Ficho al entrar y, nuevamente, el aparato pita.

Como me han prometido, me paso la tarde haciendo exámenes. Todos en un ordenador: todos de tipo test. La señora Ali está conmigo, observando cómo me dedico a pulsar interminablemente A, B, C o D. La mayoría de las preguntas son fáciles, y cubren muchos temas: Matemáticas, Lengua, Historia, Geografía, Biología...

Cuando termino por fin, me duelen los ojos y tengo los hombros agarrotados, pero creo que lo he hecho bien. La señora Ali dice que lo sabré mañana, y luego me guía por la puerta cuando suena el timbre que señala el final de las clases.

Subo al autobús con Ben después de convencer a Amy de que se vaya sola con Jazz. Y de que estaré bien.

Recorriendo el pasillo detrás de Ben, y ahora que mi mente se ha librado de todos esos tests, vuelvo a pensar en el monumento conmemorativo, en que el TAG atentó contra un autobús cargado de estudiantes. Un autobús como este.

Capto el movimiento demasiado tarde.

Mi pie tropieza con otro que aparece delante de mí, y caigo hacia delante. Intento alargar las manos para frenarme, pero tiran de mi mochila hacia atrás. Impacto con la cara en el respaldo de un asiento y caigo despatarrada al suelo.

Suenan carcajadas.

Me pongo de rodillas y me toco un labio; los dedos se me tiñen de rojo.

Me levanto y giro en redondo.

Es ella: la chica que ayer ocupó el asiento libre para que no me sentara a su lado.

—¿Disfrutando del viaje? —me espeta con una sonrisa.

Mis músculos se tensan y doy un paso en su dirección. A ella se le borra la sonrisa y se le ponen los ojos como platos.



—¿Kyla? ¡Kyla!

Ben me coge de la mano y me obliga a dar media vuelta. Me empuja delante de él hacia el fondo del autobús.

El conductor abandona su asiento y sale al pasillo.

—¿Va todo bien? —pregunta.

Nadie responde. El conductor no me ve detrás de Ben. Regresa a su sitio y pronto se pone en marcha, alejándose del colegio.

Ben me pasa un cálido brazo por el hombro y me guía a un asiento.

—Tienes que mirar por dónde pisas, Kyla —me dice, con rostro indescifrable.

Sus ojos muestran preocupación, no indignación, aunque debe de saber que esa chica me ha puesto la zancadilla, que no ha sido un accidente.

Se saca un pañuelo de papel del bolsillo y lo aprieta contra mi labio. Luego lo separa para mirarlo. Se ha puesto de color rojo brillante, aunque la mancha no es demasiado grande.

Las he tenido peores.

Ah, ¿sí?

— Estoy bien.

— Pues no lo parece. — Mamá me aplica antiséptico sobre el labio—. ¿Qué ha sucedido?

— He tropezado en el autobús y me he dado en la cara contra un asiento.

No menciono el pie que me ha puesto la zancadilla, ni la risa que ha seguido cuando me he levantado. Ni cómo me he girado, lista para darle un puñetazo en la cara a esa chica. Ni que ella lo ha notado: una expresión de temor incierto ha cruzado su mirada antes de que Ben tirara de mí...

— ¿Dónde estaba Amy cuando ha pasado eso?

No sé qué decir. Sé que es un secreto que Amy y Jazz son novios, pero ¿también es un secreto que ella vuelva con él del colegio en su coche? Además, se suponía que mamá no tenía que estar todavía en casa. Resulta que hoy ha salido pronto del trabajo. Debe de tener una especie de radar dragontino.

— Ella no ha podido agarrarme —contesto al final, lo cual es técnicamente cierto, ya que no estaba conmigo.

— ¿Dónde está ahora?

— En casa de una amiga, creo —suelto, intentando no ser demasiado concreta.

— ¿No te ha acompañado a casa después de que te hicieras daño?

— Hum...

Mamá aprieta la boca, formando una fina línea.

— Sube a cambiarte.

Me quedo en mi dormitorio aplicándome hielo al labio.

Iba a pegarle a la chica del autobús; sé que iba a hacerlo. No ha habido un pensamiento consciente ni un plan; sencillamente, mis músculos se han tensado y mis manos se han cerrado en un puño. Mi cuerpo ha reaccionado.

Se supone que yo no puedo hacer tal cosa. Mi levo debería detenerme. Al mínimo indicio de violencia, se supone que tiene que dejarme fuera de juego.

Pero nada. De algún modo, he permanecido bastante cerca del 5 todo el rato.

Ben y los demás se han limitado a sentarse juntos sonriendo, como de costumbre, incluso aunque todos sabían que a uno de ellos le habían hecho daño deliberadamente. Y no es que no les importase. Ben ha acudido a ayudarme, ¿no? Lo más probable es que un hecho así no baste para crear una alteración en sus felices cerebros reiniciados.

Yo no me parezco en nada a ellos.

No lo entiendo.

En el piso de abajo se abre la puerta principal y oigo voces.

Voces acaloradas.

Pasan los minutos. Luego suenan pasos por la escalera. La puerta se abre: es Amy.

—¿Te encuentras bien? —Cruza la habitación y me coge de la barbilla para examinarme el labio—. Eso te tiene que doler.

Me encojo de hombros.

—Un poco.

—Me alegro.

Recoge su libro de la cama supletoria y su bata de detrás de la puerta. Todos los objetos personales que ha ido esparciendo por mi cuarto en la última semana, la que ha pasado conmigo para que yo no estuviera sola por la noche. Luego cruza el pasillo y se mete en su habitación, cerrando con un portazo terminante.

Como si supiera, por alguna especie de empatía felina, que lo necesito,

*Sebastian* aparece en el dormitorio, maúlla y salta a mi lado. Restriega la cabeza contra mi brazo hasta que lo acaricio. Una lágrima me baja por la mejilla y tropieza con el labio. Escuece, y la retiro con la lengua.

«Árboles verdes-cielo azul-nubes blancas-árboles verdes-cielo azul-nubes blancas...».

—¡A cenar! —grita mi madre al pie de la escalera. Levanto a un dormido *Sebastian* de mis rodillas para dejarlo sobre la cama y bajo a la cocina—. Te he preparado sopa. Será más fácil de tomar con ese labio.

—Gracias —replico, y me siento.

Mamá deja en la mesa mi cuenco de sopa y dos platos de pasta, y luego vuelve al pie de las escaleras.

—¡A cenar, Amy! —chilla, y luego regresa a la cocina—. Bueno, si la señorita no quiere tomarse la molestia de cenar con nosotras, que pase hambre —comenta, y se sienta a la mesa también. Yo miro la sopa—. Adelante, pruébala. La he preparado solo para ti. —Cojo la cuchara—. ¿Estás bien, Kyla? —Mamá me agarra la muñeca justo cuando el levo vibra: 4.3. Suspira y añade—: En el autobús no has tropezado sin más, ¿verdad? —Es un dragón que adivina el pensamiento, sin duda—. Cuéntamelo.

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué? —No digo nada; me dedico a remover la sopa—. Se trata de Amy, ¿verdad? ¿Qué te ha dicho?

Suelto la cuchara y me hundo en la silla.

—Está enfadada conmigo, y no lo entiendo.

—¡Ay, las adolescentes, qué pesadilla! Los chicos son mucho más fáciles. Espera aquí. —Sube la escalera con fuertes pasos y al cabo de unos momentos regresa con Amy, a la que arrastra hasta la cocina—. ¡Siéntate! —le ordena, y Amy obedece—. Escúchame con atención, señorita. Kyla no me ha contado nada, ¿de acuerdo? Ni de tu estúpido noviete, ni de ir en su demencial coche, ni de nada. Yo sola he atado cabos. Ahora arreglaos las dos. Yo me voy a cenar al salón mientras veo la tele.

Recoge su plato y se marcha, cerrando la puerta con un pie.

Amy me mira con expresión culpable.

—Lo lamento. Pensaba que se lo habías contado tú.

—Yo creo que adivina el pensamiento.

—No sé cómo me ha liado para que confesara. Además, tú no sabes guardar secretos: tu cara es como un libro abierto, por mucho que intentes evitarlo. Debería haberlo sabido. Lo siento.

Empieza a comer y no dice casi nada más. Pero yo lo veo en sus ojos: no me contará más secretos.

No soy de fiar.

Y por la noche se queda en su habitación, dejando que yo duerma sola.

*El conductor toca el claxon. No sé por qué. No van a ningún lado: hay un gran atasco. La carretera se ha convertido en un aparcamiento, justo delante de unos serios edificios de ladrillo en cuya fachada un letrero anuncia: «Oficinas Lorders de Londres». Están atrapados como ratas en una madriguera.*

*Yo le grito al conductor:*

*—¡Haga algo! ¡Abra las puertas! ¡Déjelos salir!*

*Pero él no sabe lo que está a punto de suceder. No puede oírme.*

*Primero hay una especie de silbido, un destello luminoso, un tremendo BANG que me revienta el cerebro y hace que me piten los oídos. Y entonces empiezan los gritos.*

*Un humo asfixiante; manos ensangrentadas golpean ventanas que no se abren; más gritos.*

*Otro silbido; un destello; una explosión.*

*Aparece un boquete en el lateral del autobús, pero ahora hay más silencio.*

*Toso por el humo, ahogándome con el acre olor a combustible ardiendo, a metal y a*

*algo peor. Me tapo los oídos con las manos, pero los gritos siguen y siguen.*

*Y luego enmudecen.*

*Y ya no estoy allí. Estoy en otra parte, soy otra persona. El horror, el humo y la sangre han desaparecido. No es un recuerdo del pasado, no es nada..., simplemente ha desaparecido. Un sueño.*

*Nada más. Nada menos.*

*Estoy riendo y jugando al escondite con otros niños en un lugar verde. Altos árboles sobre larga hierba, brillantes puntos rojos y amarillos de flores silvestres. Me agacho detrás de unos arbustos y miro mis manos y mis pies. Son pequeños. Yo soy pequeña. Mi corazón late agradablemente por la emoción del juego. ¿Me encontrarán?*

Quando abro los ojos, no puedo ver nada. Los abro más y más, me levanto y voy a tientas hasta la pared para llegar a la ventana. Descorro las cortinas y miro afuera. Esta noche no hay luna.

Ha funcionado. Ir a mi sitio feliz en medio de una pesadilla ha funcionado de verdad. No he echado la casa abajo con mis gritos, no he perdido el conocimiento. Mi levo señala un 4.8 casi aceptable.

Sin embargo, mi sitio feliz ha cambiado en el sueño. Los árboles, la hierba y las nubes estaban allí, pero esta vez yo no me encontraba sola. Estaba jugando al escondite con otros niños, y era muchísimo más pequeña.

El espanto del primer sueño se está difuminando; los detalles empiezan a dispersarse como humo en el cielo. Aun así, sigue pareciendo muy real; como si yo hubiera estado allí aquel día, cuando murieron todos esos estudiantes.

Qué locura.

Cuando me monto en el autobús a la mañana siguiente, siento que se me revuelve el estómago, pero Amy me guarda las espaldas.

Y allí está ella, en su asiento habitual: la odia-reiniciados que ayer me puso la zancadilla. Está sentada muy tiesa, mirando por la ventana. Yo la observo detenidamente al pasar. No volverá a pillarme desprevenida nunca más.

Amy sigue mi mirada.

—¿Es esa? —susurra, aunque yo no digo nada.

Cuando me siento al lado de Ben al fondo del autobús, a él se le ponen los ojos como platos.

—Pobrecita —dice, y me toca con la punta de los dedos, un toque leve como el de una pluma alrededor de mi labio. Se ha amoratado durante la noche, y tiene un aspecto mucho peor que ayer—. ¿Te duele?

—Solo si sonrío —respondo.

Él toma mi fría mano con la suya, cálida.

—Entonces, hoy nada de sonrisas —decide con gesto adusto, borrando la suya.

Su rostro, serio por una vez, parece distinto. La uniformidad —la expresión de felicidad que lucen todos los reiniciados— ha desaparecido, aunque sus ojos siguen sonriendo. Me vuelve a impactar una sensación, una que dice que lo conozco y que siempre lo he conocido; que, cerca de él, estoy a salvo. Me da un vuelco el estómago, y no de un modo desagradable.

La señora Ali está esperándome en la unidad. Me echa una ojeada y frunce el entrecejo.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Ayer me caí en el autobús.

—¿En serio?

—Sí.

—Escúchame, Kyla: si alguien está molestándote, cuéntamelo. Nos ocuparemos de eso. ¿Qué ocurrió de verdad?

La miro a los ojos, y en ellos solo veo preocupación. Pero justo cuando pienso que podría contárselo todo, una voz en mi interior dice: «Mala idea».

—Tropecé y me caí.

Ella vuelve a fruncir el entrecejo.

—Bien. Si recuerdas algo más al respecto, dímelo. En cualquier caso, tenemos los resultados de tus exámenes. Eres una chica lista: a partir de hoy asistirás a clases convencionales. Curso once, de modo que solo eres un poquito mayor que los demás alumnos, pero nadie lo sabrá a menos que tú se lo digas: la mayoría serán más altos que tú. —Me tiende un horario y añade—: Venga: primero, tutoría para la ciudadanía. Tu aula está en el edificio de Lengua.

Abro el horario y lo inspecciono, deprisa al principio, y luego otra vez, más cuidadosamente. Tutoría, Lengua, Matemáticas, Historia, Biología, estudio, Ciencia, Agricultura, y unidad tres veces a la semana, sea lo que sea eso. Aquí no está.

—¿Y qué pasa con Arte?

—¿Cómo dices, Kyla?

—Arte. No está en mi horario.

—No. Tú no puedes elegir optativas como los demás estudiantes. Tenemos que encajar las clases extras en la unidad. No quedan horas libres.

Me quedo mirándola. Esto no puede estar sucediendo. Es la única cosa que realmente quiero estudiar, parte de la razón por la que quería venir al colegio. Incluso en el hospital teníamos clases de Arte.

—Pero...



—No hay peros que valgan. No quedan horas disponibles. Llegarás tarde a tutoría. Si tienes algún problema, habla con la doctora Winston.

Y sale de la unidad. Yo la sigo como aletargada. Esto no está bien. Incluso Penny, la enfermera, me dijo que podría estudiar Arte siempre que pensarán que yo era lo bastante buena. Resulta obvio que esa doctora no tenía ningún interés en mí ni en lo que yo quería, así que no serviría de nada hablar con ella.

La señora Ali me arrastra a lo largo de senderos y a través de edificios, sorteando estudiantes que corren en todas direcciones. En el aula me recuerda que fiche, y luego me presenta al señor Goodman, que no es solo mi tutor, sino también mi profesor de Lengua. Empiezan a llegar otros alumnos, que toman asiento y la señora Ali se marcha.

Yo me quedo indecisa junto al escritorio, no muy segura de qué hacer.

El señor Goodman sonrío.

—Espera aquí conmigo un momento, Kyla —me dice. Entran más estudiantes, que pasan sus tarjetas ante el lector y se sientan, uno tras otro. Suena el último timbre. Una última chica aparece por la puerta—. ¿Otra vez tarde, Phoebe?

—Lo siento, señor —responde ella, aunque no parece sentirlo.

Se sienta en el último pupitre doble; el único asiento vacío que queda en el aula es el que está a su lado. Es la chica que me puso la zancadilla en el autobús.

Me mira el labio hinchado y sonrío, y yo le sostengo la mirada sin sonreír. Empiezan a sonar murmullos por la clase. ¿Los demás lo saben?

—Silencio, 11 C —ordena el profesor—. Esta es Kyla. Va a unirse a nuestro grupo de tutoría. Quiero que todos hagáis que se sienta como en casa. —Me quedo junto a él y observo una sala llena de ojos; algunos simplemente curiosos, algunos hostiles, algunos dubitativos. Pero todos miran sin pestañear. A mí, y al levo de mi muñeca—. Siéntate ahí, al lado de Phoebe —me indica a continuación el señor Goodman.

Avanzo, aunque me cuesta moverme con tantos ojos escrutándome y siguiendo mis pasos. Alejo la silla de Phoebe todo lo que me permite el pupitre y me siento. El profesor se gira a escribir en la pizarra. Todo el mundo observa a

Phoebe.

Mi levo vibra. Le lanzo una ojeada: 4.4. Phoebe esboza una sonrisita de suficiencia y el aparato vibra con mayor intensidad: 4.2.

Phoebe levanta una mano y dice:

—Señor, creo que nuestra nueva estudiante está a punto de explotar.

Todos se ríen con disimulo y me miran. Hay muchísimos ojos; ojos por todas partes.

3.9...

Cierro los míos. «Árboles verdes-cielo azul-nubes blancas-árboles verdes-cielo azul-nubes blancas...».

Entonces oigo unos fuertes pasos y noto una mano sobre el hombro.

—¿Te encuentras bien, Kyla? —me pregunta el señor Goodman.

«Árboles verdes-cielo azul-nubes blancas-árboles verdes-cielo azul-nubes blancas...», pienso de nuevo, y poco después abro los ojos y contesto:

—Sí.

—Buena chica. Ahora copia tu compromiso de ciudadanía de la pizarra, por favor.

Abro mi cuaderno y copio.

La última clase de la mañana me reserva una agradable sorpresa: Ben. Resulta que está conmigo en Biología.

Me saluda con una mano cuando paso mi tarjeta por el lector de la puerta y les dice algo en voz baja a unos chicos, que rezongan y se cambian de sitio para dejar un asiento libre junto al de él.

Nuestra profesora de Biología, la señorita Fern, es una chiflada divertida. Nos dice que tenemos que escoger qué ave nos gustaría ser, buscando información en libros y en Internet, y luego hacer un póster.

Yo hojeo un libro para empezar, sin la menor idea de qué ave elegir. Hasta que veo unos ojos negros, plumas blancas, una solemne cara en forma de corazón, tan plana que es como una máscara con ranuras oscuras. «La lechuza». Algo en la lechuza dice: «Esta soy yo».

Enseguida prescindo de la descripción taxonómica y los hábitos alimentarios para pasar al dibujo: hago bocetos de mi lechuza en distintas posiciones y acabo decidiéndome por plasmarla en pleno vuelo, con las alas extendidas. Absorta en los bosquejos, me acuerdo justo a tiempo de no usar la mano izquierda.

La señorita Fern se asoma por encima de mi hombro y comenta:

—Kyla, eso es asombroso. Tienes un don.

Otros alumnos se apiñan a mi alrededor y dicen cosas agradables también.

Esta clase parece tolerar mucho mejor que yo esté aquí, tal vez porque Ben ya estaba primero. Ben atrae la mirada de las chicas y me da la impresión de que tiene una amistad natural con los chicos. Es uno más del grupo; ellos lo aceptan a él, de modo que me aceptan a mí. ¿Cómo lo logra Ben?

Suena el timbre y veo a la señora Ali a través de la puerta, aguardando en el pasillo.

—¿Vienes a comer? —me pregunta Ben.

—De acuerdo. Dame un minuto —contesto.

Me tomo mi tiempo para recoger, hasta que la mayor parte de los alumnos se van. Ben espera con mirada interrogativa. ¿Me atreveré? Entonces me acerco a la mesa de la profesora.

—Señorita Fern, quería saber si..., es decir, espero que, tal vez, pueda usted ayudarme...

—¿De qué se trata, Kyla? Desembucha.

—Quiero estudiar Arte, pero no me dejan. Dicen que no puedo pedir optativas.

—Así son las normas... —replica—. De todas formas, a ver si podemos hacer

algo al respecto. ¿Puedo quedarme con eso?

Señala mi póster de la lechuga y yo se lo tiendo.

Al girarme, pego un salto: la señora Ali está justo detrás de mí, con los labios apretados en una fina línea. No la he oído entrar; ni siquiera he oído la puerta.

—¿Puedo ir a comer con Ben? —inquiero.

—No. Tu comida está programada en la unidad y debes ceñirte a tu horario. —Se vuelve hacia Ben, que espera junto a la puerta, y añade—: Lo lamento, Ben, pero Kyla ahora tiene unidad.

Él se despide con la mano y se va.

De regreso en la unidad, la señora Ali me indica con un gesto que la siga a un despacho, no al comedor.

—Tengo programada la comida... —me atrevo a decir, pero ella cierra la puerta y replica:

—Kyla, escúchame con atención. Estás colgando de una cuerda muy floja. Si la cuerda se rompe, hay una larga caída.

¿Eso es una amenaza? Sin embargo, sonrío con esa sonrisa preocupada y amable suya. No concuerda con sus palabras.

—No lo entiendo.

—Kyla, estoy aquí para ayudarte en todo lo que pueda, para que te conviertas en un miembro integrado, útil y feliz de nuestra sociedad. Para lograrlo, debes aprender a cumplir las normas. Tu horario es una de las formas que pueden adoptar las normas. Al abandonar el hospital, firmaste un contrato donde prometías seguirlas todas: las normas de tu familia, del colegio, de tu grupo, de la comunidad... —Me toca una mejilla, y su mano es cálida como sus ojos, aunque sus palabras son frías—. Si quebrantas las normas, si intentas sortearlas o incluso forzarlas un poco, habrá consecuencias. Ahora ve a comer.

—Buenas tardes a todos.

Penny lleva otra chillona chaqueta a juego con su voz: esta vez es naranja.

Jueves a las siete: hora de terapia de grupo. No hay ni rastro de Ben, ni de Tori tampoco. Los demás están todos sonriendo en sus asientos, y yo intento imitarlos. Ha pasado un día más y todavía tengo el labio impresionantemente morado, pero ya casi no me duele.

—Bueno, quizá deberíamos empezar. Iremos uno por uno, contando algo que hayáis hecho desde la última vez que nos vimos.

Comienza por el otro extremo de la clase, lanzando miradas al reloj de pared conforme se desgranaban las anécdotas. Uno probó a montar a caballo; a otro le hicieron una revisión óptica; un tercero compró un perrito. Historias fascinantes.

Cuando se acerca mi turno, se abre la puerta del fondo y entra Ben chorreando. La camiseta de manga larga y el pantalón corto se le pegan al cuerpo, perfilándolo.

—Siento muchísimo llegar tan tarde —dice Ben, cogiendo una silla.

Se coloca a mi lado y yo trato de no mirarlo sin pestañear.

Penny finge enojarse con su favorito, pero no cuela.

—No habrás estado corriendo con este tiempo, ¿verdad, Ben?

—Un poco de agua no me matará —contesta él, encogiéndose de hombros.

—Kyla estaba a punto de contarnos qué ha estado haciendo esta semana.

Todos los ojos se clavan en mí.

—Hum, bueno, el lunes empecé a ir al colegio, y desde ayer asisto a clase. Ben coincide conmigo en Biología.

Penny parece sorprendida.

—¿En clases comunes ya? ¿Y va todo bien?

—En general, sí, pero... —empiezo, aunque me interrumpo enseguida. ¿Mencionar que no puedo estudiar Arte será una infracción de las normas?

—Pero ¿qué? —me pregunta Penny.

—Nada. Está todo bien.

—No te olvides de contar lo del domingo —interviene Ben. Penny lo mira y él explica—: Nos encontramos en la feria de Thame.

Y se lanza a describir la exhibición ovina, mencionando que hasta Tori se rio al oír los absurdos nombres de las ovejas y su desfile por el escenario.

—Espera un momento —digo entonces—. ¿Dónde está Tori, por cierto?

Ben me mira y luego se vuelve hacia Penny con expresión interrogativa.

—Tori ya no está en nuestro grupo —responde la enfermera.

Y se gira al siguiente del círculo, que confiesa haber aprendido a hacer galletas de chocolate. En ese instante saca una caja de galletas, y la conversación se interrumpe mientras la caja va pasando de unas manos a otras.

Ben mordisquea una galleta y las migas se quedan pegadas a su camiseta mojada. Yo reprimo el impulso de sacudírselas.

—Ben, ¿por qué Tori ya no está en nuestro grupo? —inquiero en voz baja—. ¿Ella te lo ha contado? ¿Por qué no ha ido al colegio esta semana?

Él se encoge de hombros.

—No me dijo nada; no lo sé.

—¿Y no estás preocupado? A lo mejor le ha sucedido algo.

Ben hace una pausa.

—Puede que tenga la gripe o algo así. La verdad es que no me he parado a

pensarlo —contesta, pero en su cara veo que ahora sí está pensándolo—. Te diré una cosa: luego pasaré por su casa para comprobar que está bien, ¿vale?

La reunión prosigue, y yo pienso en Tori y en la reacción de Ben ante su desaparición inexplicada. Ella era su novia, o eso creía yo. Aun así, tengo la sensación de que si yo no le hubiera preguntado, él no habría pensado en eso. Y no es que no le importe, solo que no ha pensado en el tema. Yo no he sido mucho mejor, porque aunque he advertido que no estaba en el colegio, no he dicho nada; había muchas otras cosas de las que preocuparse...

Me pregunto si Ben lo notaría si algún día yo forzara demasiadas normas y no volviera nunca más aquí. ¿Se sentaría al lado de otra chica en Biología sin pensar en mí ni un segundo?

Penny me pide que espere al final de la reunión.

—¿Qué te ha pasado en la cara, tesoro? —me pregunta, preocupada.

—Tropecé y me caí en el autobús.

Ella vacila.

—Cuéntame la verdad, Kyla. No diré nada si tú no quieres.

—No fue un accidente. Alguien me puso la zancadilla.

—Oh, qué horror. Lo lamento mucho. Debes tener cuidado. Algunas personas no son muy agradables, ¿verdad? ¿Cómo va todo ahora?

—Bien. Sé de quién tengo que cuidarme.

—Cielo, comprender que tienes que cuidarte de algunas personas supone un gran paso. Si hay algo que pueda hacer para ayudarte, dímelo —añade, apretándome la mano.

Yo le sostengo la mirada, pensando que he confundido las cosas. La señora Ali parecía muy maja y luego no lo era en absoluto. Y Penny era irritante cuando la conocí, pero ahora siento que está de mi lado.

—Gracias —respondo, y le sonrío con sinceridad y me levanto para irme.

— Espera, Kyla. Le he pedido a tu madre que viniera a charlar un poco.

Al cabo de unos instantes aparece mamá al final del pasillo, sacudiendo un paraguas.

— ¡Qué tiempo tan horrible! — exclama ceñuda, avanzando con fuertes pisadas.

Mamá: otra cosa que me desconcierta. ¿Está de mi lado o no? ¿Es el dragón o alguien que me prepara sopa cuando estoy enferma? No lo sé.

Mi madre habla con Penny sobre mí, pero esta vez dejo que lo hagan sin interrumpirlas. Penny dice que estoy preparada para tener algo más de libertad y hacer algunas cosas por mi cuenta, para desarrollar mi independencia. Mamá no está de acuerdo, aunque al final acepta.

Una tarde llena de sorpresas.



Alzo la cabeza hacia el cielo, hacia unas gotitas minúsculas, tan pequeñas que no se notan de manera individual, sino más bien como una sensación general de humedad. Es más bruma que lluvia, pero las gotas se unen entre sí, formando unos diminutos regueros que bajan fríos por mi rostro. No como las lágrimas, que son calientes.

—Se supone que tienes que ponerte la capucha para mantenerte seca, no usarla como si fuera un depósito de agua... —me riñe Ben.

Coge la capucha de la chaqueta y me la sube, y luego me remete el pelo por los dos lados. Sus manos son cálidas.

Nuestros ojos se encuentran y él se detiene, todavía con las manos a ambos lados de mi cara. La lluvia y el bosque se desvanecen. Sus ojos con reflejos dorados, más profundos que al principio, me sostienen la mirada.

Pero luego sus manos bajan y él mira a un lado y a otro. No hay nadie a la vista, aunque suenan voces no muy lejos.

—Vamos —me dice, y echa a andar en dirección contraria a los demás.

Después se gira hacia donde estoy yo, dubitativa. ¿Debería seguirlo? Él me tiende la mano derecha, con el meñique curvado hacia arriba y los demás doblados.

Y yo la miro, indecisa, hasta que él dirige la vista a mi mano izquierda y luego de nuevo a mis ojos. Levanto la mano. Ben engancha mi meñique con el suyo y tira de él, da media vuelta y avanza a través de los árboles, tirando de mí. Sigue con la mano levantada, con nuestros meñiques entrelazados. Es tan ridículo que empiezo a reír entre dientes.

Al principio no he advertido que Ben estaba llevándome lejos de los demás, poco a poco. ¿Por qué? A pesar del frío, he notado que me ruborizaba. Nuestra clase de Biología está desparramada por el bosque. Se suponía que íbamos a recoger muestras de agua de un arroyo y hojas del sotobosque o de los árboles para identificarlas más tarde.

Ben se para y se gira hacia mí. Repentinamente nerviosa, retrocedo un paso.

—Deberíamos coger algunas hojas —afirmo—. ¿Qué te parecen esas...?

—Tengo que hablar contigo —me interrumpe él, y se le borra la sonrisa.

Ahora que lo pienso, esta mañana tampoco parecía el mismo de siempre en el autobús. Le he preguntado con la mirada y él me ha dicho que luego.

Pues ahora es luego. Ben solo quería que estuviéramos a solas para hablar. Siento un revoltijo de emociones: alivio, disgusto, confusión.

—¿De qué?

—De Tori. —Giro la cabeza para que no vea mi repentino rubor, dolida al oír que pronuncia ese nombre. Debería haberlo sabido—. Hiciste que me preocupara por lo que le podía haber pasado, así que ayer fui a su casa después del grupo.

Ben titubea. La lluvia arrecia, y las gotitas de niebla están convirtiéndose en las pesadas y sonoras gotas de un chaparrón que empieza a colarse entre las hojas que quedan en los árboles.

Ben me coge de la mano y me conduce hasta debajo de una gruesa rama.

—Tori ya no está allí —dice casi en un susurro, como si los árboles fueran espías.

—¿A qué te refieres?

—Hablé con su madre, y fue realmente extraño. Al principio me dijo que Tori ya no vive allí. Yo le pregunté por qué, si es que estaba con su padre en Londres, y ella se puso en plan un poco raro. Dijo que las cosas no estaban funcionando, así que habían devuelto a Tori. Tenía una expresión muy extraña, pero luego cambió y me espetó que yo no debería estar allí, no debería estar haciendo preguntas. Casi me echó.

—¿Que devolvieron a Tori? —Los ojos se me salen de las órbitas de la impresión, mientras intento asimilarlo—. ¿Pueden hacer eso?

—Esa es la palabra que usó su madre. Como si estuviera hablando de un par de botas o de un paquete devuelto a la oficina de Correos —contesta Ben,

asintiendo.

—Pero ¿devuelta adónde? —pregunto, y la realidad hace que el espanto sustituya a la impresión.

Tori tenía diecisiete años y solo pueden reiniciarte si eres menor de dieciséis, así que no pueden hacérselo de nuevo. ¿Le habrán buscado otra familia? Si no es así, ¿qué le ha sucedido?

De pronto se oye un sonido, una pequeña vibración, ahogada por el abrigo de Ben.

—Déjame ver —le digo, y él levanta la mano. Le subo la manga para comprobar su levo: 4.3—. ¿Qué puedo hacer?

Él se encoge de hombros con cierta impotencia.

—Debería correr —responde, pero no se mueve.

Su otra mano se tensa sobre mi hombro, y su levo vuelve a vibrar. 4.1.

Lo rodeo con los brazos y él me pasa uno sobre los hombros. Se me acerca más. La lluvia está arreciando, pero como Ben es mucho más alto y se ha inclinado sobre mí, estoy resguardada. E incluso a través de los jerséis y las chaquetas escolares puedo notar los fuertes latidos de su corazón. El mío late más deprisa, y me invade la calidez cuando entierro la cara en su chaqueta mojada. Sin embargo, Ben está triste por Tori. No es a mí a quien quiere abrazar.

Suena un silbido y nos separamos de un salto.

—Esa es la señorita Fern, que quiere que volvamos adentro. Habrá decidido que llueve demasiado —dice Ben.

—¿Corremos? —sugiero.

Y lo hacemos, resbalando sobre las hojas mojadas que cubren el camino, y al cabo de unos minutos alcanzamos al grupo, justo cuando la señorita Fern empieza a contar cabezas.

Después de abandonar la práctica de hoy debido al mal tiempo, la señorita Fern nos da un cuestionario, aunque no puedo concentrarme.

¿Qué le ha sucedido a Tori? Tengo una espantosa sensación en el estómago que dice: «Nada bueno». No la conocía mucho. Era propio de ella decir en voz alta cosas que yo tenía en la cabeza. Mi madre la reprendió en la feria, espetándole que midiera sus palabras. A lo mejor mamá no estaba siendo desagradable, como me pareció entonces; a lo mejor solo estaba tratando de avisarla.

Los niveles de Ben tienen tantos altibajos que la señorita Fern acaba dispensándolo de la clase y lo manda a dar vueltas a la pista de atletismo con un monitor.

Cuando por fin está a punto de sonar el timbre, la señorita Fern se acerca a mirar por encima de mi hombro y descubre lo poco que he trabajado.

—Este es el agradecimiento que consigo —refunfuña, pero luego sonrío, y veo que no habla en serio.

—¿Por qué?

—He hablado con el señor Gianelli, el jefe del departamento de Arte, y le he enseñado tu dibujo de la lechuga —contesta, sentándose en la silla vacía de Ben—. Haciendo muchísimo hincapié en tus sueños de convertirte en artista —añade, guiñándome un ojo.

—¿Y?

—Va a batirse el cobre para tenerte en su clase; veremos qué pasa, pero espero que gane. Es demasiado pesado para que le digan que no durante mucho tiempo...

No vuelvo a ver a Ben hasta la asamblea.

Está sentado con su grupo de tutoría, unas filas más arriba hacia el otro extremo. Tiene el pelo pegado a la cabeza —¿por la lluvia o por haber sudado?— y mucho mejor color. Se gira cuando entramos y me localiza.

«¿Todo bien?», le pregunto moviendo solo los labios, y él asiente con una pequeña sonrisa.

Todos los cursos tienen asamblea una vez por semana. El curso 11, los viernes por la tarde, así que esta es la primera vez que asisto. Estoy sentada al final de la fila, con Phoebe a bastantes asientos de distancia como para preocuparme por

ella. La chica que tengo al lado, Julie, se sentó ayer conmigo en Lengua. Me pareció bastante maja: me enseñó en qué parte de *Romeo y Julieta* estábamos y me explicó algunas cosas. Todo el mundo se remueve en los asientos y hay un leve murmullo de voces que enmudece de golpe cuando se abre una puerta.

—Ese es el director: Rickson —me susurra Julie al oído, de modo que sigue explicándome cosas.

Lleva un traje azul que no le ajusta bien por el tripón, y va muy erguido como para compensarlo. Sus ojos recorren la sala con expresión fría, deteniéndose aquí y allá como para decir: «Os estoy vigilando». Aunque no sé con seguridad si todo el mundo está en silencio e inmóvil por efecto de su presencia o por la de los dos hombres y la mujer que entran detrás.

Los tres tienen rostro neutral, con traje pantalón de color gris idéntico.

—Son *lorders* —anuncia Julie en un susurro levísimo, tan bajo que no estoy segura de si lo he oído o he imaginado la palabra.

Son iguales que los que vimos en la feria del condado, cuando silenciaron a la multitud por el mero hecho de estar allí, tal y como hacen ahora. Y al igual que aquel día, se me contrae el estómago en un frío nudo de pavor.

¿Quiénes, o qué, son los *lorders*? De algún modo lo sé, pero al mismo tiempo lo ignoro. Y entonces recuerdo mi sueño: el autobús volando por los aires, muchos estudiantes agonizando, y el cartel colgado del edificio que había junto al autobús y que rezaba: «OFICINAS LORDERS DE LONDRES». Pero si solo fue un sueño, algo que creó mi imaginación después de ver el monumento conmemorativo, ¿cómo es que metí en él a los *lorders* si ni siquiera sé quiénes son? Quizá no fuese solo un sueño... Quizá los *lorders* fuesen el objetivo de las bombas que mataron a esos estudiantes. Pero si no se trató de un sueño..., ¿por qué estaba yo allí? Hace seis años yo solo tenía diez. Es absurdo.

Los *lorders* se desplazan a un lateral, sin tomar parte abiertamente; se limitan a escuchar, a observar.

Rickson se dirige a la asamblea y yo me obligo a apartar mi mirada de los tres uniformados y fijarla en el director, haciendo todo lo posible por escucharlo con una parte de mi cerebro mientras que el resto sigue dando vueltas de la impresión. Rickson habla de logros académicos y deportivos de los estudiantes. Menciona que el entrenamiento del equipo escolar de campo a través continúa el

domingo; espera que vayamos muchos de nosotros, y nombra a alumnos de nuestro centro que se clasificaron para las finales del condado el año pasado. Las pruebas para entrar en el equipo se realizarán el mes que viene. Luego dice, con gran tristeza, que algunos estudiantes siguen sin alcanzar su potencial, y sugiere que todos nos esforcemos más.

Todos se ponen en pie y Julie me da un codazo para que yo haga lo mismo. Empezamos a salir, pasando por delante de los lorders. Casi no puedo ni respirar, pero de algún modo consigo poner un pie delante del otro, cuidando de mantener los ojos al frente. Y mientras tanto, pienso que una mano va a agarrarme por el hombro.

Los lorders paran a unos pocos alumnos en la salida y se los llevan a un lado. Los alumnos palidecen, y todos los demás evitan mirarlos a los ojos. Tal vez no estaban alcanzando su potencial.

Tal vez Tori tampoco.

Extiende una pasta blanca —¿cemento?— con un objeto metálico como una pala para tartas por lo alto de la hilera, y luego, uno cada vez, va dejando caer ladrillos. Recoge el cemento que rebosa y lo alisa. Después empieza con una nueva hilera.

Yo lo observo sin pestañear. Él levanta la vista de vez en cuando y sigue trabajando, colocando los ladrillos uno detrás de otro.

Sé que estoy mirando fijamente y que no se debe mirar así a la gente; en general, a nadie le gusta. Pero no puedo evitarlo.

Si me quedo mucho más tiempo aquí plantada, habrá problemas. Seguramente mamá estará calculando cuánto debería tardar en echar al buzón de la siguiente calle la carta que todavía llevo en la mano. Es la primera vez que me permite salir sola, y lo más probable es que sea la última si no me pongo en marcha.

El hombre vuelve a levantar la vista y se pone en cuclillas. Tiene unos treinta años y el pelo grasiento, y va vestido con un mono azul cubierto de manchas de pintura, cemento y mugre. Escupe al suelo y dice:

—¿Y bien? —Yo pego un salto—. ¿Quieres algo, bonita?

Esboza una sonrisa burlona cuando sus ojos reparan en el levo de mi muñeca, y luego vuelve a mirarme a la cara.

—Lo siento —respondo, y salgo corriendo calle abajo para doblar la esquina, oyendo cómo él se ríe a mi espalda.

Echo la carta al buzón y regreso sobre mis pasos. Donde está trabajando el hombre hay una furgoneta blanca con las palabras «CONSTRUCCIONES BEST» pintadas en el lateral. Él sigue colocando un ladrillo detrás de otro, levantando el muro de un jardín.

De pronto silba, y yo continúo andando hacia casa, con las mejillas ardiendo.

—¿Por qué has tardado tanto? —me pregunta mamá, plantada en el escalón de la entrada.

Estaba ojo avizor, y me ha saludado con la mano en cuanto he doblado la esquina de nuestra calle.

—Por nada. Solo estaba paseando.

—¿Va todo bien?

—Sí, muy bien —contesto, dirigiéndome hacia las escaleras.

—¿Adónde vas?

—A hacer los deberes —miento.

—Vale, de acuerdo. Eres una buena estudiante, ¿eh? La cena estará lista dentro de una hora.

Ya en mi habitación, cierro la puerta y cojo mi cuaderno de dibujo con manos temblorosas. Mi levo empieza a descender: 4.4..., 4.2... Y yo comienzo a dibujar una pared. Ladrillo tras ladrillo desde el suelo. El lápiz se mueve cada vez más deprisa; el levo deja de descender, y luego asciende despacio hasta 5. Debo terminar el muro, y debo dibujarlo con la mano derecha para que sea correcto. Después de todo lo de hoy... Tori, devuelta; lorders en la asamblea; lorders en mi sueño... De algún modo sé que, siempre que construya el muro, todo irá bien.

«Árboles verdes-cielo azul-nubes blancas-árboles verdes-cielo azul-nubes blancas...».

—No es lo más interesante del mundo.

Pego un brinco y compruebo que es Amy: de algún modo, ha abierto la puerta, cruzado la habitación y mirado por encima de mi hombro sin que yo haya oído ni el más mínimo sonido.

Cierro el cuaderno de golpe y me encojo de hombros, más tranquila ahora que el dibujo está terminado: los ladrillos cubren todo el espacio de la página. No sé por qué, pero es muy importante.

¿Por qué?



Casi me olvido del muro durante la cena. Mamá hace un anuncio sorprendente: ella y papá han decidido que, reiniciada o no, Amy es lo bastante mayor para salir con Jazz si quiere. Lavo los platos, tarea que ya empiezo a detestar ahora que la novedad está dejando de serlo. Hago los deberes..., esta vez de verdad.

Pero, antes de irme a dormir, saco el dibujo para comprobar que no hay huecos en la pared, ninguna imperfección por la que algo —no sé qué— pueda colarse. Sombreo los bordes y por fin lo guardo. Cierro los ojos, en busca del vacío, la nada, el sueño, lo único que veo son ladrillos, colocados en su lugar uno tras otro. Ladrillos..., cemento... Una pared.

*El dolor me invade las piernas, el pecho. No hay lugar adonde ir, no para mí. Me derrumbo sobre la arena.*

*No importa cuánto me grite, me amenace o me suplique; nada de lo que él pueda hacerme importará dentro de poco.*

*Eso se acerca.*

*Él se arrodilla, me agarra y me mira a los ojos.*

*—No olvides nunca quién eres. Ha llegado la hora. ¡Deprisa! Levanta la pared. — Está más cerca. De modo que la levanto, ladrillo a ladrillo, hilera a hilera. Una alta torre a mi alrededor—. ¡No olvides nunca quién eres! —grita él, y me sacude con fuerza mientras yo coloco el último ladrillo, clac, en su sitio.*

*Ese acto elimina toda luz.*

*Lo único que hay ahora es oscuridad y sonido.*

*Unos espantosos gritos me rompen el cráneo. Son de pavor y dolor, como los de un animal enfrentado a la muerte.*

*O a algo peor.*

*Pasa un tiempo hasta que lo comprendo. Soy yo.*

*Luego, es como si avanzara a través de un caleidoscopio; todo se mueve y cambia. La hierba me hace cosquillas en los pies descalzos. Voces infantiles suenan a través de los árboles, pero yo estoy tumbada, escondida entre la alta hierba, contemplando las nubes que*

*cruzan el cielo. Hoy no quiero jugar.*

Poco a poco, las nubes y la hierba van desapareciendo. Abro los ojos; no volveré a cerrarlos. Ya he soñado bastante por esta noche.

Ir a mi sitio feliz en medio de una pesadilla ha funcionado una vez más. Sin embargo, en esta ocasión yo no quería marcharme, a pesar de lo espantoso que era. Estoy segura de que estaba a punto de descubrir algo importante. Es como si haber presenciado hoy cómo ese albañil colocaba ladrillos en su sitio, uno tras otro para formar una pared, hubiera activado algo muy profundo en mi interior. Algún tipo de reconocimiento, un rastro que, de haberlo seguido, podría haberme ayudado a comprender por fin quién o qué soy, y qué hay de malo en mí.

¿Qué me perseguía? ¿Quién era el hombre? Ha dicho: «No olvides nunca quién eres». Pero lo he olvidado...

Y por encima de todo: ¿por qué —y cómo— estaba construyendo un muro?

Resulta extraño estar de camino al hospital; es la primera vez que vuelvo desde que me marché. Aquel día me sentía muy asustada por abandonar sus paredes y aventurarme al gran mundo exterior; se me antoja a años luz, y apenas han transcurrido unos cuantos días.

Pero quizá no lleguemos a tiempo a mi cita de las once con la doctora Lysander. De hecho, puede que no lleguemos a ninguna hora. Amy está buscando alternativas en un mapa, mientras mamá maldice entre dientes y no para de cambiar de emisora para encontrar información sobre el tráfico.

—Hemos tardado veinte minutos en recorrer el último kilómetro. Quizá deberíamos dar media vuelta —sugiere mi madre.

—¿Y si tomamos la próxima salida? —propone Amy.

Tenía tantas ganas de venir hoy, que ha convencido a mamá de que así tendría posibilidades de conocer a la doctora Lysander. Y ahora no quiere perder su oportunidad.

Mamá apaga la radio.

—No dicen nada. —Frunce el entrecejo y añade—: Esto no me gusta. Algo está pasando. Amy, busca mi móvil y llama a papá.

Amy lo encuentra en el bolso de mamá, y yo la observo sorprendida mientras pulsa teclas. Los teléfonos móviles están prohibidos para cualquiera que sea menor de veintiún años. ¿A lo mejor no pasa nada porque mamá está a su lado y le ha pedido que lo haga?

—No hay respuesta. ¿Le dejo un mensaje?

—Sí. Dile que estamos en un atasco y pídele que llame.

Avanzamos lentísimamente, ascendiendo una cuesta poco empinada. Nos sobrevuelan unos cuantos helicópteros. Nos acercamos a lo alto de la cuesta y luego nos detenemos. Se oyen sirenas y pasan furgonetas negras a toda prisa por el

arcén.

Suena el teléfono. Mamá contesta.

—Ya entiendo... De acuerdo... Bien. Adiós. —Cuelga—. Hay unos controles de carretera más adelante. Creo que no es nada de lo que preocuparse.

Los coches empiezan a moverse de nuevo, lentamente. Llegamos a lo alto de la loma. En el otro lado de la M25 el tráfico está detenido. Avanzamos muy despacio y volvemos a pararnos. Hay una multitud de hombres vestidos de negro, como los guardias del hospital, deteniendo e inspeccionando los vehículos a ambos lados, pero a nosotras nos hacen una seña con la mano para que sigamos adelante.

—¿Quiénes son?

—Lorders —responde Amy.

Giro la cabeza de golpe para mirarlos de nuevo: no llevan traje gris, sino pantalón negro y larga camisa negra, con una especie de chaleco encima. Van vestidos exactamente igual que los guardias del hospital; ¿significa eso que ellos también son lorders?

Siento náuseas, y por fin hago la pregunta que he estado evitando:

—¿Qué son los lorders?

Mamá se vuelve arqueando una ceja.

—Ya lo sabes: los agentes de la ley y el orden, los que persiguen a las bandas y los terroristas. Están buscando a alguien.

Deben de querer encontrarlo de verdad, si están parando e inspeccionando todos los vehículos de una autopista.

—Pero ¿son los mismos que los que iban con traje gris en la feria y el colegio?

—Sí, estaban en la feria, aunque no me imagino por qué. Suelen vestir traje gris, pero van de negro cuando están de operaciones, que en estos días son mayoritariamente antiterroristas. Antes eran contra las bandas. Pero ¿hay lorders en el colegio? —añade, frunciendo un poco el entrecejo—. Amy, ¿eso es cierto?

Amy asiente.

—A veces vienen a las asambleas. No están siempre, solo de vez en cuando. Últimamente, más a menudo.

A nuestra izquierda surge una colina con campos y árboles en la cima. Capto un movimiento; un tenue destello, como si el sol hubiera incidido en un objeto de cristal o metal.

—Ahí arriba hay alguien —digo.

—¿Dónde? —me pregunta mamá.

—En esa arboleda —respondo, señalando con un dedo—. He visto un destello.

—¿Estás segura?

—Sí.

Mamá vuelve a sacar el móvil, pero entonces aparece un helicóptero sobre el punto que yo he señalado y unos hombres corren hacia los árboles. Mamá deja el teléfono.

Suena un fuerte «ra-ta-ta-ta» y pregunto, con los ojos desorbitados:

—¿Qué están haciendo? ¿Están disparando a alguien?

—A esa chusma terrorista —contesta Amy, y sorbe por la nariz—. ¿No es libertad o muerte lo que quieren? Pues que sea muerte.

Al cabo de un rato, el tráfico empieza a moverse de nuevo y mamá llama al hospital para decirles que llegaremos tarde.

Nos acercamos al Hospital del Nuevo Londres por el mismo camino por el que lo dejamos, hace casi dos semanas. Las cosas se despliegan en orden inverso ante mis ojos. Las zonas periféricas vuelven a bullir de gente y tráfico; las oficinas y los pisos hierven de actividad. Acercándonos a nuestro destino hay más guardias en las esquinas, vestidos de negro: lorders. La muchedumbre parece abrirse a su alrededor, como si estuvieran rodeados de una burbuja invisible que no debe cruzarse.

Justo cuando las torres vigía del hospital quedan a la vista, hay un control de carretera: más lorders. Nos ponemos en fila para pasarlo, entre un camión y un autobús, y yo no puedo evitar pensar en mi sueño: un silbido, un fogonazo, una explosión. Miro de un lado a otro, pero no descubro nada sospechoso. Están inspeccionando los vehículos. Nos aproximamos despacio, aunque, al igual que en la autopista, nos indican que sigamos con un gesto, sin detenernos. Esta vez reparo en que el lorder se fija en mamá, se toca el hombro izquierdo con la mano derecha y luego extiende las palmas hacia delante.

—¿Por qué no nos han parado como a todos los demás? —inquiero.

—En ocasiones viene muy bien ser la hija de mi padre —contesta mamá, y yo recuerdo al célebre Wam, que aniquiló a las bandas que aterrorizaban al país hace casi treinta años—. En ocasiones, sin embargo, no resulta cómodo —añade, tan bajito que casi no la oigo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Siempre tienes que hacer tantas preguntas? —me espeta. Luego suspira—. Lo lamento, Kyla. Hablaremos de eso en otro momento, ¿vale?

—¿Por qué juegas al escondite en tus sueños?

La doctora Lysander se reclina en su asiento, con las manos cruzadas delante de ella. Observa y espera.

He aprendido que a la doctora Lysander hay que darle algo real. Nunca le he hablado de la playa, el miedo, la huida; en diversas formas, es un sueño recurrente que tengo desde que recuperé la conciencia en el hospital. Pero si no le cuento algo real, ella lo sabe.

No se trata solo de que es muy buena descifrando las expresiones faciales, los gestos involuntarios, el movimiento de los ojos, los parpadeos, todas esas cosas que puedes aprender a observar. Con el levo, que controla las emociones, todo queda claro y registrado. Lo único que ella tiene que hacer es examinarlo, y así comprueba si estoy diciendo la verdad o mintiendo. Pero además la doctora Lysander está convencida de que puede saberlo todo sin recurrir a esos artilugios. Y su convencimiento está justificado.

Aun así, el engaño no es imposible, solo difícil. Es como ser un mago y desviar la atención de lo que a ella le gustaría examinar verdaderamente, si es que

repara en ello. Hay que intentar no desvelar el truco.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —aventuro. La doctora se recuesta más. Si te atreves a hacer preguntas, es bastante probable que las responda. Pero lo mejor es asegurarse primero, porque no siempre está de humor. Inclina la cabeza hacia delante. Permiso concedido—. ¿Por qué esa fascinación por el escondite? Es un sueño feliz; solo estoy jugando. No sucede nada malo.

—¿Qué podría representar?

—No entiendo.

—Te escondes de otros: eso es a lo que juegas, ¿no lo ves? ¿Por qué te escondes? ¿Qué escondes?

Oh. Pienso en eso un momento. ¿Estoy escondiendo algo? No que yo sepa...

Salir del hospital es prácticamente como la última vez, el día en que conocí a mi familia. Ascendemos en espiral desde el aparcamiento subterráneo hasta una barrera; los guardias escanean mi levo y el de Amy, echan un rápido vistazo al coche y por fin levantan la barrera. Me invade un gran alivio cuando dejamos atrás las verjas y los guardias. Hoy, todo el complejo hospitalario me ha dado la sensación de ser algo pesado y denso, algo que me aplastara y me dejara los pulmones sin aire. ¿Cómo he podido vivir ahí tanto tiempo?

Y los guardias...: ellos también son lorders. Cuando vivía tras esos muros, aceptaba sin más las torres de vigilancia con sus fusiles, las ventanas con barrotes, los guardias que patrullaban con perros por el exterior, las altas verjas...

¿Todo eso es para mantener a la gente dentro... o fuera?

Me quedo mirando por la ventanilla durante todo el camino de vuelta desde el hospital. Mientras, mamá conduce, absorta en sus propios pensamientos, y Amy está huraña, disgustada porque su heroína, la doctora Lysander, no se haya molestado en hablar con ella y se haya limitado a quitársela de encima.

Vamos hacia casa. ¿Es mi casa? Está volviéndose familiar, cómoda. Ya no me despierto por la mañana sin saber dónde estoy y puedo guiarme en la oscuridad. Pasar por las medidas de seguridad del hospital para cruzar las verjas no me ha resultado reconfortante, sino claustrofóbico; me ha dado ganas de saltar del coche y regresar corriendo a través de los campos. Lejos de estas calles con guardias y las

ajetreadas multitudes. De las autopistas y los controles de carretera con furgonetas negras y fusiles.

Por lo menos la doctora Lysander estaba de acuerdo con Penny y le ha dicho a mamá que me permita hacer más cosas por mi cuenta. Ha dicho que puedo explorar, salir a pasear sola si me apetece. Pero a mamá aún le ha gustado menos que le dijera que no quiere verme cada quincena, sino todas las semanas: tendremos que hacer la misma ruta de hoy todos los sábados.

Estamos cerca de casa cuando me acuerdo de algo. ¿Por qué mamá ha llamado a papá para preguntarle qué estaba sucediendo en la carretera? No lo han mencionado en las noticias de la radio, ni entonces ni ahora.

¿Por qué iba a saberlo mi padre?



El domingo por la mañana el cielo está de un azul radiante, pero hace tanto frío que mi aliento forma un velo blanco ante mi rostro. Temblando, me abrazo a mí misma mientras espero el autobús que nos llevará al entrenamiento de *cross*. Llegan más estudiantes, y un profesor con una tablilla sujetapapeles.

El autobús entra en el colegio, seguido de un coche: ahí está Ben. Lo espero mientras los demás suben al autobús.

Ben me sonrío sorprendido.

—No sabía que corrieras —dice.

Lo que me ha decidido a venir es esa espantosa sensación de claustrofobia que tuve ayer en el hospital. Sé por qué corre Ben; yo también solía hacerlo en la cinta del gimnasio del hospital. Las llaman endorfinas: sustancias químicas que libera el cerebro cuando corres y corres, más allá del punto de agotamiento, más allá del punto de músculos doloridos. Llegas a una zona donde ya no notas lo que le estás haciendo a tu cuerpo; solo sientes euforia por todo tu ser y no quieres parar. En tu interior, todo se vuelve tranquilo y claro. Y puede que, solo un poco, quiera correr a causa de mi sueño, donde soy incapaz de correr más y caigo al suelo. Quiero poder huir de eso.

Me costó un poco convencer a mamá de que esto me interesaba de verdad, y tuve que recordarle que la doctora Lysander le había dicho que me permitiera hacer cosas sola. Amy se limitó a sonreír con suficiencia y me hizo bromas sobre Ben cuando mamá no estaba escuchando.

El señor Ferguson, el entrenador de *cross*, me lanza una mirada curiosa cuando subimos al autobús.

—No será otra admiradora, ¿verdad? —le dice a Ben, y pone los ojos en blanco.

Algunos de los chicos sonrían burlones y yo empiezo a entender.

—Sé correr —aseguro, ceñuda, al notar que me suben los colores.

—Bueno, eso ya lo veremos, pequeña —replica el entrenador, y se echa a reír.

Hay alrededor de una docena de chicos y casi las mismas chicas. Da la impresión de que todos se conocen entre sí, y la verdad es que sí parezco pequeña, más menuda que cualquiera.

Ocupo un asiento junto a la ventanilla y Ben se sienta a mi lado. Mientras el autobús se aleja del colegio, Ben se inclina para susurrarme al oído:

—¿Es cierto?

—¿El qué?

—¿Estás aquí solo por mí?

—¡No! —respondo indignada, y le doy un puñetazo en el brazo.

—¡Au! —exclama, frotándose lo—. Casi estaba deseando que estuvieras aquí por mí.

Yo aparto la mirada, confundida. ¿Habla en serio? ¿Y qué pasa con Tori? No sé qué decir, así que no digo nada.

La carrera de diez kilómetros por la campiña de Chiltern es multiterreno: senderos por campos y bosques, con algunas colinas, zanjas, riachuelos que atravesar. No es exactamente una cinta de correr, y empiezo a preguntarme cómo me irá. Todos mis compañeros han hecho ese recorrido con anterioridad. Ferguson me enseña un mapa y dice que hay indicadores —pequeñas banderas naranjas— a lo largo del camino. Examino el mapa varias veces y solo tardo unos momentos en memorizar la ruta.

Los chicos salen en primer lugar; veo cómo cruzan el campo. Nosotras tenemos que aguardar diez minutos. Hago estiramientos y caliento.

—No has asistido a ninguna otra sesión de entrenamiento —me dice Ferguson, acercándose a mí.

—No, no podía. Empecé en el colegio hace solo una semana.

—Bueno, está bien, pero mira por dónde vas y contrólate el tiempo, ¿de

acuerdo? Diez kilómetros suponen un largo camino. Me toca las narices tener que pedir una ambulancia.

—Su preocupación es conmovedora —replico.

Él pone cara de sorpresa y luego se echa a reír.

—¡Ja, ja! Tienes razón. Veamos qué sabes hacer, ¿eh?

Algunas de las chicas no parecen muy contentas.

Ferguson nos da la salida.

Al principio atravesamos campos. Al no estar acostumbrada al suelo irregular, me lo tomo con calma, adoptando mi propio ritmo. El grupo se estira; yo estoy en el centro, y no hay ni rastro de los chicos.

El sol, el golpeteo de mis pies sobre el suelo, el latido más rápido de mi corazón, todo sabe bien. Es hora de acelerar. Aprieto el paso mientras recorremos un sendero forestal.

Al girar un recodo, una rama se levanta repentinamente del suelo. No tengo tiempo de saltar por encima ni de esquivarla, así que tropiezo con ella y caigo. Vuelo por el aire con las manos extendidas. Al caer pesadamente al suelo, dos chicas aparecen por ambos lados, sueltan la rama y salen pitando, riéndose.

No puedo respirar y me quedo tirada en el suelo, boqueando como un pez lanzado a la orilla. Poco a poco la respiración se normaliza y empiezo a incorporarme. Algunas chicas pasan a mi lado; una se detiene.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Yo le contesto agitando una mano y ella sigue adelante.

Ya me han rebasado todas.

Tengo arañazos en un brazo y un corte en una rodilla. Me levanto despacio y pruebo mis piernas; todo parece estar en orden. Por lo menos no habrá que tocarle las narices a Ferguson llamando a una ambulancia. Me invade la rabia. ¡Qué gentuza! Estaba corriendo tan a gusto... ¿Por qué han tenido que hacer eso? Respiro hondo, una y otra vez, para tranquilizarme, y miro el levo: 5.8. Debe de

seguir alto por el ejercicio.

«Es una carrera larga», me recuerda una voz interior. Una carrera muy larga.

Por tanto, me pongo en marcha de nuevo.

Voy más deprisa, y más deprisa todavía. Hay señales que marcan la ruta, como ha dicho Ferguson, banderitas naranjas de trecho en trecho que muestran el camino. Pero cuando el sendero se bifurca, la bandera está a la izquierda, no a la derecha: ¿en el lado incorrecto? Me detengo a repasar mentalmente el mapa que he memorizado antes de salir. Definitivamente, está en el lado incorrecto.

¿Alguien más está jugando conmigo? Da igual. Tengo el mapa firmemente grabado en la cabeza. No hago ni caso de la bandera descolocada y sigo corriendo.

Pronto adelanto a la chica que me ha preguntado si estaba bien, y luego a las otras que no me han dicho nada. Estoy ahí, en ese lugar donde correr y respirar lo son todo, y donde todo está en cada pisada sobre el suelo, volando. Estoy cubierta de barro tras chapotear a lo largo de un arroyuelo y me sangran el brazo y la rodilla, pero no me importa.

Sonrío al rebasar a las dos chicas que me han puesto la zancadilla con la rama, evitando todo contacto con ellas. Veo su sorpresa, y el esfuerzo que hacen luego por acelerar, pero no pueden. Pronto desaparecen a mi espalda.

Y luego adelanto a otra, y a unas pocas más. He perdido la cuenta... ¿Esa era la última chica? Ya no me basta con hacerlo bien: quiero ser la primera. Corro más deprisa.

Supero también a unos cuantos chicos, y luego a otros más, antes de que la línea de meta aparezca en la distancia..., el lugar del que hemos partido.

Ferguson, Ben y media docena de chicos que ya han terminado la carrera empiezan a vitorear cuando me ven aparecer en lo alto de la colina.

Cuando cruzo la meta, Ferguson echa un vistazo a su cronómetro.

—¡Vaya tela! ¿Es que has hecho todo el camino esprintando? —Yo me paro e intento responderle, pero no puedo hablar. El mundo empieza a dar vueltas de forma mareante—. ¡No me contestes! —exclama Ferguson—. ¡Sigue corriendo!

Sin resuello, con náuseas, corro en círculos alrededor del aparcamiento, una y otra vez, más despacio cada vuelta, hasta que por fin puedo parar sin que me entren ganas de vomitar.

Llegan más chicos y, al cabo de un rato, las chicas.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta Ferguson al reparar en que me sangran el brazo y la rodilla.

Me encojo de hombros.

—He tropezado. No hay problema: no necesitaré una ambulancia.

Él se ríe. Saca el botiquín y me pone una venda.

—Tú y yo hacemos buena pareja —me dice Ben cuando subimos al autobús.

—Ah, ¿sí?

—Yo he sido el primero de los chicos, y tú, la primera de las chicas.

—¿Cuánto tiempo llevabas en la meta cuando yo he llegado?

Ben se encoge de hombros.

—Unos cinco minutos. ¿Por qué?

—Bueno, nosotras hemos salido diez minutos después de vosotros. Eso significa que yo he sido más rápida que tú.

Ben se muestra perplejo y luego sorprendido. Sonríe de oreja a oreja.

—Bien. Necesitaba una razón para entrenar más duro.

Mira mi levo, 8.1, y me enseña el suyo, 7.9.

—En esto también me ganas. —Entonces arranca el autobús y Ben se inclina más hacia mí—. Ahora es un buen momento para esto —dice en voz tan baja que tengo que acercarme más a él, y me alegro. Su cuerpo irradia calor y el mío se está enfriando con cada segundo que pasa.

—¿Un buen momento para qué?

Se le borra la sonrisa.

—He estado investigando un poco, haciendo algunas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Tori no es la primera que desaparece. Ha habido otros en nuestro colegio, reiniciados, que un buen día ya no estaban ahí. Sin explicación.

—Devueltos —susurro, y me recorre un escalofrío.

Ben me pasa un brazo por los hombros.

—Eso no es todo. También ha ocurrido con otros, no reiniciados. Como esos que se llevaron aparte en la asamblea del viernes. Han desaparecido también, y no es la primera vez que sucede.

¿También les ocurre a los normales? Los lorders deben de haberse llevado a aquellos chicos que retuvieron. Se me revuelve el estómago.

—Pero ¿por qué?

—Puedo entender lo de los chicos. He oído que pillaron a uno con un teléfono móvil. Y el otro era un completo imbécil, siempre estaba metiéndose en peleas y cosas así. A lo mejor estaba en una banda.

—¿Y la chica?

—Nunca hizo nada malo. Pero era muy inteligente; siempre estaba haciendo preguntas incómodas a los profesores, como en clase de Historia. Sobre por qué se hacían las cosas o por qué no se hacían.

Haciendo preguntas incómodas. Igual que Ben.

—¡Ben, tienes que dejar de investigar! ¡Tú podrías ser el siguiente!

—Pero ¿qué pasa con Tori? Si nadie pregunta, a nadie le importa. ¿No lo ves? Podrías ser tú, podría ser yo... Tengo que saber qué le ha ocurrido.

—No quiero que desaparezcas —susurro, y él me estrecha más.

Barro y sudor se mezclan en un abrazo; su corazón late debajo de mi oreja.

Algunos chicos empiezan a hacer ruidos de besuqueo en nuestra dirección, y Ferguson se gira.

—¡Nada de morreos en el autobús! —grita, y yo me incorporo.

Ben no deja de agarrarme la mano.

Al igual que se agarra a Tori.

Una sorpresa: cuando el autobús vuelve al colegio, no solo me está esperando mamá, sino también papá. Me despido de Ben y los demás y me dirijo al coche, embarrada y exhausta, con una rodilla vendada. Ahora tengo el cuerpo tan agarrotado, que es todo un esfuerzo poner un pie delante del otro.

Mi madre sale del coche de un salto.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta con expresión horrorizada.

—Estoy bien. Y mira.

Le muestro mi levo: 6.6. Incluso con la angustia de mi conversación con Ben en el autobús, resulta obvio que correr es la mejor manera de mantener altos mis niveles.

—Pero ¡mira en qué estado vienes! —exclama, y se va a grandes zancadas a tener unas palabritas con Ferguson.

Papá sale también del coche y me mira de arriba abajo.

—Ha sido divertido, ¿eh? —comenta, sonriendo.

—Desde luego.

Le sonrío a mi vez y me apoyo en el coche, sintiendo que si no lo hago, caeré al suelo. No he visto a papá desde el día en que me asustó en la cocina a oscuras — ha estado fuera trabajando—, pero ahora parece contento, relajado, nada que ver con el tipo serio que me interrogó por haber estado a punto de gritar cuando me sobresaltó en mitad de la noche.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta.

—He llegado la primera.

Suelta un grito de alegría y levanta la mano.

—Choca esos cinco.

—¿Qué?

—Abre la mano, como yo —me indica. Hago lo que me dice y golpea con fuerza su palma contra la mía. Luego señala a mamá y guiña un ojo—. No le va a gustar que sigas adelante con esto. Tiene una tolerancia muy baja hacia la suciedad y la sangre.

Por la noche Jazz viene a cenar. Amy se pasa todo el rato sonriéndole como una boba, mamá da su mejor impresión de dragón, y papá cuenta chistes malos. Jazz incluso contesta cuando lo llaman Jason —parece resignado a su suerte—, y no habla mucho aparte de decir «sí, por favor» y «gracias». Yo me dedico a comer.

—Hoy tienes hambre, ¿eh? —comenta mamá, sorprendida, cuando me sirvo la segunda ración de asado y patatas con salsa y puré de manzana. Delicioso.

Me encojo de hombros.

—Esta mañana he corrido diez kilómetros.

—No te olvides de comer algo de verdura también.

En mi plato hay unas cosas verdes con forma de arbolitos. Hasta ahora, he conseguido evitarlas.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Brócoli. ¿No lo has probado nunca? —contesta con expresión sorprendida.

—Creo que no.

Tengo todos los ojos clavados en mí, de modo que no puedo escaparme. Pincho un poco con el tenedor y lo mastico una y otra vez. Es elástico y horrible. Intento tragarlo, pero mi garganta se rebela: no piensa permitirlo. Me da una



arcada y empiezo a ahogarme.

—¿Te encuentras bien?

Mamá se dispone a levantarse, pero yo estiro un brazo y ella vuelve a sentarse. De algún modo, logro engullir el bocado. Cuando nadie mira, escondo el resto del brócoli en una servilleta y, más tarde, lo tiro a la basura. Estaba asqueroso.

—Vas a saltarte la tutoría para ir a ver a la doctora Winston —anuncia la señora Ali—. Ahora.

—¿Qué? ¿Por qué?

Me quedo mirándola, pero su rostro es indescifrable.

—Espero que ella te lo cuente. Ve arriba y espera —me dice con una sonrisa, aunque eso no hace que me sienta mejor.

¿De qué va esto? Subo las escaleras y me siento. Quizá se hayan enterado de que Ben y yo hemos estado hablando de gente que desaparece. A lo mejor el autobús tenía micrófonos ocultos y los lords están sacando a Ben de su clase en este mismo momento. A lo mejor van a...

Entonces se abre la puerta y sale un chico.

—¡El siguiente! —grita una voz.

Me levanto y entro en el despacho. Paso la tarjeta por el lector, cierro la puerta y me siento.

—¡Buenos días, Kyla! —exclama la doctora Winston, esbozando su sonrisa pintada con carmín.

—Hola.

—Un profesor ha estado hablándome de ti. ¿Sabes sobre qué? —añade, frunciendo los labios.

Yo hago memoria... ¿Un profesor? ¿He hecho algo malo?

—¿Uno de mis profesores? No..., no lo sé.

—No pongas esa cara de susto. Es uno de tus profesores, pero todavía no lo conoces. El señor Gianelli, el jefe del departamento de Arte. Parece que ha visto uno de tus dibujos y ha sido de lo más insistente pidiendo que te matriculáramos

en su clase.

—¿En serio?

Noto la sonrisa que se está dibujando en mi cara, pero la doctora Winston ahora frunce el entrecejo.

—Se ha puesto muy pesado.

—Lamento mucho eso, pero..., hum, ¿puedo ir a su clase?

—Sí. Aquí está tu nuevo horario —responde, lanzándomelo—. También hemos tenido que mover tu clase de Matemáticas para que encajara. Para solucionar eso, dos veces por semana tendrás unidad a la hora del almuerzo y podrás hacer lo que quieras los demás días.

—Muchísimas gracias, gracias. Yo...

—Ahora vete. —Me levanto a toda prisa y paso la tarjeta por el lector—. Ah, Kyla, una cosa más.

—¿Sí?

—No parezcas tan pagada de ti misma. No quiero que vuelvas a molestarme, ni tú ni nadie que venga a hablarme de ti, en mucho tiempo. ¿Queda claro?

Sonríe radiantemente al decir esas palabras, lo cual las hace peores.

Se me borra la sonrisa de la cara y respondo con un escueto «sí» antes de salir disparada por la puerta y volar escaleras abajo.

El señor Gianelli, mi héroe, no es en absoluto lo que me esperaba.

—¿Quién eres? —inquire, ceñudo, cuando me cuelo en su clase justo después de que suene el timbre.

—Kyla Davis.

—¿Quién?

—Una nueva estudiante. Usted habló con la doctora Winston, ¿no?

Al oír mencionar ese nombre, su ceño se profundiza.

—¡Ajá! Tú eres la chica de la lechuza. Tuve que soportar tres reuniones con esa insufrible mujer por tu culpa.

Miro nerviosa a mi espalda, pero la puerta está cerrada: la señora Ali se ha ido. Al girarme de nuevo y echar un vistazo a los alumnos, se me cae el alma a los pies: Phoebe. Genial. También está en mi clase de Arte.

El señor Gianelli saca mi dibujo de entre un montón que hay sobre su escritorio, lo muestra a la clase y, antes de dejar que me sienta, procede a explicarle a todo el mundo cómo podría haberlo hecho mejor. Y tiene razón.

Pero hoy vamos a pintar al óleo.

¿Qué pinto?

Mi sitio feliz; quizá eso me ayude a ir hasta allí. Empiezo con el cielo. Pronto estoy concentrada en los azules, mezclándolos en una paleta, añadiendo retazos de nubes, volutas blancas, con una espátula. Estoy tan absorta en el cielo que casi no reparo en unas voces que susurran tras de mí.

—Me pregunto qué hizo para que la reiniciaran.

—Seguro que algo malo.

—No pudo ser gran cosa: es una flojucha pequeñaja y escuálida.

—Quizá torturó a niños, porque eran los únicos más pequeños que ella.

—A lo mejor prendió fuego a su casa y asó a sus padres vivos. Una especie de papis a la barbacoa. Seguro que gritaron.

Giro en redondo.

—A lo mejor maté a alguien con una espátula de pintor —replico, y muevo una en la palma de la mano, como calculando su peso.

Sus amigas retroceden, pero Phoebe se echa a reír.

—Ya sabéis que no importa lo que haya hecho antes: ahora no puede hacerle daño a nadie. Morirá si lo intenta. Se le freirá el cerebro de golpe —dice, y yo vuelvo a mi pintura.

«Árboles verdes-cielo azul-nubes blancas-árboles verdes-cielo azul-nubes blancas...».

—¿Contenta con tu nuevo horario? —me pregunta la señora Ali, sonriendo agradablemente en el descanso. Y yo no sé si responder el obvio «sí», porque con o sin Phoebe, e intentando no pensar en lo que decían de mí, me encanta. ¿O creerá que estoy ocultando algo y que tengo problemas si estoy contenta? Entonces la señora Ali se echa a reír y añade—: Deberías verte la cara a veces.

De modo que hoy está de buen humor.

Yo sonrío con indecisión.

—Me encanta la clase de Arte. Creo que realmente me ayudará a... —me interrumpo, buscando las palabras que dijo el director en la asamblea— alcanzar todo mi potencial.

La señora Ali parece divertida.

—No repitas las cosas como un loro, Kyla. Debes hacer siempre lo posible por cumplir con tu contrato.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro.

—¿Qué sucede si alguien como yo no cumple con su contrato? ¿Pueden... devolverlo?

Ella me sostiene la mirada. Algo cruza su rostro, tan deprisa que no estoy segura de qué es, y luego desaparece. Sonríe y replica:

—Procura no destacar durante un tiempo, Kyla, hasta que la doctora Winston se olvide de las molestias que le has ocasionado.

Me acompaña hasta la siguiente clase, y yo pienso en lo que me ha dicho. No ha contestado a mi pregunta, y eso, en sí mismo, es una respuesta.



Mis pies golpetean la pista.

«Quizá torturó a niños..., a lo mejor prendió fuego a su casa y quemó a sus padres vivos..., o mató a alguien con una espátula de pintor». Corro más deprisa, y más deprisa aún.

Veo mis manos con un cuchillo. Tal vez uno de cocina bien afilado; no una espátula de pintor, que es demasiado roma. O provocando un incendio: esparciendo gasolina y tirando una cerilla encendida. O, en vez de eso, una botella de cristal con líquido inflamable y un trapo en la boca al que prendo fuego para lanzarla contra una ventana. ¿Me habría quedado a oír los gritos? No. ¿Cómo, si no, podría asegurarme de escapar?

Pero yo no escapé. Aquí estoy.

La pista pasa ante mí como un borrón y sigo corriendo para mantener altos mis niveles, pero no puedo refrenar los pensamientos y las imágenes que dan vueltas en mi mente.

¿Qué hay de torturar a niños? Yo no podría haber hecho eso. ¿O sí? Luego recuerdo mi sueño: los estudiantes del autobús volando por los aires. Eran poco más que niños.

¿Pude haber hecho alguna de esas cosas?

Alguien se está acercando por detrás; aprieto el paso, aunque me alcanza igualmente. Miro de soslayo a la derecha: es Ben.

—Hola —me saluda—. ¿Puedes seguir?

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar; tengo los pulmones llenos con el esfuerzo de mantener el suministro de oxígeno para mi cuerpo.

Unas cuantas vueltas más, y otras más; esta vez, con Ben al lado. Desde que he soltado el pincel y ha terminado la clase de Arte, las palabras de Phoebe no paran de repetirse una y otra vez en mi mente. Tras la última clase de la mañana he

venido directamente a la pista, pues hoy es el primer día que no tengo que ir a la unidad a la hora del almuerzo. La presencia de Ben resulta reconfortante, aunque haya abandonado los intentos de hablar ante mi falta de respuestas. Ben baja el ritmo gradualmente. Como no me apetece dejarlo atrás, aminoro el paso con él, poco a poco.

—¿Suficiente? —me pregunta luego, y asiento con la cabeza. Nos detenemos lentamente. Ben entrelaza su brazo con el mío para sacarme de allí, y paseamos por los senderos de los jardines del colegio. Hay estudiantes por todas partes, pero no se fijan en nosotros—. ¿Quieres contarme qué te pasa? —Me encojo de hombros—. Por alguna razón, te has puesto a correr como una lunática.

—Solo por unas cosas que han dicho unas chicas, nada más. Es una chorrada.

—¿El qué?

No contesto, pero le tiro de la mano para cambiar de dirección. Caminamos junto al edificio de Administración hasta llegar al monumento conmemorativo, y me detengo ante él.

Cuántos nombres grabados en piedra: todos muertos. Hace seis años. Qué imaginación tengo. Me doy una sacudida a mí misma. Entonces solo tenía diez años; no pude haber estado allí.

—Kyla, ¿qué ocurre?

—¿Nunca te preguntas qué hiciste para que te reiniciaran? ¿Y si yo era terrorista? A lo mejor maté a gente, como estos estudiantes, tirando una bomba a su autobús.

Ben sacude la cabeza.

—No sé qué pude hacer, pero no creo que fuera capaz de hacer algo tan espantoso como eso; y tú tampoco. Pero nunca lo sabremos. Lo único que podemos hacer es vivir nuestras vidas como son ahora, ser quienes somos ahora.

Pienso en sus palabras. El caso es que no puedo ni imaginar que Ben haya hecho jamás algo horrible; ni Amy tampoco. Pero, de algún modo, no estoy tan segura de mí misma.



—Pero ¿cómo voy a saber quién soy ahora si no sé quién era?

—Yo sé quién eres: Kyla, la corredora lunática, y mi amiga. —Me pasa un brazo por los hombros—. Kyla, la de la sonrisa tímida y la cara que revela todo lo que siente por dentro. ¿Qué más hay que saber?

Miro los cálidos ojos de Ben, como chocolate derretido, que ahora me hacen una pregunta: «¿Quién eres, Kyla?».

—Me gusta dibujar, y pintar —digo despacio—. Y se me dan muy bien las dos cosas.

—Kyla, la artista. Bien. ¿Qué más?

Me devano los sesos en busca de respuestas.

—Odio el brócoli. Me gustan los gatos. —Es un comienzo, ¿no?

Ben sonrío y me aprieta con más fuerza. El estómago me da un vuelco. «Dulces dieciséis y aún no te han besado». Algo en sus ojos dice que será ahora, ahora que tengo la ropa pegada al cuerpo y el pelo lacio después de correr, aquí fuera, donde cualquiera podría vernos. La presencia de Tori sigue pendiendo entre nosotros, pero a él no parece importarle, y a mí tampoco.

Sin embargo, algo atrae mi mirada, hace que me gire hacia el monumento y los nombres grabados. El que está en la parte superior sobresale de golpe como si alguien lo hubiera pronunciado a gritos.

Robert Armstrong.

Suelto un grito ahogado y aparto a Ben. Él me suelta.

—¿Qué ocurre? —me pregunta.

Me acerco al monumento y paso los dedos por las letras del nombre. Amy me contó que mamá había tenido un hijo llamado Robert que murió. Antes de casarse con papá, ella se apellidaba Armstrong.

Robert Armstrong.

¿Es su hijo? ¿Mi... hermano?

—Kyla, ¿qué te pasa?

Pero yo niego con la cabeza. No puedo contárselo, aunque noto su decepción. Su rostro dice: «¿No confías en mí?». Amy me hizo prometer que jamás mencionaría a Robert, así que ¿cómo voy a confesárselo?

La tarde pasa en una nebulosa. Mis niveles consiguen mantenerse alrededor del 5 por la carrera, pero mis pensamientos siguen siendo un revoltijo. ¿Cómo ha podido mamá adoptarme a mí, y también a Amy, si a su hijo lo mataron los terroristas? Y años antes, también habían matado a sus padres. Para que te reinicien tienes que haber hecho algo verdaderamente malo. ¿Y si yo era terrorista?

Esa noche, la cena es rara. Mamá parece no quitarme el ojo de encima para pillarme en alguna falta. Me dice que me siente derecha, que me coma el brócoli — aunque, por mucho que lo intente, me da arcadas—, me hace preguntas tontas sobre el colegio. Quizá me está controlando por si meto lo suficiente la pata y puede devolverme. Como a Tori.

Amy tiene que estudiar para un examen de Matemáticas y yo me levanto de un salto para lavar los platos. Lo haré todo perfectamente. Me concentro: apilo la vajilla, paso un paño por las encimeras, lavo los platos con extremo cuidado y...

—¿Qué es lo que te pasa esta noche?

Me giro en redondo y golpeo un vaso, que cae al suelo y se hace añicos. Los pedazos vuelan por todas partes. Mi madre suspira y yo corro a buscar la escoba y el recogedor.

—Lo siento —digo, y me arrodillo para recoger los fragmentos.

—Kyla, solo es un vaso. No es nada del otro mundo. ¿Y ahora vas a contarme qué te pasa? —La miro, la miro de verdad, y ya no es un dragón, por lo menos de momento. Parece preocupada, no enfadada, y estira una mano para ayudarme a levantarme—. ¿Qué es, eh? —Noto un picor al fondo de los ojos y parpadeo con furia, pero no sirve de nada—. ¿Y bien?

—Odio el brócoli —digo, y rompo a llorar.

Pero no estoy llorando por eso, ¿verdad? Es más porque odié el brócoli la primera vez que lo probé, aquí, hace solo unos días. En cuanto lo tuve en la boca, sentí náuseas: mi cuerpo lo reconoció. Si siempre lo he odiado —incluso antes de

que me reiniciaran—, entonces no soy una persona nueva, por mucho que digan que lo soy. Y si no soy una persona nueva, lo que hiciese sigue ahí, sigue siendo parte de mí, oculto en algún sitio de mi interior. Y mientras mi cerebro está dando vueltas a esos pensamientos, el resto de mi ser está ocupado llorando, con grandes sollozos e hipidos..., como si mi cuerpo y mi cerebro no estuvieran conectados, como si no fueran juntos. Y no comprendo por qué.

Mi levo empieza a vibrar y mi madre maldice entre dientes. Me arrastra al salón para que me tumbe en el sofá, me trae a *Sebastian* y me prepara chocolate caliente. Se sienta a mi lado y me frota el hombro mientras *Sebastian* ronronea sobre mi regazo. En su rostro hay una pregunta que no entiendo, pero ella no dice nada.

—Doy demasiados problemas; vas a querer devolverme —digo al fin en medio del silencio.

—¿Qué? Por supuesto que no. ¿A qué te refieres?

Y le cuento que han devuelto a Tori. Y su cara no refleja ninguna sorpresa.

—Tori era esa chica tan guapa que estaba con Ben en la feria, ¿verdad?

Asiento.

—¿Qué le ha pasado? —le pregunto. Mamá vacila—. Por favor, cuéntamelo —le pido.

—Sinceramente, no lo sé —contesta, aunque una parte de mí nota que ha llegado a la misma conclusión que Ben y yo: «Nada bueno»—. Pero quizá su madre no tenga nada que ver con eso.

—¿Cómo?

—Era bastante respondona. Puede que alguien oyera alguna de las cosas que decía y decidiera que no estaba cumpliendo con su contrato. Como si no estuviera lo bastante agradecida por haber tenido una segunda oportunidad.

—¿Alguien como quién? ¿Es que los que me rodean están espiándome siempre? —añado, mirando de un lado a otro, como si hubiera ojos y oídos invisibles detrás de los muebles.

—No es tan exagerado, Kyla —me aclara mamá con dulzura—. Unas pocas

personas hacen informes regularmente: tus profesores, tu enfermera... La doctora Lysander, supongo.

—¿Tú informas sobre mí? ¿Y papá?

—Por supuesto. Forma parte de lo que aceptamos al adoptaros a Amy y a ti. Pero no te preocupes: yo jamás diría algo que pudiera inquietarles. ¿Comprendes? —¿Es cosa de mi imaginación, o ha enfatizado el «yo» de esa frase?—. Kyla, escúchame: no voy a devolvarte, ¿de acuerdo? Jamás lo haría.

—¿En ningún caso?

—En ningún caso. Y no te obligaré a comer brócoli nunca más.

Más tarde, acostada en la cama, con un ronroneante *Sebastian* formando una pelotita contra mi espalda, me cuesta recordar qué es lo que me ha angustiado tanto como para hacerme llorar. Es como lo de que no me guste el brócoli o el saber conducir. Como dibujar mejor con la mano izquierda. Y esa manera en que he llorado, con grandes sollozos entrecortados. No sabía llorar, no se me daba bien: no era algo que yo hiciera.

Sea quien sea Kyla, hay otra persona escondida. Y es ella lo que me asusta por encima de todo.

*Primero, el sonido.*

*Roce, golpe, roce, golpe. Como algo metálico arrastrado sobre una superficie áspera, o como una pala clavada en la arena, sacada y vaciada, una y otra vez.*

*Abro los ojos.*

*No es una pala, sino una paleta, recogiendo argamasa y dejándola caer sobre la hilera superior de ladrillos, más alta que yo.*

*Los ladrillos forman un diseño circular, un muro a mi alrededor. Si estiro las manos apenas unos centímetros, de un lado a otro, de delante atrás, lo único que puedo tocar son unas paredes circulares burdamente construidas. Y cada vez son más altas, hilera tras hilera.*

*Estoy en una torre, sin ventanas ni puertas. La parte superior de la torre está muy por encima de mí, y —roce, golpe, roce, golpe— sigue ascendiendo con cada segundo que*

*pasa.*

*De repente, el círculo de luz desaparece. El sonido cesa.*

*Me invade el pánico, que luego se convierte en furia. Aporreo la pared, dándole patadas y puñetazos, una y otra vez, hasta que me derrumbo contra ella. Incapaz de sentarme en ese reducido espacio, descalza, con las manos y las rodillas magulladas y ensangrentadas.*

*—¡Dejadme salir! —aúllo.*

Abro los ojos de golpe. Hay dos círculos de luz devolviéndome la mirada. Parpadean. ¿Será *Sebastian*?

Me incorporo y enciendo la lámpara de la mesilla. *Sebastian* está a mi lado en la cama, con el pelo erizado; en mi brazo hay una fila de arañazos paralelos que empiezan a tornarse rojos.

—¿Me has despertado tú? —le susurro, y alargo una mano con cuidado para acariciarlo delicadamente.

Puede que *Sebastian* me haya salvado de un desvanecimiento. ¿Lo sabía de algún modo, o solo me ha arañado porque le he pegado en sueños?

Pronto se le alisa el pelo y se tumba junto a mí ronroneando. Mi corazón late más despacio y el levo pasa de 3.5 a alrededor de 5 en poco tiempo, pero no cierro los ojos. La luz va a quedarse encendida.

Me da miedo la oscuridad.

—Vuestro carruaje —anuncia Jazz, haciendo una reverencia.

Desde que el trato para que Amy vea a Jazz implica que no se queden solos, parece que ya no voy a tomar el autobús con Ben después de clase.

Subo a la parte de atrás, sin cinturón de seguridad. Amy y Jazz ocupan los asientos de delante. Yo suspiro y me preparo mientras Jazz sale del recinto del colegio y recorre la carretera principal dando bandazos. Luego toma un camino rural. ¿No vamos directos a casa?

—Tengo una sorpresa para ti, Kyla —me dice Jazz, mirándome más a mí que la carretera por el retrovisor.

—¡Cuidado! —exclama de pronto Amy, y él frena en seco, justo a tiempo para evitar un rebaño de ovejas que cruzan la calzada.

El granjero nos mira mal; hasta el perro parece mirarnos mal. Las ovejas avanzan sin prisa con expresión impávida.

—Uf, lo siento —se disculpa Jazz ante el granjero.

—¿Cuál es la sorpresa? —pregunta Amy cuando volvemos a ponernos en marcha.

—Mac ha encontrado un cinturón de seguridad para la parte de atrás.

—¡Hurra! —exclamo yo con auténtico entusiasmo mientras pienso: «Hasta que te lo instale, intenta mantenerte dentro de la carretera».

Después de haber estado a punto de atropellar a las ovejas, Jazz presta algo más de atención al camino y yo me relajo un poco. Empiezan a cerrármese los párpados; estoy muy cansada por el sueño de anoche y el esfuerzo por permanecer despierta después. Cada vez que se me cierran los ojos noto cómo me rodean muros de ladrillo. Ahora se me va la cabeza contra el asiento delantero, y en mi mente se mezclan imágenes: el monumento conmemorativo, con las palabras «Robert Armstrong» grabadas en lo alto; la torre...

—Procura mantenerte despierta —me dice Amy, y pego un salto.

—¿Ves?, no conduzco tan mal si los pasajeros pueden echarse una cabezadita —comenta Jazz.

Mac saca el asiento trasero del coche.

—¿Damos un paseo? —pregunta Jazz, guiñándole un ojo a Amy—. Aunque a lo mejor tú estás demasiado cansada —añade intencionadamente mirándome a mí.

—Sí, pareces cansada —se suma Amy—. No tardaremos.

Echan a andar carretera abajo, encaminándose al indicador de una vereda.

—Si no queréis que os acompañe, ¿por qué no lo decís sin más? —replico a sus espaldas.

Mac se asoma desde la parte de atrás del coche y se ríe.

—Coge algo de beber si te apetece —me dice.

—No, gracias —respondo, recordando el sabor de su cerveza casera.

—En la nevera hay refrescos —aclara con una sonrisita; sabe perfectamente qué estoy pensando—. Anda, ve y coge algo de picar si quieres. Ponte la tele. Probablemente la parejita tarde un poco —añade, riéndose de nuevo.

Traducción: no te quedes aquí mirando cómo trabajo con este montón de chatarra en forma de coche.

Bien. Entro en la casa. Y sí: en la nevera hay bebidas que parecen más inofensivas que las botellas marrones del armarito. Tengo hambre de verdad, después de correr unos centenares de vueltas a la hora del almuerzo para mantener altos mis niveles. Ben me ha acompañado sin preguntarme por qué corría. A lo mejor ha renunciado a hacerme preguntas cuando ve que no respondo.

Encuentro queso y pan cortado en gruesas rebanadas irregulares: ¿casero? Me asomo por la puerta y le grito a Mac:

—¿Quieres un sándwich?

—Claro —contesta—. Dentro de nada estoy ahí.

De modo que preparo unos cuantos sándwiches. No me entusiasma la tele, pero la enciendo y echo una ojeada a los tres canales. En la BBC1 hay una estúpida comedia con risas enlatadas a la que no le encuentro demasiado sentido; en la BBC2, un programa de jardinería sobre cómo incrementar la producción de las parcelas; en la BBC3 dan las noticias y el tiempo. Veo el telediario mientras como. En los próximos días va a llover. Aumentan las cifras de la cosecha de este otoño. No sé qué sobre los barrios londinenses. Muestran imágenes de calles que he visto al ir al hospital y volver, pero no parecen las mismas. Los edificios quemados no salen. Y tampoco hay guardias.

—Pareces pensativa —me dice de pronto Mac desde el umbral.

—Bueno, es que yo he pasado por esa calle, y en la tele parece distinta. Está más limpia, más arreglada. Diferente.

Mac alza una ceja y se sienta.

—En general, en las noticias solo sacan lugares alegres y gente feliz.

Yo frunzo el entrecejo.

—Bueno, pues entonces no son auténticas noticias. La gente no siempre es feliz. Y ese edificio..., mira, ese..., era poco más que cuatro paredes cuando pasamos por delante, hace una semana. No pueden haberlo restaurado tan deprisa.

Mac coge un sándwich.

—Ah, pero así tiene un aspecto más bonito, ¿no?

—Eso es una estupidez.

—Desde luego que sí —replica, y se ríe otra vez. Observo a Mac mientras se come el sándwich. No tiene ni la pinta habitual de los adultos, ni habla como uno de ellos. Aunque supongo que no es tan mayor—. ¿Qué? Pregúntame cualquier cosa que te ronde por la cabeza —me invita con expresión divertida.

—¿Haces tú el pan?

—Sí.



—¿Te cortas el pelo tú solo?

—Sí.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

Entonces no es tan mayor, sino más joven de lo que yo pensaba. Tiene seis años más que yo. Y una idea me atenaza: «Seis años más que yo». El monumento conmemorativo del colegio es de hace seis años.

—¿Tú también estudiaste en el Lord William? —le pregunto.

Las palabras me han salido sin pensar. Debe de ser por la falta de sueño.

—Sí.

—¿Conociste a Robert Armstrong?

Me lanza una mirada penetrante y algo le pasa por la cara. La risa abandona sus ojos. Se levanta, saca una de esas botellas marrones del armarito de la cocina y vuelve a sentarse.

—Sí, lo conocía. Era amigo mío —contesta en voz queda, y destapa la botella con un abridor.

—¿Robert era mi... hermano?

Mac se encoge de hombros y bebe un sorbo de la botella.

—Depende de cómo mires las cosas, supongo. Él era el hijo de la madre que tú tienes ahora. —«La madre que yo tengo ahora». No la original. Interesante forma de exponerlo, pero todos insisten en que ella es «mamá» para mí. Abro la boca para preguntar sobre Robert, aunque Mac levanta una mano y añade—: Ahora pregunto yo. ¿A qué viene ese interés por Robby? —Me quedo mirándolo, ya sin nada de sueño, un poco asustada. Robby, no Robert: era real, una persona de carne y hueso. De algún modo, sé que estos son temas peligrosos. ¿Por qué los he sacado?—. No pasa nada —me asegura Mac—. Cuéntame.

Y hay algo en él que hace que piense: «Me fío de ti», así que se lo cuento,

sorprendida de atreverme. Le cuento lo fascinada que me quedé con el monumento conmemorativo, que no podía dejar de pensar en todos esos estudiantes, de solo quince y dieciséis años, que murieron en el autobús. Que tuve una pesadilla, y que luego vi el nombre: Robert Armstrong. Pero que no sabía con seguridad quién era.

—Jovencita, eres una criatura muy interesante... —comenta Mac.

—¡No soy una criatura!

Él se echa a reír.

—Lo siento. Te han reiniciado, pero, al contrario que esa diablilla descerebrada que anda con Jazz, tú parece tener auténtico cerebro.

—¡Amy no es una descerebrada!

Mac se ríe de nuevo.

—De acuerdo. Amy no es tonta; no es eso lo que quería decir. Solo que no se cuestiona nada. —Bueno, ya estamos otra vez con el «Kyla es diferente». Mac se inclina hacia delante, ya sin rastro de risa, completamente serio—. Aunque tengo una pregunta muy importante para ti.

—¿Cuál?

—Una cosa es plantear preguntas, pero ¿qué vas a hacer con las respuestas?

—Supongo que estoy intentando resolver cosas, comprenderlas. Solo para mí misma.

Mac asiente.

—Solo para ti misma... Eso es lo importante, Kyla. Deberías guardarte las preguntas para ti la mayor parte de las veces, y pensarte bien a quién preguntas. Y las respuestas debes guardártelas siempre. ¿Podrás hacerlo? ¿Podrás mantener las cosas en secreto?

—Sí.

Él se recuesta en su asiento y toma un trago de cerveza.

—Bien, dispara. ¿Qué quieres saber?

Trago saliva. Quiero saber qué sucedió aquel día, aunque... ¿de verdad quiero saberlo? Tomo un desvío.

—¿Cómo era tu Robby?

—Un tío como la mayoría, supongo. Serio, un poco tímido. E inteligente; le gustaban las ciencias y esas cosas. Pero lo más asombroso de Robby es que tenía como novia a la chica más guapa del colegio. Nunca lo entendí.

—¿Informaron en las noticias de lo ocurrido? No sería agradable.

—Cierto. Pero de eso es de lo que suelen informar en las noticias, ¿no? Solo dijeron cómo el inhumano y malvado grupo Terroristas Antigubernamentales había sacrificado como si nada a inocentes estudiantes, como parte de su incesante campaña de terror.

—¿Es eso lo que sucedió?

—No exactamente. El TAG intentaba bombardear las oficinas de los lords, y el autobús se interpuso en su camino. Los ocupantes murieron. Ni te imagines que el TAG pretendía que pasara eso.

—Pero, aun así, pasó. Aun así, mataron a Robert y a todos los demás estudiantes —replico indignada.

No importa qué estuvieran intentando hacer los terroristas. Podían estar intentando matar a otras personas, que quizá se lo merecieran o quizá no, no a los chavales que viajan en un autobús. Pero igualmente lo hicieron.

—Sí y no.

—¿Qué quieres decir?

—Que Robby no murió en el autobús.

—¿Qué? Pero si aparece en el monumento conmemorativo... Allí dice que sí. ¿Cómo lo sabes?

—Porque yo estaba allí. —Me quedo mirándolo horrorizada y mi levo

vibra—. ¿Te encuentras bien, Kyla?

Bajo la vista: 4.3. Me encojo de hombros.

—De momento. ¿Tienes chocolate?

—¿Es eso lo único que necesitas?

Me trae un poco, me lo como concentrándome en su dulzura y en respirar, y me imagino fuera de esto. Mis niveles ascienden casi al 5.

—Lo lamento —digo—. No puedo evitarlo.

—Eso debe de ser un auténtico asco.

—Si me enfado por esto, la cosa empeora.

—Te comprendo.

Respiro hondo.

—Por favor, ¿puedes contarme qué sucedió realmente?

—¿Podrás soportarlo?

—Creo que sí.

De modo que me lo cuenta. Él estaba cerca de la parte delantera del autobús, y fue la de atrás la que recibió el mayor impacto. Recuerda los sonidos, el humo, la gente gritando y luego el silencio, muy semejante a mi sueño. Dice que sufrió una leve herida en la cabeza y que lo sacaron a rastras. Robert también estaba allí, y lo tenían agarrado mientras chillaba «Cassie, Cassie», el nombre de su novia. Parecía ileso. Entonces Mac perdió el conocimiento.

Luego, ya en el hospital, le interrogaron sobre lo que había visto ese día. Contó que no se acordaba de nada. Que se desmayó, aunque no había perdido el conocimiento hasta más tarde. Parecieron creerle. Salió del hospital y le comunicaron quiénes habían muerto: Cassie y Robert estaban en la lista.

—Pero si Robert no estaba herido, ¿qué le ocurrió?

—No lo sé con certeza. Yo estaba demasiado asustado para preguntar.

Y por la forma en que aparta la mirada, por las sombras que le cruzan la cara, veo la vergüenza que no se va. Por estar vivo. Por no haber contado nunca lo de Robert. Y hay algo más que Mac sabe. Hay una parte de la historia que se calla.

Se levanta, abre un cajón y me tiende una foto.

—Ahí los tienes: Robby y Cassie.

Reconozco a mi madre en él: la misma mandíbula cuadrada, el pelo rizado... Un chico normal y corriente, rodeando con un brazo a una chica muy guapa, de piel perfecta, rostro en forma de corazón y sedoso pelo de color miel. Una chica perfecta, eso es, hasta que se encontró en el autobús equivocado en el día equivocado.

—Pero ¿qué le pasó a Robert? —pregunto—. Cuéntamelo.

—Durante un tiempo lo busqué en páginas web de personas desaparecidas, pero sin éxito. Supongo que nadie denuncia que has desaparecido si todo el mundo piensa que estás muerto.

—Tú crees saber qué le ocurrió, ¿verdad?

—Quizá.

—¿Y?

Mac vacila.

—Creo que lo reiniciaron.

Me quedo mirándolo boquiabierto, incapaz de asimilarlo.

—¿Reiniciado? Eso es solo para criminales...

—Ya, claro. En ese caso, ¿por qué desaparecen tantos críos? ¿Qué les sucede en realidad? Mira, Robby estaba tan traumatizado por lo ocurrido, que probablemente pensaron que, para convertirlo en un ciudadano útil, tenían que reiniciarlo. Que no lo superaría de ninguna otra manera. Estaban tratando de ayudarlo.

Veo en su cara que Mac opina que eso no está bien. Yo no sé qué pensar. ¿Niños desaparecidos? No puedo procesar lo que está diciendo. ¿De verdad podría usarse la reiniciación en niños que no son criminales?

—¿Qué son esas webs de personas desaparecidas? —le pregunto al final—. Nunca había oído hablar de ellas.

—Escucha, Kyla, esto es muy importante. Está en los primeros puestos de la lista de lo que no se puede mencionar: debe ser un secreto.

—¿El qué?

—Ven. —Lo sigo a una habitación trasera. Hay ropa y trastos por todas partes, pero entonces Mac aparta unas cuantas cosas y veo que todo eso sirve en realidad para esconder un ordenador—. Esto es un poco..., un mucho..., ilegal —dice—. No es un equipo gubernamental: chist, chist.

—Oh.

Y entonces me lo enseña. Hay toda clase de páginas web clandestinas que los lords no pueden controlar, dirigidas desde fuera del Reino Unido. Las de desaparecidos son solo una parte. Hay muchísimos desaparecidos de todas las edades, pero especialmente niños.

—¿Cuántos años tienes? —me pregunta.

—Dieciséis.

Empieza a teclear. Dieciséis..., hembra..., rubia..., ojos verdes.

—¿Qué estás haciendo?

—Solo voy a mostrarte la magnitud de todo esto. —En la página aparecen imágenes; fechas de la última vez que se las vio, nombres, edades; un total de treinta y seis. Yo empiezo a examinar la pantalla. Cuántas chicas: la mayoría adolescentes cuando desaparecieron. ¿Qué pudo haberles pasado?—. ¡Mierda! —exclama de pronto Mac.

—¿Qué?

—Mira la número treinta.

Hace clic en la foto para aumentarla: es una niña de sonrisa mellada. Grandes ojos verdes, pelo rubio muy claro y fino, vestida con vaqueros y camiseta rosa, con un gatito entre los brazos. Debajo dice: «Lucy Connor, desaparecida de la escuela en Keswick, Cumbria, a la edad de diez años».

—Se parece un poco a mí —comento despacio.

—Se parece mucho a ti —replica Mac, clicando sobre un enlace que dice: «Previsible aspecto actual».

La pantalla nos ofrece una versión adolescente de Lucy. Esa cara, esos ojos. No. No puede ser. Miro a Mac, y luego de nuevo la pantalla, medio esperando que esa chica se haya ido, como si me hubiera imaginado lo que he visto. Pero ella sigue ahí, sosteniéndome la mirada. Puede que yo esté más delgada y que ella tenga el pelo más largo. Aparte de eso, es como mirar un espejo.

—No solo se parece a ti. Lucy eres tú.

Es por la impresión, supongo. Mis niveles no descienden; se mantienen alrededor de 5, aunque yo sigo con los ojos clavados en la imagen de la pantalla. La miro intentando asimilarla, pero no puedo. Empiezo a temblar.

¿Desaparecida?

¿Dónde he estado desde que tenía diez años?

Vagamente, advierto que Mac apaga el ordenador, me coge de la mano y me lleva de vuelta a la otra sala.

—Siéntate —me dice—. Y bébete esto —añade, poniéndome un vasito en la mano.

Me lo bebo todo; quema.

Empiezo a toser.

—¿Qué es?

—Whisky. Es bueno para las impresiones fuertes.

Una sensación de calidez empieza a extenderse por mi cuerpo y entonces

oímos voces que se acercan por el sendero.

Mac se arrodilla delante de mí y se lleva un dedo a los labios.

—Ni una palabra, Kyla. Hablaremos de esto en otro momento. ¿Prometido?

—Ni una palabra. Lo prometo.

—Buena chica —replica, y se lleva el vaso.

En ese momento, Amy y Jazz entran por la puerta principal, cogidos de la mano.

—Perdón por haber tardado tanto —se disculpa Amy mientras nos dirigimos al coche—. Espero que no te hayas aburrido.

—¿Nos ponemos el cinturón? —pregunta Jazz, y yo me abrocho el nuevo..., rescatado de un vehículo accidentado.

Mac sale y nos despide agitando una mano. El coche avanza por el sendero de acceso dando tumbos, y pronto Mac queda a nuestras espaldas, fuera de la vista.

«Árboles verdes-cielo azul-nubes blancas-árboles verdes-cielo azul-nubes blancas...».

Por la noche, me justifico con los deberes para encerrarme en mi cuarto.

*Sebastian* suele subir conmigo después de cenar, pero hoy no hay ni rastro de él, y echo de menos su compañía.

Lucy tenía un gatito.

Si la observo demasiado de cerca mentalmente, noto un dolor en mi interior. En esa fotografía parecía muy feliz. ¿Qué le pasó a esa niña, qué la alejó de esa vida?

Lucy es «ella», no «yo»; solo puedo pensar en ella en tercera persona, como algo diferente y separado de mí misma. En cualquier caso, a lo mejor solo se trata de una estúpida coincidencia. No puede ser yo; solo se parece a mí. Además, esa versión generada por ordenador de una Lucy de dieciséis años no es más que un



juego. Hoy podría tener un aspecto completamente distinto.

Pero sus ojos risueños siguen grabados en mi mente, y no se irán de ahí; necesitan salir. Me levanto de un salto y cojo un cuaderno de dibujo. Y el lápiz con la mano izquierda. Y comienzo a dibujar, prestando atención a medias al sonido del lápiz sobre el papel mientras mi cabeza da vueltas en torno a Lucy.

Denunciaron su desaparición. Ahí fuera, alguien quiere conocer su paradero, y tal vez qué le ocurrió. Puede que sean sus padres; quizá la quieran y estén desesperados por saber si se encuentra bien.

En ese caso, si yo soy —si era— Lucy, no tendría sentido contactar con ellos, ¿no? Lucy no se encuentra bien; es como si estuviera muerta. Ya no existe. La han reiniciado.

Me devuelve la mirada desde mi dibujo. La he hecho sin el gatito, con un fondo diferente, pero los ojos son iguales. Levanto la vista para mirarme en el espejo y luego me giro de nuevo hacia el dibujo. La clave está en mis ojos. Aparte de más joven, también parece más feliz, incluso sin el gatito.

He hecho el dibujo con la mano izquierda, casi sin prestar atención. Es bueno, es mejor que bueno. Da la impresión de que Lucy podría salir de la hoja y entrar en mi habitación, o dar media vuelta y ascender por esa... ¿montaña?

Se me eriza la piel de la espalda y me recorre un escalofrío. Detrás de Lucy he dibujado una larga estribación que desciende a su izquierda, algo que jamás he visto en persona: montañas. No estaban en la fotografía.

Al día siguiente *Sebastian* sigue sin aparecer.

Todas las mañanas está en mi cama cuando me despierto, pero hace ya dos días que no lo encuentro cuando, medio dormida, busco a tientas en todas direcciones.

Tampoco hay ni rastro de él cuando Amy y yo bajamos a desayunar. Me sorprende encontrar a papá en el salón detrás de unos periódicos, mientras mamá se mueve frenéticamente por la cocina preparando almuerzos a toda velocidad. La cena de *Sebastian* sigue intacta en su cuenco.

—¿Dónde está *Sebastian*? —le pregunto a mamá.

—No lo sé. Ya estoy bastante ocupada sin tener que buscar a un estúpido gato. Probablemente esté persiguiendo un ratón o visitando a un amigo.

Amy levanta la vista de sus cereales.

—Yo tampoco lo veo desde hace unos días. Papá, ¿has estado en el cobertizo?

Papá mira por encima de lo que sea que estaba leyendo.

—Anoche —responde—. Echaré un vistazo después del desayuno —añade, y vuelve a desaparecer tras el periódico.

—A veces *Sebastian* se esconde allí y se queda encerrado —me explica Amy.

Pero yo no puedo evitar preocuparme. Si desaparecen niños sin que se haga nada, ¿qué pasa con un gato?

Me arreglo a la carrera y bajo a inspeccionar el jardín. El cobertizo del fondo está cerrado con llave y no tiene ventanas, pero puedo llamar a *Sebastian* y pegar la oreja a la puerta: no hay respuesta.

Suena una bocina desde la parte delantera de la casa. Jazz. Ahora que es el novio oficial de Amy y que tiene un surtido completo de cinturones de seguridad,

viene a recogernos para ir al colegio.

Rodeo la casa y veo que Amy ya está allí.

—Venga —me dice—. Si llegamos tarde a clase, seguro que tendremos que volver a ir en autobús.

Avanzamos por la carretera a trompicones, y yo no dejo de examinar los jardines y los senderos en busca de *Sebastian*. Y la carretera. Por donde pasan a diario muchos coches como el de Jazz, a toda velocidad.

Pero no veo nada.

Amy me sorprende mirando.

—¡No te preocupes! Estoy convencida de que estará en casa cuando regresemos.

—¿Que no se preocupe por qué? —tercia Jazz.

—Nuestro gato ha desaparecido.

—Los gatos son exploradores, como yo; les gusta recorrer el mundo, ver qué es lo que hay que ver.

Amy pone los ojos en blanco.

—Desde luego que sí, señor Cristóbal Colón, lo que usted diga.

—¿Qué pasa con el cobertizo trasero? —le pregunto a Amy.

—¿A qué te refieres?

—No tiene llave. No está entre las llaves de casa; lo he comprobado.

Ella se encoge de hombros, poco interesada.

—No lo sé. Solo lo utiliza papá.

—Seguramente estará lleno de cosas de hombres —sugiere Jazz—. Como rastrillos y máquinas cortacésped.

—No. Esas cosas están en el cobertizo pequeño que hay a un lado de la casa —respondo, pues hace unos días tuve que recoger las hojas muertas mientras *Sebastian* perseguía el rastrillo.

Estoy angustiada. Ese gato ha sido mi sombra desde que llegué. ¿Dónde está?

Con Jazz al volante, adelantamos tanto al autobús que llegamos pronto. Yo me voy a la unidad de recursos de aprendizaje antes de clase, para investigar sobre el otro asunto que me ronda: Keswick, donde vivía Lucy antes de desaparecer. Tengo que saberlo: ¿las montañas de mi dibujo son reales?

Una vez dentro, me veo comparando el ordenador escolar con el de Mac. Este es como todos los que había visto hasta ayer. En casa tenemos el mismo. Papá instala sistemas informáticos y se encarga de su mantenimiento, por todo el país, y apuesto a que también son iguales. La pantalla de búsqueda tiene dos ces entrelazadas en la parte superior izquierda, como siempre. Nunca me había fijado de verdad en ellas: CC, Coalición Central. El Gobierno. En la pantalla de Mac no había ni rastro de ese logotipo.

Tengo los dedos sobre el teclado, a punto de escribir Keswick, cuando caigo en la cuenta. Ayer, Mac me advirtió contra la búsqueda de personas desaparecidas o cualquier tema delicado en otros ordenadores: dijo que todos están controlados. Salgo del sistema. De pronto me inquieta que el hecho de que Kyla Davis busque Keswick, donde desapareció Lucy Connor hace seis años, pueda activar una alarma en algún sitio anónimo.

Minutos más tarde estoy contemplando un polvoriento y viejo atlas ilustrado del Reino Unido que he cogido del estante de consultas. «Catbells, una popular estribación para excursionistas, fácilmente accesible desde Keswick a lo largo de las orillas del lago Derwenwater», leo. La imagen es la copia exacta del dibujo que hice ayer.

A lo mejor había visto antes una fotografía de las Catbells en otro lugar, y las incluí sin más en mi dibujo. O tal vez una parte de mí recuerda; una parte de Lucy. Observo la imagen entornando los ojos y luego los cierro. Intento viajar hasta allí mentalmente, pero no sirve de nada; es bidimensional. No noto nada sobre ese sitio. Si pienso en él directamente, no me acuerdo de nada. Sin embargo, mi mano izquierda parece saber varias cosillas.

Una bibliotecaria me mira con curiosidad desde el otro extremo de la sala. Deja su taza de té en el escritorio. Yo me apresuro a cerrar el atlas, devolverlo al estante y salir.

El señor Gianelli nos guía bajo la luz del sol con nuestros cuadernos de dibujo. La previsión meteorológica que vi en la tele de Mac se equivocaba: no hay ni rastro de la «lluvia, lluvia, lluvia» que dijeron que empezaría a caer hoy.

El profesor nos conduce por el corto sendero que lleva al bosque que hay alrededor del arroyo Cuttle, y luego se deja caer en un banco con un termo de té.

—¡Marchaos! ¡Largo! Dibujad algo, regresad dentro de una hora y asombradme con vuestro trabajo.

Todos se dispersan, la mayoría en grupos de dos o tres. Hay caminos en todas direcciones. Yo me fijo en cuál toma Phoebe y voy en dirección contraria.

Las sendas se entrecruzan por todos lados, y me interno en la parte más densa del bosque. Corro un rato, ansiosa por poner distancia con los demás. Encuentro una roca sobre la que sentarme y comienzo a esbozar árboles, ahora ya casi desnudos. La hierba se está marchitando a lo largo del arroyo, las hojas se pudren bajo mis pies.

No hay nadie a mi alrededor, de modo que cambio a la mano izquierda. ¿Qué sucede si dibujo sin prestar atención, dejando vagar mi mente?

Pienso en el gatito de Lucy. Gris, con rayas, de pelo corto. Regordete o de pelo espeso, o ambas cosas. Una bola de pelo que se retuerce. Salta; la dibujo saltando sobre un trozo de cuerda. Se tambalearía sobre las patas traseras al empinarse, se balancearía y saltaría. ¿La dibujo? Sí, de algún modo, estoy segura de que la mascota de Lucy era una gata.

Pero hoy no puedo perderme en mi dibujo. En vez de una gatita gris, *Sebastian* empieza a aparecer en la hoja. Preocupada y alterada, cierro el cuaderno y echo a andar por el camino.

Estos árboles se plantaron como reserva natural hace más de cincuenta años; nos lo contó nuestra profesora de Biología. Parte del bosque se quemó durante las revueltas de los años veinte, pero ahora ya ha vuelto a crecer. Ya no está regulado y permiten que crezca asilvestrado. Vuelan pájaros, se oyen sonidos de criaturas correteando entre los arbustos... Abandono el sendero principal para tomar una

vereda apenas visible. Serpentea al azar, y me va llevando poco a poco a la dirección por la que he venido.

Al doblar un recodo, ella está tan quieta que al principio no la veo: Phoebe. Sentada sola en el suelo, apoyada contra un tronco, con el cuaderno de dibujo sobre las rodillas, absorta. Hay un petirrojo saltando por el suelo: ¿su modelo? Está gorjeando, y Phoebe parece mantener una conversación con él, emitiendo leves murmullos. El pajarillo se le acerca más, hasta que finalmente salta sobre uno de sus pies.

Y Phoebe sonrío. La sonrisa le transforma el rostro: tiene los ojos pequeños y hundidos, su pelo no ha visto un cepillo en mucho tiempo, y está cubierta de pecas. Pero, de algún modo, parece distinta mientras sonrío al petirrojo; amable, dulce. No parece Phoebe.

A mí no me sonreiría así si me viera. Retrocedo en silencio, pero ella debe de captar mi movimiento y se sobresalta. El petirrojo sale volando.

—Maldita sea —masculla. Se gira a ver quién la ha interrumpido, y al descubrir que soy yo, frunce el entrecejo—. ¿Por qué te has acercado a hurtadillas?

Me detengo, pensando si responder o huir.

—¿A hurtadillas? De eso nada —me oigo decir—. Estaba caminando y he visto cómo hablabas con ese petirrojo. ¿Cómo lo haces? —le pregunto, empujada por la curiosidad.

—Yo no estaba hablando con ningún pájaro —contesta a la defensiva—. Y tú has llegado a hurtadillas, o te habría oído.

Entonces me doy cuenta de que tiene razón. No ha sido como ella piensa — por lo menos, no a propósito—, pero, sin considerar lo que estaba haciendo, he evitado pisar ramitas que pudieran romperse, moviéndome con cuidado entre la vegetación para no hacer ruido.

—¿Puedes hablar con los petirrojos? —insisto.

—Chist —me espeta, y veo que el pajarillo ha vuelto.

Phoebe sonrío de nuevo, no a mí. Si me muevo y el pájaro se va, me la cargaré; si me quedo, la molestaré. ¿Qué hago?

Phoebe dibuja, y yo doblo el cuello para ver. El dibujo es bastante bueno. Me sorprende. Lo que ha hecho en clase es normalito.

Por fin, el ave ladea la cabeza y alza el vuelo, y Phoebe cierra el cuaderno y me dice:

—No le cuentes a nadie que estaba hablando con un petirrojo, ¿entendido?, o lo lamentarás.

Me encojo de hombros. ¿Por qué iba a contarlo, y a quién le importaría? Me giro para marcharme por donde he llegado, pero algo me corroe por dentro y doy media vuelta. Solo estamos ella y yo. No tiene un coro de su lado, y yo estoy mosqueada.

—¿Qué problema tienes conmigo? —le pregunto—. No te he hecho nada.

—¿No lo sabes? ¿De verdad eres tan idiota, cabeza-espía? —Noto cómo cierro las manos en puños, aunque las obligo a relajarse y respiro hondo. Miro el levo de soslayo: 4.8, así que de momento está bien—. Si revientas, aquí no hay nadie que pueda ayudarte —añade, echándose a reír.

—¿Por qué me has llamado así?

—Porque eres una cabeza-espía. Fueras lo que fueses antes, ahora ya no eres una persona real. Eres una espía del Gobierno. Llevas un chip en la cabeza que registra todo lo que haces y dices. No eres de fiar. Los demás jamás contaríamos nada a los mayores, pero tú no puedes evitarlo. ¿Verdad que no? Tú y los que son como tú informáis sobre alguien, y lo siguiente que sabemos es que ese alguien desaparece. Es culpa vuestra.

Se levanta y se me acerca a grandes zancadas. Me quedo helada, y ella me da un fuerte empujón en el hombro para pasar y se marcha por el estrecho sendero.

Mi levo vibra. Yo no soy una espía. No lo soy. ¿O sí?

Vuelvo a donde nos espera Gianelli justo a tiempo para no llegar tarde.

Él está examinando los mejores dibujos, levantándolos para que todos puedan verlos. El petirrojo de Phoebe es uno de los elegidos. Yo no he hecho gran cosa e intento esconderme al fondo, aunque no sirve de nada. El profesor me arrebató el cuaderno de las manos y encuentra esbozos de árboles y hierba, la

gatita de Lucy y a *Sebastian*.

Suelta un resoplido y me lo devuelve.

—Me imagino que no has encontrado a tus amigos felinos debajo de un árbol, ¿no?

—No, yo...

—El objetivo de sacaros del aula, jóvenes artistas, es que dibujéis lo que veis a vuestro alrededor. Normalmente es a Phoebe a quien tengo que llamar la atención por su colección de animalitos.

—Lo lamento.

Gianelli echa a andar hacia el colegio y algunos alumnos lo siguen. Yo empiezo a guardar mis cosas en la mochila cuando una mano me arranca el cuaderno: Phoebe.

—¡Devuélvemelo! —chillo.

Ella se pone fuera de mi alcance y abre el cuaderno. Algo pasa por su cara al ver a *Sebastian*. Alisa la hoja y me lo devuelve.

El teléfono suena durante la cena.

—Que dejen un mensaje —dice mamá, frunciendo el entrecejo, pero papá va a responder.

Yo como sin apetito. *Sebastian* sigue sin aparecer; después de dos días, incluso mamá está empezando a preocuparse.

Papá regresa con el abrigo en la mano.

—¿Quién quiere acompañarme a recoger al gato?

Me lo cuenta en el coche. A *Sebastian* lo han llevado al veterinario que hay a unos kilómetros. Ha resultado herido en una pelea, ¿con un zorro quizá? Pero está bien.

—¿Cómo han sabido que tenían que llamarnos a nosotros?



—*Sebastian* tiene un chip. Gracias a él averiguan quién es y dónde vive.

De modo que *Sebastian* también es un cabeza-espía, como yo...

—Si nadie lo hubiera llevado al veterinario, ¿nosotros podríamos haberlo localizado? ¿Con el chip?

—Depende de la clase de chip —contesta papá, mirándome de soslayo mientras conduce—. No con el de *Sebastian*. Aunque pueden hacer dispositivos localizadores, que sí implantan a los perros de los lorders y cosas por el estilo. ¿Por qué lo preguntas? —Me encojo de hombros—. Cuéntamelo —me dice, y hay algo en mi padre, en el tono de su voz, que hace que le respondas cuando te pregunta algo.

—En el colegio una chica me ha dicho que soy como una espía del Gobierno porque llevo un chip en la cabeza.

—¿Una espía? Vaya, vaya, entonces será mejor que tenga cuidado con lo que digo delante de ti.

—¿Es verdad? ¿Queda registrado lo que digo y hago?

—Por supuesto que no —dice, pero tengo la sensación de que esa no es la respuesta completa.

En la puerta del veterinario pone «CERRADO», aunque nos dejan entrar.

—Eh, Doble D, ¿cómo van los negocios? —le pregunta el veterinario a papá.

¿Doble D? Ah: David Davis.

—Ya sabes, como siempre.

Intercambian una mirada y luego el veterinario empuja una puerta batiente que hay detrás del mostrador.

—Señorita Best —dice—, traiga a ese gato, por favor.

—¿*Sebastian* está bien? —inquiero—. ¿Dónde lo encontró?

—No fui yo. La chica que me ayuda aquí lo tenía en casa, y lo ha traído hoy.

Y tu gato está bien. Le hemos dado unos cuantos puntos y le hemos puesto una inyección para asegurarnos de que esté perfecto.

—¿Qué te debo? —le pregunta papá.

—Invita la casa —responde el veterinario—. Ven a echar un vistazo a una cosa un momento —añade inmediatamente, y los dos se van a su despacho.

La puerta de detrás del mostrador se abre y aparece Phoebe con *Sebastian* en brazos. Desde el otro lado de la sala oigo cómo ronronea, aunque le han afeitado un costado y se le ven los puntos. Pobre.

Pero ¿qué está haciendo aquí Phoebe? Se me ponen los ojos como platos y me quedo con la boca abierta al comprender qué es lo que debe de haber pasado.

—Te van a entrar moscas, reiniciada —me espeta ella.

—Tú lo sabías. Tenías a *Sebastian*, y al ver mi dibujo te has dado cuenta de que era mi gato; por eso lo has traído.

—Una persona lo encontró herido ayer y me lo entregó para que lo cuidara. Hoy lo he traído aquí y le he dicho al veterinario de quién era el gato, pero él le ha pasado el lector de chips igualmente, para asegurarse.

—Muchísimas gracias.

Ella me entrega a *Sebastian*.

—No seas tan idiota como para pensar que esto nos convierte en amigas. Esto no cambia nada, cabeza-espía —me suelta, ceñuda, y vuelve a desaparecer por la puerta.

Entonces me giro y veo que mi padre está de nuevo en la sala, arqueando una ceja con expresión pensativa.

Me sujeta la puerta para salir.

—Vamos. Es hora de ir a casa. —Nos montamos en el coche, y cuando ya estamos casi en casa, papá dice—: Era ella, claro.

Es una afirmación, no una pregunta.

—¿Quién?

—La chica que dice que eres una espía.

No contesto. Si digo que sí, entonces es que de verdad lo soy.

Lo primero que oigo a la mañana siguiente es un profundo ronroneo: *Sebastian*. Parece haber decidido que mi almohada es el lugar donde dormir, y está ovillado sobre ella. Por una vez voy a dejarlo dormir todo lo que quiera.

Da la impresión de que no le ha afectado la experiencia: la refriega con un zorro o la criatura que fuese, el rescate de Phoebe, los puntos del veterinario... Cuando volvimos anoche, devoró la cena especial que le sirvió mamá, y luego se fue derecho a mi cama.

Y hablando de Phoebe... La verdad es que no consigo entenderla. Es muy desagradable, pero ese petirrojo se fiaba de ella. Me devolvió a *Sebastian*, que ronroneaba en sus brazos. Vi su cara cuando me lo tendía: no quería entregarlo y, sin embargo, lo hizo. Deben de gustarle los animales y los pájaros mucho más que las personas.

Bueno, a mí me gusta *Sebastian* más que la mayoría de las personas, así que ¿quién soy yo para juzgarla?

Hoy Amy y yo cogemos el autobús porque Jazz tiene una salida escolar.

Al subir, me pregunto si debería pararme a contarle a Phoebe que *Sebastian* se encuentra bien. Pero cuando intento que nuestras miradas se crucen, ella frunce el entrecejo y sacude levemente la cabeza. Así que la respuesta a mi pregunta es «no».

Me siento con Ben en la parte de atrás.

—Eh —me dice—. ¿Todo bien?

—*Sebastian* ya está en casa —contesto, y, en voz baja, le cuento el detalle que ha tenido Phoebe.

—Eso te demuestra que las personas no siempre son lo que parecen. Lo que ha hecho por ti es algo muy bonito. ¿Quién lo habría imaginado? —comenta, sonriendo.

Sin embargo, yo estoy segura de que Phoebe lo hizo por *Sebastian*, no por mí. «Esto no cambia nada», dijo anoche.

La señora Ali está esperándome al salir de mi primera clase.

—¿Podemos hablar un momentito? —me pregunta, y me lleva a un despacho vacío que hay al otro lado del pasillo, sin esperar una respuesta. Cierra la puerta a nuestras espaldas.

—¿Pasa algo malo?

—No pongas esa cara de preocupación, Kyla. Tú no has hecho nada. Pero sabes que estoy aquí para ayudarte, ¿verdad?

—Hum, claro...

—Escúchame, Kyla. Si en el colegio alguien está acosándote o causándote problemas, tienes que contármelo. No me gusta enterarme de cosas por otras fuentes. Así parece que no estoy haciendo mi trabajo.

Me quedo mirándola, confundida. La única que encaja en esa categoría es Phoebe, pero nadie lo sabe: estábamos solas en el bosque cuando ella me dijo esas cosas.

—No entiendo. ¿Qué es lo que ha oído?

—Pobre Kyla. Este mundo debe de resultarte muy desconcertante. Por eso estoy yo aquí: para ayudarte a entender las cosas. Pero no puedo ayudarte si tú no me ayudas a mí. Así que ¿hay algo que desees contarme, cariño?

—No, no sé a qué se refiere —respondo, aunque ya estoy segura; no sé cómo, pero sabe algo sobre Phoebe y quiere que se lo cuente.

Sin embargo, da igual lo que dijera Phoebe: yo no soy una espía. Además, ¿cómo voy a decir algo en su contra cuando, de no ser por ella, no habríamos recuperado a *Sebastian*? Ni siquiera sabríamos si estaba vivo o muerto.

La señora Ali me mira fijamente y lo veo en sus ojos: sabe que hay algo que no le cuento. Sacude la cabeza.

—Lo lamento, Kyla. Quizá tú no sepas que necesitas mi ayuda, pero la

necesitas. Yo soy lo único que hay entre tú y... otras posibilidades de lo más desagradables. Ten cuidado. Ahora, vete a clase.

Y se gira, abre la puerta y sale.

Se me aflojan las rodillas. Eso ha sido una amenaza, ¿verdad? ¿A qué posibilidades desagradables se refiere?

Me quedo en el despacho. Cierro la puerta e intento recomponerme. Imaginándome mi sitio feliz, flotando sobre las nubes. Pero cada vez más, tengo la sensación de que algo va mal, de que he hecho algo. Y voy a pagar por ello.

Como mínimo, me ganaré una reprimenda por llegar tarde a clase. Sacudo la cabeza y me digo: «Vale, Kyla, espabila». Respiro hondo y alargo la mano hacia el picaporte, pero oigo pasos. Pasos secos y precisos. Vacilo y dejo caer las manos a los costados. La luz del despacho está apagada, el pasillo está iluminado y la puerta tiene una parte acristalada. Retrocedo hasta las sombras y me quedo mirando. Los pasos se acercan más: aparecen dos hombres con traje gris. Lorders.

Abren la puerta de mi clase de Lengua, donde yo debería estar ahora.

¿Es esa una de las posibilidades desagradables? ¿Han venido a por mí?

Desaparecen en el aula y vuelven a salir al cabo de unos instantes. Entre ellos va una Phoebe blanca como el papel.

Cuando subo al autobús al final de la jornada, hay murmullos, murmullos y caras pálidas. Las miradas me suben por la espalda mientras recorro el pasillo para sentarme con Ben, pero cuando me giro, nadie me mira a la cara. Piensan que he hecho algo. Saben que Phoebe se portaba mal conmigo, así que, de algún modo, es culpa mía que los lorders se la hayan llevado de clase.

El autobús se pone en marcha y el asiento habitual de Phoebe continúa vacío. Eso significa que no se han limitado a hablar con ella y dejarla marchar, ¿no?

Me estremezco, y Ben me coge de la mano.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta, y observa cómo mis ojos barren el autobús, de una cara a otra. Y que las miradas me evitan—. ¿Qué está pasando? —Sacudo la cabeza. ¿Qué puedo decir con tantos oídos hostiles escuchando? Esta tarde quiero correr. En realidad quiero correr ahora, pero estoy encerrada en este

dichoso autobús con gente por todas partes. Me concentro en la cálida mano de Ben, cierro los ojos y deseo encontrarme en cualquier sitio excepto aquí—. Cuéntame qué pasa. A lo mejor puedo ayudarte.

Abro los ojos y niego con la cabeza.

—Ahora no. ¿Vas a entrenar esta tarde antes de la terapia de grupo? —le pregunto, y él asiente—. ¿Puedo acompañarte?

Sonríe de oreja a oreja.

—Claro que sí.

—Podemos hablar entonces —afirmo, y su mano aprieta la mía con más fuerza.

Ben sabe que si tengo que correr para ser capaz de hablar sobre lo que sea, se trata de algo serio.

Necesito emplear cierta capacidad de persuasión. Mamá jamás me habría dejado ir, pero papá aún está en casa, justo a punto de salir, con la bolsa en la mano, para emprender otro viaje de trabajo.

—Por favor, necesito correr —digo, y él parece entenderlo.

No sé cómo, al final convence a mamá.

Cuando Ben llama a la puerta, papá ya se ha marchado.

—¿Estás segura de que quieres ir, Kyla? Da la impresión de que va a llover —comenta mi madre.

—Estaré bien —le aseguro—. Esto es impermeable, ¿no? —añado, tirando de la manga de mi chaqueta.

Y los coches no supondrán ningún peligro: es imposible que no me vean con el chaleco fluorescente que mamá me ha obligado a ponerme sobre la chaqueta.

—No os apartéis de las carreteras principales, ¿eh?

Ben promete cuidar de mí mirándola con seriedad y entonces mi madre se queda tranquila y nos deja salir.

Empezamos despacio y vamos acelerando poco a poco. Tenemos una hora para llegar a la terapia; el centro está a ocho kilómetros de distancia. Chupado.

Mientras corremos, Ben me mira con curiosidad de vez en cuando. Sé que está esperando a que hable, pero, de pronto, no estoy muy segura de qué decir.

Los hechos: Phoebe me trataba mal, y de pronto los lorders la sacan de clase y luego no vuelve a casa en el autobús. Pero eso es todo lo que sé, ¿no?

Corro a toda pastilla. Ben me sigue el ritmo. No tiene que esforzarse tanto; él tiene las piernas mucho más largas.

—A este paso, llegaremos antes de tiempo —comenta—. ¿Bajamos el ritmo?



—Lo hacemos: pasamos a un trote ligero y acabamos andando—. ¿Se trata de Phoebe? —me pregunta.

—¿Qué sabes?

—Me he enterado al bajar del autobús. Decían que alguien había visto cómo la metían en una furgoneta de los lorders esta mañana. Pero eran todo habladurías: nadie había visto nada directamente. Aunque Phoebe no estaba en el autobús de vuelta.

—Es cierto. Yo los he visto. Dos lorders han entrado en la clase y han salido inmediatamente. Uno sujetaba a Phoebe por un brazo; la han arrastrado por el pasillo y la han sacado del edificio.

—¿Alguien sabe por qué?

—Yo iba a preguntarte lo mismo.

Ben titubea.

—Algunos piensan que a lo mejor tú has dicho algo. Que la has metido en líos.

—¡No es verdad! Yo jamás lo haría.

—Lo sé, sobre todo después de que ella rescatara a tu gato. —Y veo que es sincero. Pero yo no estoy tan segura. Puede que, sin pretenderlo, haya dicho algo relacionado con eso—. ¿Hay algo más?

—Phoebe me dijo algo —contesto, encogiéndome de hombros—. Que nosotros somos espías del Gobierno porque tenemos unos chips implantados en la cabeza.

—Eso no es cierto.

—Pero ¿y si resulta que sí lo es y nosotros no lo sabemos? Quizá la delaté sin saber siquiera que lo estaba haciendo. A lo mejor alguien escaneó mi cerebro y ¡puf!: Phoebe desaparece. Porque había dicho cosas sobre el Gobierno que no les gustaron.

Ben sacude la cabeza.

— Eso no puede ser verdad.

— ¿Por qué? ¿Cómo lo sabes?

— Porque si lo fuera, nosotros habríamos sido los primeros en desaparecer.

Me quedo mirándolo conmocionada. Reviso mi levo por la fuerza de la costumbre, pero está bien —todavía alto por la carrera, casi a 7—, aunque mi piel reacciona a las palabras de Ben: noto como arañitas correteando por todo el cuerpo. Me estremezco. Ben tiene razón. Hemos hablado sobre el hecho de que devolviesen a Tori, y de los que se llevaron en la asamblea, preguntándonos qué estaba ocurriendo. Eso es muchísimo peor que lo que dijo o hizo Phoebe...

Pero da igual. Sigo teniendo la espantosa sensación de que, de algún modo, esto debe de ser culpa mía. Y es por la señora Ali: ella ha dicho que no le gustaba enterarse de cosas por otras fuentes. Debe de haber oído algo sobre Phoebe y, de alguna manera, eso está conectado conmigo.

— He averiguado algo más —dice entonces Ben—. Por qué alguien le llevó tu gato a Phoebe. Ella cuida de montones de animales, animales heridos, para la gente que no puede pagar al veterinario. Tiene un don con los animales.

¿Quién cuidará ahora de ellos?

— Corramos —replico, y me pongo en marcha de nuevo.

Pasamos de largo el centro municipal donde pronto empezará la terapia y seguimos adelante. Mientras mis pies golpean el suelo una y otra vez, y mientras mi cuerpo va más allá del cansancio hasta la extenuación, pienso en todo lo que no le he contado a Ben. Sobre Lucy Connor, la niña cuya desaparición se denunció; sobre Robert —Robby—, que sobrevivió a las bombas pero que, aun así, está en el monumento conmemorativo.

Por fin damos media vuelta para ir a la terapia.

— Vamos a llegar tarde —aseguro.

— ¿Tú crees?

Ben se encoge de hombros. Él siempre llega tarde. Pero yo no estoy tan convencida de que la dispensa especial de Penny ante su impuntualidad se

extienda hasta mí.

Entramos a la carrera con quince minutos de retraso.

—Estaba a punto de llamar a tu madre —me dice Penny con los brazos en jarras. Ni una palabra a Ben.

—¡Lo siento! Ha sido culpa mía —interviene él—. He escogido la ruta más larga; no hemos podido llegar a tiempo.

Ella se derrite y le sonrío.

—Oh, entonces vale. Sentaos los dos. Estábamos empezando a repasar los objetivos de cada uno para el próximo mes.

Yo desconecto mientras ella va preguntando al grupo. Mis objetivos: mantenerme tan lejos como me sea posible de los lorders y no meterme en líos. «Y descubrir qué le ha ocurrido a Phoebe», susurra una insistente voz en mi cabeza.

Cuando llega mi turno, estoy tan abstraída que no me entero hasta que Ben me da un codazo.

Penny frunce el entrecejo.

—Intenta concentrarte, Kyla. Quizá lo de correr sea demasiado para ti. Bueno, ¿quieres compartir tus objetivos con nosotros?

No muchos; no en voz alta. Pero lo que digo al final tiene ecos de mis pensamientos:

—Hacer bien las cosas en el colegio y no meterme en líos.

Por fin acaba la reunión de grupo.

—Ten cuidado —me advierte Ben apretándome la mano, y se va a casa corriendo.

Yo lo observo marcharse, deseando poder seguirlo.

Los demás van saliendo poco a poco. Yo me encamino a la puerta, pero entonces Penny me llama.

— Espera, Kyla. Quiero comentar unas cosas contigo. ¿Va todo bien?

— ¡Todo iría genial si la gente no me preguntara constantemente si todo va bien! —replico sin pensar, e inmediatamente me ruborizo—. Lo lamento. No debería haber dicho eso.

Penny podría ser una de las personas que vigilan todas mis palabras y mis pensamientos...

— Siéntate, Kyla. —Me siento, y Penny cierra su portátil y se sienta junto a mí—. Yo estoy de tu lado —me dice, y sus palabras son tan similares a las de la señora Ali, que me aparto. Penny parece dolida—. No, Kyla, no te asustes de mí. Podemos hablar extraoficialmente. ¿Lo entiendes? No voy a ir corriendo a nadie a contarle todo lo que dices. Puedes confiar en mí. —A pesar de todo, creo que habla en serio. Pero ¿quién sabe qué podría hacer ella por mí?—. Venga, cuéntame. Tu cara lo dice todo: algo pasa. ¿Qué es?

Aunque, bien pensado, a lo mejor puedo obtener información.

— Es por lo de esa chica que se han llevado hoy del colegio los lorders. Yo la conocía, eso es todo.

— Oh, vaya. ¿Qué ha ocurrido?

— Dos de ellos han entrado en clase y la han sacado. Algunos han visto cómo la metían en una furgoneta negra.

— ¿Sabes por qué?

— No estoy segura. Podría ser por cosas que dijo.

— En esta historia hay algo más, ¿verdad? —replica, pero luego levanta una mano y exclama—: ¡No, no me lo cuentes! ¿Qué edad tenía esa chica?

— No lo sé. Iba a mi clase.

— ¿Curso 11?

Asiento con la cabeza.

— Escúchame, Kyla. Esto es muy importante: no hagas preguntas, mantente

al margen. —Me agarra fuerte por los hombros y me mira a los ojos—. Es por tu bien. ¿Me entiendes?

—S-sí —respondo, y ella me suelta de inmediato y sonrío exageradamente.

—¡Nos vemos el próximo jueves! Que tengas una buena semana, cielo.

Y sale a grandes zancadas.

Al girarme, veo que mamá está al fondo de la sala. Me acerco, y ella arquea una ceja.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Sí, bien —contesto, aunque luego, con una repentina inspiración, añado—: Ben y yo hemos llegado un poco tarde. Penny estaba leyéndome la cartilla.

Mamá frunce el entrecejo.

—La puntualidad es importante, Kyla —replica, y empieza a colocarme un sermón que dura todo el camino hasta casa.

Por la tarde del día siguiente los estudiantes del curso 11 entramos a la asamblea en fila, como todos los viernes. Pero esta semana parece diferente.

Todo el mundo pone un pie delante del otro con mucho cuidado. Apenas hay conversaciones, nadie se empuja, no se hacen planes para el fin de semana. Ni siquiera ha llegado el director. Todo el mundo sabe lo de Phoebe y todo el mundo está aterrado.

Nadie ha pronunciado una palabra si yo estaba cerca, pero he captado frases sueltas y murmullos durante todo el día. La desaparición de Phoebe resulta más inquietante que la de Tori, más incluso que la de los que apartaron en la asamblea de la semana pasada. En aquellos casos, la razón saltaba a la vista, pero Phoebe se guardaba su lado desagradable prácticamente para sí misma; no participaba en reuniones ilegales y no cuestionaba la autoridad, al contrario que los otros desaparecidos.

Cuando Rickson cruza la puerta, con dos lorders a la zaga, la sala ya está en silencio. Él pasa revista a los estudiantes; todos los ojos miran al frente y todas las espaldas están bien rectas.

—Buenas tardes, curso 11 —saluda, y sonrío claramente complacido.

La asamblea es breve. Cuando termina, los lords vuelven a situarse junto a la salida. Observan, estudian todas las caras mientras desfilamos ante ellos.

No agarran a nadie por el hombro ni lo apartan a un lado.

Esta vez no.

Hoy volvemos con Jazz. Yo llego a su coche antes que Amy. Ella aparece rodeando el lateral del edificio. Jazz la ve y la saluda con la mano; luego se gira hacia mí y me dice en voz baja:

—Una cosita antes de que llegue Amy...

—¿Qué?

—Mac quiere verte; ya me dirá qué día de la semana que viene. Y no le cuentes nada a nadie, ¿de acuerdo?

Amy está aquí antes de que yo pueda responder. Jazz se gira, la abraza y abre la puerta del coche. Yo intento no temblar mientras me siento en la parte de atrás.

Mac y su ordenador de lo más ilegal, con su web de personas desaparecidas, en la que está Lucy..., o sea, yo. Confía en que guarde silencio, como me dijo. En que no cuente nada. Mac ha hecho muchísimas más cosas que las que han llevado a la desaparición de Phoebe y otros estudiantes, y es demasiado mayor para que lo reinicien. ¿Qué le ocurriría si lo descubrieran?

Ojalá no confiara en mí. Sea cual sea la razón por la que quiere verme, yo prefiero no saberlo.

Quiero salir corriendo. Siento oleadas de pánico, más numerosas conforme nos acercamos al hospital. El tráfico no está tan mal hoy. Mamá prueba un camino diferente. Ha dicho que es más largo, pero que quizá resulte más rápido. «Dentro, fuera, dentro, fuera»: me concentro en respirar y en las carreteras. Memorizo las coordenadas, fijándolas en mi mente para distraerme y no pensar en la doctora Lysander.

Ella lo ve todo. Si no le cuento algo interesante, me sondeará hasta encontrar un hilo del que preferiría que no tirara. Y hoy no debo proteger tan solo mis preocupaciones, sino mucho más: a Mac. A Ben. También a Lucy: yo/Lucy, un ser separado dentro de mí al que quiero salvar de un interrogatorio, pero que está aquí. Una sombra, un espectro; siguiéndome, tras mis pasos.

Pronto nos acercamos al hospital desde otro lado, nuevo para mis ojos, aunque me parece igual. Hay verjas altas y torres de vigilancia a intervalos regulares. Registro automáticamente las dimensiones, los números, las salidas y las barreras. Están dejando entrar a una furgoneta de reparto cuando pasamos por delante; nosotras seguimos, rodeando el recinto, hasta la entrada habitual.

Esperamos en una cola; están mirando debajo de los vehículos con espejos, sacan a todos los ocupantes y los escanean mientras registran los coches.

—Debe de haber una alerta —dice mamá, y yo doy un respingo.

Hoy ha estado callada la mayor parte del camino, dejando que mis pensamientos se amargarán a su gusto. La examino: tiene ojeras, parece cansada, demacrada. Ahora me acuerdo de que anoche sonó el teléfono. Era muy tarde, pero yo estaba despierta. Oí los pasos de mamá en el piso de arriba y el murmullo de su voz.

—¿Va todo bien? —le pregunto.

Ella sonríe a medias.

—¿No soy yo quien debería estar preguntándote eso a ti?

Avanzamos un poco cuando pasa uno de los coches de delante; faltan dos más.

—Yo he preguntado primero —contesto.

—Así es. Pero este no es lugar para hablar del tema. De camino a casa, ¿de acuerdo?

Avanzamos otro poco más. De modo que algo pasa y mamá va a contármelo, pero delante de los lorders no puede.

—No me cuentes ningún secreto —le espeto de golpe—. No estoy segura de poder guardarlo.

Ella se echa a reír.

—Lo tendré en cuenta.

Seguimos avanzando. Esta vez no nos dejan pasar con un gesto; ahora es nuestro turno. Hay un enjambre de lorders, más de los que he visto nunca en un solo sitio. Llevan el uniforme negro de las operaciones especiales, no el traje gris, chaleco y armas. Están tensos. No es que normalmente parezcan relajados, pero hoy irradian tensión.

Salimos del coche y nos registran de la cabeza a los pies mientras otros hacen lo propio con el automóvil. De nuevo, no puedo evitar mi reacción, el miedo que me invade con su proximidad. Sin embargo, ellos no parecen advertirlo. Nos empujan otra vez al coche y nos dejan pasar.

—¿De qué va todo esto?

—No te preocupes, Kyla. Probablemente haya cierta inquietud por un ataque, pero ellos se encargarán de todo. Siempre lo hacen.

Examino el rostro de mamá. La forma en que ha dicho eso no sonaba bien, como si el hecho de que los lorders se encargaran siempre de todo no fuese algo bueno, sino algo muy distinto.

«Qué imaginación, Kyla —pienso—. Contrólala».

—¡Adelante! —exclama la doctora Lysander.



Su voz es familiar, clara sin resultar estridente. No necesita levantarla: está acostumbrada a que la obedezcan de forma incuestionable.

Como de costumbre, el mío es el único asiento ocupado en su sala de espera, pues mamá se ha ido a tomar café con una enfermera a la que conoce. Me pongo en pie y cruzo la puerta, contenta de escapar, pero hay dos lorders plantados en el pasillo.

—Buenos días, Kyla —me saluda entonces la doctora.

Ella, al contrario que mamá y los lorders —y también yo, en realidad—, parece serena. Tranquila. Su estado habitual, como es siempre y como siempre será. Sus ojos oscuros son analíticos pero no crueles; es imparcial, de momento.

Me sorprendo devolviéndole la sonrisa, sintiéndome extrañamente calmada. «Peligro, ten cuidado», susurra una voz en mi interior.

—Hoy pareces contenta de verme.

—Lo estoy —replico, sentándome frente a ella.

Su rostro se suaviza.

—Bueno, eso es agradable, supongo, pero ¿por qué?

Me encojo de hombros.

—Usted siempre es usted. La misma.

Ella arquea una ceja.

—No estoy segura de si debería complacerme esa observación. Aunque es de lo más certera. —Mira su ordenador y toca la pantalla—. Bueno, si hoy encuentras reconfortante la continuidad, ¿es que hay cambios o posibles cambios que te angustien? —me pregunta, clavando sus ojos en mí.

No hay donde esconderse. «Cuéntale la verdad, pero no demasiado», vuelve a susurrar la voz. Parpadeo y finalmente admito:

—Hoy me daba miedo venir al hospital.

—¿Por?

—Por toda la seguridad. La última vez que vinimos había controles de carretera, y hoy están registrando los coches.

La doctora Lysander ladea la cabeza un momento, como escuchando sus propios pensamientos.

—Quizá sea razonable que tengas miedo de eso. Has oído hablar del TAG, ¿no?, el grupo armado Terroristas Antigubernamentales. Cierta información secreta decía que planea otro ataque contra el hospital. Están actuando con precaución.

Se me ponen los ojos como platos.

—¡Usted no está asustada!

Ella se encoge de hombros.

—No. He pasado por demasiadas alertas terroristas para estar asustada. — Se recuesta en la silla y añade—: Aun así, siento curiosidad por saber por qué te angustia eso. —Terroristas; bombas. Explosiones, gritos y...—. Cuéntame, Kyla — insiste.

—En mi colegio hay un monumento conmemorativo. Hace seis años, un autobús repleto de estudiantes se cruzó con un ataque del TAG. La mayor parte murieron.

—Ah, ya entiendo. De modo que empiezas a entender la causa y el efecto; los terroristas, la muerte.

—¿Cómo pudieron hacer algo así? Solo eran chicos. No habían hecho nada.

—Estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado —responde, encogiéndose de hombros.

—¡Eran personas reales!

Ella vuelve a arquear las cejas.

—Por supuesto. Personas reales resultan heridas a diario, y eso les produce

dolor a quienes las quieren.

—Da la impresión de que usted estuviera alejándose de eso —digo despacio.

Mirándola, comprendo que yo también puedo ver cosas.

—Muy bien, Kyla —comenta, observándome con unos ojos que reflejan auténtica sorpresa—. Tienes razón: eso es lo que estoy haciendo.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros de nuevo.

—Ser doctora consiste, en parte, en eso. No puedo solucionar todos los males, así que me limito a concentrarme en lo que sí puedo arreglar. —«En parte», ha dicho. Hay más que no dice, pero no soy tan tonta como para intentar tirar de sus hilos; su trabajo consiste en hurgar en mis heridas. Vuelve a mirar la pantalla y continúa—: Veo que te está yendo bien en el colegio y en las reuniones de grupo, y que has hecho algunos amigos. Que no has tenido más desvanecimientos. Todo eso es bueno. ¿Alguna pesadilla? —Sus ojos se clavan de nuevo en los míos. «Encerrada en una torre, atrapada, aporreando las paredes de ladrillo...»—. ¿Y bien?

Cambio de dirección. No sé por qué, pero lo hago. Le cuento mi sueño sobre el autobús bombardeado. Ella escucha mientras le describo los gritos, la sangre en las ventanas, el olor a gasolina y a carne quemada.

Ella se estremece, es un leve movimiento involuntario. Por tanto, no siempre se controla tanto... Levanta una mano y me detengo.

—Tienes demasiada imaginación, más de la que te conviene. Pero ahora entiendo por qué te ha inquietado la alarma. Aquí estás a salvo, Kyla: este es uno de los lugares más seguros en los que puedes estar.

Segura, encerrada, atrapada: ella está atrapada en algo semejante a una torre, como yo habría podido imaginar en mis sueños.

—¿Usted sale alguna vez? —le pregunto de repente.

—¿Qué quieres decir?

—Si pasa tiempo fuera de aquí. Si va al campo, si pasea por el bosque y hace cosas así.

—¡Hoy estás llena de preguntas sorprendentes! Pues la respuesta es sí. Una vez cada pocas semanas..., será mañana..., pero no paseo. Tengo un caballo, *Heathcliff*. Recorremos pistas forestales y... —De pronto se interrumpe y se da una sacudida—. No sé cómo has conseguido que hable de eso. —Sonríe para sí misma—. Deberías ser doctora. Y ahora escúchame: deja de preocuparte por los terroristas. Los lorders se ocupan de eso; es su trabajo. Y ahora, pasemos a lo que tú necesitas. Necesitas algo especial, un objetivo, una pasión. Algo que te centre. ¿Qué es ese algo?

—El Arte —respondo. Después de todo, no hay otro aspirante.

Ella sonríe.

—Sabía que dirías eso. Mira, tú también tienes tus momentos predecibles. Concéntrate en tus dibujos, tus pinturas: conviértelos en tu razón de ser, y el resto no será tan importante.

—¿Como lo es su caballo para usted?

—Exacto —me contesta de inmediato.

Y yo me pregunto, mientras me marchó, si su respuesta no debería haber sido sus pacientes.

De camino a casa, mamá se olvida de que tenía que contarme lo que la inquietaba, o quizá simplemente haya decidido callárselo. En cualquier caso, yo no se lo recuerdo.

Mi mente está ocupada con las cosas que la doctora Lysander ha dicho, y también con las que no ha dicho. No ha mencionado a la señora Ali ni a Phoebe, y ella no es de las que se achican ante los temas difíciles. La única respuesta es que no sabe nada sobre ese tema. Por lo menos, eso significa que, probablemente, la señora Ali no ha presentado un informe negativo sobre mí. Y yo no creo haber dicho nada que no debiera, nada que pudiera meter en líos a alguien más.

A lo mejor sí puedo guardar secretos, después de todo.

—*Ayúdame.*

*Lucy alarga las manos. La derecha es perfecta: cinco dedos blancos con sus uñas. Son mis dedos, pero más pequeños. La izquierda está sangrando y tiene los dedos doblados en extraños ángulos.*

*Retrocedo.*

*Ojos verdes, mis ojos, brillan hasta que dos gruesas lágrimas se desbordan por los párpados.*

*—Por favor. Ayúdame...*

*—Despierta, Kyla.*

Pego un salto y abro los ojos, confundida. Mamá se desabrocha el cinturón de seguridad. El coche está parado. Hemos llegado a casa.

Hace frío, y la lluvia que el parte meteorológico pronosticó la semana pasada ha llegado por fin. Es incesante, constante sin llegar al diluvio, pero ya dura el tiempo suficiente como para empezar a colarse en grandes gotas a través del espeso dosel de hojas.

Ben y yo nos hemos alejado del resto. Corremos juntos, tan deprisa que no tengo frío, a pesar de estar calada, pero, aun así...

—Qué asco de tiempo —digo sin resuello.

—Sí. Es un octubre típico —responde Ben.

¿Cómo voy a saberlo yo? Este es el primer octubre que recuerdo.

Al llegar esta mañana al entrenamiento de *cross*, Ferguson ha decidido que los chicos no fueran delante de las chicas, sino que saliéramos, con un minuto de diferencia, según el orden de llegada de la semana pasada. De modo que Ben y yo hemos salido en primer lugar, ya que fuimos los más rápidos la última vez. Adoptamos un ritmo fuerte, pues sabemos que los demás estarán deseando alcanzarnos.

Dejamos atrás el bosque y empezamos a ascender una colina. Ya no hay protección, la lluvia ha arreciado y el suelo está cubierto de hojas y barro. El sendero está excavado en la loma, de modo que el agua baja por él. Tenemos que aminorar la marcha para mantener el equilibrio.

—Es genial, ¿verdad? —dice Ben, empapado y embarrado de los pies a la cabeza.

—Maravilloso —replico en tono sarcástico, aunque luego me echo a reír.

La verdad es que resulta maravilloso correr más allá de las sensaciones, hasta la zona en la que todo mi ser está vivo. Noto cada una de las gotas de agua que aterrizan en mi cabeza, y puedo seguir las mientras caen desde el cielo, ralentizándolas con mis ojos para observar su progreso. Todos los sentidos, todas las emociones, están a flor de piel. Si aprieto más, casi puedo olvidarme de Tori y

de Phoebe. Y del acoso de Lucy. Ella está ahí cuando cierro los ojos, tendiendo las manos, suplicando ayuda. No tiene sentido por muchas razones.

—Para un momento —me dice Ben cuando llegamos a la cima de la colina.

Nos cobijamos debajo de un roble enorme y Ben se agacha para anudarse el lazo de una zapatilla, que se le había enredado, y se apoya contra el tronco del árbol.

Desde aquí divisamos todo el valle; el cielo se ennegrece más y más. No se ve a ninguno de nuestros compañeros.

—Seguro que han dado media vuelta. ¡Rajados! —exclama Ben, echándose a reír.

—¿Deberíamos hacer lo mismo?

—No. Ya llevamos más de la mitad; no vale la pena.

—En marcha entonces —replico, ansiosa por seguir adelante, más rápido, para que correr lo sea todo.

—¿Qué ocurre? —Yo me encojo de hombros, abrazándome—. Cuéntamelo, Kyla —me pide Ben, y yo contemplo sus dulces ojos marrones.

Confío en él, de verdad que sí, pero ¿debería?

Tiemblo, y él me rodea con sus brazos.

—Quiero correr —respondo.

—No hasta que hayas hablado.

Los ojos de Ben son peores que los de la doctora Lysander: están clavándome a este árbol. Conforme mi respiración y mi corazón bajan de ritmo, empiezo a estremecerme, pero no por el frío. Entierro la cara en su pecho para que sus ojos no puedan seguir fijos en los míos.

—A lo mejor puedo ayudarte —añade.

Hay muchísimas razones para no decir nada. Se lo prometí a Mac. Saber

cosas peligrosas pondría en peligro a Ben. No sé si él puede guardar secretos, guardarlos de verdad; ni siquiera sé si yo puedo.

Ben se separa de mí y se gira; se sienta sobre una roca bajo la intensa lluvia. Tira de mí para sentarme en sus rodillas.

—No vamos a ir a ninguna parte hasta que me cuentes qué pasa.

Yo suspiro, cierro los ojos y me acomodo contra él. Quedarme aquí, en este momento, no me parece tan mala idea. Sus brazos se tensan a mi alrededor. Ben me coge la barbilla y me obliga a levantar la cara. Abro los ojos; ahora los suyos están más cerca. Mi corazón aletea, volviendo a latir deprisa aunque he dejado de correr. Me mira fijamente, como el otro día, cuando pensé que iba a besarme pero él solo quería hablar de Tori.

Tori, Phoebe y Lucy: cuántos fantasmas entre nosotros. Sin embargo, yo puedo exorcizar al menos a uno de ellos con la verdad. Me separo un poco, escojo las palabras.

—¿Nunca te has preguntado por qué te reiniciaron?

—¿Ya estamos otra vez con eso? —Ben se encoge de hombros, suspira y añade—: A veces. Es difícil no hacerlo. Pero nosotros no podemos saber quiénes éramos, y...

—Yo sí lo sé.

Hay una pausa, durante la cual lo único que oigo es la lluvia y lo único que veo es la duda en los ojos de Ben.

—¿Qué quieres decir? —me pregunta al cabo de un rato, con expresión cuidadosamente neutral.

Trago saliva. No tiene sentido fingir que no existe, ¿verdad? Ella no se irá.

—Me llamaba Lucy Connor. Desaparecí a la edad de diez años. Tenía una gatita gris. Alguien me rompió los dedos. Y alguien me echa de menos.

Y con cada frase susurrada, tiemblo. Algo se retuerce en mi interior, sacudiéndose, intentando salir. En vez de eso, lloro. Acurrucada entre los brazos de Ben, mientras él me estrecha, con la lluvia cayendo sin cesar y el viento cada vez



soplando más fuerte. La tormenta, dentro y fuera.

—¿Cómo puedes saber esas cosas? —me pregunta Ben por fin.

Y en cuanto las lágrimas disminuyen lo bastante para hablar, le hablo del ordenador ilegal, de las páginas web de personas desaparecidas, y de Lucy. Y, poco a poco, lo veo: Ben empieza a creerme.

—No lo entiendo —dice luego—. ¿Personas desaparecidas?

—Mucha gente desaparece. No las arrestan y las juzgan; desaparecen sin más. A lo mejor, ni siquiera somos criminales.

Ben sacude la cabeza.

—No pueden hacer eso; es ilegal. ¿Cómo puede el Gobierno incumplir sus propias leyes?

—A lo mejor no hicimos nada malo, solo que el Gobierno decidió que no le gustaba algo que habíamos dicho o hecho. ¿Tú también quieres averiguar si alguien denunció tu desaparición?

En su rostro se representa una obra complicada. Empieza a hablar, pero yo alzo una mano.

—Espera.

Giro la cabeza. Cuesta oír por encima del viento y la lluvia, pero ¿se acerca alguien?

Surge una figura por el borde de la colina. Yo intento levantarme de un salto, pero Ben me sujeta con fuerza. Es uno de los chicos del entrenamiento; esboza una sonrisita al vernos aquí sentados y pasa corriendo.

Ben me suelta. Yo me pongo en pie de un brinco.

—¿Por qué has hecho eso?

—Iba a vernos igualmente. Es mejor que piense que estábamos tonteando, en vez de en medio de una conversación peligrosa. —¿Tonteando? Me arde la cara a pesar del frío. Me giro de nuevo al captar otro sonido; ¿va a adelantarnos alguien

más?—. Corramos —dice entonces Ben, y sin esperar respuesta, sale disparado a toda máquina.

Vale. Yo salgo tras él e intento alcanzarlo, pero no puedo; él debe de haber reservado energías. Sus zancadas son cada vez más largas, y pronto lo pierdo de vista. Es casi como si algo estuviera persiguiéndolo, algo a lo que no quiere enfrentarse.

Pero solo se trata de mí.

El petirrojo está en la pared frontal del aula de arte. Allí no cuelga ningún dibujo más. Hay muchos expuestos en los laterales y al fondo, pero nunca al frente. Phoebe no firmó su trabajo; nadie excepto nosotros sabría de quién es. En vez de gritarnos que nos demos prisa, el señor Gianelli guarda silencio mientras entramos y pasamos la tarjeta por el lector: es nuestra primera clase desde que se llevaron a Phoebe. Todos ven su dibujo y se quedan en silencio también.

El señor Gianelli debe de saberlo. Yo miro de reojo hacia la puerta; la señora Ali está ahí. Todavía me acompaña entre clases la mayor parte de las veces, aunque es obvio que ya sé moverme por aquí. Me está vigilando; ¿lo hará siempre? Ben y Amy no tienen a nadie pisándoles los talones.

La señora Ali barre el aula con la mirada. Puede percibir que algo sucede, y observa todas las caras. Se queda.

—Chicos, hoy quiero que penséis en algo: en la importancia de conectar con lo que plasmáis sobre el papel. Tomemos como ejemplo a nuestro amigo el señor Pecho Rojo. Observad el cuidado, la conexión; toma un momento común y corriente y lo lleva más allá, os hace mejores de lo que sois, encuentra el artista que hay dentro. Es la comunicación entre vosotros y vuestro modelo, ¿lo entendéis? Dar y recibir. Vosotros veis a vuestro modelo como nadie más lo ve.

Dicho esto, el señor Gianelli retrocede y se nos une: todos los ojos se clavan en el dibujo de Phoebe. Todos, juntos, examinamos su obra. El petirrojo que confió en ella, que se le acercó cada vez más a saltitos. La sonrisa de Phoebe mientras dibujaba, murmurándole al pajarillo, que le respondía con gorjeos. Pasan los segundos; un minuto de silencio; luego, dos.

El señor Gianelli sacude la cabeza con tristeza y regresa a la parte delantera del aula.

—Hoy dibujad algo o a alguien que os importe, que os haga sentir algo; lo que sea. Bueno o malo, da igual. ¡Adelante! ¡Empezad!

Se deja caer en su butaca y por el aula se despliegan movimientos, leves y sin prisas. Se alisa el papel. Se eligen lápices y carbonillos. Todo, como

despertando de un sueño o un trance.

Yo me inclino sobre unas hojas blancas y nuevas. Por el rabillo del ojo localizo a la señora Ali. Tiene una expresión pensativa y perpleja, pero finalmente se marcha.

Gianelli parece más viejo hoy; las líneas que le rodean los ojos están más pronunciadas, y tiene la piel tan gris como el pelo. La suya ha sido una protesta silenciosa por que se hayan llevado a una de sus estudiantes, pero todos sabemos lo que acaba de hacer, el riesgo que ha corrido. Veo cómo se saca una petaca del bolsillo y la inclina sobre el té. Luego se pone a dibujar también.

Sin pensar ni cuestionármelo, uso la mano izquierda. Me giro un poco en el asiento para poder ver la puerta, por si regresa la señora Ali.

«Dibujar a alguien que me importe; alguien que me haga sentir algo...». Hago trazos rápidos y rectos. Es un modelo que no he probado antes, pero con la mano izquierda no hace falta ensayar: sale bien a la primera. Ojos atentos, barbilla fuerte, pelo oscuro que es más ondulado que rizado, justo por debajo de las orejas: Ben.

«¿Dónde estás?», pienso. Esta mañana Ben no estaba en clase de Biología. De la inquietud, me muerdo el labio tan fuerte que me duele. No habrá hecho alguna estupidez, ¿no? Le he preguntado a la señorita Fern, pero ella no lo sabía, y no estaba ocultándome nada, porque no parecía preocupada ni distante. Estoy empezando a comprender que hay distintas clases de profesores. Fern, Gianelli y el entrenador Ferguson son reales. Pueden reñirme alguna vez, no siempre son agradables, pero me hablan como si yo existiera, como si yo importara. Luego están los que son como el director Rickson, la doctora Winston —la psicóloga— y la señora Ali: a pesar de todas sus sonrisas y sus «estoy aquí para ayudarte», se limitan a vigilar en busca de errores, de cualquier cosa que no se atenga a las reglas.

Pego un salto cuando suena el timbre. El tiempo ha pasado inadvertidamente. Dejo el lápiz cuando la señora Ali aparece en la puerta. Gianelli empieza a recoger dibujos y a clavarlos alrededor del petirrojo. Cuando llega hasta mí, le digo:

—Espere. No está terminado.

Él lo mira y ve que sí lo está, pero no hace ningún comentario y pasa al

siguiente mientras yo recojo.

Levanto la vista hacia los dibujos. Es un mar de rostros, importantes para cada uno de nosotros. Probablemente un padre o una madre, hermano o hermana, amigos. Un perro.

La señora Ali se materializa junto a mi hombro.

—Déjame ver —me exige, y abre mi carpeta. Se queda mirando mi dibujo de Ben, arqueando una ceja, y yo me ruborizo—. Es un buen retrato de Ben.

Es más que bueno. No es solo que se parezca a él: son sus ojos. Son él, un él que yo no quiero compartir. El modo en que me miró ayer, justo cuando pensé que iba a besarme y me aparté... Antes de hablarle de personas desaparecidas, de Lucy. Antes de que se alejara corriendo.

Cruzamos el aula hasta la puerta mientras Gianelli clava en la pared su propio dibujo. Nunca había hecho nada así, enseñarnos una de sus obras. Todos los que seguimos en la sala levantamos la vista y contenemos la respiración. Es Phoebe. Gianelli ha capturado un lado suyo que yo no conocía. La rabia se ha esfumado; el rostro de Phoebe, su postura, todo en ella es muy triste. Está sola. Los ojos de la señora Ali se tornan fríos mientras se fijan en el señor Gianelli.

Voy a la pista de atletismo a la hora del almuerzo, temiendo mirar, temiendo qué podría significar si no lo encuentro allí. Ben siempre viene durante el almuerzo. ¿Está aquí?

Inspecciono la pista. Hoy hay unos cuantos corredores esparcidos por ella, ahora que ha dejado de llover. Reconozco a la mayoría por los entrenamientos, pero no veo al que estoy buscando. Me quedo observándolos un rato, abrazándome a mí misma, intentando no pensar. ¿Dónde puede estar?

Me giro para irme, y entonces choco de lleno con Ben.

—Cuidado —me dice, y me coge de los hombros para que no me caiga.

—¿Dónde has estado? —le pregunto.

—Aquí. ¿Dónde si no?

—No estabas en clase de Biología.

—No. He llegado tarde. Tenía médico, y luego mi madre ha pinchado en el camino de vuelta —me explica, arqueando una ceja con desconcierto.

—¡Podrías habérmelo dicho! —le espeto, dándole un empujón, y echo a andar. Yo estaba preocupadísima y él tenía una estúpida cita con el médico.

—Bueno, no podía saber que se nos iba a pinchar una rueda —replica él, con un tono razonable que me saca todavía más de quicio. Me sigue, me coge de la mano y entrelaza su meñique con el mío—. ¿Qué ocurre?

Mi enfado remite y se me empiezan a humedecer los ojos. Parpadeo.

—Pensaba que te había sucedido algo.

—¿Estabas preocupada por mí?

Sonríe; parece muy complacido por eso. Pero antes de que yo decida si quiero darle un puñetazo o un abrazo, sucede.

Una vibración en mi muñeca. Suspiro con exasperación.

Ben me coge la mano y miramos el levo juntos: 3.9.

—Venga. —Tira de mí hacia la pista—. A ver si hoy puedes seguirme el ritmo. Ayer estabas un poco lenta.

¡¿Lenta?! Llego a la pista antes que él, poniéndolo todo en mis piernas, en mis pies. Una y otra vez. Ben me alcanza poco a poco, pero no me adelanta. ¿Es posible que se esté refrenando? Voy más y más rápido, hasta que ya no queda nada. Me pongo en cabeza y noto una fría sensación de satisfacción. «Así es como debería ser...».

Y conforme la carrera lo copa todo, una pequeña parte de mí se ríe. ¿Por qué me he enfadado tanto con Ben? No ha sido razonable. Estaba confundida por lo de ayer —por qué se largó cuando le hablé de Lucy y no volvió a mencionarlo después—, pero si Ben es un poco como yo, necesitaría tiempo para asimilarlo. Y esperaba llegar a tiempo a Biología, así que no podía decirme que no estaría en clase. Casi podría reírme de mí misma.

Sin embargo, no puedo, porque el problema es serio. Y no quiero hacerle frente. ¿Qué es Ben para mí?

Cuando nos detenemos, veo a Ferguson plantado junto al gimnasio, con el cronómetro en ristre, sacudiendo un poco la cabeza. Pasamos ante él al salir.

—Condenado récord. Qué lástima —masculla para sí mismo, moviendo la cabeza.

—¿A qué se refiere? —le pregunto a Ben, distrayéndolo antes de que pueda preguntarme, bueno, lo que sea...

—No estoy seguro, pero me imagino que hemos batido el récord de la pista.

—Pero eso es bueno, ¿no?

No importa la motivación para haber corrido así. No importa que sea difícil repetir el estado mental que me ha impulsado a hacerlo.

Ben se encoge de hombros y contesta:

—Por supuesto. Si te gusta batir récords, claro.

—Pero Ferguson ha dicho que es una lástima.

—Lógico. Porque nosotros no podemos competir.

Freno en seco.

—¿Cómo?

—Los reiniciados no pueden formar parte de los equipos escolares; ya lo sabes.

Y mientras pronuncia esas palabras, me doy cuenta: es verdad que lo sé. Al menos me han contado una variante del tema. Pero yo no había unido los puntos para aplicarlos a la carrera de *cross*.

—Pero, entonces, ¿por qué nos dejan entrenar? ¿De qué sirve?

Me invade la rabia, aunque mis niveles siguen altos, a salvo, por la carrera.

—El año pasado pregunté si podía entrenar con ellos. En cuanto Ferguson vio cómo corría, me dijo que sí; supongo que a ti te ha aceptado por lo mismo.

Entreno con el equipo, y soy como un estímulo para que lo hagan mejor, supongo.

—¿Y eso no te molesta? Tú eres el mejor..., o quizá lo sea yo..., y resulta que no podemos competir. Eso no es justo.

—Puede que yo sea el mejor, puede que lo seas tú, o tal vez he dejado que me ganes hoy —bromea Ben.

Noto que eso no le molesta realmente, pero en vez de enfadarme más, me encojo por dentro. Me siento como Phoebe en el dibujo de Gianelli: aislada y sola. Ni Ben, aunque quiso averiguar qué le había pasado a Tori, parece advertir cómo son las cosas, lo injusto que es todo esto.

Ben me pregunta si el jueves quiero volver a entrenar antes de la terapia de grupo. ¿Entrenar para qué? Pero le digo que sí justo cuando suena el timbre que anuncia la siguiente clase. Menuda pinta llevo: tengo la cabeza empapada y la ropa pegada a la espalda, y nada de tiempo para darme una ducha en el gimnasio. Nadie querrá sentarse a mi lado en clase de Lengua.

Aunque eso no supondrá ningún cambio.

La señora Ali me acorrala al final de la jornada.

Esboza su amable sonrisa y me mira con ojos cálidos. Me sube un escalofrío por la columna vertebral.

—Kyla, cariño, tenemos que hablar. ¿Cómo van las cosas?

—Bien —respondo, a disgusto con la ropa mojada.

—Ya veo. ¿Te está costando hacer frente a algo?

—No —miento.

—Bien, escúchame un momento. Yo veo un problema potencial. Se trata de ti y de tu amigo Ben.

Me remuevo en mi silla, incómoda.

—¿Qué quiere decir?



—Bueno, cariño, solo llevas fuera del hospital... ¿tres semanas?

—Veintidós días.

—Entonces superas apenas las tres semanas. Mira, ya sé que Ben es un chico muy guapo, y también es un muchacho estupendo, por lo que dicen todos. —Me ruborizo, empezando a ver por dónde va—. Pero ya sabes que necesitas concentrarte en el colegio, en tu familia, en integrarte en tu comunidad... No en un chico.

—Claro. ¿Puedo irme?

Ella suspira.

—Kyla, también estoy al tanto de que el ejercicio excesivo es una manera de superar los efectos controladores de tu levo. A partir de ahora, no correrás por la pista con Ben en la hora del almuerzo. ¿Queda claro?

—Clarísimo.

—Ya puedes irte.

Pasmada, me encamino al coche de Jazz. Estoy más confundida que otra cosa. Pienso en Ben y siento una punzada. Ya no podré verlo mucho en el colegio. Y por lo que respecta a correr, si no puedo entrar en los equipos escolares, ¿para qué molestarme? Pero la señora Ali no ha mencionado el entrenamiento del domingo. A lo mejor no sabe nada de eso.

¿Su problema es que yo esté con Ben? ¿O es el «ejercicio excesivo»? En el hospital, las enfermeras me decían que corriera en la cinta como una estrategia de superación, para mantener mis niveles altos. ¿Es que la señora Ali quiere que me hunda?

El coche de Jazz no está aparcado en el sitio habitual, pero lo veo más adelante. Se ha puesto a la cola para salir, pero los vehículos no se mueven. ¿Qué ocurre? Jazz y Amy se apean al ver que me acerco.

—¿Dónde estabas? —me pregunta Amy.

—La señora Ali me ha acorralado.

Ella se estremece.

—¿Va todo bien?

—De perlas —respondo, y estoy a punto de añadir algo más cuando Jazz me distrae.

Me doy cuenta de que no está escuchando. Tiene los ojos clavados en algo que hay a nuestra espalda y se le ha borrado la sonrisa de la cara. Cuando yo me dispongo a girarme para mirar, él nos coge a las dos por los hombros para llevarnos al coche.

—Adentro. Ya —nos ordena, abriendo la puerta.

Yo subo y me retuerzo para mirar por la ventanilla trasera. Gianelli está pasando ante nosotros por el sendero que discurre a lo largo del aparcamiento, flanqueado por dos lorders y con otro detrás. Se encaminan hacia una furgoneta negra que, estacionada en doble fila ante los autobuses escolares, bloquea la salida. Gianelli trastabilla; un lorder le tira del brazo para levantarlo y siguen adelante.

Todavía no se ha ido ningún autobús, incluso aunque yo he salido tarde. Los estudiantes están esperando, pero los autobuses tienen las puertas cerradas.

Hay lorders repartidos por las paradas. Con chaleco negro. Armados. Son alrededor de una docena, y quizá haya aquí un millar de estudiantes.

Todos nos quedamos mirando mientras Gianelli —un hombre viejo, un artista, que se ha puesto en pie y ha protestado a su manera— es empujado hacia la puerta lateral de la furgoneta. Su cabeza choca contra el techo del vehículo, cae, y un lorder lo empuja con la bota para meterlo en el vehículo. Cierran de golpe.

Nadie hace nada, nadie dice nada. Yo tampoco.

—Me pregunto qué habrá hecho. Debe de ser algo malo. —Amy parece fascinada, ni remotamente afectada—. ¿Ese no era tu profesor de Arte?

—Es mi profesor de Arte —la corrijo.

—Bueno, yo creo que ya no. Nunca se habían llevado a nadie de esa manera, delante de todo el mundo, ¿verdad?

—¡No quiero hablar del tema! —exclamo, pero Amy insiste.

—Venga, debes de haber oído algo. Cuéntanoslo.

—Ya basta, Amy —interviene Jazz, pero ella, desconcertada, le espeta:

—¿Y a ti qué te ocurre?

Yo me alejo. Al llegar a casa, me han obligado a salir a pasear con ellos, aunque lo que yo quería era quedarme a solas en mi habitación. Pero mamá ha dicho que ellos no podían salir solos, así que aquí estoy.

Sin embargo, nadie ha dicho que no pudiéramos pasear a cierta distancia, ¿verdad? Salgo disparada, pues necesito la velocidad, necesito correr. Es la misma vereda que recorrí en mi primer paseo con Amy y Jazz, hace tres semanas. ¿Solamente han pasado tres semanas? Me parece que ha pasado mucho más tiempo. Aquel día, todo era asombroso: el bosque, los árboles, los olores... Entonces no sabía nada de los lorders, no conocía a Ben. No sabía de personas desaparecidas. La lista de cosas que ignoraba era muy larga. ¿Todavía lo es?

No puedo dejar de ver cómo la cabeza de Gianelli choca contra el techo de la furgoneta y cómo cae al suelo. Y a ese lorder metiéndolo a patadas en la furgoneta, como si fuera un saco de patatas. Y todo porque había dibujado a Phoebe. Ahora Gianelli ha desaparecido, como ella; también como Tori. ¿Dónde estará ahora? ¿Dónde estarán todos ellos?

Subo corriendo hasta el mirador, vuelvo a bajar hasta la mitad del camino y empiezo a ascender de nuevo, andando. A pesar de mis oscuros pensamientos, el

levo está a salvo por el esfuerzo que supone subir y bajar la colina.

No entiendo por qué se han llevado a Gianelli. Él no ha hecho otra cosa que dibujar a Phoebe. Y no es un secreto que ella desapareció después de que los lorders la sacaran de su clase, ¿no es así?

Y la forma que han tenido de llevarse a Gianelli no podría haber sido más pública; no han ocultado lo que le sucedía.

En mi interior, una vocecilla susurra: «Quizá se trataba de eso».

El minuto de silencio de Gianelli por Phoebe, su «dibujad algo que os importe», y que luego él la dibujara a ella... Todas esas cosas decían que estaba mal que se la hubieran llevado. Había que castigarlo por estar en desacuerdo con las acciones del Gobierno. Hacer lo que han hecho delante de todos los estudiantes decía bien alto y claro, sin usar palabras: «Nosotros tenemos el control. Podemos hacer lo que queramos».

—Hola, reiniciada.

Pego un salto, pues estaba tan absorta en mis pensamientos que no he prestado atención a lo que me rodea. Mis pies han vuelto a llevarme hasta el mirador, aunque esta vez no estoy sola.

Hay un hombre apoyado en el árbol que crece junto al sendero. Se halla entre las sombras, pero es lo bastante visible si yo hubiera estado usando mis ojos hacia fuera, en vez de hacia dentro. Me ruborizo, consciente de que puede haber estado observándome mucho rato, de que acabo de pasar ante él sin advertirlo. De que ahora él se encuentra entre mí y Jazz y Amy.

—¿No vas a saludar?

El tipo sonríe, y no precisamente con una sonrisa agradable. Tiene el pelo grasiento y una piel poco saludable, a la vez pálida y con manchas rojas en las mejillas y la nariz. No parece la clase de persona que pasea por senderos forestales. Su rostro me resulta familiar, pero ¿quién puede ser...? Ah, sí: el albañil. Me quedé mirándolo mientras levantaba el muro de un jardín, y luego soñé con torres de ladrillo.

—Menuda casualidad —dice—. Estaba deseando hablar contigo. Ven a sentarte. —Su forma de pronunciar «casualidad» me hace pensar que no se trata de

nada de eso. ¿Habrá estado siguiéndome?

Va a sentarse en el tronco en el que Amy y Jazz descansaron la última vez que subí hasta aquí. No me muevo, pero miro hacia el sendero. ¿Amy y Jazz no deberían haber llegado ya?

—No muerdo. Solo quiero hablar contigo sobre mi sobrina. Creo que la conocías: Phoebe Best.

—¿Phoebe? ¿Usted sabe dónde está? —le pregunto, acercándome a él.

—Ven. Siéntate y te lo contaré —contesta, dando unas palmaditas en el tronco. —Yo vacilo, pero al final me siento en uno de los extremos, con tanto espacio como es posible entre ese hombre y yo—. Bueno, ya sabes que tienes que acercarte más para hablar de estas cosas, ¿verdad? No puedo gritar. Probablemente los árboles tengan oídos. —Se echa a reír y escupe en el suelo, y yo me acerco un poquito más—. Así está mejor.

—¿Phoebe se encuentra bien?

—Sí, enseguida pasamos a eso. Primero quiero hablar contigo de otra cosa.

—¿De qué?

—Era tu gato, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—Un día antes de su desaparición, dejé a Phoebe en el veterinario con un gato que había recogido. Siempre estaba cuidando de animales extraviados o de criaturas del bosque. Qué boba. —Yo no digo nada, pero vuelvo a mirar hacia el sendero. ¿Dónde están Jazz y Amy?—. Phoebe me contó que el gato pertenecía a una reiniciada, una con la que había tenido alguna discusión, a pesar de que yo le había dicho que era peligroso. Y por alguna razón incomprensible, Phoebe quería devolverle el gato. Luego, al día siguiente, mi sobrina no regresó del colegio. ¿Qué sabes tú de eso? —Me levanto de un salto y él me pregunta—: ¿Adónde vas? ¿No quieres hablar de Phoebe? —Todos mis instintos me gritan que corra, pero una parte quiere quedarse, necesita oír lo que este hombre tenga que decir—. Phoebe era un encanto conmigo. Y ahora se ha ido. Es culpa tuya. Tú les dijiste algo a los lorders, y ellos...

—¡No! ¡Yo no dije nada! —chillo.

«Corre», oigo en mi interior, y doy media vuelta y salgo pitando sendero abajo; oyendo y notando, a mi espalda, el movimiento que indica que él me persigue.

Justo cuando alcanzo el primer recodo, me llegan unas voces: Amy y Jazz están cerca. Por fin.

Aparecen al doblar el camino, con los brazos entrelazados. Obviamente, han superado cualquier pelea que hayan tenido. Casi choco contra ellos. Jazz me sujeta. Tengo los ojos desorbitados.

—¿Va todo bien, Kyla? —me pregunta, frunciendo el entrecejo, y mira hacia el camino por el que he llegado.

Yo giro en redondo, pero ahí no hay nadie.

Amy enlaza su brazo con el mío y me dice, aunque sin entender:

—Siento haber sido una bocazas con lo de Gianelli. Jazz me ha explicado que estabas triste por él.

Jazz me mira con curiosidad; noto que sabe que ocurre algo, pero no me hace preguntas; se limita a dejar que Amy parlotee. Volvemos sendero abajo en dirección al pueblo.

Donde el camino se une con la carretera, hay aparcada una furgoneta que tiene el rótulo «CONSTRUCCIONES BEST» pintado en un lateral. Y ahí está él, en el asiento delantero: el tío de Phoebe. Tiene bajado el cristal de la ventanilla; guiña un ojo, y luego silba cuando pasamos ante él.

Jazz frunce el entrecejo nuevamente y los tres seguimos por la carretera; unas carcajadas suenan a nuestra espalda.

—¿Quién es ese? —pregunto.

—Ese desperdicio de espacio es Wayne Best —me responde Jazz—. Mantente lejos de él; es un tipo muy raro.

Es un consejo que pienso seguir, desde luego.

Poco después estamos en casa por fin. Amy entra corriendo a preguntar si Jazz puede quedarse a cenar. Cuando me dispongo a seguirla, él me tira de un hombro.

—¿Qué? —le digo, esperando preguntas sobre lo que me ha asustado en el mirador y sin saber bien qué contestar.

Él espera a que la puerta se cierre y me susurra:

—Mac quiere verte. El lunes que viene. Iremos todos a su casa después de clase, y yo me llevaré a Amy a dar un paseo, como la otra vez. ¿De acuerdo?

Sin embargo, antes de que tenga siquiera la oportunidad de pensar qué responder, Amy abre la puerta, negando con la cabeza.

—Mamá dice que hoy no. ¿Otro día?

Jazz parece aliviado de librarse de la cena, pero Amy ni se entera. ¿Cómo es posible que no vea las cosas ni aunque las tenga delante de sus ojos? Entro en casa para que ellos puedan despedirse.

—Bueno, ¿y cómo han ido las clases hoy? —pregunta mamá mientras va sirviendo los platos.

Como papá no va al colegio, imagino que espera que respondamos Amy o yo.

Miro a Amy, con la esperanza de que llene el silencio, pero ella se limita a encogerse de hombros. Lo más probable es que esté mosqueada porque no hayan invitado a cenar a Jazz.

Papá se levanta para traer los platos hasta la mesa.

—¿Ninguna historia que contar? ¿Ha sido un día bueno, un día malo? ¿Ha sucedido algo interesante, algo insólito?

Deja un plato delante de mí y, de algún modo, yo tengo la extraña sensación de que él sabe al menos parte de lo que ha ocurrido esta tarde.

Miro de nuevo a Amy, suplicándole con los ojos que diga algo, lo que sea. Pero nada.

Suspiro.

—Los lorders se han llevado a mi profesor de Arte.

Mamá suelta un respingo, se sienta y me pregunta:

—¿A Bruno Gianelli?

—Sí. —La miro, sorprendida—. ¿Lo conoces?

—Es más viejo de lo que parece. Fue mi profesor de Arte cuando yo iba al colegio. Era un gran pintor, y un buen... —Se interrumpe en mitad de la frase—. Bueno, eso fue hace mucho tiempo. Quién sabe quién es ahora.

«Era», la corrijo mentalmente. Y me alarma haber pensado en él en pasado. ¿No debería hacerlo?

—¿Qué va a pasar con él? —inquiero.

Papá y mamá intercambian una mirada. Mamá se levanta y pone toda su atención en remover algo que está al fuego.

—Supongo que depende de lo que haya hecho —me responde papá—. Tú no te preocupes por eso.

Esa noche, por fin en mi habitación y con la puerta cerrada, estoy acurrucada en la cama alrededor de *Sebastian*. Él ronronea. Intento asimilar todo lo que ha ocurrido hoy para que alcance cierto sentido, pero no puedo. Aunque tampoco puedo dejar de pensar en ello.

¿Única solución? Papel y lápiz. «Dibujad algo que os haga sentir lo que sea, bueno o malo».

Con la mano izquierda hago bocetos febriles; una y otra vez, a altas horas de la noche. Los desaparecidos: Tori, Phoebe, Lucy, Gianelli. Y Robert, el casi hermano al que no conocí.

*El conductor del autobús toca el claxon, aunque no sirva para nada. No van a ir a ninguna parte: hay un atasco.*

*En la parte de atrás está sentada una chica rubia y guapa, con la cabeza apoyada en*



*el hombro de un chico. Él la rodea con un brazo. A ellos no les importa el retraso. Los demás están impacientes. Unos cuantos leen libros; algunos muchachos le dan la lata a otro más pequeño; las chicas hablan de chicos; los chicos hablan de chicas; y los que no tienen amigos miran por la ventana.*

*Yo le grito al conductor:*

*— ¡Haga algo! ¡Abra las puertas! ¡Déjelos salir!*

*Pero él no sabe lo que está a punto de suceder. No puede oírme.*

*La chica guapa tiene frío. El chico se levanta de su asiento para coger su chaqueta de la rejilla portaequipajes.*

*Es entonces cuando ocurre: un silbido, un destello luminoso, un estallido. Y empiezan los gritos.*

*Humo asfixiante; manos ensangrentadas golpean ventanas que no se abren; más gritos. Pero el chico que se sienta junto a la chica guapa está callado. La abraza, pero es demasiado tarde para decirle que la quiere. Ella está muerta.*

*Otro silbido, otro destello, otra explosión.*

*Hay un boquete en un lateral del autobús, pero ahora la mayoría están en silencio. Separan al chico de la chica para ponerlo a salvo, y es entonces cuando se une a los pocos supervivientes. Gritando.*

*Yo me tapo los oídos con las manos, aunque los gritos siguen y siguen.*

*Tardo un poco en advertirlo.*

*Soy yo.*

*— Chist. Solo es un sueño.*

*Me debato y luego me doy cuenta de dónde estoy.*

*En la cama, en mi casa —al menos, en su versión actual—, y los brazos que me estrechan no son los de Amy, sino los de mamá.*

*Amy aparece en la puerta bostezando y luego vuelve a marcharse. Mamá*

debía de estar despierta si ha llegado aquí antes que Amy.

Mi levo vibra: 4.4. No está demasiado bajo, y eso que todavía puedo sentir el miedo, saborear la sangre. Todo está aún en mis ojos. Eran Robert y Cassie —la chica guapa—; mi subconsciente debe de haber rescatado sus rostros de la fotografía que me enseñó Mac.

Hojas de papel, mis dibujos, cubren la cama. Mamá los alisa sin hacer comentarios y empieza a ponerlos en un montón. Hasta que llega al de Gianelli.

Lo he representado como estaba en clase, plantado desafiante bajo su retrato de Phoebe, de modo que es un dibujo dentro de un dibujo. Phoebe es la Phoebe de Gianelli, la chica solitaria que no llegué a conocer.

Mamá mira a Gianelli con cara muy triste. Yo tengo la suficiente presencia de ánimo para recoger las demás hojas antes de que vea mi dibujo de Robert y Cassie. Mamá toca el rostro del profesor.

—¿Qué has hecho? —le susurra al retrato. Después se gira hacia mí y añade—: Ahora estamos solas; esto se quedará entre tú y yo. ¿Qué le ha pasado a Gianelli? Lo sabes, lo veo. Tu cara es transparente. Tienes que aprender a ocultar cosas, como los demás. Pero ahora, por favor, cuéntamelo. —Y lo hago. Le hablo del petirrojo de Phoebe y de lo que dijo Gianelli. Que todos guardamos silencio, y que luego él dibujó a Phoebe, como he hecho yo—. Estúpido y querido viejo... Pensar se ha vuelto tan malo que se lo han llevado solo por eso. Y ahora escúchame, Kyla. Yo sé bien, créeme, lo inquietante que resulta esto para ti, lo difícil que es de entender. Pero debes aprender a guardarte las cosas para ti, o no sobrevivirás. No quiero que se te lleven. Prométeme que lo intentarás. —De modo que lo prometo. ¿Qué otra cosa puedo hacer?—. Voy a destruir esto —afirma, mostrándome el dibujo de Gianelli—. ¿Los otros son iguales? —Vuelve los ojos hacia la pila de hojas. Si ve la cara de Robert, ¿qué hará? Por mucho que haya dicho que esto se queda entre ella y yo, no estoy segura de qué le parecería lo de Mac—. Déjame ver —me pide, y tiende las manos hacia los dibujos.

Pero justo entonces suenan pasos en la escalera; pasos fuertes que bajan del piso superior. Mamá esconde el dibujo de Gianelli y todos los demás debajo de las mantas y se abre la puerta.

—¿Va todo bien por aquí? —pregunta papá.

—Bastante bien —contesta mamá, girándose—. Ha sido una pequeña

pesadilla, sin más, ¿verdad, Kyla?

—Sí, ya estoy bien —respondo.

Papá se queda donde está, quieto, ¿tal vez esperando a mamá?

*Sebastian* entra en la habitación, salta a mi cama y da varias vueltas sobre las mantas que tapan los dibujos. Suenan unos tenues crujidos. Luego *Sebastian* se deja caer. Yo lo acaricio y él empieza a ronronear. «¿Dónde estabas cuando te necesitaba, gatito?», pienso. Mamá apaga la luz de la mesilla, se levanta y se va, aunque en la puerta se vuelve.

—Ahora intenta dormir —me dice, aunque sus ojos añaden algo más: «Destruye esos dibujos».

Pienso en eso durante un rato y después los escondo. Junto a la ventana, la moqueta está un poco levantada, así que tiro de ella y deslizo los dibujos por debajo.

— Eso no es justo.

Amy está en posición de firmes, con los brazos en jarras.

Yo me ato las zapatillas. Ben estará aquí dentro de poco.

— Supongo que tienes razón. No es justo — admite mamá, y a mí me invade el temor.

Con los ojos, le digo a Amy que cierre el pico, pero ella no lo pilla.

— Si no me dejas salir a pasear a solas con Jazz, ¿por qué dejas que Kyla salga sola con Ben?

— No vamos a salir; vamos a correr, y a la reunión de grupo. Y Ben solo es un amigo — señalo, añadiendo para mis adentros: «Ah, ¿sí?».

— Bueno, lo que dice Amy tiene sentido — contesta mamá, aunque luego se gira hacia mí, me guiña un ojo con expresión traviesa y se vuelve de nuevo hacia Amy—. Haremos una cosa: ¿qué te parece si te vas a correr con ellos?

Amy retrocede.

— ¿A correr? ¿Estás de broma? — replica, y sube las escaleras echando humo.

— ¿Tendrás cuidado? — dice mamá, subiéndome un poco más la cremallera de la chaqueta.

— Claro.

— Hay una pregunta en tu cara.

— ¿En serio?

— Un día de estos, Kyla, deberías practicar la cara de póquer delante del espejo.

—¿Qué es la cara de póquer? —digo para desviar la atención.

—El póquer es un juego de cartas. Tienes que poner una expresión neutra para que los demás jugadores no sepan si tienes una buena mano o no. —Yo aparto la cortina para mirar por la ventana. «Venga, Ben, llega a tiempo por una vez», pienso—. Y en respuesta a la pregunta que no has llegado a hacer, tú eres diferente de Amy. Resulta extraño, pero no me importa que salgas a correr con Ben porque me fío de ti. Sin embargo, no me fío del juicio de Amy con Jazz. ¿Entiendes?

Suena el teléfono y ella se va a contestar.

A veces mamá ve más de lo que creo; más de lo que Amy comprende. Es cierto que, al contrario que Ben y yo, Amy y Jazz se abrazan y se besan continuamente, pero nunca delante de mamá, así que ¿cómo puede saberlo?

La señora Ali, por su parte, ve cosas distintas. Desde que me prohibió que corriera con Ben en el almuerzo, apenas he hablado con él. Desde luego, la señora Ali vio mi dibujo de Ben. Mamá no, y no lo verá, pues lo he escondido con los demás debajo de la moqueta.

Vuelvo a mirar a través de las cortinas, y esta vez compruebo que Ben sube por la carretera. Por fin.

—¡Adiós, mamá! —grito, y salgo por la puerta.

Como de costumbre, corremos a toda máquina para empezar. No decimos nada aparte de los respectivos saludos. Ejercicio excesivo; ¿eso es lo que es? Me encanta el sonido de mis pies sobre el asfalto, esa sensación de huida a otro lugar donde lo único que importa es ir cada vez más rápido. Las piernas de Ben, más largas, adoptan un ritmo más bajo para adaptarse al mío, de modo que sus pasos y los míos se funden en una especie de música familiar que me sosiega tras las experiencias de los últimos días.

He pasado unos días extraños en el colegio tras la desaparición de Gianelli. Ni siquiera he oído susurros; no como cuando se fue Phoebe y todos murmuraban sobre eso. Esta vez hay silencio sobre el tema. Quizá se deba a que todos vimos lo que le sucedía, así que no hace falta contar historias ni medias verdades al respecto. Gianelli no tiene sustituto; las clases de Arte se han suspendido hasta nuevo aviso. En mi caso, ese hueco en mi horario lo han rellenado con unidad, donde la única actividad aceptable es hacer deberes.

Empiezo a reducir el paso. Normalmente es Ben quien lo hace, quien se pone a hablar, pero hoy tengo algunas cosas en la cabeza.

Ben no dice nada; baja el ritmo a la vez que yo, y no me pregunta nada, como hace habitualmente. De hecho, apenas ha pronunciado una palabra en toda la semana. Yo había pensado en qué decir y cómo, pero cuando miro a Ben mientras empezamos a caminar, todo se va.

—¿Estás enfadado conmigo? —le pregunto.

—¿Qué?

—Ya me has oído. No has actuado con normalidad en toda la semana. En realidad, desde el domingo.

—No seas boba. Por supuesto que no estoy enfadado —responde, pero parece enfadado.

Entonces me detengo e insisto:

—¿Qué ocurre? ¿He hecho algo?

—Kyla, no todo gira a tu alrededor todo el tiempo, ¿te enteras? —replica, pasándose una mano por el pelo.

Yo doy un paso atrás; eso ha sido como una bofetada.

—¡Pues dime qué ocurre! —exclamo.

—Chist —dice Ben, y entonces me doy cuenta de que he levantado la voz. Él me coge de la mano, entrelazando sus dedos con los míos. Pasa un coche. Ben mira a ambos lados; no hay nadie a la vista—. Ven —añade, y me lleva hacia las sombras de unos árboles que hay al lado de la carretera. Se distingue un sendero, borroso en la oscuridad. Me conduce hasta una valla con una puerta de metal que brilla tenuemente bajo la luz de la luna. La carretera está a apenas unos minutos de distancia; de vez en cuando nos llegan leves sonidos y luces de los coches que pasan. Ben se detiene y se recuesta contra la valla, con el rostro en sombras—. Quedas palabras en la noche —susurra.

Me coge por la cintura y me iza para que pueda sentarme en lo alto de la valla y nuestros ojos queden a la misma altura, rodeándome con un brazo para que

no me caiga. Mi visión empieza a acostumbrarse a la oscuridad, y veo que Ben tiene esa expresión en la cara. Como el día en que llovía, cuando pensé que iba a besarme; la expresión que plasmé en un dibujo en la última clase de Gianelli y que luego escondí.

Ben se inclina hacia delante tan deprisa que no reacciono, y me besa levemente en la mejilla.

—No estoy enfadado contigo, Kyla —me dice al oído, y sus palabras me provocan escalofríos por el cuello. Me da un vuelco el estómago y, como por voluntad propia, mis manos empiezan a levantarse hacia su rostro para tocarle los labios y... Ben sacude la cabeza, con pesadumbre en la mirada, y se separa—. Tenemos que hablar —dice—. No disponemos de mucho tiempo. —Mis manos vuelven a bajar. Pero entonces él se apoya en la valla, en las sombras, y no dice nada. Las hojas susurran por el viento, la valla está helada debajo de mí, y ahora que he dejado de correr, se me pone la carne de gallina en los brazos y las piernas y me estremezco. Ben se acerca de nuevo y me coge las manos—. He echado de menos correr contigo a la hora del almuerzo.

—Yo también —contesto.

—¿Me has echado de menos?

—¡He echado de menos correr! —replico, y él arquea una ceja—. Y a ti —admito finalmente.

Ben sonríe de oreja a oreja, y ahí está: él ya lo sabía, pero quería que yo se lo dijera.

—Bueno. Entiendo lo de correr. Solo cuando voy a toda pastilla tengo la sensación de poder concentrarme en las cosas, de analizarlas. Pero todo eso que me contaste el domingo... No se va ni cuando estoy corriendo. —Y yo oigo cómo las palabras de la señora Ali se repiten en mi mente: «El ejercicio excesivo es una manera de superar los efectos controladores de tu leve». Y caigo en la cuenta de que la única vez que veo a Ben tal como es, no solo como el sonriente chico reiniciado del día en que lo conocí, es cuando ha estado corriendo. Es como si esta actividad lo dejara salir. Ben me suelta las manos, dejándolas frías y vacías, y vuelve a apoyarse en la valla—. Y no puedo parar de pensar en lo que le sucedió a Tori. —Me abrazo a mí misma para mantener el dolor en mi interior. Tori es el fantasma que siempre aparece entre nosotros. Luego sacudo la cabeza para

expulsar ese pensamiento. ¡No, no es un fantasma! No podría serlo, ¿verdad?—. Y Phoebe, tu profesor de Arte y todos los demás que han desaparecido... Todas las personas desaparecidas de esas páginas web de las que me hablaste... Por lo que he podido averiguar, cada vez es peor. Cada vez hay más y más desapariciones.

—Entonces ven conmigo el lunes después de clase y podrás verlo por ti mismo. Podrás comprobar si tú estás en esas webs —replico, consciente de que he roto la promesa de no contarle ese secreto a nadie.

Pero no se trata de cualquiera, sino de Ben, y yo confío en él. Aunque la culpabilidad pende igualmente sobre mi cabeza...

—Kyla, ¡la cuestión es que no quiero hacerlo! No quiero saber.

—No te entiendo.

—Alguien denunció tu desaparición. Hay quienes se preocupan por ti y desean que vuelvas. ¿Y si a mí no me quiere nadie y por eso estoy aquí? Como lo que le pasó a Tori: su madre decidió que ya no la quería. ¿Y si mis verdaderos padres se deshicieron de mí?

—Pero esto no funciona así. Tienen que arrestarte y juzgarte por algo, por haber hecho algo, para que te reinicien —afirmo, con la sensación de que esas palabras suenan falsas.

Empiezo a comprender la trascendencia de esas desapariciones infantiles, como la de Lucy. Así es como se supone que deben funcionar las cosas, pero no siempre es así..., no si esas páginas web son auténticas. No puedes quejarte diciendo que no deberían haberte reiniciado; una vez que sucede, no te acuerdas de nada. Y, después de todo, alguien a quien hayan juzgado como es debido no es un desaparecido. Sus padres sabrían qué le ha ocurrido.

—Ahora lo entiendes, ¿verdad? —me pregunta Ben.

Asiento con la cabeza.

—No lo había pensado desde ese punto de vista.

—Entonces, ¿por qué debería averiguarlo? ¿De qué serviría? En cualquier caso, no recuerdo nada de mi pasado. No soy la misma persona. Y mi familia actual está bien; en realidad, mejor que bien.



En ese momento caigo en que sé muy pocas cosas sobre su familia.

—Cuéntame —le pido.

Regresamos hacia la carretera para ir a la reunión de grupo, y Ben empieza a hablarme de su padre, un maestro de primaria que adora tocar el piano, y de su madre, que se encarga del taller instalado en el establo: hace esculturas de metal y no sabe seguir una melodía. No podían tener hijos propios. Después de tres años con ellos, le importan mucho; ¿por qué alterar las cosas?

Y mientras él habla, yo lo escucho, aunque una parte de mí está pensando en lo primero que ha dicho: «¿Y si no me quiere nadie?».

Y pienso que yo sí lo quiero.

Pero no lo digo en voz alta.

Hoy los lorders están inspeccionando de nuevo los coches en las entradas del hospital. Hay otros dos montando guardia en el pasillo, delante del despacho de la doctora Lysander, y siento un hormigueo por la piel al pasar ante ellos. Los observo, incapaz de reprimirme, desde mi asiento de la sala de espera. Es evidente que están alerta ante cualquier sonido o movimiento, pero a mí me prestan menos atención que a una araña. Soy una reiniciada carente de interés. No supongo una amenaza.

—Adelante —dice la doctora por fin, y me alejo de los lorders deprisa, contenta de poner una puerta cerrada entre nosotros—. ¿Te persigue alguien? —me pregunta con una sonrisa en cuanto me ve.

—Por supuesto que no —contesto, y ella arquea una ceja y yo suspiro—. Está bien, si tanta curiosidad tiene, esos lorders me ponen los pelos de punta.

—Te contaré un secreto, Kyla. A mí también.

Se me salen los ojos de las órbitas.

—¿En serio?

—En serio. Pero me limito a ningunearlos, a fingir que no están ahí. Si no reconozco su presencia, entonces no existen. —Lo dice tan tranquila y segura como si su falta de atención pudiera hacer que la gente se esfumase. Desapareciera. Me estremezco involuntariamente y luego me apresuro a comprobar si ella lo ha notado, pero está ocupada tocando la pantalla de su ordenador. Al cabo de un ratito vuelve a mirarme—. La semana pasada decidiste centrar tu atención en el Arte. ¿Cómo va el tema?

—No muy bien. Se han suspendido las clases de Arte. Los lorders se llevaron a mi profesor delante de todo el colegio.

Una expresión conmocionada surca su rostro tan deprisa que habría sido fácil no advertirla —dilatación de ojos, respingo—, y de inmediato su cara vuelve a mostrarse objetiva y neutral.

—¿Qué sientes al respecto?

—He estado dibujando en casa, pero no es lo mismo.

—Me has interpretado mal. ¿Qué sientes por lo de tu profesor?

Esto es interesante. Por las reacciones de todo el mundo, sé que es tabú hablar de lo que han hecho, y a quién, los *lorders*. Y, sin embargo, aquí está la doctora Lysander, preguntándome sin tapujos qué pienso. «Ten cuidado, Kyla», pienso; los *lorders* están en el pasillo. ¿Quién sabe qué pueden oír, o cómo?

—Estoy segura de que tenían sus razones —respondo.

—A ver, Kyla, es obvio que tienes unos sentimientos muy fuertes sobre este asunto.

—Ah, ¿sí?

—Tus ojos son la ventana de tu alma.

Qué irritante. He estado practicando en casa, delante del espejo, para poner «cara de póquer», tal como me ha dicho mamá, pero en cuanto pienso en algo que me despierta algún tipo de sentimiento, bueno o malo, lo veo reflejado. «Piensa en *Sebastian*», se me ha ocurrido como solución, y me ha parecido que eso da cierto resultado.

—¿Yo tengo alma?

—Se te empieza a dar muy bien esto de intentar desviar mi atención. No es más que un viejo dicho, un proverbio.

—Pero ¿tiene alma alguien a quien han reiniciado?

Ella se reclina en su asiento, con una media sonrisa divertida en los labios.

—Bueno, si uno cree en la existencia del alma, yo no veo la menor relevancia en el proceso de reiniciación para su presencia o su ausencia.

—¿Usted cree en su existencia?

—Te olvidas de que aquí soy yo quien hace las preguntas, Kyla. Responde la

mía —añade, con una nota de advertencia en la voz.

De modo que intento salir con algo sobre Gianelli que no sea peligroso, pero luego pienso: «No». Él se merece algo mejor. Se merece la verdad.

—Era una buena persona. Le importábamos, y ahora se ha ido. ¿Cómo cree que me siento?

La doctora Lysander frunce el entrecejo.

—¿Respondes una pregunta con otra pregunta? Sabes de sobra que...

¡BANG!

De pronto una oleada sonora atraviesa el despacho. El edificio se estremece, un temblor resuena a través del suelo mientras me desgarran el miedo. Gritos tenues y lejanos, pero no lo bastante lejanos.

¿Terroristas?

La puerta se abre de par en par a mi espalda y yo me giro en redondo en la silla: son los lorders del pasillo. Por primera vez, me alegro de verlos. Uno habla a un auricular que lleva sujeto a la oreja.

—Venga con nosotros, ya —dice el otro mirando a la doctora Lysander, pero ella no se mueve; parece helada, con rostro inexpresivo, detrás de su escritorio—. ¡Ya! —brama el tipo.

Ella se levanta de un salto y ellos la escoltan y empiezan a conducirla hacia la puerta. ¿Debo seguirlos?

La doctora se gira a medias.

—Kyla, vete al mostrador de enfermería. No te preocupes; estarás...

Entonces un lorder la agarra del hombro y la empuja a través de la puerta.

Ella vuelve a mostrarse conmocionada. Ya no puede hacer que los lorders desaparezcan.

Hay estallidos distantes, gritos, ruidos de «ra-ta-ta-ta-ta», como la artillería

en las películas antiguas. ¿Artillería? ¿Dónde? Ladeo la cabeza; en algún sitio de abajo, o fuera. Cruzo el despacho de la doctora Lysander hasta la ventana.

No tiene barrotos. Da a un patio interior, que está varios pisos más abajo. Tiene plantas, árboles y bancos. Hay enfermeras apiñadas allí; ni rastro de armas ni de quien puede estar empuñándolas.

La doctora Lysander me ha dicho que vaya al mostrador de enfermería. Me dirijo hacia la puerta, pero enseguida me detengo. Su ordenador portátil sigue sobre la mesa. Todavía abierto.

¡BANG!

Todo el edificio se sacude; ese bombazo estaba más cerca.

Me quedo quieta. El pánico me dice que corra, aunque está librando una batalla con la curiosidad: «¿Cuándo tendrás otra oportunidad como esta?».

Estoy temblando; se me revuelve el estómago como si fuera a vomitar el desayuno. ¿Qué hago? Miro fijamente la puerta, y mis pies dan un paso hacia ella y luego otro atrás. «¿Quién dice que ahí fuera estoy más segura que aquí?».

Me siento en la silla de la doctora.

Mi foto está a la derecha de la pantalla: Kyla 19418. Ese es el número de mi levo. A la izquierda de la fotografía están las notas de la doctora Lysander: un breve resumen de la conversación interrumpida de hoy, aunque no se menciona a Gianelli. Hay una lista de fechas en un lateral; la de la semana pasada está en primer lugar. Vacilo, y luego hago clic sobre ella. Y ahí está: todo lo que comentamos aquel día, sus observaciones.

Hay una barra de menú debajo de mi nombre, con distintos apartados: admisión, cirugía, seguimiento, recomendaciones.

Pincho en «Admisión» y aparezco yo a todo color. Soy yo, pero no soy yo. Estoy en una cama de hospital, pero esa es diferente, con correas a los lados. Tengo las manos y los pies atados. El pelo, más largo, una melena enmarañada. Estoy más delgada que ahora. Mi rostro es inexpresivo, mis ojos están vacíos; no son ventanas a mi alma ni a ninguna otra cosa.

Y mientras contemplo la pantalla del ordenador, una parte de mí sigue

oyendo gritos, disparos, un chillido cortado. Sin embargo, yo estoy hipnotizada. Reviso de prisa las notas sobre admisión y cirugía, buscando alguna pista de por qué estoy aquí, pero no encuentro nada. Solo un rollo sobre escáneres, completados con imágenes de mi cerebro.

Pasos, gritos. Ahora están más cerca.

Pero ¿qué es esto? Le doy a la pestaña de «Recomendaciones».

Los pasos y los gritos suenan más fuertes. Miro hacia la puerta.

«¡Muévete, escóndete ya!», me dice una voz en mi cabeza. ¿Dónde? Miro a mi alrededor y vuelvo la vista al ordenador para cerrar las ventanas que he abierto, pero entonces aparece en pantalla el apartado de «Recomendaciones». Se trata de una tabla con acciones y fechas.

La junta recomienda terminación. La doctora Lysander lo rechaza. Se aplica retratamiento. Hay que controlar signos de regresión tras retratamiento. Se recomienda vigilancia extra. La junta recomienda terminación si se repite. La última entrada está fechada la semana anterior a mi salida del hospital.

«¡Muévete, escóndete ya!», me digo, y la puerta se abre de repente.

Ya es demasiado tarde.

Un hombre se queda mirándome. No es un lorder. Tiene el pelo desgreñado, unos ojos salvajes, y su ropa negra quiere parecer la de los lorders, pero ni se le acerca. Una parte de mí recoge esos detalles mientras el resto se centra claramente en una sola cosa: un fusil, en sus manos, que él levanta para apuntarme.

Aparece otra cara por encima de uno de sus hombros.

—¡Déjala! Lleva un levo. La han reiniciado.

Sin embargo, el tipo sigue apuntándome.

—Le haría un favor.

Yo sacudo la cabeza, retrocediendo hasta la pared. Intento hablar, «No, por favor, no», pero las palabras que se forman en mi mente se me atascan en la garganta y no salen.

—¡No malgastes una bala! —le grita el otro, tirándole del brazo, y finalmente los dos salen corriendo pasillo abajo.

Yo me dejo caer al suelo, temblando violentamente. Mi levo dice 5.1. «Explica eso», pienso.

No puedo.

Al cabo de un rato, el instinto de conservación toma las riendas y me empuja a levantarme. Cierro todas las ventanas que he abierto en el ordenador para dejarlo como estaba, y me asomo por la puerta.

El pasillo está vacío, pero se oyen gritos por la derecha, hacia donde han ido esos hombres. Yo echo a correr en dirección contraria.

Las luces parpadean varias veces y al final se apagan. Todo está completamente negro. Abro los ojos lo más que puedo, pero no logro ver nada en este corredor sin ventanas. En lo más profundo de mi garganta empieza a formarse un grito. «Contrólate —me digo—. Tú conoces el camino: ¡recuérdalo!». Respiro despacio y hondo, intentando ver el mapa del hospital en mi mente. Octavo piso. La doctora Lysander me ha dicho que vaya al puesto de las enfermeras.

Con una mano en la pared, pisando suavemente, temblorosa pero atenta a no hacer ningún ruido, llego hasta el final del pasillo. Puertas dobles, girar a la derecha: has llegado a tu destino.

Todo es silencio. Sigo avanzando, con las manos extendidas para tocar el borde del escritorio, pero de pronto resbalo con algo que hay en el suelo y caigo despatarrada.

El suelo está mojado. Pegajoso. Hay un extraño olor metálico que me da náuseas: sangre.

Retrocedo a ciegas, a cuatro patas, y tropiezo con algo..., no, con alguien..., tendido en el suelo: una mano, un brazo. Una persona entera, una mujer, vestida de enfermera. Ningún sonido, ningún movimiento, un gran charco pegajoso... Me obligo a seguir su brazo hasta su cuello. Todavía está caliente, pero claramente muerta. El último grito que he oído antes de que aparecieran esos dos hombres. Con el fusil. Deben de haberle disparado.

Está muerta.

Consigo ponerme en pie y vuelvo a recorrer a ciegas el oscuro pasillo, corriendo.

«¡Detente! Haces demasiado ruido. Escóndete».

Algún instinto me fuerza a aminorar el ritmo, a dar pasos cautelosos, silenciosos. Intento pensar en si he reparado en la enfermera antes, al subir en ascensor a este piso. He pasado ante ella de camino al despacho de la doctora Lysander, pero no puedo recordar qué aspecto tenía. Si la conociera, me habría fijado en ella, ¿no? Sin embargo, yo estaba distraída, despidiéndome de mamá, y luego...

¡Mamá! Se ha ido a tomar un té con su amiga, como hace siempre. ¿Adónde van? ¡No lo sé! Mamá, ¿dónde estás?

«Contrólate. Tranquilízate. ¡YA!».

Inspiro y espiro hasta que mi corazón empieza a latir más despacio y la oleada de pánico va remitiendo, contenida. «Quédate quieta y escucha», me ordeno, pero no oigo nada, ni un sonido. El hospital está escalofriantemente silencioso, como nunca había estado.

Sin consultarme, mis pies me llevan hacia las escaleras de emergencia y me encamino automáticamente al lugar que mejor conozco: el décimo piso. Donde está mi vieja habitación. Con cuidado y sin hacer ruido, subo peldaño a peldaño. De vez en cuando me detengo a escuchar, aunque no oigo nada. Por fin llego a la puerta de la décima planta, temiendo de pronto que pueda estar cerrada con llave. Se abre, quizá debido al corte eléctrico. La cruzo y entro en el pasillo: en este piso hay tenues luces de emergencia. Oigo voces y a gente que se mueve, voces tranquilas, ni gritos ni alaridos. Doy un paso adelante.

Entonces una luz brilla en mi cara.

—¿Esa es Kyla? Oh, sí que lo es.

La luz baja y veo a Sally, una de las enfermeras de la décima planta que trabajaban en mi ala cuando yo estaba aquí. Me siento absurdamente contenta de ver un rostro, un rostro vivo, uno que conozco. Le sonrío, y ella me agarra del hombro.

—Sí que eres tú. Has venido para una revisión, ¿verdad? Venga. Debemos ir



todos a la cafetería. Ayúdanos con los novatos, ¿quieres? Están confundidos.

Y me obliga a coger de la mano a dos reiniciados. Son nuevos y andan inestables, aunque esbozan grandes sonrisas beatíficas, como si este fuera el día más maravilloso de su vida.

Sally empuja una silla de ruedas que lleva a un recién llegado que todavía no puede andar.

Recorremos el pasillo; enseguida está abarrotado de enfermeras y pacientes.

—¡Deprisa! —exclama una nerviosa voz al fondo. Es uno de los lorders, que nos marca el camino.

Entramos pesadamente en la cafetería de la décima planta: el único sitio lo bastante grande para albergarnos a todos. Los lorders meten a empujones a los últimos y se atrincheran tras la puerta.

Aquí hay luz natural, la que entra por las altas ventanas con barrotes, deslumbrante después de las débiles luces de emergencia, y yo parpadeo.

—¡Kyla, estás herida! ¿Qué te ha pasado? —me pregunta Sally, que a continuación me sienta en una silla y empieza a examinarme el brazo y el hombro.

—¿Herida? Yo no... Ah, ya caigo... Esta sangre no es mía. He tropezado con alguien que... —No puedo pensar en eso, ni siquiera puedo terminar la frase, así que cambio de tema—. ¿Qué está sucediendo?

—No te preocupes. Estoy segura de que todo irá bien.

—Están disparando a la gente, matando. Esto no va bien —replico.

Ella se queda boquiabierta y sacude la cabeza.

—Había olvidado lo directa que eres. Ha habido un ataque del TAG. Ya ha terminado. Los lorders están buscando a los últimos, así que han escondido a todo el mundo hasta que acaben.

—¿Te encuentras bien, cielo? —me pregunta otra enfermera sonriendo, con la mano llena de jeringuillas rebosantes de jugo feliz. Está haciendo una ronda por la sala.

—Sí —respondo, y pienso en *Sebastian*.

Mi cara de póquer debe de funcionar, porque la enfermera sigue adelante.

Sally se va con ella y ambas se ponen a comprobar cómo están los demás.

Yo voy a sentarme a una de las mesas. A mi lado hay una chica atada a una silla de ruedas, con el pelo castaño cayéndole sobre la cara. Su levo vibra. Miro a mi alrededor buscando a una enfermera, y le hago una seña a Sally para que venga, pero no me ve. La chica está doblada hacia delante, intentando llegar a algo...

Ah, ahí, en el suelo. Recojo el peluche que debe de habersele caído: es un conejito de blandas orejas.

—Aquí tienes —le digo, poniéndoselo en las manos.

Ella levanta la vista y sonrío, ofreciéndome una hermosa y gran sonrisa de perfecta felicidad.

Yo retrocedo. No, no puede ser. Esa sonrisa no pertenece a ese rostro. La chica está preciosa con ella, le queda bien, pero todo está mal.

—¿Phoebe? —susurro.

Algo punzante se clava en uno de mis hombros y la calidez se extiende por mis venas. Casi al instante, mi corazón baja de ritmo, mis puños se abren. Ah... No se trata simplemente de jugo feliz. Es algo más fuerte.

Pierdo el conocimiento a medias.

A cierto nivel estoy consciente, aunque no lo estoy.

Ha vuelto la luz. Me encuentro en una silla de ruedas, recorriendo un pasillo, pero no sé adónde voy; lo único que veo es el suelo. No puedo levantar la cabeza para mirar.

Noto la calidez de una ducha. Una enfermera me sujeta mientras otra me frota la piel. La sangre se va fácilmente cuando pertenece a otra persona. Observo cómo mi piel vuelve a estar perfecta y blanca. Bonita.

Toallas esponjosas, ropa limpia.

Ropa del hospital. Esto no está bien. Lucho por entender por qué, pero no puedo.

Me arrojan en una cama, pero no es la mía. Las sábanas están frías; mi piel siente fiebre contra ellas. ¿No es mi cama? Intento mantener los ojos abiertos. Mis párpados aletean, luego se cierran.

—Kyla, venga. Despierta. Kyla...

Estoy calentita y feliz; flotando; desconectada de mi cuerpo. No quiero volver. Dejadme en paz. Me deslizo a través de capas de oscuridad, las voces se apagan a lo lejos...

*Estoy rodeada de ladrillos por todas partes. También por arriba, hasta donde me alcanza la vista. Araño la argamasa. Está empezando a desmenuzarse. Poco a poco. Ya no tardará mucho...*

*Pronto seré libre.*

Otra voz.

—Vamos, Kyla. Es hora de irse a casa.

¿Mamá?

Abro los ojos de golpe.

Salimos del aparcamiento del hospital.

Mi madre parece completamente serena. De camino al coche me ha contado que estaba en el despacho de su amiga cuando se ha producido la primera explosión. Tras encerrarse con llave, se han escondido debajo del escritorio.

Cuando todo ha terminado ha ido a buscarme, sin resultado. Nadie sabía dónde me encontraba. El piso donde yo estaba y el de abajo —los despachos de los doctores y las salas de reuniones— han sido el objetivo del ataque. Pero no ha resultado herido ningún miembro del personal clave. Los lorders los han sacado a todos a tiempo, como a la doctora Lysander. Sin embargo, después de que yo haya insistido un poco, mamá ha admitido que sí han muerto algunas enfermeras y algún lorder. Y todos los integrantes del TAG.

Por fin me ha localizado, flotando entre las nubes. ¿Qué creen que ha causado mi bajonazo? Una reacción retardada y la conmoción consecuente. Me han puesto una inyección justo antes de que perdiera el conocimiento. Y como estaba sedada, no querían dejarme marchar sin pasar por un examen exhaustivo y más exploraciones.

Mamá dice que ha movido algunos hilos. Ha llamado a algunos amigos de las altas esferas para poder sacarme de allí y llevarme a casa. Dice que en el hospital estaban todos tan nerviosos que han coincidido en que debía irme.

A casa.

Me duermo en el coche, aunque al final finjo estar dormida. El efecto de la inyección se está diluyendo. Las cosas empiezan a regresar; a trozos, al principio, y luego todas en tropel.

Soy incapaz incluso de creer que los terroristas han entrado en el hospital, y no digamos ya lo que han hecho, la gente que han matado. «No malgastes una bala». Si hubieran tenido más balas, quizá yo también estaría muerta ahora. Toda

esa sangre; la enfermera cuyo rostro no puedo recordar...

Me obligo a alejar mis pensamientos de ella y vuelvo al despacho de la doctora Lysander. En su ordenador se leía: «La junta recomienda terminación. La doctora Lysander lo rechaza». ¿Qué significa eso?

Y he aquí lo más extraño de todo: de algún modo, a pesar de lo que ha sucedido, mis niveles han permanecido estables, o casi. No tiene sentido.

Lo que ha hecho que acabara derrumbándome ha sido ver a Phoebe.

Con una especie de grave reacción retardada por su parte, los nervios de acero de mamá esperan hasta que llegamos a casa y entramos por la puerta, y entonces se quiebran. Se ovilla en el sofá y se deshace en lágrimas.

—¿Qué deberíamos hacer? —le pregunto a Amy.

—Llamar a papá —sugiere ella. Mamá niega con la cabeza desde el sofá—. ¿Y qué tal a la tía Stacey?

A mamá parece gustarle esa idea, así que Amy llama a la hermana de papá.

Al cabo de poco tiempo, Amy está jugando con el pequeño Robert mientras me explica cómo preparar la cena, y mamá y Stacey hablan acompañadas de una botella de vino tinto.

Hasta ahora, Amy solo sabe parte de la historia: que los terroristas han atacado el hospital. No le he contado —ni a ella ni a nadie— que he visto a dos de ellos en el despacho de la doctora Lysander, ni que uno ha estado a punto de pegarme un tiro. Ni lo de la enfermera muerta. Amy está fascinada y quiere conocer todos los detalles, y eso basta para que me los guarde para mí.

En las noticias de la noche le dedican al tema cinco segundos: «Hoy, miembros armados de Terroristas Antigubernamentales han intentado llevar a cabo un cruel ataque al entregado personal médico de uno de los principales hospitales de Londres, aunque han fracasado».

Que le digan eso a la enfermera cuya sangre encharcaba el suelo.

—¡Menuda aventura viviste ayer! —exclama mi padre, con un ojo sobre mí y el otro en la carretera.

—Supongo.

—¿Tuviste miedo?

—Sí.

—Estupendo. —Me quedo mirándolo sorprendida—. Tendrías que estar completamente loca para no haber tenido miedo —se explica, parándose ante un semáforo en rojo—. ¿Has dormido bien?

—Sí.

—¿Alguna pesadilla?

—No.

Temía cerrar los ojos, pero si he soñado, no me acuerdo de nada.

—Interesante. O sea, que hay algo real, para variar, que debería asustarte, y duermes como un bebé.

Parece casi fascinado, como si yo fuera un enigma que está intentando desentrañar. Tengo la sensación de que a papá no le gusta no entender cosas, personas, lo que sea.

—A lo mejor no se me había pasado el efecto de la inyección que me pusieron en el hospital —sugiero.

—Quizá —replica él, pero me da la impresión de que sabe que no duran tanto—. ¿Qué piensas de los terroristas? —¿Acaso sabe que vi a dos de ellos, cara a cara? No. ¿Cómo iba a saberlo? Ahora sus ojos están clavados en la carretera, que en este tramo es estrecha y serpenteante—. ¿Y bien? —insiste.

Que qué pienso de los terroristas... No he podido dejar de pensar en ellos.

Revientan autobuses cargados de estudiantes y matan enfermeras.

—Son perversos —contesto.

—Algunas personas creen que tienen razón. Que los lorders van demasiado lejos; que los perversos son ellos. Que lo que sucede en ese hospital y en otros está mal.

Se me ponen los ojos como platos, impactada por el hecho de que mi padre se haya atrevido a decir esas cosas, aun presentándolo como algo que piensan «algunas personas» sin identidad ni rostro.

—Pero los del TAG matan a gente, gente inocente, que no tiene nada que ver con nada. No importa por qué; sigue estando mal.

Papá ladea la cabeza, como considerando lo que he dicho.

—De modo que no es tanto su punto de vista, sino sus métodos, lo que te indigna, ¿no es así? Interesante.

Entra en el colegio. Yo iba a pedirle que esperara un momento, no muy segura de si la señora Ali le habrá dicho a Ferguson que me excluya también del entrenamiento dominical, además de vetarme la pista en la hora del almuerzo. Pero de repente solo quiero estar fuera del coche, lejos de mi padre, de sus preguntas. Su forma de pronunciar «interesante» dice que hay mucho más oculto en cada palabra.

Esta vez Ferguson ya está aquí. Inclina la cabeza a modo de saludo al verme salir del coche, nada sorprendido por mi presencia. Papá se despide con una mano y se aleja.

Mamá ha insistido en que hoy debía quedarme en casa, pero papá le ha dicho que no puede estar vigilándonos todo el tiempo, así que finalmente me ha dado permiso para venir. Esta mañana, mamá ya era la de siempre; anoche, también. Cuando tía Stacy se marchó y nosotras nos pusimos a cenar, ella volvía a estar contenida. Cuando papá llegó varias horas después, nadie habría notado que mi madre se había alterado.

«La verdad es que papá dice las cosas más raras del mundo», pienso.

—Sé qué le ha sucedido a Phoebe.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

Ben se apoya en un árbol, resollando. Yo he corrido como si me persiguieran los lorders, desde el inicio de la carrera hasta lo alto de esta colina; Ben apenas ha podido seguirme el ritmo. Hasta que he estado lo bastante agotada para parar, para poder hablar, sabiendo que nuestros niveles resistirán.

—La he visto.

—¿Dónde?

—En el hospital. La han reiniciado.

Me apresuro a contarle a Ben los detalles de lo ocurrido ayer. Me salto las peores partes —no tanto por no querer contárselas como por no querer pensar en ellas lo suficiente para describirlas—, como si estuvieran escondidas detrás de una puertecilla, cerrada con fuerza, en mi cabeza. Algunas cosas desean quedarse en un rincón oscuro y no volver a salir, y a mí eso me parece bien. Anoche, antes de irme a dormir, visualicé eso mentalmente: metí los recuerdos tras una puerta que cerré con llave. Quizá esa sea la verdadera razón de no haber tenido pesadillas.

—¿De verdad que los terroristas se colaron en el hospital? No me entra en la cabeza —dice Ben, y me da la impresión de que quiere salir corriendo. Yo lo agarro de la mano para impedirlo y él me la aprieta con fuerza.

—Y no te olvides de Phoebe.

—¿Estás segura de que era ella?

—Sí.

Era ella. A pesar de la gran sonrisa de felicidad que yo nunca he visto en su cara, no tengo la menor duda.

—De modo que la han reiniciado... Pero los lorders se la llevaron hace..., ¿cuánto, una semana y pico? No puede haber habido un juicio ni nada por el estilo.

—No.

Continuamos andando. Tendrían que pasar horas antes de que nos alcanzara alguien; hoy no hay lluvia que nos entorpezca, y como el barro de la



semana pasada ya está seco, hemos ido a toda velocidad. Al llegar a la roca, donde nos sentamos la última vez, Ben se para, se sienta y me coloca sobre sus rodillas. Me estrecha con fuerza y dice contra mi pelo:

—Me alegro de que estés bien. No sé qué haría si tú desaparecieras también.

Si desapareciera también..., como Tori. Aunque no es lo mismo que se te lleven los lorders que volar en pedazos por obra de los terroristas. Al menos, si revientas, tu destino es obvio. Pero no lo es si nadie sabe cuál ha sido.

Nos quedamos sentados, inmóviles. Es una gélida mañana de octubre, pero el sol me calienta la espalda, y el resto de mi cuerpo lo calienta la cercanía de Ben. Tengo la cara contra su pecho, aspirando humedad, sudor y el olor característico de Ben. Noto su aliento en mi pelo, su corazón latiendo a la par que el mío... Desearía quedarme aquí, en este instante, para siempre.

Al cabo de un rato él se separa un poco, con rostro serio.

—Escúchame, Kyla. Phoebe tenía quince años..., lo he averiguado por una amiga suya. Así que después de llevársela, la reiniciaron. Pero ¿qué pasa con Tori? Ella tenía diecisiete. Y Gianelli era muchísimo mayor. ¿Qué les habrá pasado a ellos?

—No lo sé.

—Tenemos que hacer algo al respecto —afirma Ben, y se me revuelve el estómago de miedo.

—¿Como qué?

—Contárselo a la gente..., por lo menos lo de Phoebe, ya que sabemos qué le ha ocurrido. Lo que le han hecho es ilegal. Quizá algunos se lo imaginen, pero en realidad no lo saben, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—¡No puedes decir nada, o tú serás el siguiente en desaparecer!

—Pero ¿cómo van a cambiar las cosas si nadie se entera de lo que está sucediendo?

—No.

—Pero...

—¡No! —exclamo, y me levanto de un salto y empiezo a bajar por el sendero con grandes zancadas.

Ben me sigue.

—Kyla, yo...

—No. Prométeme que no lo harás.

Continuamos adelante discutiendo y, al final, la única promesa que obtengo de Ben es que no hará nada sin hablar primero conmigo. Luego echamos a correr de nuevo, antes de que alguien pueda alcanzarnos. Recorriendo la pista, hasta el lugar donde solo existe la carrera, donde puedo pensar en cualquier cosa o en nada, y ambas cosas están bien. Cuando divisamos la meta —nuestro autobús y Ferguson—, tiro de la mano de Ben.

—Escúchame. Ven mañana conmigo después de clase. Ven a ver las webs de las que te hablé. Allí hay gente contando cosas.

Él hace una mueca.

Jazz parece realmente disgustado.

—¿Qué parte de «no se lo cuentes a nadie» no has entendido? —me pregunta, ceñudo.

—Ben es legal.

Jazz se encoge de hombros.

—Probablemente lo sea, pero esa no es la cuestión.

—Lo lamento.

—Ahora no estoy seguro de si llevarte a casa de Mac o no.

Yo también me encojo de hombros. Por mi parte, la verdad es que no quiero ir. Ahora que he empezado a pensarlo todo con más detenimiento, puedo pasar sin lo que Mac quiera contarme sobre su ordenador ilegal. A pesar de las prácticas, mi cara de póquer todavía no está a la altura si alguien me hace preguntas, y ¿quién sabe si Ben puede poner cara de póquer?

Amy aparece por una dirección; Ben, por otra. Yo he venido a toda pastilla para llegar la primera, después de pedirle a Ben que se tomara su tiempo para tener la ocasión de explicarme ante Jazz.

—Bueno, decide tú —le digo a Jazz.

Él suspira.

—De acuerdo. Ben puede venir. Mac siempre puede optar por no hablar contigo de lo que quiera que sea.

Le hago una seña a Ben para indicarle que puede acercarse; llega a la vez que Amy y ella arquea una ceja.

—Bueno, pero si está aquí Ben...

Él le sonrío, ella le devuelve la sonrisa, y me pregunto si estoy viendo la razón por la que Jazz no quería que viniese Ben. Ahora que están los dos juntos, me doy cuenta de que Ben es más alto, y mientras que Jazz es estupendo en un estilo hermano mayor, la sonrisa de Ben y todo lo que le acompaña ganan sin esfuerzo. Jazz rodea a Amy con un brazo y la besa en la mejilla.

—¡Todos adentro! —exclama, abriendo la puerta, y empuja a Ben a la parte de atrás.

Yo subo detrás de Ben, a la parte que tiene cinturón de seguridad.

—Sujétate con fuerza —le digo mientras me lo abrocho—. Solo hay uno.

Cuando bajamos del coche en casa de Mac, este arquea una ceja al ver a Ben, pero en cuanto repara en su levo, parece menos molesto con su presencia de lo que estaba Jazz.

Jazz los presenta, me mira a mí y se encoge de hombros; ¿lenguaje masculino universal?

—¿Nos vamos a dar un paseo, Amy? —le pregunta él a mi hermana, tendiéndole la mano.

Luego mira a Ben y a continuación a Mac, y el interrogante de su cara dice: «¿O también me lo llevo a él?». Mac niega con la cabeza y contesta:

—Vosotros dos marchaos, tortolitos. Disfrutad del sol. No habrá muchos días más como este hasta la primavera. —Jazz y Amy desaparecen por el sendero y Mac nos invita a entrar—. ¿Queréis beber algo? —Yo digo que no con la cabeza, igual que Ben—. Bueno, ¿y a qué debo este placer?

—Pensaba que querías que viniera —le contesto, desconcertada.

Mac arquea una ceja, y entonces comprendo que se refiere a Ben.

—Oh. —Me ruborizo—. Ben es un tío legal. No se lo contarás a nadie, ¿verdad, Ben?

—Por supuesto que no —asegura él—. A los dos nos preocupa lo de la gente que desaparece, y...

Mac levanta una mano.

—Eso no es problema mío. De hecho, no sé nada de eso. —Ben y yo intercambiamos una mirada—. ¿Qué os parece si veis la tele o hacéis lo que os apetezca? Yo tengo que trabajar en un coche.

Dicho eso, Mac sale por la puerta trasera, que se cierra con un fuerte golpe.

Yo miro a Ben y me encojo de hombros. Estoy a punto de decir una variación de «no tengo ni idea de lo que pasa», cuando la puerta que da al pasillo se abre a nuestra espalda.

Los dos nos giramos en redondo. En el umbral hay un joven, de unos veinte años, pelirrojo, con pecas y de rostro serio. No lo había visto nunca.

—Hola, Lucy —dice sonriendo. Avanza hacia nosotros—. Yo soy Aiden —se presenta, y luego mira a Ben arqueando una ceja.

—Este es Ben. Pero no me llames Lucy: soy Kyla.

—Tú eres Lucy. He visto las fotos, y ahora que te veo en persona, está claro que Mac tenía razón. Tú eres ella; ella es tú.

—Quizá lo fuera, pero ya no lo soy. ¿Y qué tiene que ver eso contigo?

—Sí. ¿Quién narices eres? —le espeta Ben.

Aiden se echa a reír.

—Bueno, ya veo que debo hablar contigo también. Me alegro de que hayas venido. —Los dos nos quedamos mirando a Aiden sin hablar—. Ah, perdón. ¿Quién soy, o quién se supone que soy? —Se ríe de nuevo y luego añade—: Oficialmente, técnico de telefonía durante el día, pero también trabajo para la DEA.

—¿DEA? —repite Ben, perplejo, pero esas letras significan algo para mí.

—D-E-A: Desaparecidos en Acción, ¿verdad? Lo que se leía en la página web... Intentan descubrir qué les ha ocurrido a personas como..., como yo —concluyo, encontrando el valor para pronunciar esas palabras en voz alta.

—Así es —responde Aiden, sonriendo—. Venga, vamos a enseñárselo a Ben.

Recorremos el pasillo hasta la habitación libre de Mac, donde el ordenador ya está fuera de su escondrijo y encendido.

—Enséñame a Lucy —le pide Ben. Aiden busca su nombre, y ahí está. Puedo ver cómo Ben evalúa el rostro feliz de la pantalla: Lucy Connor, diez años. Luego nos mira a las dos varias veces y dice al final —: Sí, definitivamente eres tú.

Se me cae el alma a los pies. No es que no estuviera ya bastante segura, pero si alguien que conozco tan bien como Ben está convencido de ello, la conclusión es indiscutible. La posibilidad se convierte en hecho.

Aiden sonrío.

—Bueno. ¿Y qué pasa ahora con Lucy? —Gira mi silla y, con una mano en cada brazo del asiento, me mira directamente a los ojos. Los suyos son azules, de un azul profundo, y resueltos—. La pregunta que tengo para ti, Lucy o Kyla..., como quieras llamarte..., es esta: ¿qué vas a hacer al respecto?

—¿A qué te refieres?

Él coge el ratón del ordenador y mueve el cursor hasta un botón de la pantalla donde pone «ENCONTRADA» debajo de la fotografía de Lucy.

—¿Debería pulsarlo?

—No te entiendo. ¿Qué significa?

—Es muy sencillo: le dirá a quienquiera que denunció tu desaparición que te encuentras bien. Luego tú introduces la información para poneros en contacto.

—No —contesto.

Los ojos de Aiden vuelven a clavarse en los míos. Los suyos reflejan decepción.

—Piensa en ellos, siempre preocupados, preguntándose qué te habrá sucedido. Tal vez sea tu madre, o tu padre, que jamás han superado tu pérdida. A lo mejor también tienes hermanos que te echan de menos. Ese gatito que tenías en brazos puede que ya sea todo un gato, sentado en la entrada de tu casa en estos momentos, esperando que aparezcas andando por la calle.

—NO. Esto es una locura. Yo no sé nada de Lucy ni de dónde viene. Ya no soy ella.

La mano de Aiden sigue posada sobre el ratón, y yo se la aparto de un golpe.

Él suspira.

—Piensa en esto, Lucy. —Yo voy a protestar de nuevo ante ese nombre, pero Aiden me interrumpe—. Te llamaré Lucy. No importa qué pienses ahora debido a lo que te han hecho: es quien eres —me dice, y vuelve a inclinarse hacia el escritorio, con una mirada pensativa tras su prudente sonrisa—. ¿Qué crees que hace la DEA?

—Supongo que intentar descubrir qué le ha pasado a esa gente.

—Eso es importante, pero solo una parte de lo que tratamos de conseguir. Buscamos a personas a las que se llevaron de manera ilegal, para poder responsabilizar de ello al Gobierno, exponiéndolo al mundo. Si no hay nadie que se plante y diga: «Esto está mal», no se podrá hacer nada para detenerlo. Está sucediendo cada vez con más frecuencia. Hay que pararlos.

Doy un respingo.

—Estáis con los terroristas, ¿verdad?

—No.

—Pues a mí me parece que sí.

Aiden niega con la cabeza.

—No, yo no lo estoy. No estamos con el Gobierno; y no estamos con los terroristas. Estamos intentando hallar una manera mejor. Sin violencia —remarca.

Ben me coge de la mano.

—Kyla, escucha, esto es como lo que estuvimos hablando ayer. A lo mejor hay algo que nosotros podamos hacer. —Yo empiezo a temblar y mi levo vibra y desciende hasta el 4.3. Entonces Ben le pide a Aiden—: Déjanos solos un minuto, por favor. —Aiden se va y cierra la puerta a su espalda—. Sabes que Aiden tiene razón, ¿verdad?

Yo sacudo la cabeza, sintiendo náuseas con la certeza de que, cuanto más averigüemos, peor será todo; que nada estará bien de ahora en adelante. Ben me abraza con fuerza, me acuna, hasta que, por fin, dejo de temblar. Mi levo comienza a ascender lentamente hasta 5, y entonces Ben llama a Aiden para que vuelva. Este parece preocupado.

—¿Tus niveles ya están bien? —me pregunta.

—Creo que sí.

—Es un asco, ¿no?, estar enganchado a un cacharro de esos... Pero quizá haya una forma de libraros de vuestros levos antes de que cumpláis veintiún años.

—¿Cómo? —inquire Ben.

—Una de las cosas que descubrimos cuando empezamos a buscar a gente es que entre los desaparecidos había reiniciados.

—Como Tori —apunta Ben—. Era amiga nuestra y tenía diecisiete años. Creemos que se la llevaron los lorders.

—A veces se los llevan los lorders. De cuando en cuando hay problemas con el proceso de reiniciación que no se detectan antes de que el sujeto salga del hospital, algunos restos de memoria que no se han eliminado del todo —nos explica Aiden, y mi mente susurra: «Regresión»—. Son devueltos al hospital y se les aplica retratamiento, o... —se interrumpe, vacilante.

—Terminación —concluyo, y luego me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta, no para mis adentros, cosa que desearía no haber hecho.

Aiden se muestra sorprendido.

—Sí, así es.

Esas palabras estaban en mi expediente, en el ordenador de la doctora Lysander. Aiden parece a punto de preguntarme cómo lo sé, pero me da igual que, aparentemente, esté en el extremo opuesto de ese mundo: no pienso contárselo.

—Acabas de decir que a algunas personas se las llevan los lorders. ¿Qué pasa con las otras?



—A algunas se las llevan los terroristas.

—¿Por qué? ¿Para qué las querrían los del TAG? —pregunta Ben.

—Los del TAG han estado estudiando cómo inutilizar o quitar los levos. No conocemos todos los detalles, pero han tenido cierto éxito.

—¿En serio? —replica Ben, con curiosidad impaciente, cada vez más interesado.

Sin embargo, cualquier daño o interferencia que sufra un levo provoca ataques y hasta la muerte al usuario; nos advirtieron de eso una y otra vez antes de que abandonáramos el hospital. ¿Qué les pasó a los reiniciados mientras los terroristas trabajaban con sus levos?

—¿Cierta éxito? —repito—. Y probablemente más fallos que otra cosa.

—Es verdad. Han probado distintas clases de calmantes y extracción física; comas inducidos; jugo feliz y medicamentos afines... —replica, soltando una ristra de nombres de analgésicos, endorfinas y sustancias cerebrales sintéticas ante la que yo desconecto.

Miro mi levo. Incluso la más leve presión causa un dolor de cabeza extremo y un descenso de los niveles. No está apretado, pero apenas puedo girarlo debido al dolor: atenaza mi vida de una manera absoluta.

—El dolor..., las muertes que habrá provocado... —musito.

Aiden no niega lo que acabo de decir, y sé que tengo razón.

—Pero piensa en la posibilidad de liberarte de él —interviene Ben con voz emocionada—. Vale la pena correr el riesgo.

—¡No si aquellos que lo corrieron no lo hicieron por decisión propia! —exclamo—. Y solo tienes que esperar hasta que cumplas veintiún años. No es demasiado para asegurar tu propia vida, ¿no?

Pero Ben parece cautivado. Se me revuelve el estómago. Mi levo vibra: 3.9 esta vez.

—Maldita sea —masculla Aiden.

Ben me abraza y me mece, aunque el levo sigue cayendo: 3.7.

—Kyla, no pasa nada; todo irá bien —me susurra Ben al oído, acariciándome el pelo, pero yo solo puedo pensar en el dolor...

3.4.

Vagamente advierto que Aiden se marcha y que vuelve al cabo de unos segundos.

—Tómame una de estas —me indica, tendiéndome una pastilla y un vaso de agua.

Yo niego con la cabeza mientras mi levo vibra de nuevo, más fuerte esta vez; los niveles siguen cayendo, la cabeza me da vueltas, la visión se torna borrosa...

Aiden me agarra la cabeza y, antes de que Ben o yo podamos reaccionar, me la inclina hacia atrás con una mano y me mete la pastilla en el fondo de la garganta con la otra. Me ahogo y toso, pero la píldora empieza a bajar.

—¿Por qué has hecho eso? —le chillo.

—No quería tener que llamar a una ambulancia. Piensa en Mac —contesta Aiden.

Vuelvo a toser, ahogándome con la pastilla, que se me ha atascado a mitad de camino.

—Bébetelo, te ayudará —me aconseja Aiden, alargándome un vaso de agua.

Lo cojo y bebo, pero antes de que la píldora haya llegado a su destino, mis niveles empiezan a recuperarse. No tiene nada que ver con ese pequeño comprimido, sino con la furia que corre por mis venas.

—¿Qué es eso? —le pregunto—. ¿Qué me has hecho tomar?

Aiden me mira con curiosidad: veo cómo su cerebro intenta unir los puntos. Esta chica está reiniciada; sus niveles, en descenso; ahora está furiosa, con lo que sus niveles deberían descender más aún. ¿Por qué no está inconsciente?

Kyla es diferente.

—¿Qué le has dado? —inquire Ben.

—Es solo una píldora feliz. Es similar a las inyecciones que usan en el hospital. Los del TAG las han creado en forma de comprimido.

Y yo completo la frase mentalmente: las han creado para sus experimentos con los reiniciados que secuestran. Y a pesar de lo que dice Aiden, que él no está con los terroristas, que no tiene nada que ver con ellos y sus perversos métodos, resulta que dispone de sus píldoras.

—Quédate con estas. Por si las necesitas —me dice, ofreciéndome un frasco de pastillas.

—No las quiero —replico—. Y no quiero tener nada que ver contigo.

Él suspira.

—Mira, Kyla..., si esa es quien deseas ser..., no puedo obligarte a que nos ayudes si no quieres. Creo que, de momento, necesitas pensar un poco más en esto, ¿de acuerdo? Mac puede ponernos en contacto si quieres volver a verme.

Se da media vuelta para marcharse, pero entonces lo detiene Ben.

—Espera un momento. A lo mejor yo puedo ayudar. ¿Aparezco en esa web vuestra?

—¿Quieres saberlo? —le pregunta Aiden.

Y mientras me quedo mirando a Ben, este asiente.

—¿Estás seguro? —le digo—. Me comentaste que...

Él me coge de la mano.

—Sí —responde, aunque no parece muy seguro.

Aiden se sienta de nuevo ante el teclado. Introduce los datos: hombre, diecisiete años, pelo castaño, ojos marrones. Examinan páginas y páginas de fotografías; ninguna coincide. Ni siquiera se acerca.

—¡Qué lástima! —exclama Aiden.

Los ojos de Ben son una mezcla de alivio y desilusión: ¿porque no puede ayudar a la DEA o, quizá, porque nadie lo echa de menos?

Luego Aiden se marcha y Ben sale con él para despedirse.

Yo me quedo mirando la pantalla; pulso el botón de volver hasta que regresa el rostro de Lucy, llenando la pantalla con su sonrisa mellada. Bastaría hacer clic en «encontrada» para cambiarlo todo para siempre.

Pero hay muchas cosas ligadas al no. Existe un tremendo miedo, y la certeza de que esto solo puede llevar a que los lorders me metan en la parte trasera de una de sus furgonetas negras; así desaparecería de un modo que haría bueno lo de ser reiniciada. Temor, también, a que quienquiera que esté buscando a Lucy me encuentre deficiente, o a que yo no quiera conocerlos, o a ambas cosas.

Pero debajo de todas esas cosas razonables hay algo oscuro, algo enterrado. En la boca de mi estómago reposa una fría convicción: no sé por qué denunciaron mi desaparición, pero estoy bastante segura de que el Gobierno tenía derecho a reiniciarme. Hay algo malo en mí, en lo más hondo, y no quiero saber qué es.

«Silencio», me digo.

Debía de ser eso lo que vigilaban en el hospital: la regresión. La doctora Lysander me salvó una vez; pero en esta ocasión, si alguien lo advierte, será terminación.

«No te muevas. Ten paciencia».

Si Aiden está buscando a una persona que quiera ponerse a dar saltos para que reparen en ella, no podría estar más equivocado al considerarme candidata.

«Quédate tan callada como una tumba».

Más tarde, antes de despedirnos, Ben me coge de la mano y me mira con unos ojos que no desearía que se mostrasen decepcionados conmigo ni con mis actos. Ahora mismo están intentando convencerme.

—Ya sé que esto es aterrador, Kyla, pero nosotros podríamos hacer algo de verdad, cambiar las cosas. Piensa en Tori, en Phoebe. También en Gianelli. ¿Me

prometes que pensarás en esto?

Y yo se lo prometo, porque, después de todo, no voy a poder pensar en ninguna otra cosa. Ben me abraza, estrechándome con fuerza, y yo deseo muchas cosas. Que pudiéramos quedarnos así. Que pudiéramos estar solos en algún lugar del mundo sin lorders, sin reiniciación, sin levos. O, como mínimo, que pudiera decirle que sí y hacer lo que él quiere.

Pero es que no puedo.

Y es lo que hago: pensar en esas cosas. Por la noche. Durante todo el día siguiente en el colegio, yendo de una clase a otra, ajena a lo que me rodea.

Lo que más me ha impactado de todo lo que dijo Aiden es que quienquiera que denunciara mi desaparición a la DEA puede estar echándome de menos en estos momentos. ¿Una madre, un padre, hermanos? Incluso aquella gatita gris...

Pero, al contrario que Lucy, esa familia imaginaria carece de rostro. Son irreales; sus sentimientos, abstractos y distantes. Y, sin embargo, puedo imaginarme el dolor de desconocer qué le ha pasado a alguien que te importa. Incluso con Tori y Phoebe, a quienes apenas conocía y que, en el segundo caso, ni siquiera me caía especialmente bien, me sentí así; es la incertidumbre, el no saber. Bueno, con Phoebe me sentí así antes, porque ahora ya sé qué le ha ocurrido.

Quizá ese sea un tema sobre el que sí pueda hacer algo.

—Voy a salir a correr —anuncio en el coche de camino a casa.

—Pero nosotros vamos a hacer los deberes juntos —protesta Amy mirando a Jazz.

—¿Y qué? Hacedlos. Estaré de vuelta antes de que llegue mamá.

Y ellos no tardan en aceptar, aunque vaya contra «las normas» que se queden solos en casa. Jazz me pregunta adónde voy y me dice que me aleje de los caminos solitarios. Y yo casi soy sincera al asegurarle que me limitaré a las carreteras principales; lo haré, hasta que llegue al desvío que lleva a la casa de Phoebe.

Hoy el profesor de Lengua nos ha devuelto nuestros cuadernos corregidos. Los recogió cuando Phoebe aún estaba aquí, y al ver el suyo en el montón, lo he escondido dentro del mío. Escrito en la parte interior de la tapa estaba lo que necesitaba saber: «Phoebe Best, La Granja del Viejo Molino». En un mapa de la biblioteca he averiguado que está a solo unos kilómetros de nuestra casa.

El sonido de mis pies sobre la carretera me arrulla mientras avanzo, aunque

no voy a la vertiginosa velocidad de costumbre. Necesito tiempo para pensar en qué decir. «Hola, a su hija la han reiniciado» suena muy crudo. «Ten cuidado», me digo, pues lo último que quiero es que irruman en el hospital exigiendo que les devuelvan a Phoebe. Seguro que los lorders no tardarían demasiado en establecer una conexión conmigo. Y luego está el asunto de su espeluznante tío, Wayne; no he vuelto a tropezarme con él desde aquel día, en el mirador. Me estremezco. Si veo su furgoneta aparcada delante de la casa, se acabó lo que se daba.

Casi paso de largo ante el desvío, sin ver el descolorido letrero. «LA GRANJA DEL VIEJO MOLINO» señala a una estrecha senda, más una vereda abandonada y llena de surcos que un camino. Continúo andando. Más adelante, los árboles se inclinan y se tocan en lo alto, formando un túnel verde. «No hay ningún sitio donde esconderse», pienso, y noto cierta desazón en las entrañas. Abandono el sendero y me interno en el denso bosque que lo flanquea.

Según el mapa, hay menos de un kilómetro hasta la granja, pero al avanzar a través de la maleza y los árboles, pronto se me antoja más largo. Las ramas me tiran del pelo, las zarzas se me enganchan en la ropa; miro con añoranza el camino.

Justo cuando me quedo parada, con un pie hacia delante y el otro atrás, indecisa, se oye un ruido de motor que viene de la casa. Se acerca un vehículo a toda velocidad; yo me agacho junto a un árbol, entre las sombras. Una furgoneta blanca pasa de largo. Vislumbro al conductor cuando el vehículo pasa traqueteando: Wayne Best.

Los latidos de mi corazón me resuenan en los oídos. Ha estado muy cerca. ¿Qué habría hecho ese hombre si hubiera visto cómo me escabullía? Debo de estar loca. Doblo otra curva y veo unos edificios. Parecen más una colección de graneros desparramados y anexos que una casa; algunos están medio en ruinas. Una valla con una cancela rodea el conjunto. En la parte de fuera hay un cementerio de automóviles, alfombrado de armazones y trozos oxidados de coches, tractores y otra maquinaria que no logro identificar. Ninguno de los vehículos parece funcionar. Quizá no haya nadie en casa. Pienso si debo marcharme, pero me digo que ya que estoy aquí...

Un edificio de la derecha parece menos ruinoso que el resto. Tiene algunos arbustos descuidados delante, y una puerta de verdad en vez de una plancha de madera con goznes.

Dudo, y luego me acerco a la valla y abro la cancela. El camino se convierte

en una senda que va hacia la izquierda, a la parte de atrás de los edificios; más allá, los campos se extienden sobre una loma. Hay pedazos irregulares de cemento colocados entre el barro a intervalos regulares, para formar una ruta a través de los trozos de maquinaria hasta la puerta. «Escucha primero». Oigo el susurro de los árboles, pero ni voces ni radio.

Subo el primer peldaño de cemento y alargo el paso hasta el siguiente. Luego están tan separados que casi tengo que saltar entre uno y otro. La casa se encuentra a solo unos escalones de distancia cuando capto un pequeño sonido, un movimiento, a mi izquierda.

Me giro y veo dos ojos. Y colmillos, colmillos afilados. Además oigo un gruñido bajo y sordo. Es un perro grande, quizá un cruce entre alsaciano y otra cosa, y no parece contento.

Empiezo a temblar. ¿Retrocedo lentamente, corro, qué hago? Calculo la distancia que me separa de la cancela. Creo que si echo a correr, me alcanzará. Yo soy rápida, pero no tanto, y la cancela está demasiado lejos. Estoy más cerca de la casa. «Quédate donde estás». El perro da un paso más hacia mí, sin dejar de gruñir, y luego empieza a ladrar.

Estoy temblando por el esfuerzo de no echar a correr, y se me revuelve el estómago. Eso, Kyla, vomita sobre el perro; eso lo pondrá de mejor humor. Trago saliva y comienzo a subir despacio, un peldaño cada vez, hacia la casa. Quizá haya alguien dentro. A lo mejor la puerta está abierta.

El perro gruñe desde lo más hondo de la garganta y avanza hacia mí.

«Corre». Salgo disparada hacia la casa, llego a la puerta y muevo el picaporte, pero no gira: está cerrada con llave. El perro se abalanza sobre mí, pone sus enormes patas sobre mis hombros y me derriba. Caigo de espaldas. Me golpeo la cabeza contra el suelo y se me saltan las lágrimas. Estoy inmovilizada. Me debato... «No te debatas, no tomes ninguna decisión». Helada de miedo, me quedo mirando unos colmillos afilados; noto oleadas de aliento fétido en la cara y sus ojos se clavan en los míos. El perro gruñe.

—¡Quieto! —exclama de pronto una voz masculina.

Los colmillos desaparecen dentro de la boca del perro, pero él no se mueve; su peso sigue sobre mi pecho, y sus gruñidos vibran a través de sus patas hasta mis hombros.



Oigo pasos.

—Vamos a ver, *Bruto*, ¿qué has atrapado? ¡ARRIBA! Quiero echar un vistazo. —El perro se aparta de un salto y yo me incorporo y empiezo a levantarme—. Quédate donde estás —me espeta el hombre. Vuelvo a sentarme en el mugriento suelo y lo miro a la cara: veo unos ojos juntos y hundidos y un pelo grasiento. Es tan parecido a Wayne que debe de ser su hermano. ¿El padre de Phoebe?—. ¿Quién eres?

—Soy Kyla. Una amiga de Phoebe —consigo contestar.

*Bruto* planta las orejas al oír el nombre de Phoebe.

—Esa mocosa inútil solo tenía amigos de cuatro patas.

—Íbamos juntas a clase.

—¿Y? Entonces ya debes de saber que no está aquí. ¿Qué quieres?

—Ver a su madre.

—Ella tampoco está aquí. Lárgate. —Me quedo mirándolo, y luego a *Bruto*—. ¡Vete! Levántate y ahueca el ala antes de que cambie de idea.

Me pongo en pie apresuradamente y *Bruto* gruñe más fuerte. Con la esperanza de que el hombre lo sujete, salgo disparada hacia la cancela. Casi he llegado cuando oigo fuertes pasos, a la carrera, tras de mí. Sin girarme, corro los últimos metros, abro la cancela y la cierro de golpe. El pestillo encaja justo cuando *Bruto* choca contra la valla; esta se estremece, pero aguanta. El padre de Phoebe se ríe a carcajadas junto a la casa.

—¡No vuelvas! —me grita.

Ni en broma. «¿Ves lo que pasa cuando intentas hacer lo correcto?». Ya basta. A partir de ahora, Phoebe es un capítulo cerrado para mí.

Mi levo me da unos niveles de 4.8. ¿Cómo es posible? Igual que el otro día en el hospital, cuando corría asustada. En ambas ocasiones, uno esperaría que mis niveles descendieran. Tomo el sendero, demasiado alterada para ir bosque a través o para correr. Y, de repente, es demasiado y me detengo a vomitar el almuerzo.

Encantador. Como si no bastara con un potente dolor de cabeza y con estar cubierta de barro o algo peor...

¿Dolor de cabeza? Me toco la parte posterior y hago una mueca. Mis dedos se tiñen de rojo; debo de haberme golpeado contra el suelo con más fuerza de la que creía. Claro, que en ese momento estaba distraída con un monstruo de mal aliento y dientes enormes.

Querría derrumbarme en el suelo aquí mismo, sin importarme dónde estoy ni quién podría venir, aunque me ordeno: «Sigue adelante».

No me queda más que un paseo de unos kilómetros hasta casa. En cuanto retomo la marcha, oigo que algo se acerca por detrás y giro en redondo, aterrorizada. A lo mejor no estoy yendo lo bastante deprisa: ¿ese hombre habrá mandado a *Bruto* para azuzarme?

Pero se trata de una mujer, que viene medio corriendo hacia mí.

—Espera —me pide, levantando una mano, y me alcanza al cabo de unos instantes, sin resuello—. ¿Querías verme? Soy la madre de Phoebe. —Me quedo mirándola: delgada, pelo desgredado y recogido en lo alto, líneas marcadas alrededor de unos ojos llenos de preocupación... Mi decisión de no tener nada más que ver con Phoebe y su familia se evapora—. ¿Sabes algo sobre lo que le ha pasado? Por favor, cuéntamelo, por favor. —Me aprieta un brazo con fuerza. Yo digo que sí con la cabeza, y hago una mueca de dolor por el gesto—. ¿Estás herida? Déjame ver. —Saca un pañuelo para limpiarme la sangre—. Solo es un pequeño corte; quizá tengan que darte un punto. Lamento lo de *Bruto*. Se ha convertido en un monstruo desde que Phoebe se fue. Él la adoraba.

—¿Ese perro era la mascota de Phoebe?

—Oh, sí. Solía seguirla a todas partes moviendo la cola, como un cachorrito demasiado crecido. Eso ponía furioso a Bob; después de todo, *Bruto* es un perro guardián.

Al decir «Bob», un rastro de miedo le cruza el rostro. Imagínate estar casada con ese hombre; imagínate que sea tu padre. Mira nerviosamente hacia atrás, como si él pudiera aparecer, y yo echo a andar deprisa en la dirección contraria.

La mujer me sigue, con la mano sobre mi brazo, en un gesto de súplica silenciosa. Yo oigo a Aiden en mi cabeza: imagínate no saber qué ha ocurrido, la

inquietud. Imagínate.

—Vi a Phoebe el fin de semana pasado —le digo por fin—. Por casualidad.

—¿Dónde está?

—En un hospital de Londres.

—Oh, Dios. ¿Está herida?

—¡No, no! Está bien.

—No lo entiendo. ¿Por qué está en un hospital?

—La han reiniciado.

La mujer se detiene conmocionada, y yo me olvido de huir y me quedo con ella.

—Oh, Phoebe —susurra para sí misma—. Te he perdido —afirma, y empiezan a llenársele los ojos de lágrimas.

—Lo siento —replico, y doy media vuelta para irme.

—¿Está contenta, está bien?

—Sí.

—Gracias por venir, y por contármelo. —Empiezo a alejarme mientras la mujer se gira hacia la casa, y entonces sus palabras atraviesan el aire—: Quizá esté mejor así.

Quizá sí.

—Pero ¿qué es lo que te ha pasado? —me pregunta Amy.

—Me he caído.

—Quítate esa ropa para no ir dejando barro por toda la casa. Y tampoco hueles muy bien...

—Gracias.

Amy empuja a Jazz a la cocina y me desnuda en el vestíbulo. Luego pone una lavadora con mi ropa mientras yo me doy una ducha. El corte de la cabeza ya no me sangra y afortunadamente queda oculto por el pelo.

Para cuando mamá llega a casa, estamos los tres sentados en la cocina, tomando té y haciendo los deberes.

—Parecéis muy aplicados —nos dice, pero arquea una ceja como si, de algún modo, supiera que hay más de lo que se ve.

Esa noche, *Sebastian* ronronea y yo intento dormir. Todavía me duele la cabeza, pero ya es más un latido sordo que un dolor agudo.

A pesar del encontronazo con *Bruto*, me alegro de haber hablado con la madre de Phoebe; por lo menos ella sabe la verdad. Y estoy segura de que la familia no irrumpirá en el hospital ni montará un escándalo; al padre no podía importarle menos que su hija hubiera desaparecido, y la madre no se atrevería.

Quizá Phoebe esté mejor así; su propia madre lo ha dicho. Cualquier familia que le asignen dentro de unos meses tiene que ser mejor que la suya. No me extraña que fuera tan mezquina con todo el mundo; con todo el mundo excepto con los animales, como ese espantoso perro. En el hospital, su cara rebosaba felicidad. Lo que le hicieron fue un favor, ¿no?

Puede que mi familia fuera igual de mala.

*La voz no se va aunque cierre los ojos con todas mis fuerzas. Dice cosas que no creo, que no quiero oír. Ahora que es de noche y todo está en silencio, todavía se oye más en mi cabeza.*

—*Mami y papi no van a venir a por ti, Lucy. No te quieren. Te han entregado, y no volverás a verlos.*

*Tengo frío. Me envuelvo en las mantas. Las sábanas no me gustan; son ásperas. Nada es como debería ser, ni siquiera el aire: huele raro. Salado por el mar que no había visto hasta hoy.*

*Me aprieto la almohada contra los oídos, pero la voz sigue ahí.*

—*Te han entregado, y no volverás a verlos nunca...*



—Eh, ¿cómo van las cosas? —Ben esboza su sonrisa asesina, y yo querría contestarle, contárselo todo. Que al final sí que hice algo, que hablé con la madre de Phoebe. Incluso el sueño que me despertó anoche una y otra vez. Él es el único al que podría contarle algo de eso, pero ¿qué opinaría de mi sueño? Si mis padres me entregaron porque no me querían, entonces ¿por qué ahora han denunciado mi desaparición?—. ¿Va todo bien?

Yo me limito a encogerme de hombros y a pasar mi tarjeta por el lector al entrar en clase de Biología. ¿Qué puedo decir, rodeada de tantos oídos?

Ocupamos nuestro sitio de costumbre en la mesa central de la última fila. Y en la parte delantera del aula nos aguarda una sorpresa: no está la señorita Fern.

En su lugar hay un hombre que no he visto nunca. Está medio sentado en el escritorio, frente a la clase, observándonos mientras tomamos asiento. Enseguida algunas chicas empiezan a murmurar, y es fácil adivinar por qué: es guapísimo. Y no se trata de los rasgos tan atractivos que tiene —pelo ondulado con reflejos rubios, su altura, la forma en que la ropa se le ajusta al cuerpo—, sino de cómo encajan unos con otros. Llama la atención.

Pasea la mirada por el aula, con naturalidad, mesa a mesa. Sus ojos llegan a los míos, y algo sucede. No puedo entenderlo. Es como si algo pasara entre nosotros. No me refiero a nada ridículo ni cursi, sino a otra cosa. Hay cierto reconocimiento por su parte, cierta respuesta por la mía..., que no es la mía. Me pongo nerviosa y me sube el color a la cara mientras él me sostiene la mirada, sin sonreír, durante más tiempo del razonable. Cuando por fin aparta la vista, siento como si me hubieran dejado caer desde una gran altura. Me da vueltas la cabeza, se me revuelve el estómago.

—Buenos días —nos saluda—. La señorita Fern no vendrá hoy ni durante un tiempo. Ha sufrido un desgraciado accidente. Yo soy el señor Hatten —se presenta, y se gira para escribir su nombre en la pizarra.

¿Ha hecho una pausa entre las palabras «desgraciado» y «accidente»? No ha sido un accidente. ¿Lorders otra vez, como con Gianelli? Me muerdo la lengua para concentrarme en ese dolor. ¿Se han llevado a la señorita Fern? Y si es así, ¿por

qué? No se me ocurre ni una sola razón. Era una buena profesora, aunque, en ciertos aspectos, algo excéntrica. En cualquier caso, no hubo ningún secretismo cuando se llevaron a Gianelli, así que ¿por qué iba a haberlo ahora?

Tal vez había alguna otra razón para reemplazarla. Tal vez Hatten sea uno de ellos.

Lo examino mientras avanza por la clase, pidiéndole a todo el mundo que se presente mientras él toma nota de los nombres y el asiento que ocupa cada uno. No parece un lorder. Para empezar, ellos siempre visten traje gris o van de negro en las operaciones especiales. Pero hay mucho más que eso. Los lorders, por muy alerta y vigilantes que estén, actúan como si los menores de veinte años no existieran; no nos prestan atención. Hatten es diferente: él está aquí, presente, interesado en todas las personas del aula. Él es otra cosa.

—¿Y tú eres...?

Ben sonrío.

—Me llamo Ben Nix. Pero ¿la señorita Fern se encuentra bien? ¿Qué le ha pasado? —pregunta.

Los demás se giran hacia él, plantando las orejas. Hacer preguntas no siempre es lo correcto.

Sin embargo, Hatten sonrío y contesta:

—La señorita Fern estará bien. Se ha visto involucrada en un accidente de tráfico y está en el hospital. ¿Siguiente? —pregunta, y sus ojos vuelven a posarse sobre mí.

Incluso desde lejos se notaba que son de un color extraño. Azul, pero muy claro, apenas un leve tono azulado. Si no fuera por el borde más oscuro del iris, casi se fundiría con el blanco.

—Me llamo... Kyla —digo.

¿Qué es lo que me pasa? He estado a punto de decir otra cosa, un nombre que ha aparecido brevemente y luego se ha esfumado antes de que supiese qué era. Hatten arquea una ceja, divertido, como si percibiera que casi se me ha escapado otro nombre. «Contrólate», me ordeno. Esta vez consigo apartar la vista antes de

que lo haga él. Me aprieto las manos con fuerza para impedir que tiemblen.

Hatten termina de pasar lista y empieza la clase. Toma el cuaderno de un alumno para ver qué módulos hemos estudiado: acabamos de comenzar una sección sobre clasificación biológica.

Hatten cierra el cuaderno y anuncia:

—Hoy vamos a hacer algo distinto. Una práctica sobre el cerebro. —Nos señala a Ben y a mí y dice—: Vosotros dos, venid a ayudarme. Coged los modelos de cerebro y repartidlos, uno por pareja.

Ben se levanta de un salto y yo lo sigo. Sacamos unas pequeñas cajas del lateral de un armario que Hatten nos señala.

Dentro encontramos modelos tridimensionales del cerebro, con todas las partes numeradas y encajadas en su sitio, como si fuera un puzle. Pasan los minutos mientras extraemos todas las piezas y volvemos a unir las, tras escribir el nombre de cada estructura, según su número, en una hoja de ejercicios. Cerebelo, tronco del encéfalo, corteza frontal, hemisferios izquierdo y derecho... El gráfico me recuerda a las secciones transversales de mi cerebro que vi en el ordenador de la doctora Lysander. Pero aquello no era un boceto, sino un escáner de mi cerebro vivo.

—Escuchadme todos. Una última cosa: juntad las manos, formando un pequeño círculo por el que podáis mirar —añade el profesor, dibujando una X en la pizarra—. Levantad las manos. Con los dos ojos abiertos, mirad la X a través del círculo. Ahora, cerrad un ojo cada vez sin mover las manos. Cuando cerréis uno de los dos, la X desaparecerá; cuando cerréis el otro, la X deberá seguir en el centro. —Y así lo hacemos. Yo levanto las manos para mirar la X, pero cuando cierro el ojo izquierdo y miro con el derecho, la X queda tapada por mi mano. Y cuando cierro el derecho y miro con el izquierdo, la veo justo en el centro. Hatten observa la sala y luego posa su mirada sobre mí—. Kyla, ¿con qué ojo has visto la X?

—Con el izquierdo —contesto.

Él sonrío.

—Interesante. Debes de ser una anomalía biológica. —Yo no digo nada, así que Hatten continúa—. El ojo dominante suele ser el mismo que la mano dominante. Si has visto la X con el ojo izquierdo, deberías ser zurda. Pero ahí estás,



sujetando el boli con la mano derecha. ¿Y qué me decís los demás? ¿Todos habéis descubierto que vuestro ojo y vuestra mano dominantes coinciden? —Las voces dicen que sí y yo me siento incómoda en mi silla—. Veo que ya casi no nos queda tiempo, pero quizá os estéis preguntando por qué hemos hecho este último experimento en relación con vuestro trabajo con el modelo cerebral. —Sus ojos siguen fijos sobre mí, sin mirar a nadie más, solo a mí—. Fue un descubrimiento clave en el estudio del cerebro: la influencia del uso de la mano en el desarrollo y la organización del acceso a los recuerdos y su almacenamiento. Si eres zurdo, en ciertos sentidos clave, el acceso a los recuerdos lo domina el hemisferio derecho; si eres diestro, el dominante es el izquierdo. Pero en algunos individuos excepcionales esto no sucede. A menudo, quienes tienen habilidades artísticas parecen poder usar su cerebro de un modo distinto. —Por fin despegas tus ojos de mí y te paseas por el aula, para acabar volviendo a mí—. Todo esto es muy importante en cirugía y en el tratamiento de las enfermedades cerebrales. —Cirugía. Como la reiniciación. Suena el timbre. La clase ha terminado—. ¡Entregadme las hojas de ejercicio al salir!

Todo el mundo se pone en movimiento, recogiendo sus cosas.

Diestros..., zurdos. Mi mano izquierda se cierra en un puño por voluntad propia; mis dedos izquierdos, machacados con un ladrillo. Pero eso solo fue un sueño.

¿O no?

—¿Kyla? —Ben me da un empujoncito—. Vamos.

Me obligo a levantarme y a acercarme a la mesa del profesor con pies de plomo, tan despacio que soy la última después de Ben. La señora Ali está plantada junto a la puerta.

Pongo mi hoja en lo alto del montón que Hatten tiene en las manos.

—¿Te ha parecido... interesante? —me pregunta él, guiñándome un ojo.

Yo pego un respingo y, sin responder, corro hacia la puerta y hacia la señora Ali.

La señora Ali frunce el entrecejo.

—Quiero hablar contigo antes de la siguiente clase, Kyla. Acompáñame. —

Me empuja hacia el aula contigua, que está vacía—. Hay cierta preocupación sobre ti. —Esboza su amable sonrisa. «Así es como es más peligrosa», me digo—. Y por lo que acabo de presenciar, debo sumarme a ella.

¿Qué es lo que acaba de presenciar? Repaso frenéticamente los últimos momentos de la clase: ¿estaba ahí la señora Ali cuando Hatten me ha dicho que era una anomalía biológica? No, estoy segura de que no. Ella ha llegado al final. Y no puede haber visto cómo él me guiñaba el ojo, pues lo tenía de espaldas.

—¿Qué quiere decir?

Vuelve a fruncir el entrecejo.

—Ese encantador profesor nuevo te ha preguntado si la clase te había parecido interesante, y tú ni siquiera le has contestado. —«Ese encantador profesor nuevo»; vaya. Hay mucho más en él, y me da la sensación de que no todo es encantador. Pero me parece que la señora Ali no sabe nada de eso—. Y algunos profesores más dicen que has estado distante, distraída y poco dispuesta a aprender.

—Lo lamento. Intentaré hacerlo mejor.

—No te limites a intentarlo. Esto es una advertencia, Kyla. Ya hemos hablado del tema. No olvides que estás sometida a un castigo hasta que cumplas veintiún años. Tu contrato exige que hagas todo lo posible por integrarte y avanzar en el colegio, con tu familia y tu comunidad. Ahora ya tienes más de dieciséis años; si fracasas, hay disponibles otros posibles tratamientos. —Sonríe con calidez y añade inmediatamente—: Ahora vete corriendo a la próxima clase. Que tengas un buen día.

Y desaparece por la puerta y por el pasillo. Ben, necesito a Ben. En mi interior todo está dando vueltas: la confusión por Hatten, quién es, lo que ha dicho, y conmoción y miedo por las amenazas de la señora Ali. Mis niveles están bajando.

Cuando salgo al pasillo, Hatten está haciendo lo propio del laboratorio de Biología. Hace una mueca a espaldas de la señora Ali, que se aleja por el pasillo, y pone los ojos en blanco.

—Menuda arpía —me susurra, guiñándome de nuevo el ojo y sonriendo con descaro. Así parece más joven, más natural, como si su rostro de profesor fuera una máscara, y yo no puedo evitar devolverle la sonrisa. Él se inclina hacia delante

y se lleva un dedo a los labios—. Chist, será nuestro pequeño secreto.

Dicho eso, se va en la otra dirección.

Vaya. Podría jurar que Hatten ha oído toda la conversación con la señora Ali. ¿Cómo? ¿Y cuál es «nuestro pequeño secreto»?

El tiempo lo dirá.

Ben está esperándome fuera.

—He visto que la señora Ali te llevaba aparte para hablar contigo. ¿Va todo bien?

—Bueno, las cosas podrían ir mejor —contesto.

Pero al revisar mi levo, me sorprende ver que ha subido a 5.1. ¿Habrán detenido su descenso las muecas de Hatten? O, más aún: ¿habrá sido el hecho de tenerlo cerca? El corazón todavía me late deprisa.

—¿Mañana podrás venir a correr conmigo antes de la terapia de grupo? —me pregunta Ben con expresión inquieta.

—Por supuesto. Hablaremos entonces.

Suena el primer timbre para la siguiente clase, y salimos corriendo en direcciones opuestas.

Es hora de estar atenta y dispuesta a aprender. O, por lo menos, de fingirlo lo mejor posible.

Aparto la cortina que hay al lado de la puerta principal e inspecciono la calle: ni rastro. «Date prisa, Ben», pienso.

—¡Kyla! —me llama papá desde el salón, y yo me acerco—. Ven a hablar un momento conmigo mientras esperas. —Yo vacilo, mirándome los pies; llevo puestas las zapatillas de deporte—. No te preocupes por eso. Mamá no se enterará. —Aunque mamá no esté en casa, yo estoy segura de que posee una especie de radar que registra si hay zapatos que pisan la moqueta. Me limpio las suelas cuidadosamente en la alfombrilla del vestíbulo y me quedo indecisa en el umbral del salón—. Siéntate —me dice papá sonriendo. Me siento en el borde de una butaca y él comenta—: Tu chico no es muy puntual, ¿verdad?

—No —admito.

—De modo que es tu chico...

—¿Qué?

—Tu chico. Ya sabes: tu novio.

Me ruborizo.

—No.

—O quizá te gustaría que lo fuera.

—¡No! No lo sé. Solo somos amigos.

Mi padre arquea una ceja, y tengo la sensación de que puede ver, de que puede entender mis confusos sentimientos mejor que yo.

—Ten cuidado, Kyla. Que dejemos que Amy vea a Jazz no significa que tú estés preparada para tener novio. No hace mucho que saliste del hospital. Y ya sabes que hasta que quedes libre a los veintiún años, tienes que hacernos caso en todo a tu madre y a mí, esto incluido.

—Sí.

—No sé si me hace gracia que salgas a correr sola con ese tal Ben. —Yo no digo nada. Cualquier protesta haría que él tuviese más razón. Pero yo necesito ver a Ben, necesito hablar con él, lo necesito muchísimo. Después de todo lo sucedido esta semana, solo quiero cogerlo de la mano—. Pero, por lo visto, tu madre cree que no hay problema, así que voy a estar con ella en esto. De momento. Aunque asegúrate de que seguís siendo «solo amigos», como has dicho. ¿Comprendes por qué?

—Hum, no estoy segura.

—Existe una preocupación real: que no puedas manejar esa clase de sentimientos cuando ha pasado tan poco tiempo desde tu reiniciación. Podrías acabar con los niveles tan alterados que no pudieras controlarlos.

Esto me suena a las advertencias que oí en el hospital. Pero ¿cómo? Ben hace que mis niveles se mantengan altos, no bajos. A menos que...

—Tú quieres que me mantenga bajo control —le digo, y me sorprendo al ver que las palabras han salido antes de que tuviera tiempo de censurarlas.

Una expresión risueña cruza los ojos de papá.

Llaman a la puerta: es Ben. Me levanto de un salto, pero mi padre alza una mano y me ordena:

—Quédate aquí un minuto. —Se va a la puerta, abre, y yo espero. Oigo cómo papá se presenta ante Ben y se produce una breve charla sobre el colegio y las carreras. Ben, como siempre, es abierto y educado. Simpático. La clase de chico que cae bien a los adultos. Papá asoma la cabeza por el umbral y finalmente añade—: Anda, vete, pero no te olvides de lo que hemos hablado.

—Perdón por ese rollo —le digo a Ben una vez cerramos la puerta a nuestra espalda.

—¿Por qué?

—Por mi padre.

—¿Qué pasa con él? Parece un tío majo.

—Da igual. —Subimos por la carretera corriendo, cada vez más rápido, y

pronto me pierdo en el aire frío, en la noche, en el familiar ritmo de nuestros pies sobre el asfalto. El sonido de las largas zancadas de Ben tiene un tempo diferente al mío, pero vamos a la misma velocidad, hombro con hombro. Aminoramos el paso al llegar al punto del que nace un sendero—. ¿Hablamos?

Ben me coge de la mano y me lleva hacia las sombras de los árboles. La noche está despejada. La luna, casi llena, proyecta la suficiente luz para ver el camino. Mientras avanzamos hacia la valla, pienso en lo que ha dicho papá, en lo que decía el hospital. «Evita a los chicos: alteran tus niveles». Pero ahora, los míos están más altos de lo que han estado toda la semana. ¿Qué saben ellos?

Como la otra vez, Ben me iza hasta lo alto de la valla. Se coloca delante de mí y me rodea la cintura con los brazos.

Me aparta el pelo de la cara, se inclina hacia mí.

—¿De qué quieres hablar? —me susurra al oído, y su aliento me pone la carne de gallina por el cuello. Yo no digo nada, con la mente en blanco de repente. La sangre todavía me late por las venas por la carrera. «Y por algo más», pienso—. Me he hecho una promesa a mí mismo —dice Ben.

—¿Cuál?

—Que si volvíamos a venir aquí, haría esto.

Me pone una mano debajo de la barbilla, y ese leve contacto hace que todo se confunda y gire en mi interior provocando el pánico, pero no de esa clase que te da ganas de salir huyendo. Noto la fría valla debajo de mí, un cálido brazo alrededor de la cintura, la mano en mi barbilla... Todos mis sentidos están hiperdespiertos. Ben se inclina hacia delante y, ligeramente, toca mis labios con los suyos. Es dulce y delicado: es Ben. Luego se separa y sonrío. Lo único que quiero es atraerlo de nuevo, volver a besarlo, una y otra vez. «Cálmate», me digo. ¿Y si papá tiene razón y esto desestabiliza mis niveles?

—Bueno, ¿de qué querías hablar? —me pregunta.

—¿Hmmm? —replico, mirándolo a los ojos. Levanto una mano y le paso un dedo por los labios. En los míos siento un cosquilleo.

Ben sonrío de oreja a oreja y me coge las manos y entrelaza nuestros dedos.

—Dijiste que querías hablar de algo. Pero si prefieres...

Y se inclina a besarme de nuevo. Una vez. Dos veces...

Todo está dando vueltas vertiginosas en mi interior, pero luego recuerdo lo que quería contarle y lo aparto un poco.

—¿Hablamos?

—Si es preciso... —contesta Ben, con voz ronca y un poco agitada, y esta vez me toca a mí reírme.

Le cuento mi visita a la madre de Phoebe para decirle que a su hija la han reiniciado.

Los ojos de Ben brillan bajo la luz de la luna. Me abraza y comenta:

—Sabía que, después de pensarlo bien, entenderías que debemos ayudar a Aiden y la DEA.

Yo niego con la cabeza.

—No. Te equivocas. Yo quería contarle a la familia de Phoebe lo que le había sucedido para que lo supieran, pero no me apetece revelar mi historia.

—¿Y qué pasa con Lucy? ¿Qué pasa con sus padres?

—Piénsalo bien, Ben. ¿Qué edad tenía Phoebe?

—Quince años.

—Así que cuando traspasó la línea, la reiniciaron. Pero ¿qué ocurriría conmigo?

Y le cuento lo que me dijo la señora Ali, cómo me amenazó. Hay «otros posibles tratamientos» para los que ya han cumplido los dieciséis años. Me han avisado; me vigilan. Cualquier paso en falso por mi parte, y desapareceré como Tori.

—Yo no quiero que te ocurra nada —replica Ben, palideciendo, y eso me recuerda otra cosa.

—¿Solías besar a Tori como acabas de besar a mí?

Las palabras me salen sin pensar, y deseo poder hacer que retrocedan.

Ben arquea una ceja.

—¿Importaría? —Antes de que pueda decir algo de lo que arrepentirme, él se echa a reír—. NO. Nunca besé a Tori. Solo era una amiga.

—Pero yo creía...

—Pues te equivocabas. Tori tenía problemas con su familia. Necesitaba a alguien con quien hablar, y a mí se me da bien escuchar. —Lo había notado. Pero también noté que Tori no pensaba que Ben fuera solo un amigo. Sin embargo, en esta ocasión consigo guardármelo para mí. Ben sonríe—. Kyla, créeme, tú eres la única a la que quiero besar. Y no deseo que te pase nada, nunca. —Sacude la cabeza y se frota las sienes—. No entiendo cómo funciona mi cerebro.

—¿A qué te refieres?

—Cuando los profesores y las enfermeras del hospital hablan conmigo, todo lo que dicen parece correcto y razonable, y yo debería hacerles caso. Pero cuando Aiden habló con nosotros el otro día, vi que ellos eran los equivocados y que él tenía razón: que habría que pedirle cuentas al Gobierno. Ahora tú me has expuesto unos riesgos que deberían ser evidentes, pero que a mí no se me habían ocurrido. Es como si a veces no pudiera pensar con claridad. Mi cerebro solo parece funcionar cuando he estado corriendo, como ahora.

«Es la reiniciación», pienso, y vuelvo a recordar lo que dijo Aiden, y cómo lo dijo. Él tenía sus propias prioridades. No le preocupaba qué podría pasarnos a nosotros si secundáramos sus planes. Y sabía exactamente qué decir para atraer a Ben a su manera de pensar: sabía lo sugestionable que es. Yo también debería serlo. «Kyla es diferente».

—¿Qué crees que deberíamos hacer ahora? —le pregunto.

—Yo no quiero que te pase nada. ¿Qué opinas tú?

—Esto es por la reiniciación. Te incita a querer aceptar, a hacer lo correcto, lo que se espera de ti.



— Eso solo lo empeora. Hay más cosas sobre las que deberíamos hacer algo.

Está desazonado; está pensando por sí mismo, y eso es lo que piensa.

«No. Quédate callada como una tumba».

— Ben, escucha. Tenemos que mantenernos lejos de Aiden y hacer lo que se supone que debemos hacer en el colegio y en casa: esperar hasta que nos quiten el levo. Antes de ese día, es demasiado peligroso hacer cualquier cosa que atraiga la atención sobre nosotros. Cuando cumplamos veintiún años, entonces podremos volver a reflexionar sobre este tema y estudiar qué podemos hacer.

Mientras Ben me escucha, veo, de nuevo, lo sugestionable que es. Tú afirmas cualquier cosa con la suficiente rotundidad, y él estará de acuerdo. Qué mundo tan peligroso para alguien como él... Me invade un abrumador impulso de protegerlo. Alguien como Ben... debería ser también alguien como yo. Pero, de algún modo, no lo es, no de la misma forma. Estoy reiniciada, pero no soy como los otros. «Kyla es diferente», pienso una vez más.

— Tienes razón, Kyla — responde él al cabo de un rato, y me estrecha de nuevo con fuerza.

Luego me besa en la mejilla, y eso podría haber llevado a más, y yo también lo deseaba, mucho. Pero ¿es posible que besarme sea algo que también le he sugerido a Ben?

— Venga. Vamos a la reunión — digo.

Mientras regresamos a la carretera, le pregunto a Ben qué piensa de que Hatten dijese que soy una anomalía biológica, y sobre la mano dominante y la cirugía cerebral. Pero él no me hace mucho caso; parece no tener ganas de hablar de Hatten.

Cubrimos corriendo el resto del camino y, mientras tanto, mi mente da vueltas. Antes, al estar con Ben me sentía a salvo, pero ahora comprendo que me equivocaba. Soy yo quien tiene que mantenerlo a salvo a él. Yo tengo que cuidar de los dos.

¿Por qué yo puedo pensar por mí misma y Ben no? No lo entiendo en absoluto.



Mamá está seria, concentrada, y aprieta tanto el volante que tiene los nudillos blancos. Pero no está sucediendo nada; el tráfico avanza lentamente. Ascendemos una leve cuesta de la carretera y, al llegar a lo alto, vemos la interminable cola que conduce al hospital. Ayer nos notificaron que utilizaríamos una entrada distinta. ¿Estará dañada la habitual por el ataque de la semana pasada? Pronto nos ponemos en la fila y nos detenemos.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto a mi madre.

—¿No debería ser yo la que preguntara eso?

—Yo he preguntado primero.

—Cierto. Solo estoy un poco tensa por volver al hospital después de lo de la semana pasada. ¿Tú no?

Curiosamente, no; por lo menos, no en el sentido al que ella se refiere. Sin duda, los lorders lo tendrán todo tan controlado que ahora los terroristas no contarán con la menor oportunidad de acercarse. Pero da la impresión de que mamá quiere alejarse en dirección contraria tan deprisa como pueda.

—Yo creo que no permitirán que suceda nada después de lo de la otra semana, así que es más seguro que nunca.

—Probablemente tengas razón. Aun así, no quiero entrar ahí.

Yo tampoco, pero por motivos diferentes. No estoy convencida de tener preparada mi cara de póquer para la doctora Lysander. Una cosa es decidir bajar la cabeza y hacer lo que se espera para ser la perfecta reiniciada, y otra muy distinta es hacerlo.

—Lo sé. Pues entonces salgamos corriendo y vayamos a almorzar.

Mamá se echa a reír.

—Qué graciosa. Sería genial que pudiéramos, ¿no?

—Bueno, tú podrías. Déjame ahí y tómate el día libre. Debes de estar hasta las narices de pasarte los sábados llevándome al hospital.

—La verdad es que sí, pero no puedo irme adonde me dé la gana. ¿Ves los postes que hay en cada esquina? Como ese de tu izquierda. —Yo miro por la ventanilla. Hay un semáforo y un poste al lado. En la parte superior hay una pequeña caja negra, algún tipo de dispositivo. «Una cámara»—. Controlan la identidad y la posición de todos los vehículos de Londres. Si empiezo a dar vueltas inexplicables, ¿quién sabe qué podría pasar? Aunque quizá pudiera irme de rositas...

—¿Eso es por lo que era tu padre?

—Y mi madre. Ella también era importante.

—Así que ni siquiera los adultos pueden ir adonde quieran.

—No. En la actualidad no.

—¿Antes sí?

—Las cosas han cambiado, Kyla. Cuando yo tenía tu edad eran muy distintas.

—¿Fue cuando todo empezó, en los años veinte?

Mamá hace una mueca.

—¿Tan vieja parezco? Yo tenía dieciséis años en dos mil treinta y uno.

—Pero entonces te acordarás de los años veinte. Cuando había disturbios, y bandas callejeras, y todo el mundo estaba metido en casa, muerto de miedo, y no salía para nada.

Mamá se echa a reír de nuevo.

—Esa es una versión de los acontecimientos. También fue entonces cuando se prohibió el uso de móviles a los menores de veintiún años. Los utilizaban para organizar manifestaciones, ¿sabes? Pero no era tan malo como dicen. Al principio no. Aunque sí era distinto de hoy en día: debías tener cuidado de adónde ibas de noche, y cosas así.

Sus ojos se desvían hacia un lado, a los lorders de la esquina. Vestidos de negro y con ametralladoras.

—Ahora solo tienes que tener cuidado con ellos —replico, y cuando ella asiente levemente, me sorprendo—. Has dicho que al principio no era tan malo. ¿Qué pasó después? —le pregunto.

—¿Es que no estudias Historia en el colegio? Después del crac..., ya sabes, por la crisis crediticia y el hundimiento económico en toda Europa..., cuando el Reino Unido se desligó de la Unión Europea y cerró sus fronteras, hubo un periodo en que las cosas enloquecieron bastante.

—He visto películas sobre las revueltas.

—Muestran la peor parte. La mayoría de las manifestaciones estudiantiles fueron pacíficas en los primeros días, pero la frustración y la rabia aumentaron. — En las clases de Historia, todo son muchedumbres fuera de control, adolescentes con ojos de locos destrozando propiedades y matando a gente. Asombrada porque mamá esté contándome todo eso, no digo nada. Quizá esté hablando para olvidarse de adónde vamos y de lo que sucedió la semana pasada—. Mis padres solían discutir sobre eso a altas horas de la noche. Yo iba sigilosamente hasta las escaleras y los escuchaba.

—Tu padre era el primer ministro, así que ganó la discusión.

—Todavía no. Antes de eso solo era un candidato más; había elecciones a la vista. Mi madre era abogada, experta en libertades civiles.

—¿Qué es eso?

Mamá sacude la cabeza.

—Qué triste que tengas que hacer esa pregunta... ¿Tú qué crees que significa?

—Bueno, a lo mejor se refiere a las cosas que pueden hacer los ciudadanos libremente.

Ella asiente.

—Libertad de expresión; libertad de acción; libertad de reunión. De modo

que mi madre tenía una opinión muy distinta de la de mi padre sobre cómo había que solucionar las cosas. Ella acabó haciendo campaña por un nuevo partido político: Reino Unido Libre.

—¿Así que estaban en lados opuestos?

—Sí.

—Pero ganó tu padre.

—No exactamente. No fue un resultado claro. Los dos partidos tuvieron que formar una coalición, aunque el de mi padre estaba en la posición más fuerte. Créeme, en esa época la hora del desayuno era muy interesante. La cuestión es, Kyla, que no ganó ninguno de los dos. Sellaron un compromiso. Y eso nos lleva a ti.

—No comprendo.

Sube un poco el volumen de la radio y se gira hacia mí. Habla en voz baja.

—Tienes que prometerme que esto será un secreto y que no volveremos a hablar del tema. Una vez me dijiste que no podías guardar secretos, pero yo pienso que probablemente sí puedas. ¿Quieres que continúe?

La pequeña y buena reiniciada debería decir que no, evitando conocimientos peligrosos. «Pero ahora ella no tiene el control», me digo.

—Cuéntamelo.

—Bien, por un lado estaba mi padre y el inicio del movimiento Ley y Orden, que nos dio a los lords. Tolerancia cero ante la violencia y la desobediencia civil; duros castigos a los infractores. Por el otro lado estaba la idea de que los jóvenes..., los manifestantes estudiantiles, los componentes de bandas..., debían ser rehabilitados, porque, a menudo, lo que habían hecho no era culpa suya. Era por el sitio del que procedían, por cómo los habían criado..., porque tal vez habían sufrido malos tratos. Se merecían consideración y respeto como seres humanos; ayuda, no castigo.

—¿Y cómo es que eso nos lleva a mí?

—Hubo descubrimientos..., yo no entiendo mucho de ciencia..., sobre los

recuerdos del cerebro. Estaban intentando ayudar a la gente con autismo y cosas así. Pero, accidentalmente, se encontraron con que cierto procedimiento eliminaba la memoria de una persona.

—La reiniciación.

—Exacto. Y esa era la solución perfecta para el gobierno de coalición. En vez de infligir duros castigos a los criminales, podían borrarles los recuerdos y convertirlos en un libro en blanco, de modo que pudieran empezar de cero.

—Así que ambos lados podían asegurar que habían conseguido lo que querían. ¿En eso consiste el compromiso?

Mamá se echa a reír, aunque no de alegría; su cara tampoco parece risueña.

—Sería más acertado decir que ninguno obtuvo lo que quería y que ambos culparon al otro por todo. Lo hicieron entonces y siguen haciéndolo en la Coalición Central que tenemos ahora. Y también es de ahí de donde vienen los levos.

Miro el círculo que me rodea la muñeca; ahora mismo muestra un 5.2. Lo giro y el dolor me atraviesa las sienes. Sé que va a pasar eso, pero, sin embargo, no puedo evitar tirar de la cadena de mi prisión de vez en cuando.

—¿Cómo su compromiso derivó en mi levo?

—Bueno, Reino Unido Libre dijo que debíamos asegurarnos de que los pobres reiniciados fueran felices; los lords dijeron que debíamos asegurarnos de que no repitieran sus perversas acciones. ¿Respuesta? Un levo. Tenéis que estar contentos; no podéis hacer nada mal. Ambas partes están satisfechas al conseguir lo que querían.

—Ajá. Obviamente, ellos nunca han tenido que llevar un levo.

Mamá se ríe de nuevo.

—Desde luego.

—Y entre tu padre y tu madre, ¿te pusiste del lado de alguno de los dos?

—En general, intentaba mantener la paz en casa y me quedaba sentada en la barrera. Pero luego...

—¿Luego?

No responde en un buen rato, y pienso que ya no va a hacerlo. Al cabo se gira hacia mí con ojos relucientes.

—Podría decirse que cuando ellos murieron, yo me bajé de la barrera.

Ya estamos casi en el punto de control. Ninguna de las dos dice nada más. Los padres de mamá murieron cuando su coche fue alcanzado por una bomba terrorista. Fuera lo que fuese lo que ella pensara antes de eso, no me cabe duda de a qué lado de la barrera corrió: al de los lorders. Debió de ser así, después de que los terroristas asesinaran a sus padres. ¿Cómo podría ser de otra manera?

Aun así, mientras registran nuestro coche, observo el rostro de mamá. En su interior hay cosas que están más allá de sus palabras. Como en otras ocasiones, los lorders la reconocen y muestran una deferencia hacia ella que yo no he visto en su interacción con otras personas. Mamá la acepta, aunque no le gusta.

Me pregunto qué cosas habrá dejado por decir.

La doctora Lysander toca la pantalla de su ordenador y luego levanta la vista.

—Veo que, durante el ataque de la semana pasada, fuiste al décimo piso. Luego tus niveles descendieron tanto que tuvieron que sedarte. Háblame de eso.

Directa al grano...

—Intenté ir al puesto de enfermería como usted me había dicho. Se fue la luz. La enfermera... —me interrumpo, pues no quiero pensar en eso.

—Sé lo de la enfermera. Debiste de sufrir una impresión muy fuerte, pero no perdiste el conocimiento en ese instante.

—No. Fui a las escaleras y, por ahí, a la décima planta. No estoy segura de por qué.

—Era donde vivías, el sitio que conocías mejor: es completamente lógico que fueras allí. Pero ¿por qué aguantaste todo aquello, y después, cuando por fin estabas a salvo, tus niveles descendieron?



«Por Phoebe», pienso, aunque no puedo decirlo.

Me encojo de hombros.

—Es posible que todo me cayera encima cuando dejé de correr.

La doctora ladea la cabeza considerando mis palabras.

—Quizá —replica, aunque no parece convencida, como si supiera que hay algo más detrás de lo que digo.

—¿Le pasó algo a usted? Estaba preocupada —añado a continuación, pues es completamente cierto. No hay duda de que ella sería uno de los objetivos de los terroristas.

Se le dilatan un poco los ojos y su rostro se suaviza.

—Gracias, Kyla; te lo agradezco. No me ocurrió nada. Me llevaron a un lugar protegido junto con otras personas.

—¿Por qué no se llevaron también a la enfermera? ¿Usted la conocía?

—Sí. Se llamaba Angela. —Parece triste—. Pero a veces hay que tomar ciertas decisiones.

—Pero...

—Ya basta, Kyla. Tengo que preguntarte algo más. ¿Te enteraste de todo?

—¿Qué?

—¿Averiguaste lo que querías saber? —El estómago me da un vuelco. La doctora Lysander lo sabe: sabe que miré su ordenador. Guardo silencio, con la tripa revuelta de miedo. Si se enteran los lorders...—. Sí, Kyla, me temo que he visto lo que hiciste. En mi despacho hay una pequeña cámara que yo controlo, ¿ves? El ordenador también registra qué archivos se abren y se vuelven a cerrar. Así que he visto lo que hiciste. —Se reclina en su asiento, con calma—. Pero ahora he apagado la cámara, y también he borrado la secuencia de la semana pasada. Nadie más lo sabe. Ven. Trae tu silla hasta aquí y lo veremos juntas. —Se me desenchaja la mandíbula—. Venga, Kyla.

Llevo mi silla hasta el otro lado del escritorio, al lado de la suya, y la doctora va revisando los documentos que miré, uno por uno, y explicándome: el proceso de admisión, las radiografías de mi cerebro, la cirugía... Luego pasamos a las recomendaciones, el apartado que no he podido quitarme de la cabeza.

—Esto de aquí, «La junta recomienda terminación. La doctora Lysander lo rechaza», ¿qué significa? —inquiero.

—A los miembros de la junta del hospital les preocupaban tus pesadillas y tu control. Creían que permitir que salieras del entorno hospitalario representaba un riesgo para ti misma y para quienes te rodearan.

—Usted no estaba de acuerdo con ellos.

—Eso es lo que dije. Pero ellos tenían razón. Como mínimo, eras un peligro para ti misma.

—No lo entiendo. ¿Por qué me dejó salir entonces?

Se encoge de hombros a medias.

—Me convencí de que merecías esa oportunidad. Tenía curiosidad, desde luego, por ver cómo lo harías. Pero básicamente quería estudiarte y comprobar qué sucedía.

—Como si fuera un ratón en una jaula...

—Más como si fueras un ratón liberado de una jaula —replica con media sonrisa.

—Pero ¿por qué quería estudiarme?

—En ti hay algo diferente, Kyla. Quiero saber qué es. ¿Algo salió mal en el procedimiento? No; todos los escáneres y exámenes dicen que tuvo éxito. Y, aun así, hay algo... Esto quedará entre tú y yo. ¿Puedes contármelo?

—No sé a qué se refiere.

La doctora Lysander arquea una ceja.

—¿Hay algo más que desees saber? Yo puedo satisfacer tu curiosidad; luego,

tal vez, tú podrías satisfacer la mía.

Me retuerzo. Hay muchas preguntas que podría hacer, aunque no debería hacer ninguna. «Pregunta».

Pero esto es peligroso... Se supone que tengo que ser la perfecta reiniciada. Se lo dije a Ben, estuve de acuerdo con seguir ese plan. «Pregunta».

—¿A quién reinician? Quiero decir, sé que lo hacen con criminales convictos, pero ¿a quién más?

—¿Qué te hace pensar que se reinicia a otras personas? Eso sería ilegal. — Me quedo mirándola sin contestar. Ella asiente varias veces, con expresión divertida, y comenta—: Eres perspicaz. Y has escogido una pregunta muy interesante, incluso sorprendente. ¿Por qué la has hecho?

—Es que conozco a algunos reiniciados a los que no puedo imaginar haciendo nada malo.

—A veces la vida es muy dolorosa, Kyla. En ocasiones, la gente necesita ayuda para soportarla, y nosotros se la proporcionamos.

—No entiendo.

La doctora Lysander titubea.

—Entonces te pondré un ejemplo: tu hermana. ¿Cómo se llama? La reconocí el día que estaba esperando contigo.

—Amy. ¿Por qué se acuerda de ella?

—Hablarte de esto implica quebrantar unas cuantas docenas de leyes, Kyla. —Toca la pantalla, que se llena con el rostro de Amy: Amy 9612. Va a la pestaña de admisión. Hay otra foto, aunque es muy distinta de la mía. Amy es unos años más pequeña, pero su sonrisa resulta inconfundible: está llena de alegría en su camino a la reiniciación. La doctora Lysander introduce una contraseña para acceder a más información. Por eso no pude averiguar el motivo de que me reiniciaran: necesitaba una contraseña—. Mira aquí: «La paciente 9612 se presentó voluntariamente en el hospital suplicando que la sometieran a la reiniciación. Fue evaluada y considerada una candidata apta para la RV».

—Eso no puede estar bien —replico, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué querría nadie que lo reiniciaran? ¿Por qué querría nadie llevar un cacharro de estos?

Tiro de mi levo, más fuerte esta vez, y el dolor impacta en mis sienes con tal intensidad que se me saltan las lágrimas.

—RV es Reiniciación de Víctimas. Algunos jóvenes están tan traumatizados por lo que han vivido, que la única forma de convertirlos en miembros útiles a la sociedad..., rompiendo la cadena, impidiendo que traspasen a sus hijos el patrón de abusos y violencia..., es eliminar su dolor. Hacer como si nunca hubiera existido.

—¿Qué fue tan malo como para que Amy quisiera olvidarlo a través de la reiniciación?

—Me acuerdo de ella; yo la evalué. Estaba muy afligida. La habían violado a los trece años y había tenido un niño. Al niño se lo llevaron las autoridades, con bastante razón, considerando las circunstancias. Pero ella no podía vivir con eso.

Oh, Amy. No puedo creerlo. No puedo creer que eso le pasase a ella, que pueda pasarle a cualquiera. La doctora Lysander ha expuesto los hechos en su tono habitual, calmado y preciso. Sin embargo, veo en sus ojos su propio espanto por lo que le sucedió a Amy. Y por ese motivo no quiso hablar con ella el día que vino conmigo. La doctora no deseaba pensar en eso.

—Amy vino un año antes de que empezáramos a revisar sistemáticamente casos como el suyo, por si procedía la reiniciación. Es un favor que les hacemos. Y resulta esencial evitar que esas tragedias se repitan en las generaciones futuras. Es por el bien de todos, y por el bien de cada individuo.

—¿Por qué me ha contado lo de Amy?

—Porque sé que puedes asimilarlo. Te ayudará a entender lo que hacemos, y sé que te guardarás esta información para ti sola.

—Si Amy supiera...

Enmudezco. Ella eligió no saber; ¿por qué contárselo ahora?

—Puede averiguarlo. Si quiere —añade la doctora Lysander.

—¿Qué? ¿Podemos preguntar la razón y nos la dirán?

—Ahora no. Pero cuando cumpláis veintiún años y os quiten el levo, tendréis derecho a saberlo. Si lo deseáis. Sin nombres, lugares ni datos concretos; solo los hechos. Por qué os reiniciaron; qué hicisteis o qué dejasteis de hacer. Aunque lo cierto es que, llegado el momento, casi nadie quiere saberlo. Solo desean seguir con sus vidas y dejar el pasado atrás. ¿Y tú, incluso ahora?

—¿Yo qué? —replico, aunque sé a qué se refiere.

—¿Quieres saberlo? ¿Quieres que vaya a tu expediente, introduzca la contraseña y veamos qué dice? —Me echo hacia atrás negando con la cabeza. No quiero saberlo. «Sí que quieres»—. Bueno, ya basta por hoy. Espero que reflexiones durante esta semana. Espero que me correspondas por haber contestado a tus preguntas, y respondas algunas de las mías. —Hace una pausa y luego concluye—: Y, ahora, vete.

Hoy tengo demasiado que asimilar. Primero, mamá y toda esa historia sobre sus padres, el Gobierno y sus compromisos.

Luego, la doctora Lysander. Quiere algo de mí. «Kyla es diferente», recuerdo. Pero ¿por qué? No puedo contestar a sus preguntas si no puedo encontrar las respuestas por mí misma. ¿Qué está ocurriendo? Y, por encima de todo, ¿por qué me ha contado lo de Amy? No quiero saberlo, no quiero. No puedo dejar de pensar en ello. Aunque eso demuestra que yo tenía razón: Amy nunca hizo nada malo para que la reiniciaran. Lo pidió ella.

Lo único que puedo hacer es reprimirme y no correr a abrazarla en cuanto lleguemos a casa. Pensaría que me he vuelto loca.

Ella quería someterse a la reiniciación, quería olvidar. Está mejor ahora, sin ese dolor, ¿verdad? «Aunque fue decisión suya...».

¿Qué pasa conmigo? ¿Qué pasa con Lucy? ¿Tomó también ella esa decisión?

No quiero saberlo, pero susurros del pasado resuenan en mi mente. No van a irse.

Esta semana no hay entrenamiento de *cross*: están haciendo pruebas para el equipo. Como a los reiniciados no nos permiten formar parte de los equipos escolares, Ben y yo estamos excluidos. Da igual que seamos los más rápidos del colegio, o que todas las fibras de mis músculos pidan a gritos liberarse. Pero no puedo decir nada: soy una buena reiniciada. Sí, claro.

Para redondear este maravilloso día, a Amy se le ha ocurrido un plan para mi tarde del domingo, y después de lo que he descubierto sobre ella, no podía decirle que no. Por mucho que me apeteciera.

—Kyla, venga.

Amy y Jazz están junto a la puerta mientras rebusco mi chaqueta en el armario. Me aguardan mis obligaciones oficiales como carabina.

Amy observa el cielo.

—No las tengo todas conmigo con este tiempo.

Yo opino que es perfecto. El cielo es de un uniforme gris pálido y hace frío y humedad. Ahora no llueve, pero el aire parece cargado y húmedo, como si arrastrara una miríada de gotitas minúsculas, demasiado endebles para unirse y convertirse en lluvia: un tiempo de perros que va de perlas con mi estado de ánimo.

—No temáis —dice Jazz—, he venido preparado para todo.

Hace una reverencia y, blandiendo su paraguas gigante, se bate en un duelo fingido con la rama de un árbol.

Continuamos a través del pueblo hasta el letrero que indica la vereda forestal, y allí nos paramos. Amy y Jazz se apoyan en el muro de piedra que hay junto al letrero.

—¿No vamos a seguir? —pregunto.

—Enseguida —me contesta Amy, y mira el reloj. Se pone a hablar sobre sus prácticas de trabajo, que empezó el martes en la clínica de un doctor, y «enseguida» se convierte en unos minutos y otros cuantos más.

—¡Ahí está! —exclama de pronto Jazz.

Yo me giro y veo que Ben viene corriendo hacia nosotros. Nos saluda con la mano.

—¡Sorpresa! —dice Amy, sonriendo de oreja a oreja.

En la cena de anoche, mamá comentó que papá había sacado el tema de mis carreras a solas con Ben, y habían decidido ponerles fin. Yo no dije nada. ¿Qué podía argumentar? Cualquier protesta por mi parte les daría la razón, como si entre nosotros estuviera pasando algo inapropiado para una chica de dieciséis años recién reiniciada. «Y así es, ¿no?».

—¿Papá y mamá saben que él viene? —le pregunto a Amy antes de que llegue Ben.

—No. ¿Queréis correr? Id por delante corriendo. Nosotros os seguiremos paseando.

—Gracias —replico, abrazándola. Ella parece sorprendida, pero me devuelve el abrazo.

—Yo también he estado ahí y he hecho lo mismo. Sé cómo es —afirma.

Y yo sé a qué se refiere: cree que en cuanto estemos fuera de su vista, Ben y yo seremos como ella y Jazz, un par de tortolitos. Pero hoy más que nada solo quiero —necesito— correr.

Ben y yo echamos a correr sendero arriba.

—No tan deprisa —le pido. Aunque mis pies se mueren de ganas por impulsarme a la máxima velocidad que puedan alcanzar, no debo volver a casa toda sudada, o será evidente que Amy y yo no hemos estado juntas.

—¿Por qué? —me pregunta Ben—. Normalmente te falta tiempo para salir disparada.

Yo vacilo.

—No puedo llegar a casa con pinta de haber estado corriendo. Se supone que tengo que quedarme con Amy —respondo, sin mencionar que mis padres han decidido que no puedo seguir corriendo con él. Si no lo digo en voz alta, resulta menos real.

De modo que Ben y yo ascendemos por la senda a un trote ligero, junto a los setos, los arbustos de acebo y los campos, hasta que acabamos zigzagueando entre las raíces de los árboles a través del bosque. Ben no ha ido nunca por este camino. El cielo gris parece descender a nuestro encuentro conforme subimos; las gotitas de bruma se adhieren a mi piel y mi pelo. La humedad y el frío se me cuelan hasta los huesos. Volutas blancas se agrupan a nuestro alrededor, cada vez más cerca.

Finalmente me detengo junto al tronco vencido de la cima.

—Este es el mirador —anuncio con una sonrisa—. Desde aquí puedes ver todo el pueblo.

Ben se para.

—Tendrás que echarme una mano. ¿Por dónde está? —Lo giro en la dirección correcta y él mira colina abajo. Algunos de los árboles más altos asoman entre la niebla baja, espectrales e indefinidos. Los campos y las casas de más abajo resultan invisibles—. Ah, sí. Una vista impresionante...

Le doy un puñetazo en el brazo y replico:

—Bueno, normalmente es bonita. Se ve incluso nuestro jardín trasero.

—¿Y ahora qué? —inquire, esbozando una lenta sonrisa que dice que se le ocurren algunas ideas, ideas que hacen que me dé un vuelco el estómago.

—Hum, esperaremos a que lleguen Amy y Jazz. O quizá deberíamos volver a bajar, no sé. A lo mejor quieren dejarlo estar con este tiempo.

—Esperemos un poco —me propone Ben, sonriendo de nuevo y acercándose un poco más.

Esta vez no estoy sentada sobre una valla y Ben es mucho más alto que yo. Se inclina hacia mí, pero en lugar de levantar la cara, la entierro en su pecho. Él me



rodea con sus brazos y me protege del frío.

—Por esta razón mis padres no quieren que vuelva a estar a solas contigo — digo con un suspiro.

—¿En serio?

—Sí.

—Pero ahora no nos están viendo.

—Pensaba que habíamos tomado la decisión de hacer lo que nos dijeran y ser buenos. Hasta que cumplamos veintiún años.

—¿Cinco años enteros sin un beso? Me parece que no.

Ben, el rebelde. Al menos en lo que se refiere a besos...

Yo cedo.

—De acuerdo. Solo uno.

La bruma nos rodea y tengo la impresión de que el mundo está mudo, se ha retirado, ha desaparecido. «Es más peligroso lo que no puedes ver», pienso. Pero cuando levanto la cara hacia Ben, que sonrío y se inclina, suena un leve sonido. Un chasquido.

—Vaya, vaya. Mira lo que tenemos aquí.

Giramos en redondo y ahí plantado está Wayne Best.

—¿Kyla, verdad? —me dice él con una sonrisa.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Bueno, fuiste a visitar a mi hermano. He oído que conociste personalmente a su perro *Bruto*, muy de cerca. —Se echa a reír—. ¿No vas a presentarme a tu amigo?

—Soy Ben —se presenta él sonriendo, ignorante de la historia de fondo.

—Hola, Ben —lo saluda Wayne tendiéndole una mano.

«¡No, Ben!», pienso rápidamente, pero es demasiado tarde. Ben alarga la mano; Wayne ve su levo y baja la mano sin estrechársela.

—¡Otro reiniciado! Debéis de crecer en los árboles. —Escupe en el suelo—. Y yo que había venido a recomendarte que no anduvieras con una reiniciada...

—Espere un momento —replica Ben, que por fin se ha dado cuenta de que Wayne no es un tipo agradable.

—¡Cierra el pico! —gruñe el hombre, empujándolo hacia el tronco—. Siéntate ahí y no digas ni mu. Quiero... charlar con Kyla.

Ben va a levantarse de nuevo, con una expresión que alterna la confusión y la rabia, pero yo sacudo levemente la cabeza.

—Quédate ahí —le pido—. No pasa nada. ¿De qué quiere charlar conmigo? —le pregunto a Wayne.

—Bueno, creo que mi hermano te echó de casa demasiado rápido. ¿Por qué querías hablar con la madre de Phoebe?

De modo que los hermanos Best no saben que hablé con ella... No saben que han reiniciado a Phoebe.

Le sostengo la mirada, con la mente en blanco pero convencida de que no debo contárselo. Si la madre de Phoebe piensa que ellos no deberían saberlo, estoy segura de que tiene una buena razón y, por tanto, no voy a hablar. «Ben, guarda silencio», ruego para mis adentros.

—Tengo formas de hacerte hablar. Quizá hasta disfrutes. Aunque también es posible que no —añade Wayne, acercándose más.

Ben se pone en pie y se planta entre nosotros. Su levo vibra con fuerza.

—Atrás —le ordena, pero tiene la cara blanca, contraída de dolor.

¡No, Ben!

Wayne se echa a reír.

—¿Y qué es lo que vas a hacer, reiniciado? Será mejor que te limites a

observar.

Empuja a Ben, que intenta propinarle un puñetazo, pero su levo vibra con más intensidad y él se estremece y cae al suelo.

—¡Déjalo en paz! —grito, y le doy una fuerte patada al hombre, pero él se aparta y solo consigo pegarle en la pierna.

—Vaya, vas a resultar más entretenida de lo que pensaba —comenta, avanzando hacia mí.

Yo no puedo moverme. No puedo dejar a Ben, y estoy asustada, aunque todavía estoy más furiosa. Algo en mi interior se sacude y patatea, deseando salir.

Pero entonces Wayne mira por encima de mi hombro, da media vuelta y sale corriendo.

—¿Kyla? ¡Kyla! —exclama Jazz, que aparece a toda prisa por el camino. Amy le pisa los talones—. Nos ha parecido que gritabas. ¿Qué ocurre?

«No se lo cuentes», me digo.

—Se trata de Ben —respondo, ya a su lado en el suelo—. Sus niveles. Ben, Ben, ¿te encuentras bien?

Su levo vuelve a vibrar.

—¿Cómo están? —me pregunta Amy, resollando por la carrera.

Le miro la muñeca.

—A 3.2 —contesto, con el estómago retorcido de pánico.

—Oh, Dios.

Ben se queja.

—En mi mochila. Rápido. Pastillas —masculla.

¿Pastillas? Rebusco entre una botella de agua y unos calcetines de repuesto, y por fin mi mano encuentra un pequeño frasco. La etiqueta dice que son

comprimidos para el dolor de cabeza.

Miro a Amy, que se encoge de hombros.

—No creo que le hagan daño —dice.

—Ya. Dadme una ya —nos pide Ben sin aliento.

Se la doy, y se la traga sin esperar a que le ofrezca agua. Lo rodeo con los brazos, rogando para mis adentros que esté bien. Amy se sienta en el suelo, a nuestro lado, acariciando alternativamente la mano de Ben y la mía. Jazz está alerta, por si ha de salir corriendo a buscar ayuda médica. Pero enseguida Ben deja de estremecerse y sus mejillas van recuperando el color poco a poco. Sus niveles empiezan a subir.

Me susurra que las pastillas eran de Aiden.

Las píldoras felices de Aiden.

Pasa un rato antes de que Ben pueda volver a andar. Ha estado a punto de perder el conocimiento. Es culpa mía. Consigo convencer a Amy y Jazz de que vayan un poquito por delante para que Ben y yo podamos hablar, aunque me aseguro de tenerlos siempre a la vista.

Ben tiene un brazo por encima de mis hombros, va un poco inclinado y camina despacio.

—Lo lamento —me susurra.

—¿Por qué?

—Quería protegerte, aunque no he servido para nada.

—No es culpa tuya.

—Pero no lo entiendo... —añade, y noto una desagradable sensación en el estómago; sabía que Ben acabaría llegando ahí—. ¿Cómo es que tus niveles estaban bien?

—¿Sinceramente? No lo sé. Deberían haber caído. Pero no se lo cuentes a nadie, o desapareceré.

Ben se detiene, asimila mis palabras y, al cabo de un momento, asiente con la cabeza.

—¿Por qué no les has contado a Amy y Jazz lo que ha sucedido? Tenemos que hablar con alguien sobre ese tipo. Es peligroso.

—No. No podemos. Eso conduciría hasta Phoebe, y a que yo le conté a su madre que la habían reiniciado.

—¿Y qué?

—Ese no es el comportamiento que se espera de una buena chica reiniciada. Me están controlando y vigilando, ¿recuerdas? Si empezaran a hurgar en lo que pasó, podrían descubrir algo sobre mí que no les guste.

—De acuerdo —acepta Ben al fin—. Pero prométeme que no volverás a subir aquí tú sola. Jamás. ¿Me lo prometes?

Lo hago.

Jazz lleva a Ben a su casa, que se encuentra a unos pocos kilómetros de la nuestra. Es una casa independiente, de ladrillo, con un gran jardín. Hay bicis apoyadas en una fachada, y un perro que no se parece en nada a *Bruto* en la entrada. Es una hembra llamada *Skye*, una preciosa golden retriever, muy alegre, que salta sobre Ben y los demás moviendo la cola. Los padres de Ben se la regalaron de cachorrita cuando fue a vivir con ellos.

La madre de Ben sale del garaje ataviada con un mono. Es más joven y más guapa de lo que me esperaba, de unos treinta años, con pelo largo y oscuro, recogido en una coleta.

Cuando Ben nos presenta, a ella se le iluminan los ojos con complicidad.

—¿Esta es Kyla? Oh, encantada de conocerte.

Nos lleva a Jazz, Amy y a mí al taller que tiene montado en el garaje, lleno de maquinaria brillante, trozos de metal y esculturas. Está terminando una de una lechuza: espirales de metal retorcido por garras, tuercas por ojos, aspas de ventiladores entrelazadas por plumas... Pedazos de metal descartados por inservibles se han convertido en una criatura silvestre; da la impresión de que pudiera alzar el vuelo.

—Es como mi dibujo —digo, y es entonces cuando lo veo: mi dibujo de la lechuga, que Ben me pidió si podía quedarse, clavado en la pared. Su madre ha estado copiándolo.

Dejamos a Ben allí, y yo me quedo observándolo por la ventanilla del coche mientras se despide de nosotros y luego desaparece en el garaje.

Antes, la vida de Ben era feliz y sin complicaciones. Es evidente el afecto que existe entre él y su madre, incluso entre él y esa cachorrita grande. Sin la DEA, sin píldoras felices, sin asaltantes de caminos perturbados.

Sin mí.

Por la noche Amy viene a mi habitación a charlar. Sabía que lo haría.

—Mira, Kyla, he estado pensando. Es posible que papá y mamá tengan razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre Ben y tú. Me imagino que habréis tenido algún tipo de discusión o algo así, y por eso él ha estado a punto de perder el conocimiento. Sea como sea, si él no puede manejar eso..., si no puedes tú..., entonces quizá sea demasiado pronto. Creo que no deberías volver a verlo. Por lo menos durante una temporada.

—¡No se trata de eso! —protesto.

—Entonces, ¿qué es?

No quiero mentirle, así que ¿qué puedo decirle?

—No se trata de eso —repito.

—Bueno. Yo ya no voy a ayudarte a ver a Ben, de modo que, hagas lo que hagas, será cosa tuya. Buenas noches —se despide, y regresa a su habitación.

*Sebastian* salta a mi cama.

—Parece que estamos tú y yo solos, gatito —le digo, y él se tumba ronroneando, evidentemente satisfecho con su suerte.

«No más besos hasta que cumplas veintiún años», pienso. Uf.

No puedo negar las conclusiones a las que ha llegado Amy, incluso aunque su razonamiento sea incorrecto. Ben estaría mucho mejor sin mí.

Ben estará mucho mejor sin mí. Por mucho que me duela por dentro, voy a salir de su vida antes de que le ocasione más daños.

A la mañana siguiente llego a clase de Biología antes que Ben y pienso en cambiar de sitio, en sentarme al lado de otra persona, pero Hatten ya está aquí, como profesor sustituto, y no quiero estar más cerca de él. De modo que decido ir a la última fila de costumbre, con Ben.

—Necesito hablar contigo a la hora del almuerzo —me susurra él inmediatamente.

—No puedo.

Él arquea las cejas.

—¿Por qué?

—Estoy ocupada.

—Querrás oír lo que tengo que decirte. Y hay algo que debo contarte sobre la señorita Fern. Nos vemos en la biblioteca, ¿de acuerdo?

—Pero...

—Silencio, chicos —dice Hatten—. Espero que hayáis pasado un fin de semana tan bueno como el mío.

Nos dedica una sonrisa pícaro y algunas chicas se ríen entre dientes. Luego se apoya en el banco delantero. Lleva pantalones negros, ceñidos, y camisa oscura, con más botones abiertos que la mayoría de los profesores. Se le ajusta al cuerpo. ¿Será de seda?

Ben me da un codazo en las costillas.

—Deja de mirarlo con la boca abierta —me suelta.

Yo pego un brinco y miro a mi alrededor. Todas las chicas de la clase —y también algunos pocos chicos— parecen fascinadas por nuestro profesor suplente. Yo solo estoy nerviosa.



—Hoy vamos a continuar con nuestro estudio del cerebro —anuncia Hatten, y yo me pongo todavía más nerviosa.

Él comienza a repasar nuestras hojas de ejercicios de la última clase, corrigiendo los errores. Nos muestra interminables transparencias de escáneres del cerebro y dibujos, y el tiempo transcurre minuto a minuto.

No sucede nada hasta que Hatten me guiña un ojo mientras estamos saliendo del aula.

Pero, en esta ocasión, unas cuantas chicas lo ven. Las miradas de celos que me lanzan insinúan que acabaré pagando por esto.

La curiosidad me impide mantenerme alejada. Ben me espera fuera de la biblioteca.

—Bueno, ¿qué ocurre? —le pregunto.

Él me mira, y algo le pasa por la cara.

—Aquí no. Venga, vamos a dar un paseo.

Lo sigo por los terrenos del colegio. Miramos a ambos lados antes de pasar por debajo de la cancela que lleva al bosque de Cuttle Brook. Ahí es donde Phoebe dibujó a su petirrojo. Parece que haga mucho más tiempo, pero en realidad no es así; ni siquiera tres semanas. Avanzamos en silencio por el sendero principal y luego nos internamos más en la espesura por una vereda casi inexistente. Ben continúa sin hablar. Su rostro es sombrío e indescifrable.

—¿Qué pasa con la señorita Fern? —le pregunto al cabo de un rato.

Él suspira.

—De acuerdo; empecemos por ella. ¿Te había contado que mi padre es maestro de primaria? Uno de sus compañeros fue a la universidad con Ferny..., así es como la llaman ellos..., y ayer por la tarde fueron a visitarla al hospital.

—¿Está bien?

—Lo estará. Tiene múltiples fracturas. Se encuentra atada a una especie de aparato de tracción.

—¿Y fue un accidente de tráfico, como dicen?

—Sucedió en un coche, pero no fue un accidente. Ella asegura que alguien la embistió hasta sacarla de la carretera.

Yo suelto un grito ahogado.

—¿Fueron los lorders? —susurro.

Ben niega con la cabeza.

—No. Son ellos quienes lo están investigando.

—Pero si no fueron los lorders, ¿quién más haría algo así?

Ben se encoge de hombros.

—No tengo ni idea. Pero pensaba que te gustaría saberlo.

—¿Eso es todo? Porque tengo que volver y...

—Kyla, escúchame. Te prometí que no haría nada sin hablar primero contigo, así que aquí estoy: hablando contigo.

—¿De qué? —inquiero desazonada. «Algo va mal», pienso.

—De esto. Se levanta la manga para dejar a la vista su levo, un brillante círculo de metal, con números digitales en verde: 7.8. ¿Por qué sus niveles están tan altos? Ben no parece tan contento. De pronto agarra el levo y lo retuerce con fuerza. Se le contrae el rostro de dolor.

—¡Para! ¿Qué estás haciendo?

—Mira —responde, mostrándome su levo, que sigue en verde. 7.6. Retorcerlo de ese modo tendría que haber provocado que sus niveles cayeran en picado.

—No lo entiendo. ¿Cómo has hecho eso?

—He tomado otra de las píldoras de Aiden y, haga lo que haga, mis niveles no descienden. He probado toda clase de cosas, y se mantienen altos.

—¿Y?

—¿Es que no lo entiendes? Las pastillas bloquean la conexión entre el levo y el cerebro. Puedes quitarlo sin perder la conciencia, sin ningún otro efecto.

A Ben se le ilumina el rostro, con ojos relucientes y sobreexcitados. Como alguien con fiebre. O drogado.

—Eso no lo sabes —replico, aunque mi mente está dando vueltas a esa posibilidad.

¿Tendrá razón Ben? El levo lee las emociones al comunicarse con un chip implantado quirúrgicamente en el cerebro. Un nivel demasiado bajo, y se activa una cascada que interrumpe brevemente el flujo de sangre al cerebro, provocando un desvanecimiento; más bajo todavía, y la interrupción es permanente, lo que causa espasmos y la muerte. Pero ¿y si los niveles no se ven afectados?

—¡Sí! Todo cuadra: lo que dijo Aiden sobre que el TAG estaba quitando levos. Las pastillas bloquean el vínculo entre el levo y el cerebro. Debe de ser así. —Me coge las manos, y sus ojos buscan los míos—. Piensa en eso, Kyla: piensa en cómo sería ser solamente nosotros mismos. Sentir lo que queramos.

Me atrae hacia él y me abraza. Su cercanía me acelera el corazón, me produce un cosquilleo en la piel y hace que mi cuerpo desee cosas que ni siquiera conoce. Todas las cosas que me dicen que evite debido a mi levo. ¿Cómo sería estar sin él? Podríamos ser quienes quisiéramos, permanecer juntos. Nadie podría decirnos que estamos desestabilizando nuestros niveles. Podríamos estar tan contentos o tan tristes como nos apeteciera.

Pero esto no es un cuento de hadas. Aquí, en este mundo, no habría sitio para nosotros.

Me separo de Ben.

—¿Qué estás planeando? —susurro.

—Voy a tomar unas cuantas de esas pastillas, y luego a cortar mi levo y destruirlo.

El miedo me retuerce las entrañas. «No, Ben, no».

—¿Qué? ¿Estás loco?

—No. Estaba loco al tragarme todo lo que me decían. Ahora estoy más cuerdo que nunca. Aiden tenía razón, aunque él no ha ido lo bastante lejos. Lo que nos han hecho está mal. Fíjate en lo que pasó ayer. Si Amy y Jazz no hubieran estado ahí, entonces...

Ben no termina la frase, y mi mente también se inhibe. Anoche conduje ese recuerdo en particular hasta esa pequeña puerta de mi cerebro, lo metí dentro de una patada y eché el cerrojo. No quiero pensar en él para que no halle la forma de salir.

—¡No, Ben, no debes!

—Aiden dijo que el TAG lo había hecho, y que había funcionado.

—Pero también dijo que tuvieron muchos fracasos. No sabes cómo lo hicieron. Y el dolor, Ben: lo has notado al retorcerte el levo. Lo he visto en tu cara. No están cortadas todas las conexiones.

—Lo superaré —afirma, encogiéndose de hombros.

—Si te equivocas, podrías morir.

—¿Y de qué sirve seguir viviendo de esta forma?

—No hablarás en serio, ¿verdad? Además, no puedes cortar un levo con unas simples tijeras.

—En el taller de mi madre hay herramientas que pueden cortar cualquier metal. Yo la ayudo continuamente, y sé usarlas.

Mi mente busca desesperada un argumento que haga mella en Ben.

—Espera. ¿Y qué pasará después? Si puedes librarte del levo, ¿qué harás luego? No puedes quedarte con tu familia, ni en el colegio. Todo el mundo te miraría la muñeca y sabría lo que has hecho. Los lorders irían a por ti.

—Tengo un plan —responde, pero cuando le pregunto al respecto, no me dice nada.

Ha comentado que Aiden no había ido lo bastante lejos. «Ben quiere unirse a los terroristas».

—¿Tú no estarás pensando...? No, no lo harías. Al TAG no.

Y ahí, en sus hermosos ojos, veo la confirmación. Ben quiere ser terrorista. Se me forma un nudo en la garganta. Él no tiene ni idea de las cosas que hacen; de lo contrario, no estaría pensando en eso.

—Es la única manera de conseguir que el Gobierno escuche, de cambiar las cosas. ¿Es que no lo entiendes? —Niego con la cabeza, retrocediendo. ¿Este es Ben o son las pastillas? ¿Son ellas las que han provocado que piense así?—. Fíjate en ti. Después de lo de ayer ni siquiera querías mirarme. No querías hablar conmigo, nada. Me he convertido en un inútil de un metro ochenta.

—¡Aquello no fue culpa tuya, y no tiene nada que ver!

—¿Y de qué se trata, entonces?

—Estás demostrándome que tenía razón.

—¿Qué?

—Estarías mejor si no volviéramos a vernos.

—¿Cómo puedes decir eso? Kyla, ¿es que no sabes lo que siento por ti?

Pero yo no quiero oírlo. Si lo que él siente hace que desee matarse, ¿qué tiene de bueno? Nada.

—No. ¡No! No debes hacerlo. Prométeme que no lo harás.

Ben sacude la cabeza.

—Tengo que pensar por mí mismo. Tú no puedes hacerlo por mí; por mucho que te gustara.

Y me quedo mirándolo boquiabierto y conmocionada. Ben, el chico sonriente y sin complicaciones que yo creía que necesitaba mi protección. Ahora no está sonriendo y no quiere nada de mí. No quiere saber qué opino, ni el impacto que sus acciones podrían tener sobre mí. Nada.

¿Qué más puedo decir?

Doy media vuelta y me encamino al colegio. Mi levo vibra; genial. Le lanzo una ojeada: 4.2.

Ben me sigue.

—Ten, tómate una de estas —dice, tendiéndome su frasco de «comprimidos para el dolor de cabeza».

—No, gracias. Ya he visto lo que pueden hacer —replico.

Y echo a correr.

El resto del día transcurre en una nebulosa. Mis niveles rondan el cuatro. Me enrolló la chaqueta alrededor de la muñeca para que nadie lo oiga vibrar. Solo puedo pensar en Ben. Tengo que detenerlo, pero ¿cómo?

Al final de la jornada llego al coche antes que Amy y le pido a Jazz que le diga a Mac que quiero verlo, esperando que él llame a Aiden. Me había jurado que no volvería a hablar con Aiden, pero a lo mejor él me ayuda a quitarle de la cabeza a Ben que haga algo tan demencial, o quizá, al menos, le cuente cómo lo hizo el TAG. Y si Aiden no aparece, puede que Mac consiga que Ben espere hasta que lo localice. Es lo único que se me ocurre para intentar detener a Ben.

Por la noche tengo entre las manos un papel en blanco y un lápiz inmóvil. Hasta mi capacidad de dibujar me ha abandonado.

*—La cuestión que estamos considerando es cómo lidiar con el dolor. El dolor puede matar por sí solo: el cuerpo entra en estado de shock y se paraliza. Si el dolor es lo bastante intenso...*

*El chico sonrío, aún más ignorante que yo de lo que va a pasar. No se parece en nada a mí. Se sienta donde le dicen, habla cuando se lo indican y esboza grandes sonrisas bobaliconas en cualquier caso. Ahora, incluso más, con ese gotero en el brazo y el vaso de whisky vacío en la mano. Tiene las pupilas dilatadas y sobre su piel brilla una fina capa de sudor, aunque el taller está tan frío que veo mi propio aliento.*

*—No funciona bajo anestesia general; deben estar conscientes. No he averiguado por qué. Todavía.*

*Pero el chico sigue sonriendo: o no está escuchando o no entiende. Es mayor que yo; tendrá quince o dieciséis años.*

*—Esta vez, además de la mezcla habitual, vamos a añadir cocaína, que es un clásico muy bueno. Es difícil de encontrar en estos días, pero hemos conseguido un poco. Alarga el brazo —le ordena al chico, que obedece.*

*Se lo ata a una mesa y es entonces cuando veo la sierra, alineada con la muñeca del chico.*

*—¿No irás a...? —empiezo a protestar.*

*Odio la sangre. La odio. Noto el olor metálico, el color, el tacto resbaladizo, y comienzo a marearme: agarro la mesa con una mano, notando que se me revuelve el estómago.*

*Él me sacude con fuerza.*

*—¿Quién eres? —me grita. De golpe, el mareo cesa. Estoy tranquila, atenta—. Tienes que trabajar tu autocontrol. No querrás dejarla salir, ¿verdad? —me pregunta con voz peligrosa.*

*—¡No! Atontada llorica... —replico, y me pongo derecha.*

*—Buena chica. Y no, no voy a cortarle la mano. Aunque ese podría ser un experimento sobre el dolor muy interesante.*

*Sube la manga del chico, dejando a la vista un círculo de metal. Es como un brazalete, con números como un reloj, pero no da la hora.*

*—¿Eso es...? ¿Lo han...?*

*—Esto es un levo. Al chico lo han reiniciado. —Le gira la muñeca y ajusta las correas para que el levo encaje en una hendidura de la mesa, alineada con la sierra—. Esta es una sierra con punta de diamante, y es lo único que atravesará el metal que emplean en estos dispositivos. Créeme, hemos probado de todo. Frío, calor, sustancias químicas, toda clase de herramientas cortadoras. Pero una anticuada sierra con punta de diamante es lo mejor. —Se pone unas gafas protectoras—. Apártate un poco. Quizá salpique algo si voy demasiado lejos.*

*Pulsa un botón y la sierra empieza a girar con un zumbido. La baja hacia la muñeca*

*del chico, hacia su levo.*

*El chico observa la escena con los ojos como platos, con incertidumbre ahora. Luego me mira a mí. La sierra llega hasta el levo, hace contacto y empieza a oírse un intenso chirrido mientras saltan chispas. Y entonces el chico se pone a gritar...*

El dolor me retuerce el brazo; me debato, pero enseguida me doy cuenta de que solo me sujetan las mantas enrolladas. Lo único que brilla en la oscuridad son los ojos de *Sebastian*.

Enciendo la lámpara de la mesilla. *Sebastian* tiene todo el pelo erizado. En mi brazo hay una hilera de arañazos: ese es el dolor que me ha despertado. No ha sido parte de mi sueño. Es la segunda vez que *Sebastian* me despierta en mitad de una pesadilla.

—Gracias por ser mi despertador —le susurro.

No tarda mucho en volver a ponerse cómodo mientras lo acaricio, alisándole el pelo. Se ovilla para dormir, pero yo dejo la luz encendida, pues no tengo ganas de volver a encontrarme rodeada de oscuridad.

¿Imaginación, cruel y espantosa, o retazos de recuerdos que no debería tener? ¿Adónde voy en mis sueños?

Cierto instinto me dice que se trata de ambas cosas. Mi yo del sueño no sabía qué eran los levos, excepto de un modo abstracto; y tampoco había reconocido al chico como reiniciado, aunque era evidente. Pero hay una conclusión ineludible.

Hay que detener a Ben.



—¡Hora de irse! —grita mamá al pie de las escaleras, Pero cuando llego a su lado, en vez de dirigirse hacia la puerta, se gira y se apoya en la barandilla—. ¿Va todo bien? —me pregunta.

Todo está tan lejos de ir bien que, incluso aunque pudiera contárselo, no sabría por dónde empezar. En vez de eso, miro el reloj de pared que hay junto a la puerta.

—Si no nos vamos, llegaré tarde a la terapia de grupo.

Ella hace una larga pausa, y al cabo de un rato abre la puerta.

—¿Sabes, Kyla? Quizá pueda ayudarte si me cuentas qué va mal. Teniendo en cuenta cómo has pasado los últimos días, mirando las musarañas, resulta obvio que pasa algo. —Una parte de mí anhela contárselo todo. A lo mejor ella podría hallar una manera de salir de este laberinto, cosa que yo soy incapaz de hacer. «Peligro»—. ¿Se trata de Ben? —me pregunta mientras nos alejamos de casa. Asiento. Eso sí puedo admitirlo—. ¿Habéis tenido una especie de pelea?

Yo frunzo el entrecejo.

—¿Te lo ha contado Amy?

—No te enfades con ella. Amy estaba preocupada por ti, y por Ben. —Me quedo mirando por la ventana. Las buenas intenciones de Amy están causando demasiados problemas—. Kyla, ¿comprendes por qué tu padre y yo pensamos que sería mejor que no fueras a correr sola con Ben?

Me giro hacia ella.

—Porque hay que acatar las normas —le espeto antes de poder reprimirme.

Mamá casi se ríe a medias.

—Recuerdo cómo es eso, ¿sabes? Ser joven y querer estar con alguien...

—Entonces, ¿por qué no puedo ir a la terapia corriendo con Ben?

—Porque no puedes. Pero, para que lo sepas, no siempre estoy de acuerdo con tu padre. Me he puesto de su lado porque, oficialmente, tiene razón y no podemos hacer cosas que puedan meterte en líos, ¿verdad? Pero tú continúa como ahora un poquito más, y veremos si podemos llamar a Ben de vez en cuando. Con testigos, me temo.

Sonríe, y sé que está intentando ayudarme, que cree que está de mi parte, pero esto es mucho más complicado de lo que ella se imagina. Es posible que Ben no esté por aquí dentro de «un poquito más».

Ojalá pudiera hablar con Ben a solas, conseguir que entre en razón.

«Espera un minuto...».

—A lo mejor podrías hacer algo para ayudarme —le digo entonces a mi madre.

—¿El qué?

—¿Podrías venir a recogerme un poco más tarde? No mucho. Solo para que pueda hablar unos minutos con Ben, a ver si arreglamos las cosas.

—Tu padre me mataría si se enterara.

—¡No se lo contaré!

Mamá suspira.

—De acuerdo; yo tampoco se lo contaré. Te daré veinte minutos. ¿Bastante?

—Gracias.

—Oh, vaya, una sonrisa... Intenta lucir otra cuando venga a recogerte, ¿vale?

La reunión comienza como de costumbre. Penny lleva una chaqueta chillona y está demasiado contenta para ser normal. Ben llega con retraso y no se pone a mi lado. Yo procuro ocultar lo mal que me sienta. ¿Estará enfadado porque lo dejé tirado la última vez que nos vimos?

Todos hablan de cosas que no importan en realidad. Miro el reloj,

controlando el transcurso del tiempo. Nos pasamos unos minutos de la hora, y casi tengo que morderme la lengua para no ponerme a protestar. Cuando Penny dice por fin que podemos irnos, Ben se levanta y se dirige a la puerta, pero yo me pongo en pie de un salto y llego a la puerta a la vez que él.

—Espera —le pido. Ben se gira y me mira a los ojos por primera vez en toda la tarde. No dice nada, y es como una puñalada. Estoy a punto de salir huyendo, pero tengo que hablar con él. Debo encontrar las palabras que pongan fin a sus planes—. Ben, por favor, ¿podemos hablar? Mi madre me recogerá un poco más tarde. Tenemos algo de tiempo.

Él echa un vistazo al otro extremo de la sala. Penny está ocupada hablando con los padres de otro reiniciado, de modo que no se fija en él.

—Pues venga —dice finalmente, y lo sigo al exterior, al aparcamiento que hay junto al edificio.

—¿Estás enfadado conmigo? —le pregunto, y de inmediato deseo no haberlo preguntado. Hay muchas cosas que decir; esa podría haber esperado.

Ben niega con la cabeza.

—Por supuesto que no, pero estoy intentando mantenerme alejado de ti. No quiero que te vean conmigo en público; así, cuando las cosas se compliquen... —Hace una pausa—. No quiero que tengas problemas.

Yo suspiro.

—¿Significa eso que no has recuperado el juicio? ¿Que planeas seguir adelante?

—No pensarías en serio que había cambiado de opinión, ¿verdad?

—No; solo lo deseaba. Pero espera por lo menos hasta que podamos ver de nuevo a Aiden. Él puede contarte cómo lo hicieron y te daría una opción mejor.

«O te convencería de que no debes hacerlo».

—Escúchame: no voy a cambiar de idea —replica en voz baja y cargada de determinación, sacudiendo la cabeza—. Y no creas, por lo que dijo, que Aiden sabe realmente cómo lo hicieron...

—Por favor, Ben, no quiero que te ocurra nada.

Su mirada se ablanda.

—Lo que de verdad me apetece ahora es ir contigo al bosque y besarte. — Pero a nuestro alrededor hay padres que vienen a recoger a nuestros compañeros; hay ojos por todas partes. Ben me coge una mano y entrelaza sus dedos con los míos—. Esto tendrá que bastar de momento.

—Ben, tienes que entrar en razón. Por favor.

—No hablemos más sobre eso, ¿vale?

—¿Cómo vas a hacerlo exactamente?

—He empezado a examinar las herramientas que hay en el taller de mi madre. Decidiré algo este fin de semana.

—¿Tan pronto?

—Sí. Mi madre se va a la casa de mi tía paterna, que ha tenido un niño, y mi padre ya está allí. Les he convencido de que podía quedarme solo.

—Por favor, Ben...

—Kyla, escucha. Si esto funciona, podemos cortar también tu levo. Y podemos huir juntos a algún sitio. Sin nuestros levos, nadie podría separarnos.

—¿Y qué pasa con el TAG? ¿Has abandonado esa idea? —Él niega con la cabeza—. O sea: solo estaríamos tú, yo y una gran organización terrorista —le espeto—. Suena maravilloso.

—Piensa en ello. Podríamos cambiar el mundo.

En ese instante mi madre entra en el aparcamiento y me saluda con una mano.

—Tengo que irme.

—¿No hay sonrisas, Kyla? —me pregunta mamá.

Yo me hundo en el asiento trasero.

—Lo lamento.

Una vez en casa, escapo de la sesión de té y compasión en cuanto puedo, pero no puedo escapar de mis pensamientos.

Ben, cortando su levo, chillando de dolor. Si consigue sobrevivir, Ben con el TAG.

Tengo que detenerlo.

*Todo está neblinoso, confuso. Me ajusto mejor las gafas protectoras.*

*—Aquí está el enchufe. Tienes que empujar la sierra a lo largo de esta guía. La rueda de diamante debería soltar deprisa el levo. La clave está en cortarlo lo más rápido posible, antes de que el dolor y el shock provoquen la muerte, pero no tan rápido como para llevarte también la mano. La mayor parte de los intentos fracasan por parar en cuanto empieza el dolor, en vez de seguir adelante. ¿Entendido?*

—Sí.

*Estoy tranquila, atenta, interesada en el experimento.*

*El sujeto está sudando. Tiene las pupilas dilatadas y la mano inmovilizada sobre la mesa. Apesta a whisky.*

*Enciendo la sierra y el disco circular empieza a girar, aullando conforme gana velocidad.*

*Mientras voy bajándola, levanto la vista hacia los ojos del sujeto. Azules, sin miedo. Todavía.*

*—¡Vigila lo que estás haciendo!*

*—Vuelvo la mirada a la sierra, que toca el levo. Vuelan chispas formando un arco—. ¡Más presión!*

*—Empiezan los gritos y retiro la sierra—. ¡No! Morirá ahora si no cortas el levo, así que hazlo deprisa.*

*Pero la cabeza comienza a darme vueltas, más que la sierra. Los gritos de agonía me atraviesan el cráneo. Cierro los ojos con fuerza, y con ellos cerrados veo más claro. Él cambia; el chico que grita se ha ido. Y en su lugar está Ben.*

*— ¡No! ¡Ben, no!*

*Me abalanzo hacia la máquina para detener la sierra antes de que lo toque, para soltarle las correas, pero dos brazos me rodean y me sujetan con firmeza.*

*— Debes controlarte. Ya conoces las reglas.*

*— ¡No!*

*— Tú eres la siguiente.*

*Me resisto, pataleo. Me debato, arañeo y grito. Pero no sirve de nada. Estoy atada a una silla, con el brazo en la mesa.*

*La sierra empieza a zumbar...*

*Bzzzz...*

*Abro los ojos de golpe, desesperada por escapar del horror.*

*Es un sueño, aunque todavía puedo oír la sierra. ¿Cómo es posible?*

*Bzzzz...*

*Enciendo la lámpara de la mesilla, y entonces vuelve a pasar. Lo noto en la muñeca: mi levo está vibrando, pues ha alcanzado un peligroso 3.3. Siento náuseas y estoy temblando. Esta vez era yo la que blandía la sierra, al menos al principio. ¿Habré hecho alguna vez algo así?*

*Lentamente, muy lentamente, mi corazón deja de correr y mis niveles ascienden, pero no puedo librarme de esas imágenes. Se reproducen una y otra vez en mi mente. Una sierra con punta de diamante. Whisky. Un corte rápido.*

*¿De verdad estuve yo ahí, en ese lugar, torturando a ese chico?*

*En algún sitio de mi interior hay una grieta, un destello de luz.*

No quiero saberlo, pero no puedo escapar de ello. En mi sueño, cuando me han atado para cortarme el levo, estaba aterrorizada: no por el dolor o por la posibilidad de morir, sino por estar sin mi levo. Lo odio, odio lo que representa y lo que le hace a mi vida. Y, sin embargo, por alguna razón, necesitaba conservarlo, tanto, que la simple idea de perderlo me ha llenado de pánico.

¿Por qué?

El viernes por la mañana, el asiento de Ben en el fondo del autobús está vacío. Me quedo medio de pie mientras el bus se pone en marcha, mirando todas las cabezas. No, no está sentado en otro sitio. Sencillamente no está.

Me invade el pánico. No lo habrá hecho, no. Dijo que sus padres estarían fuera este fin de semana, que sería entonces cuando intentaría cortar el levo. No habrá adelantado sus planes, ¿verdad?

Medio atontada, paso por las clases matinales como si estuviera metida en una pesadilla. Incluso considero la idea de pedirle ayuda a la señora Ali. Si le cuento lo que está planeando Ben, se lo impedirán, no dejarán que lo haga. Pero ¿cuánto tiempo duraría sano y salvo? ¿Qué le harían los lorders?

«Si es que no es demasiado tarde ya...».

Paseo por los jardines a la hora del almuerzo, sola. ¿No puede ayudarme nadie? «Prueba con Jazz».

Amy dice que los de bachillerato suelen almorzar en su sala de reunión, situada en el edificio principal, y hacia allí me dirijo. Amy todavía está haciendo prácticas, así que no tendré que evitarla. Cierta intuición me dice que no debo contarle nada sobre esto. Ella cree que no debería ver más a Ben; ¿cómo reaccionaría si descubriera que él está tramando deshacerse de su levo?

Me planto en la puerta, indecisa. «Por favor, Jazz, tienes que estar aquí». La sala común está abarrotada, llena de estudiantes que charlan en grupos, almuerzan sentados en bancos o hacen los deberes en mesas de estudio. Examino la estancia y no consigo ver a Jazz por ninguna parte, pero es que la vista no me alcanza hasta detrás de los escritorios y las estanterías del rincón más alejado. Doblo el cuello.

—Fuera de nuestro camino —me espeta una voz a mi espalda.

Me aparto y entran dos chicas mayores que yo, mirándome con mala cara.

—Piérdete. Esto es solo para los de bachillerato.



— Esperad. Estoy buscando a Jazz McKenzie.

Ellas pasan de mí y siguen adelante.

— ¿Jazz? — digo más fuerte.

Su conocida cabeza asoma por un escritorio que está hacia la mitad de la sala. Él me sonrío y se acerca.

— Hola, Kyla. ¿Cómo van las cosas?

— ¿Podemos hablar un momento? Lejos de todo el mundo.

— Claro. Espera un segundo. — Regresa con la chaqueta puesta—. Vamos a dar un paseo. — Recorremos el pasillo para salir del edificio. El cielo está gris y cae una fina llovizna. Suficiente para que los bancos y los senderos estén prácticamente vacíos—. ¿Qué ocurre? — me pregunta cuando dejamos atrás los últimos oídos potenciales.

— Estoy muy preocupada por Ben. Hoy no estaba en el autobús.

— Bueno, a lo mejor se ha quedado dormido, o está resfriado, o ha ido al dentista. Hay varias razones posibles para que no esté aquí. — Yo no digo nada más y Jazz me mira a la cara—. Pero tú no crees que sea por ninguno de esos motivos, ¿no?

— No —susurro. Luego titubeo; es mejor para Jazz que no sepa ningún detalle—. Es solo que Ben estaba pensando en hacer algo realmente estúpido. Y ahora me temo que lo haya hecho.

— Ya entiendo...

— No sé qué hacer —añado, acongojada.

La llovizna se transforma en lluvia. Mi levo vibra, pero mantengo las manos bien hundidas en los bolsillos para que Jazz no lo oiga.

— Amy piensa que no deberías volver a ver a Ben. Está de acuerdo con vuestros padres.

— ¿Y qué opinas tú?

Él se encoge de hombros.

—Yo creo que Ben es un buen tipo. ¿Estás preocupada de verdad? —Yo asiento con la cabeza y él ladea la cabeza, pensando—. Te propongo una cosa. Nos saltamos las clases de la tarde y vamos a casa de Ben, ¿vale? A comprobar si está bien.

Me encuentro a mí misma aceptando. Jazz se marcha a por su mochila después de decirme que se reunirá conmigo en su coche dentro de unos minutos. «Es una mala idea», me digo.

Me libro de ese pensamiento mientras cruzo los jardines hacia el aparcamiento de estudiantes, atenta a los profesores. Será difícil explicar por qué me he saltado las clases de la tarde, y la señora Ali todavía sigue encima de mí. Es improbable que nadie se dé cuenta. «Una idea muy mala». Jazz tarda más de unos minutos y empiezo a inquietarme. ¿Habrá cambiado de opinión? No. Me lo habría dicho.

Pero cuando aparece doblando la esquina, luce una gran sonrisa en la cara.

—Ben está en una excursión escolar.

—¿En serio?

—Lo he comprobado: cuelgan esa información en un tablón de anuncios junto a las oficinas. Su clase de Agricultura ha ido a pasar el día en una granja. Me sorprende que no te lo haya contado.

Se me aflojan las rodillas de alivio y me siento mareada, casi como si fuera a vomitar.

—Eh, ¿estás bien? —me pregunta Jazz, mirándome con curiosidad.

—Lo estaré. Es solo que necesito hablar con Ben.

—Bueno, podríamos ir a su casa después de clase. Pasa del autobús; te llevaré yo, y te dejaré en casa antes de que Amy o el dragón se enteren de nada.

—¿De verdad?

—Claro. ¿Por qué no?

—Gracias.

Jazz se encoge de hombros y sonrío.

—No hay problema. —Me guiña un ojo y añade—: Nos vemos aquí al final de la jornada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Me quedo abrazada al alivio toda la tarde. ¿Por qué Ben no me había contado lo de su excursión escolar? Claro, teníamos otras cosas sobre las que hablar... «Más bien sobre las que discutir».

El cielo se despeja a lo largo de la tarde. Para cuando me reúno con Jazz en su coche, las nubes han desaparecido y brilla el sol.

Ocupo el asiento delantero por primera vez. De repente me preocupa lo que pensará Amy si alguien se lo cuenta.

—Le diré a Amy que un estudiante estaba molestándote en el autobús, así que te he llevado a casa, ¿vale? —sugiere Jazz, como si estuviera leyéndome el pensamiento.

—Claro.

Me reclino en el asiento, con el sol vespertino dándome en la cara y el cinturón de seguridad puesto. Me agarro con fuerza a la puerta, aunque ya me he acostumbrado un poco a la forma de conducir de Jazz, y apenas reparo en que pisa el acelerador ante un semáforo y gira demasiado deprisa, y que repite la operación en el siguiente cruce. Mientras tanto, va silbando al ritmo de la música.

El sueño de anoche da vueltas por mi mente, repitiéndose en un bucle interminable. Tengo la cabeza llena de gritos, del olor a miedo salado, whisky y sangre; todo mezclado entre sí, tan real que debo luchar por contener las náuseas.

Hay que detener a Ben. Hay que hacerlo, pero ¿y si no me escucha?

Jazz para delante de una casa que se encuentra a cuatro puertas de la de Ben.

—Mi colega Ian vive aquí. Ven a buscarme cuando quieras irte.

Cuando llego a la casa de Ben, *Skye* está en el jardín delantero. Corre hacia mí llena de entusiasmo. Casi me derriba en su ansiedad por lamirme la cara. Ben me dijo que está siempre tan contenta que es como si la hubieran reiniciado.

—¡Cálmate, chica! —exclamo, acariciándola.

Llamo a la puerta principal y espero. No hay respuesta.

¿No habrá vuelto Ben de la excursión?

*Skye* estaba junto a la puerta del garaje cuando he llegado. Cruzo el jardín hasta allí y llamo con los nudillos.

No hay respuesta. Aguzo el oído. ¿Se oye un leve ruido en el interior?

Intento abrir la puerta: está cerrada con llave. Vuelvo a llamar.

—¿Ben?

Esta vez oigo pasos, el sonido de una llave girando en la puerta, que se abre.

—¿Kyla? —Ben esboza una gran sonrisa—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Mira a ambos lados, me coge de un brazo y tira hacia dentro.

*Skye* intenta seguirnos, pero Ben la saca a empujones. Luego cierra la puerta y vuelve a echar la llave.

No lleva el uniforme del colegio. En sus ojos hay un brillo antinatural.

—¿Hoy no tenías una excursión? —le pregunto.

—Se suponía que sí, pero he decidido tomarme el día libre.

—Vas a meterte en un lío por eso.

—No importará demasiado. La semana que viene ya no estaré aquí. —Sonríe—. Me alegro de que hayas venido. Así podremos despedirnos.

Veo que sobre una mesa hay dispuestas herramientas de corte, gafas de seguridad y toallas. Su mochila está llena de cosas, como si Ben se fuera a alguna parte.

El miedo me recorre el cuerpo y se convierte en hielo. Separo mis manos de las tuyas.

—¡No, Ben, no! No irás a hacerlo ahora, ¿verdad?

—¿Por qué esperar? Mi madre se ha ido a casa de mi tía y mi padre ya está allí. Es el momento perfecto.

Sacudo la cabeza, temblando, con los ojos inundados de lágrimas ardientes.

—Por favor, no lo hagas. No me dejes.

—Chist, Kyla, todo irá bien. Un día, no muy lejano, volveré a por ti.

—No si estás muerto.

Se echa a reír.

—Encontraré la manera. —Enlaza su meñique con el mío y los levanta unidos—. No se puede romper una promesa de meñiques. —Lo aprieta con fuerza—. Kyla, te lo prometo. Volveremos a estar juntos.

Se inclina y me besa levemente. Luego empieza a separarse, pero yo le paso la mano por detrás del cuello, lo estrecho más y lo beso una y otra vez, desesperada por quedarme aquí, en este preciso momento. Él me abraza con fuerza y yo cierro los ojos y me recuesto contra él. ¿Por qué es todo tan difícil? ¿Por qué no podemos quedarnos así sin más?

Ben afloja su abrazo.

—Vete, Kyla. Vete ahora.

Yo niego con la cabeza. Tengo que detenerlo, tengo que conseguir que entienda.

—Espera. Por favor. Por lo menos habla con Aiden. A lo mejor él puede contarte cómo lo hicieron, para que tengas más posibilidades de éxito.

—No, Kyla, no insistas. Ese tema ya está zanjado.

«Piensa algo, rápido».

Tengo que demostrarle lo estúpido que es esto, que no puede funcionar.

—Cuéntame qué planeas hacer. —Ben me enseña la flamante cortadora de su madre. Está equipada con un nuevo metal de ingeniería que se supone que es más fuerte que cualquier otro. Sacudo la cabeza—. No. Eso no funcionará. El diamante es más fuerte.

Ben ladea la cabeza y va hasta otro banco de trabajo.

—Aquí está. —Me muestra un viejo esmeril angular manual—. Tiene un disco abrasivo con borde de diamante.

—Tampoco funcionará, Ben. No puedes levantar la mano en el aire y cortarte el levo como si nada. No podrás mantenerlo quieto, no cuando comience el dolor.

Entonces busca una abrazadera y afirma:

—Esto debería servir. La fijaré al banco. Por favor, Kyla, ahora márchate.

—Me quedo. No puedes impedírmelo —replico, desesperada por hallar las palabras que le devuelvan el juicio, que le hagan renunciar a sus planes. Pero lo miro a los ojos y me derrumbo por dentro, vencida. Nada de lo que diga servirá. Ben está decidido. Entierro la cabeza entre las manos, casi aturdida por la impresión que me produce el impacto de una certeza: tengo que ayudar a Ben. Tengo que hacerlo. Ha de ser un corte rápido. Si empieza, no podrá terminar y morirá en medio de un dolor atroz. Si no puedo detenerlo, debo ayudarlo. Levanto la vista y me seco las lágrimas. Me obligo a mostrarme tranquila y controlada por fuera, mientras que por dentro estoy gritando: «NO, NO, NO, NO...»—. Yo lo haré —digo finalmente—. Yo cortaré el levo.

—No. De ninguna manera, Kyla. Vete.

—Escúchame. Yo sé manejar esto —le explico, cogiendo la amoladora. Me siento cómoda y natural con la herramienta en la mano. Resulta más difícil hacerlo con un aparato manual que con la sierra fija, preparada especialmente para este propósito, de mi sueño, pero el principio es el mismo—. Será mucho más seguro si lo hago yo en tu lugar —continúo—. Tú no podrás controlarlo con el dolor.

—No puedo implicarte en esto, Kyla.

—Mira. Puedo hacerlo.

Coloco un trozo de metal en la abrazadera y me pongo las gafas protectoras. Enciendo la amoladora, y el sonido, tan similar al de mi sueño, me da ganas de gritar, pero corto la pieza en una línea recta.

—Tienes manos firmes. Estoy impresionado, pero...

—Nada de peros, Ben. O te ayudo o no lo haces. No voy a permitir que lo hagas solo. No voy a permitir que mueras solo. —Él me mira fijamente, negando con la cabeza—. Déjame ayudarte —insisto—. Sabes que tiene sentido.

—Eso no significa que esté bien.

—¡Entonces no lo hagas!

Me dispongo a probar por última vez, a realizar un intento final para que vea las cosas claras, pero él sacude la cabeza y mis palabras se quedan en el aire.

—Tiene sentido —acaba por admitir, muy a su pesar—, pero ¿estás segura de que puedes hacerlo? ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Sí.

—De acuerdo —acepta al cabo de un rato, y coge las píldoras felices de Aiden—. Pero al menos tómate una de estas.

—De ninguna manera.

—No puedes perder el conocimiento en mitad del proceso.

Dudo, pero tiene razón. ¿Y si mis niveles descienden, y el disco abrasivo con ellos?

—Vale —admito, y me trago una pastilla con un vaso de agua. Ben se toma un puñado—. ¿Es seguro tomar tantas?

Él se encoge de hombros.

—Supongo que es mejor demasiado que demasiado poco.

Enseguida se forma una fina capa de sudor sobre su piel y se le dilatan las pupilas. Como al chico de mi sueño.

Mi sueño...

—¿Tienes whisky?

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Ayuda a amortiguar el *shock*.

Hay una puerta entre el garaje y la casa. Ben desaparece por ahí y regresa con una botella. Se bebe unos tragos.

Tose y hace una mueca.

—Esto está asqueroso.

—Por favor, no lo hagas. Por favor. No es demasiado tarde para cambiar de opinión.

—Lo haré yo solo. Vete a casa, Kyla.

—¡No! Si vas a seguir adelante, te ayudaré. Pero, Ben, escúchame, creo que una vez que empiece a cortar el levo, no hay vuelta atrás. Hay que llegar hasta el final para que cese el dolor.

—Vale. Te diga lo que te diga, tú continúa.

—Si gritas, vendrá gente.

—No haré ni un ruido.

—¿Quién te crees que eres, Superman o algo así?

—¡SuperBen! —exclama, echándose a reír, y se sienta en la silla que hay junto al banco para inmovilizar el levo con la abrazadera. Cuando las mordazas lo oprimen, a Ben se le contrae el rostro de dolor—. Kyla, en caso de que esto vaya mal, quiero que parezca que lo he hecho yo solo. Suceda lo que suceda, tienes que salir de aquí. Prométeme que lo harás. Y si te sorprenden, di que me has encontrado así. ¡Prométemelo!



—De acuerdo, te lo prometo.

—Ponte unos guantes. Están ahí. Limpia los botones, el mango, todo lo que hayas tocado.

Me pongo los guantes y hago lo que me ha dicho.

—¿Listo? —susurro.

—Espera.

—¿Sí? —le pregunto, con la esperanza de que me diga: «Para, he cambiado de idea».

—Kyla, con independencia de lo que me ocurra: te quiero. Siempre te querré.

Es cierto que se ha tomado tantas píldoras felices que hasta un lorder parecería amigable, regadas además con whisky. Apenas sabe dónde está, y mucho menos qué está diciendo, pero parece que habla en serio.

Y yo le sostengo la mirada, deseando pronunciar esas palabras, que yo también lo quiero, pero se me quedan atascadas en el nudo que se me ha formado en la garganta y no salen.

—¡Hazlo! —me ordena. Y es como en mi sueño, ese espantoso sueño. Yo no soy yo misma; soy la chica de la pesadilla: tranquila, serena, capaz de hacer cosas como esta. ¿De dónde viene? Cojo la amoladora, le quito el seguro y pulso el botón de encendido. Un corte rápido. Tiene que ser rápido. El disco abrasivo gira y zumba. Miro a Ben, que asiente—. Hazlo —repite.

El disco hace contacto con el levo y un arco de chispas vuela a su alrededor.

Al contrario que el chico de mi sueño, Ben no grita, pero se le crispa el rostro, suda profusamente, y yo intento no mirarlo a la cara. Debo concentrarme en la amoladora, sujetarla con firmeza.

*Skye* debe de saber, a través de alguna conexión canina, lo que le está pasando a Ben, al que adora y que la adora desde que era una cachorrita, porque empieza a aullar y a rascar la puerta. Luego suenan unos golpes, como si estuviera lanzándose contra la puerta.

Siguen saltando chispas; ahora ya he empezado, así que no puedo parar. La amoladora da sacudidas, saltos, traquetea, y está calentándose tanto que, incluso con los guantes puestos, apenas puedo seguir sujetándola. A Ben le sale un hilillo de sangre por la boca y su cuerpo se retuerce, pero, no sé cómo, guarda silencio y no intenta apartarse.

El último trozo de levo está ofreciendo resistencia, pero al final..., clac. Se abre. Apago el botón para apartar la amoladora, pero no antes de que el brazo de Ben dé una sacudida. Su muñeca toca el disco abrasivo y brota sangre. Yo tiro la máquina y corro a abrir la abrazadera y a coger una toalla para enrollarla con fuerza alrededor de la herida.

—¿Ben? ¡Ben!

Lo sacudo. Su cuerpo está desmadejado, ha perdido el conocimiento y hay más sangre en su boca... ¿Se habrá mordido la lengua? Resbala de la silla al suelo. Yo me quito los guantes y los lanzo a un rincón, y le toco el cuello. Su pulso es errático.

Oigo vagamente los aullidos de *Skye*. Un coche. El ruido de la puerta del garaje al abrirse.

Es la madre de Ben.

—Se me había olvidado el regalo del bebé... —empieza a decir, y luego ve a Ben en el suelo, entre mis brazos—. ¿Qué ha pasado?

Me bajan lágrimas por la cara. Muevo la cabeza, incapaz de hablar.

«Cuéntale lo que te ha dicho Ben».

—He ve-venido a verlo y lo he encontrado así.

Ella me aparta para examinar la toalla, que ahora ya está empapada de sangre, la retira y entonces lo ve. Palidece de golpe.

—No lleva su levo. —Levanta la vista hacia mí—. ¿Qué ha pasado? —repite.

Me encojo de hombros con impotencia. «Miente».

—No lo sé. Debe de haberlo cortado.

El cuerpo desmadejado de Ben se arquea una y otra vez. Está sufriendo convulsiones. ¿Un ataque? Oh, no, dañar el levo provoca convulsiones y la muerte. Eso es lo que siempre nos han contado. ¡No ha funcionado!

Su madre saca un móvil del bolsillo y pide una ambulancia.

—Sal de aquí, Kyla. Márchate. —Estoy temblando, debilitada. Con píldoras felices o sin ellas, mis niveles están descendiendo con rapidez. Mi levo vibra—. ¡Vete! No sé qué ha pasado aquí realmente, pero ahora vete. ¡Sal de aquí antes de que llegue la ambulancia! —«Sí. Eso es lo que Ben me ha dicho que haga». Voy trastabillando hacia la puerta justo cuando empiezan a sonar sirenas en la distancia—. Por ahí no. Usa la puerta trasera y el camino de sirga. ¡Ve!

Salgo a trompicones por donde la mujer me indica. Cruzo el jardín que hay en la parte de atrás de la casa y una cancela. Ahí está el camino de sirga, como me ha dicho. De alguna manera consigo avanzar por él, a lo largo de la parte trasera de las viviendas. Voy contándolas al pasar, hasta cuatro. ¿Será la del amigo de Jazz?

Suena una música tan alta que el suelo vibra. Llamo a la puerta trasera, pero no hay respuesta. Abro y entro.

Jazz me echa una mirada y apaga el equipo de música. Entonces se oyen las sirenas.

Estoy llorando a mares.

Jazz me pasa un brazo por los hombros.

—¿Kyla? ¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué ha sucedido?

Se une una nueva sirena, como probando una armonía de dos partes, pero el sonido es discordante, crudo, estridente: y viene hacia aquí.

«Miente».

—Ben... Ha cortado su levo —susurro.

—Pero yo creía que eso era imposible...

—Se supone que sí. Incluso aunque no pierdas el conocimiento, cualquier

daño al levo causa un dolor mortal.

O un ataque mortal. Intento sacar eso de mi mente, pero no puedo. Ben...

Por la ventana delantera vemos que en el sendero de acceso a la casa de Ben no hay una ambulancia, sino dos. ¿Qué significa eso? Si Ben... Trago saliva. Hasta mis pensamientos fallan; son incapaces de aceptar que puede haber ocurrido lo peor, de encontrar palabras para las imágenes que no logro contener. Lo único que veo es el cuerpo de Ben tendido en el suelo, entre espasmos, con el rostro distorsionado de dolor.

Otra sirena empieza a aullar en la distancia, pero esta es diferente. No tiene el mismo tono que las ambulancias, y resuena en mi cabeza, acelerándome el corazón, provocándome un hormiguelo por la piel. «¡Escóndete! De inmediato», pienso, pero me quedo plantada con firmeza ante la ventana. La fuente del sonido aparece doblando la esquina: es una furgoneta larga y negra. No tiene logos, pero sí una brillante luz azul en la parte delantera. Me alejo de la ventana de un salto y empujo a Jazz e Ian, que estaban acercándose.

—¿Qué pasa? — me pregunta Jazz.

—Lorders — contesto, sintiéndome débil, invadida por las náuseas.

«Los técnicos de emergencias han avisado a los lorders. No son de fiar».

—Tenemos que sacarte de aquí — dice Jazz—. Ya.

Qué frío; estoy atrapada en un bloque de hielo de los pies a la cabeza. Mi levo vibra, y Jazz me coge la muñeca para echarle un vistazo.

4.4.

Una píldora feliz no ha bastado.

—Maldita sea, Kyla, ¿cómo puedo ayudarte?

Sus ojos reflejan una preocupación genuina.

—Nada. Es demasiado tarde.

4.1.

Me abrazo a mí misma, estremeciéndome. Debería haber detenido a Ben. Todo es culpa mía.

3.8.

Lo he dejado ahí, como si nada...

3.5.

Sangrando, agonizando, y yo me he limitado a salir corriendo. Ben...

Jazz suelta un taco.

—No, Kyla. Aquí no, ahora no. Vamos.

Me arrastra hacia la puerta trasera, pidiéndole a Ian que jure que mantendrá en secreto que hemos estado aquí.

—¿Que quién ha estado aquí? —replica Ian—. Si averiguo algo sobre Ben, os lo diré.

Jazz me lleva casi en volandas hasta la valla y a través de la cancela.

3.2.

—¡Corre! —exclama entonces Jazz.

—¿Qué...?

—Corre como si tu vida dependiera de eso.

«Quizá sea así».

¿Correr? ¿Ahora? Me miro los pies, deseando que se pongan en marcha, y comienzo a andar a trompicones, a trotar. Luego el ritmo se impone.

—¡Más deprisa! —me ordena Jazz, siguiéndome—. Sé que puedes ir más deprisa. —«Corre como si te persiguieran los lorders». A todo trapo, a toda máquina, como si todos los lorders habidos y por haber estuvieran pisándome los talones; como si Wayne Best estuviera a punto de atraparme. Me concentro en la fea cara de Wayne, y mis pies reciben un nuevo chispazo de energía. Jazz me mira

la muñeca. 3.9—. Todavía no está lo bastante bien. Continúa.

Corremos y corremos. Jazz resopla, pues no está acostumbrado. No dejo de correr, pero las imágenes siguen inundando mi mente. Ben, herido o peor. Si está herido, se lo llevarán los lorders; lo peor podría haber sido mejor. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué podría haber hecho yo para impedirlo? Desconocer lo que le ha pasado está destrozándome por dentro. Quiero parar, derrumbarme y llorar, pero cada vez que aminoro el paso, Jazz me espolea por detrás y me obliga a continuar.

Los hermosos y dulces ojos de Ben; y esto. Esas dos cosas no concuerdan. «¿Qué te ha ocurrido?».

Me digo a mí misma que Ian lo averiguará por nosotros.

Sí. «Sigue corriendo». La luz está disminuyendo cuando volvemos hacia el coche.

—¿Niveles? —me pregunta Jazz.

—5.2. ¿Cómo sabías que correr me sienta bien?

Jazz se encoge de hombros.

—Por algo que Ben dijo una vez. —Ben. De nuevo—. Vamos. Voy a llevarte a casa. —Oculto entre las sombras, Jazz se asoma a la carretera. No hay ni rastro de ambulancias ni lorders—. Parece despejado. —Para cuando nos detenemos delante de casa, mi levo está vibrando de nuevo—. Aguanta, Kyla. Venga, tú puedes hacerlo. —Yo niego con la cabeza, impotente; los niveles están descendiendo demasiado rápido—. Es hora de enfrentarse al dragón. Adelante.

Prácticamente carga conmigo hacia la puerta, que se abre antes de que lleguemos.

—¿Dónde habéis...? —empieza mamá, y entonces me ve la cara—. Adentro, adentro.

Jazz me ayuda a llegar al sofá.

Bzzzz...

3.1.

«Ben...».

Sufrimiento. Mi mundo está repleto de dolor; no hay nada más. Un dolor pulsante, un torno apretado con fuerza alrededor de todo lo que soy, lo que era y lo que puedo ser.

Poco a poco, otras cosas se vuelven tangibles. El suelo; estoy tendida en el suelo. Voces. «Ben...». Un pinchazo en el brazo. Por mis venas, por todo mi cuerpo, se extiende la calidez. No elimina el dolor, pues nada puede eliminarlo. Más bien hace que me importe menos. Abro los ojos.

—Eh, hola —me dice mamá, y sonrío—. Has vuelto.

—¿Hmmm? —contesto.

Y todo se torna negro.

—¡Ben! Has venido.

Él sonrío.

—No podía marcharme sin despedirme de ti.

Se arrodilla.

—No me dejes. No te vayas, por favor...

Se me saltan las lágrimas.

—No puedo quedarme. Es demasiado tarde. —Sonrío de nuevo, pero solo con la boca; sus ojos están tristes—. Sé fuerte, Kyla. —Se inclina hacia mí, roza mis labios con los suyos, dulcemente: me besa. Se separa, incorpóreo. La luz brilla a través de él—. Adiós, Kyla —dice en voz baja, y las palabras se deshacen en el silencio.

Luego ya no está.

Nuestro último beso.

—¡Ben!



Grito su nombre, intento incorporarme, pero caigo hacia atrás. Estoy en la cama. En mi cama. *Sebastian* está a mis pies; una tenue luz se cuelga por la puerta abierta al pasillo.

—¿Kyla? —Mamá está sentada en una silla a mi lado—. Hola. —Parece pálida y cansada. Intento incorporarme de nuevo, pero el movimiento me provoca oleadas agónicas de dolor por el cráneo. Boqueo—. No te muevas —me recomienda.

—¿Qué le ha pasado a Ben?

—Ahora no te preocupes por eso.

Procuro concentrarme; eso empeora el dolor, pero hay algo, justo fuera de mi alcance, que necesito saber.

—Cuéntamelo —le suplico, y noto las mejillas húmedas.

—No hables. Jazz te ha traído a casa y tú te has desmayado nada más traspasar la puerta. Eso es todo lo que sé.

—¿Han venido los de emergencias? —susurro.

—Por supuesto. Te han puesto una inyección, y luego otra. Has recuperado el conocimiento un segundo y has vuelto a perderlo de inmediato.

«Peligro». Cierro los ojos. Ellos lo sabrán, los *lorders*: sabrán que he estado allí, en casa de Ben. Los de emergencias les contarán que he perdido el conocimiento y que Ben es amigo mío. Atarán cabos.

Vuelvo a hundirme en la oscuridad.

Cuando abro los ojos de nuevo, el sol asoma por detrás de las cortinas y yo estoy sola.

Hay un murmullo en el piso de abajo. ¿Voces? La de mamá y la de alguien más...

Aparto las mantas. De algún modo, logro ponerme en pie y voy hacia la ventana con piernas de gelatina. En nuestro sendero de acceso hay aparcada una furgoneta negra.

Lorders.

La adrenalina se precipita por mi cuerpo diciendo: «Corre», pero lo único que puedo hacer es erguirme.

Vuelvo a la cama. La mejor opción es hacerme la muerta. Al cabo de unos instantes suenan pasos en la escalera y se abre la puerta.

—¿Kyla? —dice mamá en voz baja. Yo permanezco inmóvil—. Ya les había dicho que estaba durmiendo. ¿Esto no puede esperar?

—No. Despiértela, o lo haremos nosotros por usted —exige una fría voz masculina.

Suenan pisadas por la habitación. Mamá me pone una mano en una mejilla.

Yo entreabro los ojos, gimo. Mamá está mirándome, con un mensaje urgente en los ojos: ¿qué me dice? Dos hombres con traje gris se alzan junto a la puerta, detrás de ella, y hacen que el cuarto parezca pequeño. «Cierra los ojos». Bajo los párpados pesadamente mientras todo da vueltas en mi interior. ¿Qué les ha contado mamá, qué es lo que ellos saben? Si nuestras historias no coinciden..., peligro.

—No entiendo por qué necesitan hablar con ella, pobrecilla. Ya lo ha pasado bastante mal. Ya les he contado qué sucedió: ella estaba preocupada porque ese tal Ben no había ido a clase, así que fueron...

«Ese tal Ben»: lo ha dicho con cierto tono de desaprobación.

—¡Silencio! —la interrumpe uno de ellos—. Despiértela —añade con una nota de advertencia en la voz.

—Kyla, cielo; despierta. Venga, sé una buena chica.

Más mensajes: me está marcando mi papel. Soy joven y boba; ellos saben que fuimos a casa de Ben y que a ella no le gusta Ben. «Gracias, mamá».

Esta vez me muevo. Abro los ojos. Le dedico una somnolienta sonrisa de reiniciada a mamá, y luego hago una mueca.

—Me duele el estómago —digo quejumbrosa.

—Pobrecita mía. Estos caballeros solo quieren hacerte unas cuantas preguntas, ¿vale? Espera, que te ayudo a incorporarte un poco. —Se pone a ahuecar las almohadas—. Cuéntales exactamente lo que me dijiste que había pasado.

¿Otro mensaje? «Cuenta la verdad tal y como la conoce mamá». Y rebusco en mi memoria para recordar qué es lo que ella sabe y lo que no.

Pongo cara de póquer. Pienso en *Sebastian* e imito la expresión de Phoebe: franca, dichosa. Sonrío, con alguna que otra mueca de dolor cuando muevo la cabeza.

—Sí, mamá —respondo, y me giro hacia los impacientes hombres de la puerta.

No parecen acostumbrados a esperar. ¿Estarán comportándose así porque mamá es la hija de su padre?

Tengo la fría certeza de que, si ella fuera cualquier otra persona, me habrían sacado de aquí a la fuerza para interrogarme.

El más joven de los dos hombres consulta un ordenador portátil.

—¿Eres Kyla Davis?

—Sí.

—¿Por qué perdiste el conocimiento ayer?

¿No van a preguntarme qué sucedió? Evito mostrar sorpresa.

—Estaba muy inquieta. Mi amigo Ben no estaba en clase, y otro amigo me llevó a su casa para ver si se encontraba bien.

—¿Otro amigo?

Sigue siendo el joven el que habla, el que toma la palabra; mira de vez en cuando a mamá con expresión reverencial. Pero es del otro del que hay que preocuparse. Su actitud muestra que es él quien está al mando.

Contesto, ¿no?

«Mamá lo sabía».

—Jazz McKenzie, Jason. En realidad es amigo de mi hermana, pero cuida de mí.

—¿Y entonces...?

—Ben no se encontraba bien, para nada. —Dejo que mi voz suene angustiada—. Había ambulancias, y Jazz dijo que no debíamos molestar y que tenía que regresar a casa. Pero yo estaba preocupada por Ben, y supongo que me desmayé.

Mamá suelta un resoplido.

—Ese Ben... Hay que ver cuántos problemas da.

—Mamá y papá me dijeron que no volviera a correr con él a solas. Me gusta correr —añado, esbozando una gran sonrisa de reiniciada.

—¿Ben te enseñó píldoras alguna vez?

—¿Píldoras? Creo que no. —«Amy las vio»—. No, espere. Tenía unas pastillas para el dolor de cabeza en la mochila. Se tomó una el domingo porque no se sentía bien.

—Seguro que ya han preguntado bastante —interviene mi madre—. La pobre no se encuentra nada bien.

En el momento justo, el estómago empieza a darme vueltas de nuevo, pero esta vez no intento frenarlo. Noto que mis mejillas están perdiendo el poco color que tuvieran.

—Mamá, creo que voy a vomitar.

Ella me acerca el cubo justo a tiempo. Me sacuden oleadas de náuseas, y con cada arcada, se incrementa el dolor de mi cráneo. Tengo el estómago casi vacío, pero los lorders retroceden con cara de asco.

—Ya basta por hoy —les espeta mamá.

El joven empieza a retirarse, pero el otro ladea la cabeza y levanta una mano

para detenerlo.

—Todavía no. —Mira a su compañero y le ordena—: Registra esta habitación.

—¿Es realmente necesario, agente Coulson? —le pregunta mamá con voz glacial.

La forma en que enfatiza su nombre dice que sabe quién es, por si sobrepasa los límites. Él arquea una ceja, divertido.

—Oh, creo que sí. Primero sácala de aquí —añade, señalándome con desdén.

Yo sigo inclinada sobre el cubo, aunque ya sin vomitar; solo sacudida por fuertes arcadas.

—No puede caminar —protesta mamá—. Tendrán que ayudarla.

A un gesto del otro, el más joven se acerca. Me levanta con cara de asco y me deja en la habitación de al lado, en la cama de Amy.

Van a registrar mi cuarto, seguro que a la caza de píldoras felices. No encontrarán ni una. Me derrumbo sobre las almohadas de Amy, demasiado exhausta para pensar, para moverme. «Tus dibujos», susurra una voz interior, y abro los ojos de golpe.

Debajo de la moqueta suelta, junto a la ventana: mis dibujos escondidos... Los minutos pasan. Oigo cómo mamá les reprende para que no lo desordenen todo. No hay gritos de indignación, ningún «mira lo que he encontrado». Empiezo a albergar esperanzas de que no los localicen.

Por fin suenan potentes pisadas por el pasillo y escaleras abajo. Al cabo de unos momentos su furgoneta arranca. Se marchan, ¿así de fácil? De algún modo no creo que se haya acabado su interés por mí.

Mamá ha pintado una imagen de Ben que era la que ellos querían ver: Ben, el chico peligroso, sobre el que trataron de prevenirme. Y yo he respaldado su historia. Me siento fatal, desleal.

—Lo lamento, Ben —susurro entre lágrimas.

«Ben querría que estuvieras a salvo».

Me sumo en un duermevela, ni despierta ni dormida: mis pensamientos se amontonan sin orden ni concierto. Imágenes planas como fotografías entran y salen de mi mente, me arrollan. Ben, corriendo. La lechuza de su madre con las alas desplegadas. Ben atravesado por la luz de la luna en mi sueño. Se oyen pasos en la escalera y se abre la puerta. Lucho por abrir los ojos, por moverme, pero mi cuerpo parece lleno de plomo. La puerta se cierra de nuevo. Oigo vagamente movimientos por el pasillo y en mi cuarto, y luego la puerta de Amy vuelve a abrirse.

—¿Kyla? He arreglado tu habitación. Ven. Amy no tardará en regresar.

Mamá me ayuda a levantarme y a llegar a mi cuarto. Huele a fresco y a limpio. Las sábanas están limpias y lisas. Casi puedo olvidarme de que los lords han estado aquí, manoseando mis cosas.

—Gracias —susurro. Por esto, por todo.

Incapaz de mantenerme despierta ni un segundo más, todo se vuelve negro.

—¿Kyla? —dice mamá—. Te he traído un poco de sopa.

Vuelve a parecer la misma de siempre. No hay rastro del estrés provocado por una visita de los lords.

—No tengo hambre.

—Tómatala igualmente. —Me ayuda a sentarme e intenta darme de comer, pero yo le quito la cuchara y como sola. No tenía hambre, pero al distinguir el sabor a tomate, naranja y algo picante, se me abre el apetito. No debería. ¿Cómo puedo comer después de lo sucedido? Me termino la sopa—. Tenemos que hablar. Lamento hacerlo. Deberías estar descansando, pero esto no puede esperar.

—De acuerdo.

—¿Por qué perdiste el conocimiento?

Es la misma pregunta que me hicieron los lords, pero ella se merece una respuesta mejor.

Me hundo en las almohadas. Pienso en qué decir, en qué no, y es demasiado. Vuelven a saltárseme las lágrimas y mi levo vibra. Y entonces mamá está ahí, sentada a mi lado, acariciándome el pelo con delicadeza.

Abro los ojos y la veo a través de un velo de lágrimas.

—¿Qué sabes?

—Jazz no dijo gran cosa. Solo que estabas preocupada por Ben y que te llevó a su casa, pero que no llegasteis a entrar porque había ambulancias y lorders, y entonces te trajo de vuelta.

Asiento y hago una mueca. Así que había supuesto bien: Jazz no ha contado que yo estuve con Ben.

—¿Qué le ha pasado a Ben? Por favor, cuéntamelo.

—No lo sé con certeza.

—Tienes que saberlo. Por favor...

—Si averiguo algo, te lo diré. Pero no debes preguntarle a nadie más sobre el tema. ¿Me oyes, Kyla? Esto es muy serio. No hables de Ben, no parezcas triste, no hagas ni digas nada relacionado con él. Ni en el colegio, ni en casa ni en ningún otro sitio. Lo que les has contado hoy a los lorders es tu historia, la única historia. Cíñete a lo mismo siempre que alguien te pregunte: en la reunión de grupo, en el colegio, aquí en casa. —¿En casa? Se refiere a Amy y papá. Y su elección de palabras: lo que debo contar es una historia, mi historia, no la verdad. «Mamá sabe más de lo que dice». Se levanta y va hacia la puerta, y luego se gira—. Ah, Kyla, el retrato de Ben era precioso. Lo descubrí anoche junto con los demás. Lamento de corazón haber tenido que destruirlos.

Y cierra la puerta.

Con los ojos desorbitados, me quedo mirando el espacio que mi madre ocupaba hace un segundo. «Gracias, mamá». De nuevo. Los lorders los habrían encontrado, estoy segura. De algún modo, ella sabía que vendrían y registró mi habitación mientras yo estaba dormida. Y entonces caigo en que también encontraría el dibujo de su hijo Robert; debió de preguntarse cómo sabía yo qué aspecto tenía. Cómo es que conozco su existencia.

¿Está protegiéndome? ¿O es, sencillamente, que no se fía de mí? Registró mi cuarto para asegurarse de que no había nada que me hiciera culpable, más allá de unos dibujos muy poco oportunos.

¿Cómo se sentiría si supiera que Ben tenía las píldoras porque yo lo llevé a visitar a Mac y Aiden, y que eso le dio, incluso, la idea de intentar lo que hizo? ¿Cómo se sentiría si supiera que fui yo quien blandió la amoladora que cortó su levo?

Por la noche oigo un vehículo y me pregunto si habrán vuelto los lorders. Sin embargo, cuando salgo de la cama para comprobarlo, descubro que se trata de papá. No debía volver en varios días. Se oyen voces abajo; él parece enfadado. Mucho.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, se ha ido.



Mi madre me retiene en casa durante días, impidiéndome ir al colegio, pero yo estoy harta del encierro: no tengo nada que hacer excepto pensar y llorar. Mamá y *Sebastian* me colman respectivamente de abrazos y atenciones felinas, y Amy se les une cuando vuelve de sus prácticas. Forman un frente unido para evitar que mis niveles me hundan. Físicamente estoy bien, casi normal, pues solo siento un latido sordo en las sienes. Podría ir a clase, de no ser por ese dolor interior relacionado con Ben que me deja helada, incapaz de moverme. Sin embargo, la amabilidad que recibo en casa no me ayuda. Lo único que me ayuda es pensar en Aiden.

Cuanto más pienso en el tema, más culpo de todo este desastre a ese pelirrojo. Y a Mac, por presentarnos a Aiden. Y también a Jazz, por ser primo de Mac. Y yo no conocería a Jazz si no fuera por Amy. Amy y yo no estaríamos aquí de no ser por mamá. Poco a poco, mi rabia crece y yo la cuido, la alimento, ya que la necesito.

Esa rabia me impulsa a salir de la cama y vestirme.

—¡Kyla! ¿Qué estás haciendo? —me pregunta mamá, sorprendiéndome cuando me anudo las zapatillas.

—¿A ti qué te parece? Hoy tengo reunión de grupo.

—No creo que debas levantarte.

—¿Y no crees que es mejor que hoy aparezca por allí?

Ella me sostiene la mirada, sopesando algo, y al final asiente con un leve gesto.

—Si puedes actuar con normalidad, deberías asistir. Te llevaré.

—No. Quiero correr.

—Aún no estás lo bastante bien para correr; no ha pasado ni una semana desde que perdiste el conocimiento —replica, cruzándose de brazos con semblante

serio.

«Explícaselo o no irás a ninguna parte», me digo, así que inspiro y espiro, despacio, y me giro hacia ella.

—Físicamente estoy bien, quizá no al cien por cien, pero casi, y correr me ayuda a ser yo misma. Mejora mis niveles. No es que quiera correr, es que lo necesito. ¿Lo entiendes?

Se muerde el labio, dubitativa.

—Pero ¿tú sola?

—Estaré bien —le aseguro—. En serio. Son todo carreteras principales. No me pasará nada, te lo prometo.

Mamá cede.

—De acuerdo. Aunque iré a recogerte, ¿vale?

—Vale —acepto, y ella me da un abrazo y luego yo abro la puerta y salgo.

Lo prudente sería empezar con un trote ligero, ir aumentando la velocidad poco a poco y comprobar cómo respondo. Me late el corazón con cada pisada y últimamente no he comido mucho, pero vierto todo lo que soy en mis músculos, mis piernas y mis pies; voy más deprisa cada vez, hasta que la velocidad lo domina todo. Dejo de notar el dolor en el cráneo. La oscuridad, la carretera, el sonido de mis pies lo son todo.

Sin embargo, ese sonido es hueco. La última vez que salí a correr, el ritmo de Ben se combinaba con el mío. Me fallan los pies al pasar ante ese desvío, donde Ben me subió a la valla. Donde, a solas, él me besó por primera vez.

Ahora que estoy corriendo, puedo recordar el sueño en el que Ben vino a despedirse de mí. Me he negado a recordarlo antes, pues era como una herida que me haría aullar de dolor si la tocara.

La doctora Lysander dice que mis sueños están formados por pensamientos aleatorios e imágenes robadas de mi subconsciente. Que no son reales. Que, en ocasiones, las personas incorporan recuerdos a sus sueños, pero que si te han reiniciado, necesitas construir tus bancos de memoria antes de que eso suceda, y

que, mientras tanto, la mente inventa cosas para llenar el vacío. En resumidas cuentas: según ella, mis sueños son una invención, no tienen nada de reales. «A veces sí».

Algunos de mis sueños proceden de recuerdos, al igual que mis dibujos. Estoy convencida de eso. Como el dibujo que hice de Lucy: detrás de ella, puse las montañas del sitio donde vivía, montañas que no he visto jamás. ¿Cómo no va a ser eso un recuerdo? Pero con algunos de mis sueños no estoy tan segura. Como ese en que me aplastaban los dedos con un ladrillo. En ese momento me pareció real; ahora, si pienso en él, se me antoja el recuerdo de un acontecimiento real. Pero ¿es solo un recuerdo de mi sueño? Y luego hay sueños como el del chico reiniciado y atado al que le cortan el levo; ese parecía mucho más que real. Sin embargo, después se superponía Ben, y eso no pudo haber sucedido nunca así. Mi miedo lo puso ahí. Y esos en los que voy corriendo por la playa, en los que me persiguen... Esos son más inconsistentes. Tienen menos detalles que los fundamenten, no da la sensación de que se apoyen en la realidad.

Pero ¿qué hay del beso de despedida de Ben? ¿Me visitaría su espíritu en sueños? «Los fantasmas son personajes de cuentos infantiles». No. Me niego a creerlo. En cualquier caso, Ben no está muerto, no puede estarlo. «Podría ser que sí». Aiden: conjuro su imagen mentalmente y veo su pelo rojo. Paso por delante del edificio donde se celebran las reuniones de grupo. ¿Ojos azules? Sí, de un azul oscuro, ojos meditabundos. Empiezo a bajar el ritmo. Una ristra de pecas por la nariz y las mejillas. Doy media vuelta y continúo caminando. También recuerdo su sonrisa. No era como la de los reiniciados: era una sonrisa de verdad. ¿O no? Quería utilizarme por sus propias razones. También a Ben. Aiden le dio a Ben las pastillas, le metió la idea en la cabeza. Ya casi he llegado.

Miro el levo: 8.1. ¿En serio? Me cuesta creerlo incluso a pesar de la carrera. Cuando corrí con Jazz el otro día, estaba tan angustiada que apenas alcancé un 5.

«Es por la rabia», me digo. No lo entiendo. Mis niveles bajan cuando estoy afligida, pero la furia los eleva. Y entonces caigo en que ha habido otras ocasiones como esta: como cuando Wayne me amenazó, y con Phoebe... Pero no tiene sentido. Los levos están diseñados para percibir cualquier emoción extrema. El abatimiento que he sentido en los últimos días, como era de esperar, ha mantenido bajos mis niveles. El propósito principal del levo es frenar cualquier posibilidad de violencia, cualquier daño que nos podamos infligir nosotros mismos o a los otros. Sin embargo, la ira parece elevar mis niveles. «Kyla es diferente». Voy hacia la puerta del edificio; es hora de ser igual a todos los demás. Respiro hondo, cuadro

los hombros, sonrío. Estoy preparada.

Cojo una silla.

En las mejillas de Penny relucen dos círculos de un rojo antinatural. Su sonrisa parece forzada. Entonces lo veo, en un rincón de la sala. Sentado en una silla, y con toda la pinta de querer estar en cualquier otro sitio.

Es un lorder. Y no uno cualquiera: es el joven que cargó conmigo y registró mi habitación. Aunque no va vestido con traje gris ni con el equipo negro de las operaciones especiales. Lleva vaqueros y camisa; parece casi normal.

—Hola, Kyla —me saluda Penny—. Ahora ya estamos todos. ¿Empezamos? ¿Habéis tenido una buena semana? —«Ya estamos todos»: Penny sabe que Ben no va a venir. Me duele por dentro. Tal vez una parte de mí era lo bastante tonta como para esperar que, de algún modo, Ben estuviera aquí. Que todo hubiera sido una especie de pesadilla provocada por el desmayo, o que los técnicos de emergencias lo hubiesen curado y devuelto a casa—. Bueno, hoy tenemos un invitado especial que va a dirigirnos unas palabras antes de empezar. Os presento al señor Fletcher.

El señor Fletcher, no el agente Fletcher... Él se levanta y se acerca a la enfermera. Los demás recuerdan su entrenamiento y, obedientemente, lo saludan en voz alta; yo lo recuerdo a tiempo para imitarlos, para no destacar. El hombre se retuerce bajo el peso de nuestras sonrisas. Penny se sienta.

—Hoy quiero hablaros sobre las drogas —anuncia el invitado.

Y entonces comienza a soltar un discurso sobre los peligros y los males de las drogas, para que nunca, jamás, tomemos pastillas ni nada semejante, a menos que procedan de nuestro médico. Y nos aconseja que si, alguna vez, alguien intenta darnos algo, vayamos de inmediato a contárselo a nuestros padres o a un profesor. Sus ojos se pasean por todo el grupo, uno por uno. No está aquí para realizar un servicio público: está buscando a alguien, quien sea, cuyas reacciones no sean las que se esperan. Está buscando a cualquiera que sepa de dónde sacó Ben las pastillas. Noto que, para variar, intenta no dar miedo, pero no le sale demasiado bien. Muchas sonrisas se borran cuando nos describe las cosas tan horribles que pueden hacer las drogas.

Ben dijo que las píldoras felices le permitieron pensar por sí mismo, sin que se interpusiera el levo. Y lo hicieron. ¿Tan espantoso es eso?

Fletcher se marcha nada más terminar, con evidente expresión de alivio. Es como si pensara que tenemos algo contagioso. Inmediatamente, Penny empieza a perder la tensión que mostraba al principio: se le suaviza el ceño y reaparece su sonrisa normal, aunque tiene los ojos tristes. Sabe algo sobre Ben. Seguro que sí.

Cuando acaba la reunión, remoloneo hasta que los demás se van y me acerco a Penny.

—¿Puedo hablar con usted? —le pregunto.

—Por supuesto que puedes, cielo —me responde, pero con una mirada apremiante y moviendo la cabeza de un lado a otro en un claro «no»—. Además, necesito revisar tu levo: he oído que tuviste un desvanecimiento la semana pasada. —Examina mi levo parloteando incansablemente sobre el tiempo. Algo va mal. Conecta el lector a su portátil y suelta un grito ahogado—. ¡Kyla, mira el gráfico! Estás en 2.1. Es muy peligroso. —Lo miro con ella, y me sorprendo al descubrir que en realidad mi levo marca un 7.1: es el efecto secundario de la carrera. Penny está mintiendo, está ganando tiempo. Me toma de la mano y sacude la cabeza tristemente—. ¿Qué sucedió? —me pregunta, aunque se lleva una mano tras una oreja y vuelve a negar con la cabeza. «Alguien nos está escuchando». Asiento y le digo moviendo solo los labios: «Entendido». Y le cuento la historia que conocen los lorders: que Ben no fue al colegio, que Jazz me llevó a su casa, que allí había ambulancias, pero que no sé qué le ha pasado—. Kyla, cielo, olvídate de Ben. Él no volverá, así que sácalo de tu mente. Concéntrate en tu familia y en seguir con tus estudios.

Pronuncia esas palabras, pero hay tristeza en sus ojos; me pasa un brazo por los hombros y noto cómo empiezan a formarse lágrimas al fondo de mis ojos. «Busca la rabia».

Un movimiento en el aire —una fría brisa que me eriza el vello de los brazos— hace que me gire entonces hacia la puerta, desazonada, medio esperando que Fletcher haya regresado. Pero la sorpresa que me aguarda es otra.

—¿Papá?

—Hola, Penny. Hola, Kyla, ¿lista para irte?

Sonríe, aunque eso no me tranquiliza. No lo he visto desde que lo vi fugazmente por la ventana la otra noche. Por las voces que oí sé que no estaba de buen humor, y a la mañana siguiente se había marchado.

Me levanto y voy hacia la puerta.

—Cuídate, Kyla —me dice Penny.

—Gracias.

Subo al coche, pero en vez de girar a la izquierda para ir a casa, papá vira a la derecha.

—He pensado que podríamos dar un pequeño paseo para charlar.

—Claro —respondo, inquieta. «Quiere hablar sin la presencia de mamá»—. ¿Va todo bien? Pensaba que no volvías hasta el domingo.

—Debería ser yo quien te preguntara si todo va bien —replica él—. He estado oyendo cosas sobre ti, Kyla. Sobre ti y sobre tu amigo Ben.

—Ah.

—¿«Ah»? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Su tono es el propio de una conversación informal, su sonrisa y su rostro franco están cortados a medida para la ocasión, pero sus palabras transmiten algo más. «Ándate con pies de plomo».

—Disculpa, ¿a qué te refieres?

—No me lo trago.

—¿El qué?

—Esa expresión de ojos desorbitados e inocentes, toda la representación... Tú estás implicada de alguna manera en lo sucedido. Y ahora escúchame. Tu madre me ha convencido..., esta vez..., para que deje las cosas como están. Porque me conviene que no salga a la luz que has estado tramando algo delante de mis narices. Y, sinceramente, no me importa de qué puedas haberte librado en esta ocasión, pero no volverá a ocurrir. No en mi casa. No todo lo decide tu madre; hay cosas que ella no puede controlar. ¿Lo entiendes?

Hay un millón de cosas que podría decir. Podría negar todas las acusaciones que esconden sus palabras; podría repetir la versión autorizada de los hechos;

podría llorar y fingir que no comprendo nada.

—Sí, lo entiendo —contesto al cabo de un rato, sujetándome las manos con fuerza para evitar que tiemblen. «Usa el miedo; alimenta la rabia».

Papá asiente.

—Esa era la única respuesta que podías darme para impedir que te devolviera ahora mismo. —Sigue conduciendo en silencio y finalmente regresamos a casa—. Eres demasiado lista, Kyla. Procura no meterte en líos.

Paso una noche de insomnio: demasiadas desgracias giran en mi mente reclamando atención. El despertador para ir al colegio suena temprano, pero es imposible escaquearse otro día más. Una buena reiniciada no lo haría, y ya me lo han advertido: no debo meterme en líos. Pero ¿cómo voy a soportar la jornada de hoy, ser normal, fingir que no ocurre nada? ¿Cómo? «Pon un pie delante del otro; da un paso cada vez».

De modo que salgo de la cama, me pongo el uniforme, me cepillo el pelo, simulo tomar el desayuno. Y espero el autobús bajo una llovizna gris, abrazándome a mí misma con fuerza, temblando contra el frío que cae del cielo y se cuela en lo más hondo de mis huesos. Hoy no voy a ir en coche con Jazz y Amy porque ella sigue de prácticas.

Cuando llega el autobús, soy incapaz de sentarme en la parte de atrás, en la plaza de Ben, así que escojo el único asiento que queda libre. Estamos a mitad de camino cuando caigo en que este era el asiento de Phoebe. Capto algunas miradas asesinas; no les gusta que me haya sentado aquí. Pero ¿alguien ha reparado en que hay un chico reiniciado menos en la fila trasera?

A lo largo de las clases y los descansos no hay susurros de «¿dónde está Ben?», como sucedió después de que se llevaran a Phoebe. No es que yo pueda responder a esa pregunta, pero su ausencia me duele. ¿Es porque no se han dado cuenta, porque no les importa o porque temen preguntar?

Y luego llega el momento. Voy hacia la clase de Biología arrastrando los pies. He estado temiendo esta clase. Ben no estará a mi lado en la última fila, pero sí estará Hatten, con sus perspicaces ojos, retirando las envolturas con las que he ido cubriéndome. En cuanto pasamos la tarjeta por el lector y nos sentamos, él aparece. Hoy lleva una camisa de color azul oscuro que resalta la carencia de color de sus ojos azul claro. Sonríe lentamente; las chicas suspiran. Él empieza la lección, pero se detiene al cabo de un momento y mira a su alrededor.

—¿Falta alguien hoy? —Los estudiantes intercambian miradas, y es entonces cuando lo veo: lo saben. Han advertido la ausencia de Ben, pero es un tema tabú sobre el que no se puede hablar. Nadie responde—. Venga, solo os he dado clase unas pocas veces, así que no penséis que ya me sé todos los nombres. ¿Quién falta?



«No te muevas. Guarda silencio».

—Ben. Ben Nix no está aquí —respondo.

Las palabras me salen de repente; algún tipo de impulso me lleva a pronunciar su nombre en voz alta. Para que Ben sea real, no alguien que jamás ha existido, que no importa.

—¿Dónde está? —me pregunta Hatten, con sus ojos clavados en los míos.

Hay algo en los suyos, un destello risueño, como un gato que juega con un ratón al que ha inmovilizado con una zarpa.

«Él lo sabe».

—No tengo ni idea —contesto, con bastante sinceridad.

—¿Alguien lo sabe? —suelta Hatten al aula en general. Silencio—. ¿No? Quizá no se encuentre bien.

Y luego sigue con la clase.

—¿Kyla? Espera. Quiero hablar un momento contigo, por favor.

Hatten sonrío, manteniendo abierta la puerta para que salgan las últimas chicas, que no tenían prisa en alejarse de él. Ellas me lanzan una mirada de puro asco y salen indignadas del aula.

Hatten se asoma al pasillo, mira a ambos lados y después cierra la puerta y se apoya en ella. Yo no digo nada. Él sonrío con mueca de maníaco: es una amplia sonrisa de auténtico placer.

—Eres tú —afirma.

—¿Qué? ¿Qué quiere decir?

—Que eres tú. Estaba seguro de que lo conseguirías.

—No sé de qué está hablando.

Hatten avanza hacia mí y yo retrocedo, pero en la dirección equivocada:

hacia un rincón del aula. Él se acerca más, sonriendo. Estoy atrapada. Hatten pone una mano en la pared, por encima de mi hombro. Sin tocarme, aunque tan cerca que el calor de su cuerpo me provoca un hormigueo por la piel.

Se inclina hacia mí y me susurra:

—¿Oyes las voces, Kyla o comoquiera que te llames? Las voces de tu cabeza. —Se me desboca el corazón, que ahora late sonoramente en mis oídos—. Escucha las voces. ¿Qué te dicen ahora? —«¡Huye!». Yo me retuerzo para escapar y salto hacia la puerta—. ¿Qué se siente?

Me giro a mirarlo; no puedo reprimirme.

—¿Cómo que qué se siente?

—Al saber que has matado a Ben. Que él está muerto y que es culpa tuya.

—¡No lo he hecho! Yo... —Mi cara pierde el escaso color que le quedaba—. ¿De verdad está muerto? —murmuro.

Hatten sonrío.

—¿Tú qué crees?

«¡Huye!».

Cruzo corriendo la puerta y el pasillo, y luego el colegio. «Ve a la pista de atletismo».

Doy un montón de vueltas antes de recordar que la señora Ali me había prohibido ir a la pista a la hora del almuerzo. Me concentro. No; eso no es exactamente así. Me prohibió correr con Ben durante el almuerzo, y Ben ya no está aquí, ¿no es cierto? Pero aún tengo tiempo de darme una ducha.

Tengo que ir a un sitio después de clase.

Al final de la jornada espero junto al coche de Jazz.

—Hola —me saluda él—. No pensaba que todavía quisieras ir.

—¿Te parece bien? —le pregunto.

Procuro actuar con normalidad, como si ir a casa de Mac, tal como estaba planeado, no fuera nada del otro mundo. Pero es muy importante. Esperar el momento de enfrentarme a Aiden —centrando la rabia— es lo único que ha evitado que me hundiera. «Ben está muerto, y todo es culpa tuya». ¡No! Si está muerto, es culpa de Aiden; de Aiden y de Mac.

—Por supuesto —responde Jazz—. Tenía la esperanza de que vinieras. En marcha.

Estamos ya muy lejos del colegio antes de que me atreva a preguntar:

—Jazz, ¿Ian ha averiguado algo sobre lo que le pasó a Ben? —Él ladea la cabeza. Da la impresión de que no quiere responder—. ¡Cuéntamelo! —le pido—. Sea lo que sea. Por favor, necesito saberlo.

—No hay mucho que contar. Nada que no supiéramos ya, o no nos imagináramos.

—Cuéntamelo de todas maneras.

—La madre de Ian es amiga de la madre de Ben. Esta le contó que tuvo la sensación de que los técnicos de emergencias reanimaron a Ben, aunque él no podía respirar por sí solo. Tal vez llevaba demasiado tiempo sin respirar antes de que llegara la asistencia sanitaria. Pero ella no lo sabe con certeza, porque en cuanto aparecieron los lorders, la echaron de allí a patadas. Las ambulancias se marcharon seguidas por la furgoneta de los lorders, aunque no parecían tener prisa por llegar al hospital... Iban sin luces de emergencia ni sirenas..., así que la mujer se temió lo peor. Pero nadie va a contarle adónde se lo llevaron ni qué sucedió.

Yo no digo nada. Parpadeo con fuerza y miro por la ventana. Vivo o muerto, los lorders se llevaron a Ben. ¿Qué voy a decir?

Jazz toma la última curva, y al poco nos detenemos ante la casa de Mac.

—Kyla, hay algo más. La madre de Ben le dio a Ian algo para ti.

—¿El qué?

—Está en el maletero. —Salimos del coche, y Jazz le da fuertes patadas al maletero, hasta que se abre—. Mejor que una llave. —Dentro hay una caja de cartón, una caja muy grande—. Adelante —me invita Jazz, y yo levanto la tapa. Hay algo envuelto en papel. Tiro de los trozos superiores y veo metal. ¡Plumas de metal! Es la lechuza. La madre de Ben debe de haberla terminado. Deslizo los dedos por un ala—. Su madre dice que Ben le pidió que la hiciera para ti, así que ella quiere que la tengas.

—No lo sabía... No puedo llevarla a casa —le digo a Jazz, a punto de llorar.

¿Cómo voy a explicar de dónde procede?

—Ya me lo había imaginado. Por eso la he traído hoy conmigo. Seguro que Mac puede guardártela aquí. Vamos a preguntárselo —añade, y saca la caja del maletero—. Venga.

Lo sigo a la casa. La madre de Ben no me habría entregado la lechuza si supiera de dónde sacó él las pastillas, si supiera qué papel jugué yo en lo ocurrido.

«Ben está muerto y todo es culpa tuya».

Mac aparece por la cocina.

—Hola. ¿Cómo estás, Kyla? —Medio sonrío, pero hay tristeza en sus ojos. Sabe lo de Ben—. ¿Os apetece una taza de té?

—¿Té? —repite Jazz, con indignación fingida, y dirigiéndose hacia el armario de la cerveza.

Mac llena el hervidor de agua y, mientras se calienta, manda a Jazz al patio trasero, para que vea el nuevo coche con el que está trabajando.

Yo me apoyo en un armario.

—¿Aiden está aquí?

Mac asiente.

—En el cuarto del fondo. Lamento mucho lo de Ben. Era un tipo majo. — Está apenado, pero de no ser por él, Ben jamás habría conocido a Aiden ni conseguido esas pastillas. «De no ser por mí», pienso—. ¿Hay algo que...? — empieza a decir Mac, poniéndome una mano sobre el hombro, pero yo me zafo.

Me dan ganas de gritarle, aunque me contengo por ahora y retrocedo.

—Quiero hablar con Aiden —replico.

—De acuerdo. Es mejor que Jazz no lo conozca ni sepa nada sobre él, ¿vale? Lo tendré distraído un rato fuera. Le diré que necesitas pasar un poco de tiempo a solas.

—Bien, como te parezca.

Recorro a grandes zancadas el pasillo, hacia la habitación del ordenador, y abro la puerta.

Aiden está sentado ante el escritorio, con la cabeza entre las manos. Levanta la vista y me saluda:

—Hola. Mac acaba de contarme lo de Ben. No puedo creerlo.

Se pone de pie y tiende una mano hacia mí, pero yo me giro a cerrar la puerta y él la deja caer.

—¿Qué sabes? —le pregunto.

—Solo lo que me ha contado Mac, que supongo que se ha enterado por su primo. Que Ben se deshizo del levo. —Sacude la cabeza—. ¿Por qué haría algo así?

—¿Acaso no lo sabes? —inquiero, asqueada.

—¿A qué te refieres?

—Tú le diste esas píldoras y ellas le hicieron algo. Y le contaste que el TAG había cortado levos y que había funcionado. ¡Tú le hiciste eso! —exclamo, con un tono de voz cada vez más estridente.

—No hables tan alto —me advierte, mirando hacia la ventana.

—Llevo días callando. Ahora diré lo que quiera y tú me escucharás.

—Estoy escuchando —me contesta en voz baja y contenida.

—Esas pastillas no eran simples píldoras felices, ¿verdad? No solo elevaban los niveles. Hacían algo más.

Aiden inclina la cabeza.

—Eso es cierto —admite—. Ayudan a impedir que el levo domine tus pensamientos.

—¡Ellas le hicieron eso!

—No actúan así. Lo que hacen es permitir que uno piense por sí mismo.

Yo sacudo la cabeza, rechazando sus palabras, aunque son muy parecidas a las que pronunció Ben.

—Entiendo tu furia por lo que pasó —continúa Aiden—, pero no es culpa mía. No comprendo por qué Ben hizo algo así. Pensar por sí mismo no sería la razón. Debió de ocurrir algo, algo que lo empujó, que lo llevó a creer que era la única opción.

Me quedo mirándolo horrorizada. El algo que ocurrió... fue Wayne, y la incapacidad de Ben de protegerme. «Es culpa mía». Me abrazo con fuerza; la furia y la desdicha se mezclan entre sí.

—No. Te equivocas —le espeto—. Si no le hubieses dado las pastillas, nunca habría pasado lo que pasó.

Aiden se estremece.

—Lo lamento, Kyla. Lo lamento muchísimo, pero párate a reflexionar. No es culpa mía por haberle dado las pastillas a Ben, ni de Mac por haberme traído hasta

aquí, ni de Jazz por haberte presentado a su primo.

Lo miro fijamente, anonadada. Es casi como si estuviera descifrando mis procesos mentales, siguiéndome hacia donde van mis pensamientos. Pero no puede arrebatarme mi rabia; la necesito. Y la única persona a la que podría culpar si eliminamos a todas las demás... soy yo.

—Entonces, ¿de quién es la culpa? —susurro.

—Piénsalo bien, Kyla. ¿Quién reinició a Ben? ¿Quién le puso un levo, que es una bomba de relojería si uno intenta quitárselo? ¿Quién hizo esas cosas?

—Los lorders; ellos hicieron eso.

—Ahora ya ves por qué es tan importante nuestra labor. Tenemos que sacar a la luz lo que hacen. Ayúdame con la DEA.

«Peligro». Niego con la cabeza, retrocedo. No. Después de todo lo que ha sucedido, Aiden sigue retorciendo las palabras, manipulando los hechos para conseguir que haga lo que él quiere. Lo que dice suena de lo más razonable, pero no lo es.

Sin Aiden, a Ben no le habría pasado nada. ¿Y qué será de mí si lo ayudo? Cualquier paso en falso provocará que mi padre me devuelva; así me lo dijo. Papá, Coulson y sus lorders, y la señora Ali: ellos vigilan todos mis movimientos. Y la doctora Lysander y su «cuéntame qué hay de diferente en ti, Kyla». Todo el mundo, incluido Aiden, me hostiga. Esto es una cacería, y yo soy la presa.

—¿Te encuentras bien, Kyla? —me pregunta Aiden, reparando por fin en algo que se le había escapado: que mi levo no ha vibrado ni una sola vez durante toda la discusión. Me mira la muñeca con curiosidad, pero yo la tapo con la mano. «Contén la furia». Me dirijo hacia la puerta y entonces Aiden añade—: Si alguna vez hay algo que pueda hacer, Kyla, lo que sea...

—Sí hay algo que puedes hacer —contesto, deteniéndome—. Averigua qué le ha pasado a Ben.

Aiden no dice nada y yo me giro hacia él.

Tiene una expresión triste.

—Kyla, lo siento. En el muy improbable caso de que Ben sobreviviera, hay que tener en cuenta que estaba en manos de los lorders. No duraría demasiado.

—Averígualo —repito.

—Si me entero de cualquier cosa, te lo comunicaré a través de Mac —replica, enfatizando el «si», como si ya se tratara de un tema cerrado.

Me marchó y cierro la puerta.

Mac y Jazz siguen fuera, pero no me uno a ellos. Todavía no. La tristeza está amenazando a la rabia; esta no se centra, se bambolea, y mis niveles van hacia abajo. Voy a la cocina y allí, sobre la mesa, está la caja con la lechuza. «Esto no te ayudará».

Retiro el resto del papel y dejo la escultura en la mesa. Es magnífica. La última vez que la vi, las alas no estaban terminadas. Es asombroso cómo todos esos pedazos de metal dispares se han unido para formar algo más grande que la suma de sus partes. Toco levemente las alas, las afiladas garras, el pico. Una criatura hermosa y solitaria, aunque mortífera si eres un ratón. Deslizo los dedos por el lomo. ¿Qué es eso? Oigo un tenue sonido, como si hubiera algo suelto. Giro la lechuza para examinarla mejor.

Es difícil de ver, pero distingo una esquinita diminuta de color blanco. Consigo atraparla con las uñas de dos dedos y sacarla: resulta que es un trozo de papel.

¿Una nota?

Conforme lo desdoble, empiezan a temblarme las manos.

*Querida Kyla:*

*Si has encontrado esto, significa que las cosas han ido muy mal. Lamento causarte dolor, pero debes saber que esto ha sido decisión mía, y solo mía. No hay que culpar a nadie más.*

*Con cariño,*

*Ben*



Esa misma noche, el sueño me evita. Mis niveles oscilan alrededor de 4, y mi estúpido levo se pone a vibrar cada vez que estoy a punto de quedarme dormida. Necesito oscuridad, silencio; no quiero pensar, no quiero sentir, pero no hay manera. Estoy sola; ni siquiera *Sebastian* está aquí para alejar a los demonios.

Al final, no soporto permanecer más tiempo en la cama y bajo las escaleras para ir a beber agua. Entonces distingo luz en el salón. Me asomo por la puerta. Mamá está ahí, con un libro entre las manos y con *Sebastian* en el regazo.

—¿Cómo vives con las cosas? —le pregunto.

Ella se sobresalta un poco, se gira y me ve en el umbral. Deja el libro.

—¿Las cosas?

—Las cosas malas que les ocurren a las personas que te importan. Como a tus padres. Y a tu hijo.

—Ven aquí —me dice, alargando una mano, y yo voy a sentarme a su lado. Entrelaza su brazo con el mío y añade—: Debería ser capaz de contestar a eso, pero no lo soy. Tan solo te limitas a seguir adelante, un día tras otro. Al cabo de un tiempo se vuelve más fácil.

Mamá prepara chocolate caliente para las dos, me saca una manta y nos quedamos en el sofá. Ella lee, *Sebastian* ronronea y, al final, yo me duermo.

Hoy debo comportarme como nunca. Y es que no solo debo ceñirme a la historia oficial sobre Ben, sino que también he de proteger a las personas y los sucesos que rodean lo que ocurrió. La última vez, la doctora Lysander me dijo que quería que le dijese por qué soy diferente de los otros reiniciados.

Y ya lo sé. Por fin lo he averiguado: sé en qué soy diferente, pero ignoro por qué. Al despertarme esta mañana, grogui y entumecida por haber dormido en el sofá, la respuesta estaba en mi mente.

Todo está relacionado con la rabia.

Mi levo cumple con su función si estoy triste, abatida o angustiada por distintas razones: mis niveles descienden, como es de esperar. Incluso pueden descender tan deprisa que pierdo el conocimiento. Pero cuando estoy asustada o furiosa, eso no sucede. Esos sentimientos casi parecen proteger mis niveles. Sin embargo, el propósito principal del levo es impedir que el reiniciado actúe llevado por la furia, para prevenir la violencia contra sí mismo y contra los demás.

El mío no funciona.

No me cabe la menor duda de que, si alguien descubre esto, yo seré historia. La doctora Lysander podría sentir curiosidad y querer hurgar en mi cerebro para determinar cómo o por qué ha pasado esto, pero ni siquiera ella podría mantener alejados a los miembros de la junta hospitalaria ni, por supuesto, a los lords. «No habría más Kyla». Mi cara de póquer ha mejorado mucho, pero no basta. Ocurra lo que ocurra, no puedo enfadarme. Ni aquí, ni en el hospital ni en el colegio, donde hay ojos vigilándome. Nada de nada. «Buena suerte».

Uf.

La única manera que conozco de hacerlo es dejar paso al dolor, la desdicha, la pérdida. Todas las cosas que he estado intentando mantener a raya desde que Ben... Trago saliva.

Bzzzz...

Miro mi levo: 4.4.

Demasiado.

—¡Adelante! —exclama la doctora Lysander, y yo cruzo la puerta—. Siéntate, Kyla —añade con una media sonrisa, tocando la pantalla, y me siento. Por fin levanta la vista—. No voy a preguntarte cómo te ha ido. Ya veo en tu expediente que no muy bien.

—No.

—Cuéntame lo de Ben —dice con voz suave, alentadora. Además, hay algo extraño en sus familiares rasgos: compasión.

—Ben era mi amigo. Íbamos juntos al colegio y también a mis reuniones de grupo. En realidad era mi único amigo.

—¿Y qué sucedió?

—Ben no había ido a clase y yo estaba preocupada por él. Le pedí al novio de Amy que me llevara a su casa, pero allí había ambulancias y lorders, así que regresamos a casa, y allí perdí el conocimiento. Y Ben no ha vuelto al colegio, ni a la terapia, y nadie dice nada sobre él. Es como si nunca hubiera existido; y ni siquiera le importa a nadie.

Se me acelera el pulso, mis manos empiezan a cerrarse en puños involuntariamente, pero las obligo a relajarse, fuerzo a mi respiración a permanecer regular.

—A mí me importa, Kyla.

—Entonces, ¿puede contarme qué le ha pasado? Por favor.

—Sinceramente, no lo sé. Eso no me concierne, a menos que se convierta en paciente de este hospital; por lo demás, no tengo ni idea.

—¿Y puede averiguarlo?

—No, no puedo —contesta con dulzura—. Pero, Kyla, ya sabes lo que te enseñaron sobre los levos. No se pueden quitar sin provocar dolor, espasmos y la muerte: los niveles caerían en picado, demasiado deprisa para que se pudiera

destruir el levo a tiempo de impedir que causara la muerte del usuario.

—¿Siempre? —susurro—. ¿No hay posibilidad...?

—Siempre existe una pequeña posibilidad de que falle el equipo, de que algo vaya mal en la cirugía o con el implante cerebral. Nada es completamente infalible. Mi trabajo consiste en minimizar esas posibilidades, y en encontrar la razón si algo falla.

Ladea la cabeza. ¿Estará pensando en la pregunta que me planteó la última vez?

«¡Peligro! Deja paso al dolor».

Pero no puedo soportarlo...

«Debes hacerlo».

Recuerdo la cara de Ben; pienso en su aspecto cuando reía, corriendo como el viento, cogiéndome de la mano. «Con cariño, Ben», decía en su nota. Pero a todo eso se superpone la última vez que lo vi, entre convulsiones, sufriendo, y cómo lo dejé. Lo dejé y salí corriendo para salvar mi vida. Lágrimas ardientes me irritan los ojos.

Bzzzz... 4.2.

Bzzzz... 3.7.

La doctora Lysander pulsa un intercomunicador y habla con alguien. Aparece una enfermera. Hablan por encima de mi cabeza y la enfermera me pone una inyección en un brazo. Una acogedora calidez se desliza por mi cuerpo y mis niveles comienzan a ascender lentamente.

La enfermera se marcha y la doctora anota algo en la pantalla, me lanza unas cuantas miradas y al cabo de un ratito se reclina en su asiento.

—Ya basta por hoy. Pero, Kyla, créeme si te digo que es mejor que te olvides de Ben. Con el tiempo todo resultará más fácil.

La forma en que dice eso... me recuerda a mamá.

—¿Usted lo sabe? —le pregunto.

—¿A qué te refieres?

—Usted lo sabe, ¿verdad? Usted perdió a alguien; le sucedió algo espantoso.

La doctora Lysander se remueve en su butaca; he tocado un nervio. Durante un momento veo dolor en sus ojos, un destello de algo real, y luego desaparece. Su rostro se torna inexpresivo. «Ella también pone cara de póquer».

—Ahora vete a casa, Kyla. —Tema cerrado. Me levanto y voy hacia la puerta—. Por cierto, Kyla, no me he olvidado de lo que estuvimos hablando la última vez, pero lo dejaremos por hoy.

Entonces, se trata simplemente de un breve aplazamiento, no de una escapatoria.

Esa misma noche, acostada en la cama, deseando que llegue el sueño, me doy cuenta de mi error. Se supone que yo no sé que Ben intentó cortar su levo. Pero cuando la doctora Lysander ha empezado a hablar de eso, yo no le he preguntado por qué, ni me he mostrado sorprendida, nada.

Caramba. Menuda metedura de pata.

Y luego caigo en algo más. Si es cierto que la doctora Lysander no sabe nada en absoluto sobre Ben ni lo que le sucedió, entonces tampoco ella habría sabido lo del levo.

Estaba mintiéndome.

*Me rodea una oscuridad absoluta. Abro los ojos al máximo, pero todo está negro como boca de lobo. No puedo ver nada. ¡Lo odio! La emprendo a golpes contra los muros de ladrillo, el prieto círculo que envuelve el espacio en el que me hallo. No hay sitio suficiente para estirar por completo los brazos ni para sentarme. Los dedos no tienen dónde agarrarse para trepar.*

*Debe de haber una forma de salir.*

*La torre de Rapunzel tenía una ventana, y ella, una larga melena. Lo único que tengo yo es oscuridad; uñas, puños y pies.*

*Y rabia. Aporreando las paredes, les doy patadas, una y otra vez: nada. Hasta que al final, exhausta, me derrumbo contra el muro. Y es entonces cuando lo noto con la mano.*

*¡Un poco de mortero está suelto! En un punto que está justo por debajo de mi cintura. Rasco y arañeo continuamente, sin preocuparme por las uñas, la sangre ni la piel. Las manos se curan, como sé de sobra.*

*Por fin surge un levísimo destello de luz. Casi lloro de alivio. Me atrae, pero está demasiado bajo para que pueda mirar a través del agujero. Por mucho que lo intente, no puedo agacharme lo bastante en este angosto espacio.*

*¡Ya basta!*

*Rujo de rabia.*

*¡Dejadme salir!*

Me duermo tarde, y cuando por fin abro los ojos, me sorprende que mamá me haya dejado dormir hasta esta hora, incluso aunque sea domingo. Después de que me despertara la pesadilla de anoche, tuve que dejar la luz encendida, pues la oscuridad era demasiado espesa y asfixiante para soportarla, y me quedé tumbada pensando; al final saqué mi cuaderno de dibujo y pasé horas dibujando. Solo me permití volver a dormirme cuando ya había salido el sol.

¿Qué significa mi sueño?

Si mi rabia está en una prisión, debe quedarse ahí. No se llevará el dolor, solo lo retrasará. No puedo evitar sentir lo que siento por Ben o por cualquier otra cosa. Al igual que tampoco puedo dejar de ser quien soy. O negar quién era antes. Todos esos fragmentos de sueños son verdades ralas o medias verdades, acontecimientos reales o imaginados. ¿Cómo puedo distinguirlos? No puedo.

Tampoco me di cuenta de que la doctora Lysander estaba mintiendo. ¿Cómo voy a estar segura de que lo que hizo Ben estuvo mal?

Aiden tiene razón. Si Ben ha muerto, la culpa recae directa e indudablemente sobre los lorders y sus hospitales. El Gobierno y los médicos, como la doctora Lysander. Ellos son el enemigo; no Aiden.

«¡Sí! Concentra tu furia en ellos».

No. Ahí es donde se equivocaba Ben. Él quería unirse a los terroristas. Tuvo mucho cuidado al elegir sus palabras: no quería que yo supiera nada que pudiera meterme en líos. No había nada que me conectara con lo que él había hecho y lo que planeaba hacer, pero estoy segura: Ben se dirigía hacia los terroristas.

No hacia mí.

Las respuestas de Aiden son peligrosas, pero el modo en que quiere hacer las cosas es el correcto.

Saco los dibujos hechos en las horas oscuras, y ahí están, los desaparecidos. Ben, Phoebe, incluso Lucy. No puedo darles la espalda. El mundo debe saberlo. Y,

por encima de todo, yo necesito saberlo: ¿qué le pasó a Ben?

Amy está en la cocina haciendo los deberes; papá sigue fuera; y mamá está preparando sopa.

Sonríe al verme entrar.

—Por fin despierta... Ya veo que el descanso extra te ha venido bien.

Le devuelvo la sonrisa. No he disfrutado de muchas horas de sueño. Es más que, en vez de pelear conmigo misma, ahora ya sé qué quiero hacer. Lo que debo hacer. Supongo que eso me confiere cierto aspecto de relajación.

—Voy a dar un paseo —anuncio.

Mamá mira por la ventana. Brilla el sol, aunque por el oeste se acercan unas grandes nubes negras que cubren la mitad del cielo.

—Entonces más vale que sea rápido.

—¿Quieres que te acompañe? —me pregunta Amy.

—No. Quiero estar sola.

—No abandones las carreteras principales —añade mamá.

Paseo por el pueblo y paso ante la vereda que siempre toman Amy y Jazz. Por donde Ben y yo anduvimos —no: corrimos— delante de ellos, y a lo que siguieron tantas cosas...

Continúo hasta el final del pueblo, dejando atrás una granja y subiendo a una especie de arboleda. Estoy pensando en volver a casa cuando capto un movimiento.

Me giro. Incapaz de ver nada al principio, examino los campos, los árboles... y ahí está. Una lechuza, posada en el poste de una valla. De un blanco níveo, sosteniéndome la mirada, contemplando el mundo como si le perteneciera. Pero estamos en pleno día, no en mitad de la noche, e incluso yo sé que las lechuzas son criaturas nocturnas.

Por lo visto, nadie se lo ha dicho a ella.



Fascinada, me quedo mirándola.

La lechuza me devuelve la mirada y yo me acerco un poco más, abandonando la carretera para avanzar por una desdibujada senda que se extiende entre la valla y el bosque. Me aproximo bastante para contemplar sus ojos y la definición de sus alas, y entonces echa a volar, batiendo unas grandes alas blancas, muy parecidas a las de la escultura de metal. Luego desciende de nuevo y esta vez se posa en una cancela que hay al final del campo. Quizá a unos veinte metros de distancia. Se vuelve a mirarme, clavando sus ojos en los míos.

¿Esperando?

De modo que camino hacia ella. Repetimos ese baile una y otra vez. En cada ocasión, yo reduzco la distancia que nos separa, ella sale volando, y luego espera hasta que la sigo.

Esa dinámica se prolonga durante un rato, hasta acabar bien internadas en el bosque, y entonces empiezo a darme cuenta de que estoy irremediablemente perdida. Mi habitual sentido de la orientación se ha esfumado; no he prestado atención a la dirección que tomaban mis pies mientras seguía el vuelo de la lechuza. Las nubes avanzan, ahora negras y furibundas, tapando el sol. Pronto empezará a llover. La lechuza está descansando sobre una rama, lo bastante alta para no tener que echar a volar cuando me acerco.

—Gracias —le digo—. Me tienes atrapada. ¿Qué quieres hacer conmigo ahora?

Ella me observa con atención y luego ladea la cabeza. Mira más allá de mi espalda y después emprende el vuelo, muy alto, por encima de los árboles, desapareciendo de mi vista.

—¿Que qué quiero hacer contigo ahora? Vaya, vaya...

Giro en redondo.

Es él: Wayne Best. El albañil.

Parpadeo con incredulidad.

—¿Me has seguido? —le pregunto, y empiezo a retroceder.

—Bueno, sí, así es. Parece que tú ya me has mirado bastante, así que he pensado que ahora te miraría yo un rato.

Sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos; no es más que una mueca con la que enseña los dientes. Da un paso hacia mí.

Retrocedo de nuevo y me vuelvo para correr, pero se me engancha un pie en la raíz de un árbol y tropiezo.

Wayne se mueve más deprisa de lo que me esperaba. Me agarra del brazo y me lo retuerce y me empuja contra un árbol.

—Esta vez nadie puede ayudarte —me dice al oído, manoseándome la ropa. Me debato—. Venga, boba, déjate hacer. Sabes que lo deseas. Además, si te disgustas y te enfureces, te desmayarás. Incluso podrías morir. —Me tira del pelo para acercar mi cabeza a la suya. Los músculos recuerdan. El instinto se impone. Me relajo, no intento pelear—. Así, muy bien —susurra él, y se inclina a besarme, magullándome y arañándome, metiendo a la fuerza su lengua en mi boca hasta que me entran ganas de vomitar.

Me retuerzo ligeramente y meto una rodilla, con fuerza, entre las suyas.

Entonces algo... se quiebra en mi interior.

Es casi audible, como un crujido, una grieta. Un destello de luz atraviesa ahora un lugar al que antes no podía acceder.

«El muro».

Wayne maldice y cae, todavía agarrándome del pelo y del brazo, y me arrastra con él hasta el suelo.

—Maldita reiniciada —gruñe—. Pagarás por esto.

Yo creo que no.

Mide un palmo más que yo, y quizá me doble en peso, pero mis brazos, mis piernas y mis músculos ya saben qué hacer.

Arremeto contra él y pronto termina todo.

Me incorporo y me aparto unos pasos. Ese hombre que se ha atrevido a tocarme yace ahora inmóvil en el suelo, sangrando, con la mandíbula destrozada; le brota sangre de un corte en la parte de atrás de la cabeza. ¿Está..., está muerto?

Me acerco un poco, temerosa de averiguarlo, temerosa de no averiguarlo. Me inclino sobre él. No quiero tocarlo, pero me obligo a alargar la mano hacia su cuello para buscarle el pulso.

Él abre los ojos de golpe. Yo salto hacia atrás, aunque él logra agarrarme del tobillo. Me pongo a gritar y a tirar, pataleando una y otra vez, pero su mano es como un torno firmemente apretado. Me agacho para despegar sus dedos de mi tobillo, uno por uno, y salgo corriendo precipitadamente a través del bosque.

Las ramas me golpean en la cara y mis pies se enganchan en las raíces, pero me abro paso todo lo deprisa que puedo entre los árboles y los enmarañados arbustos hasta que alcanzo un sendero. El sendero, sí. He venido por aquí. Ahora lo recuerdo. La parte lógica y organizada de mi cuerpo se pone al frente de mis pies, aminorando su ritmo.

Mi levo dice 6.

—¿Cómo puede ser? —La cabeza empieza a latirme violentamente, me tiemblan las manos, mis pies se enredan—. ¿Qué he hecho? —les susurro a los árboles—. ¿Cómo?

«Calla».

—¿Quién ha dicho eso?

Giro en redondo, pero estoy sola.

En alguna parte de mi interior estoy tranquila. Se está levantando un nuevo muro, para bloquear lo que conecta mi levo con mis pensamientos y sentimientos, y es fuerte.

—¿Qué he hecho?

Pero mis preguntas quedan sofocadas en cuanto se forman.

«Déjalo estar».

Miro a mi alrededor, dos veces; aquí no hay nadie. La voz está en mi cabeza. Es la voz que siempre ha estado en mi cabeza.

—¿Quién eres? ¿Eres Lucy?

«¡No! Esa atontada llorica se ha ido, para siempre. Yo soy... tú. La tú que eras».

—¿Qué quieres?

«Quiero que estemos juntas».

—No.

«No tienes elección».

—¡No!

Caigo al suelo.

Y esa intrusa de mi interior tira de un ladrillo. La grieta se amplía, el cemento se desmenuza y los ladrillos se hacen añicos y caen. Toda la torre se desmorona.

Un caleidoscopio inunda mi mente: son imágenes que se mueven lentamente al principio para luego relampaguear deprisa por mi cerebro, dando vueltas y zigzagueando. Estoy mareada, va a estallarme la cabeza, pero no puedo frenarlo. Se me revuelve el estómago y vomito, una y otra vez, hasta que no me queda nada dentro y me tumbo en el suelo.

¿Cómo puede ser? Mis recuerdos deberían haber desaparecido. ¿Qué ha sucedido, qué está sucediendo ahora?

Me quedo mirando el cielo, cada vez más oscuro, con el corazón latiendo desbocado tras mis costillas. Poco a poco, la cabeza deja de darme vueltas; los recuerdos dejan de exigir que les preste atención y se apaciguan. Se escabullen y se esconden en los huecos que les corresponden.

¿Cómo puede ser? ¿Qué significa todo esto?

Ojos claros, de color azul hielo: ellos lo saben. Siempre lo han sabido. Su

rostro aparece en mi mente: angelical cuando sonrío, cuando hago lo que debería; no me atrevo a pensar en ellos cuando no hago lo que debería.

Suelto un grito ahogado al recordar su nombre. Nico. Así es como lo conocía en el pasado, cuando él era el centro de mi vida. Él lo controlaba todo: el dolor, el placer, y cómo el uno puede convertirse en el otro. Es muy semejante al amor y el odio. Él me enseñó a ser dos personas a la vez: la patética Lucy y su álter ego. La llorica y la guerrera. Lucy se ha ido; solo queda la otra. Fue Nico quien aplastó los dedos de Lucy con un ladrillo cuando ella se resistió a la separación. Pero lo hizo por mí, para protegerme: para ponerme a salvo si los lorders metían sus manos en mi cerebro. Y lo hicieron. Me reiniciaron. De modo que todo lo que Nico le hizo a Lucy acabó por salvarme a mí.

¿Cómo me ha encontrado?

No ha venido como Nico, claro. Pero incluso con ropa diferente y un nuevo papel como profesor, su sonrisa es la misma. Solo sonrío para mí, ninguneando a las demás chicas de clase, localizando con sus ojos a la única que es especial para él. Ese guiño, ese comentario sobre la señora Ali, «menuda arpía». Todavía estaba de mi lado, no le importaba que entonces no me acordara de quién era él. Ahora comprendo que trató de presionarme al ser tan desagradable con lo de Ben. Estaba intentando sacar mis recuerdos de donde se hubieran escondido.

Me encontrara como me encontrase, él o algún terrorista amigo suyo debió de mandar al hospital a la señorita Fern para poder ocupar su plaza en el colegio. Nico —o Hatten, como se llama ahora— se ha tomado muchísimas molestias, y no puede haber más que una razón: quiere estar en el mundo de Kyla. Mi mundo. Pero ¿por qué?

Se me desorbitan los ojos.

¿Qué quiere Nico de mí?

La pregunta se forma apenas en mi mente antes de que las imágenes empiecen a dar tumbos por mi cabeza, una tras otra, más y más deprisa. Muerte e instrumentos de muerte: agentes explosivos y detonantes, fusiles y materiales incendiarios, dónde es mejor apuntar con una cuchilla escondida. Nico me enseñó muchísimas maneras de acabar con una vida. Incluso con mis propias manos.

¡No!

«Sí. Solo tienes que preguntarle a Wayne».

Me levanto de un salto y echo a correr entre los árboles, alejándome del cuerpo de Wayne, en dirección a la carretera principal. «NO, NO, NO, NO, NO», va gritando mi cerebro al compás de mis pies. ¡No lo haré! No puedo. No soy esa persona, ya no.

«¿Y qué pasa con Ben?».

Ben. Mis pasos vacilan. Bajo la vista hacia mi levo, semejante al que separamos de su vida; quizá, llevándonos su vida con él. ¿6.2? Lo retuerzo con fuerza: nada. Como mínimo, debería causarme dolor. Y con todo lo que he hecho esta mañana, debería estar muerta, con el cerebro frito por esta cosa que ha dominado mi vida desde que me reiniciaron. Sigue en mi muñeca, pero, de algún modo, está bloqueado por nuevas barreras levantadas en mi mente.

Lo que Ben intentó hacer fue librarse de su levo para poder cambiar, para hacer algo.

Y aquí estoy yo. Libre de mi levo.

Se me pone la carne de gallina.

Me apoyo en un árbol y cierro los ojos. Veo los de Ben, castaños y cálidos. Se preocupaban por mí, sin pensar en quién o qué fui en el pasado. ¿Sentiría lo mismo si supiera la verdad?

No puedo creer que su vida haya cesado, que se haya ido para siempre. No puedo imaginarlo inmóvil y mudo como la lechuza de metal.

NO voy a creerlo.

Quizá Nico piense que estoy aquí para hacer lo que se le antoje, pero va a llevarse una sorpresa. Deberá pagar un precio. O me ayuda a encontrar a Ben, o no colaboraré con él ni con sus planes.

Susurro una promesa a los árboles y al viento, a la lluvia que está empezando a caer desde el cielo, a la lechuza cuyo vuelo me ha traído hasta este lugar:

—Ben, voy a encontrarte.

## AGRADECIMIENTOS

Muchísimas gracias a mi agente, Caroline Sheldon, por apostar por este libro y depositarlo en los despachos adecuados; a Megan Larkin, por cogerlo de su mesa, correr con él y ayudar a mejorarlo; y a Thy Bui y todos los empleados de Orchard Books, que tomaron mi sueño y lo convirtieron en algo hermoso que puedo sostener entre las manos.

Estoy en deuda con todos mis amigos de la SCBWI (Society of Children's Book Writers and Illustrators) y con los colegas del grupo crítico, pasados y presentes. Candy Gourlay y Paula Harrison siempre han estado ahí durante los altibajos; ¡gracias por todos los almuerzos y los buenos consejos! Candy, Jo Wyton y Amy Butler Greenfield leyeron las primeras versiones del manuscrito e hicieron comentarios valiosos. Y gracias, también, a Lesley McKenna, de la Universidad de Bedfordshire, por plantearme tantas preguntas realmente fastidiosas y obligarme a examinar con mayor atención y profundidad lo que estaba creando.

Volviendo hacia el pasado, Cher McKillop, mi profesora de Lengua del instituto, me dijo que podría ser escritora. Yo no la creí. Años más tarde, Kim Walsh, otra amiga, me dijo lo mismo. Otras voces y circunstancias a lo largo del camino conspiraron para convencerme de que lo intentara, y luego de que siguiera intentándolo.

Antes de este hubo otros libros: aprender a escribir es un largo proceso lleno de baches en el que a menudo resulta difícil ver más allá del siguiente obstáculo. Los generosos consejos de Anne Fine sobre mi primer intento recorrieron un largo camino para ordenar mis pensamientos. Los ánimos y las aportaciones de Jude Evans, también.

Debo dar las gracias en especial a los estudiantes del colegio Lord Williams, de Thame, y también a mis grupos de lectura de la biblioteca Princes Risborough, por recordarme para quién escribo y por qué deseo hacerlo.

Y en el inicio de todo están mis padres: ellos me pusieron libros en las manos cuando apenas podía sostenerlos. Las bibliotecas me ayudaron a mantenerlas llenas cuando mis padres ya no podían seguir mi ritmo. Yo era esa

alumna que siempre se quedaba dormida en su pupitre después de haber pasado toda la noche leyendo con una linterna, para que no la pillaran. ¿Sin bibliotecas podría haber llegado adonde me encuentro ahora? Creo que no.

Por último, un secretillo: vivir con una escritora no es fácil. Para Graham, *Banrock* y todas las musas del mundo: ¡a vuestra salud!